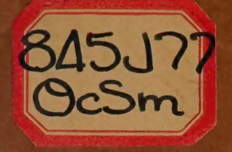


Joseph-Renaud

—o—

La cascada roja.

LA CASCADA ROJA

NOVELA DE

JEAN JOSEPH RENAUD

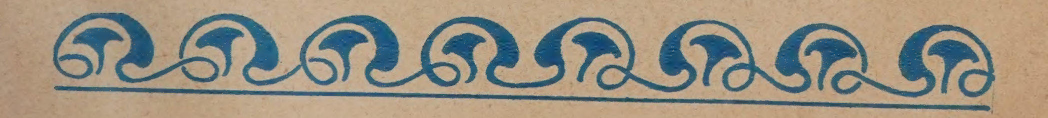
TRADUCIDA POR

JOSE CAMPO MORENO

Ilustraciones de MAXIMO RAMOS



"Blanco y Negro"
Año MCMXXXV




PRENSA ESPAÑOLA

LA CASCADA ROJA

NOVELA DE
JEAN JOSEPH RENAUD

TRADUCIDA POR
JOSE CAMPO MORENO

PROLOGO

EL baile benéfico que daba todas las primaveras el acaudalado joyero Delacroix, en su palacio de la calle de Cortambert, fué aquel año de disfraces. Invitadas e invitados habían de disfrazarse de personajes de novela o de teatro.

Los billetes costaban trescientos francos, y sólo podían adquirirlos los clientes directos de la casa Delacroix. La recaudación, íntegra, se destinaba a la obra pía de los lesionados de pulmón. La fiesta, de la cual hablaban mucho los periódicos, venía a ser un reclamo considerable para la casa Delacroix y Compañía.

Heroínas y héroes se confundían en el más pintoresco desorden, a los sones de un *jazz* famoso; en el enorme salón, en uno de cuyos extremos se había instalado un escenario, y bajo una bóveda de luces y gallardetes.

Las multicolores parejas, bajo la luz de los focos eléctricos, y aquella comitiva de siluetas de antaño, rostros "maquillados", pelucas, jubones abigarrados, sombreros de todas formas y brazos desnudos, constituían un espectáculo variado, pintoresco, sorprendente.

Un Artagnan bailaba el *foxtrot* con una Fantina; un inspector Favert con Fadette; Montecristo con la Margarita de *Fausto;* Rodin con *Carmen;* Mefistófeles con la señora de Bonnacieux; el capitán Nemo con Graciela; Lecocq con Teresa Raquin; Fantomas con Manon; Arsenio Lupin con Bettina, la *mascota;* Fileas Fogg con la Cenicienta.

Por entre los grupos se deslizaba un majestuoso cardenal Richelieu, con sus hábitos rojos, sin que nadie le conociese, al parecer. Debía de ser algún extranjero.

En el brillante pavimento del lugar destinado al baile, y donde apenas cabían tantas parejas, el tío Gaspar y Germana, los de *Las campanas de Carrión,* pedían champaña a un criado vestido como los del tiempo de Luis XV. Jimena pedía a Esmeralda, hermana suya en la vida real, el lápiz para pintarse los labios; Robinson Crusoe, un consejero de Estado, intentaba arreglar la palmera bajo la cual Pablo y Virginia, hijos suyos, habían dado la vuelta al salón; Atalía, una distinguida señora, y Judex, su esposo, que no habían tenido tiempo de comer antes de ir al baile, se desquitaban ante un plato de emparedados; Mignon le decía la buenaventura a Scherlock Holmes; Ana Karenina aseguraba al general Durakin, que aquel robusto penado que estaba junto a ella no era Edmundo Dantés en el castillo de If, sino Juan Valjean; Lagardere discutía unas jugadas de Bolsa con Portos, y Rocambole cambiaba con Effie, la de *La Posada del Angel de la Guarda,* miradas y frases de enamorado...

Llamaban la atención unos cuantos protagonistas de novelas clasificadas como "li-

terarias", pero poco leídas. Nadie los conocía o acababan por preguntarles "de qué" iban disfrazados, y ellos contestaban amablemente satisfechos con aquel modo de hacer propoganda a su autor predilecto.

La muchedumbre era tan elegante y rica como abigarrada. Aquello no tenía nada de Carnaval barato. Los trajes, hechos a medida, costaron mucho dinero, las alhajas, que refulgían á la luz de los focos eléctricos valían no una, sino varias fortunas.

Allí se veía, con sus correspondientes disfraces a personas ilustres de la banca, de la política y de la industria.

Delacroix, el dueño de la casa, magníficamente transformado en un Buckingham, lucía una copia exacta de los famosos herretes que sirvieron a Dumas padre para escribir un episodio de *Los tres mosqueteros*, e iba de grupo en grupo, sonriendo, vigilando, atendiendo a todo.

—¿Nos enseñará usted—le preguntó una *Thais*, esposa de cierto ministro—, su famosa "cascada roja"? A pesar de que figuro entre sus clientes, no la he visto nunca. Dicen que es tan magnífica...

—Efectivamente, señora; el aderezo de rubíes, así llamado, es, a mi juicio, la obra de joyería más hermosa del mundo, y, al mismo tiempo, la más valiosa, pues los rubíes cuestan ahora muchísimo... La hice para un rajá, que no pudo pagarla y nos la dejó de cuenta; su precio es tan alto que no creemos posible venderla en esta época de crisis. La conservamos como medio de publicidad... Cuando usted guste, señora, puede avisarme por teléfono y le enseñaré esa joya de museo.

—Perfectamente. ¿En la tienda de la calle de Castiglione?

—No; aquí mismo. La "Cascada roja" no sale de su arca de valores reservada.

—¿Teme usted a los ladrones?

—¡Es un aderezo de tanto valor! Tengo tomadas todas las precauciones posibles. Esta casa es una verdadera fortaleza; podría resistir un asedio de todos los ladrones de París.

—¡Ya veo que está segura la "Cascada roja"!

Calló la orquesta; las parejas volvieron a las mesas que rodeaban el recinto reservado para el baile, y apareció en el escenario el célebre tenor Cosira, que fué acogido con muchos aplausos.

Delacroix, después de dirigir una mirada a la concurrencia, ya en silencio, casi en actitud de recogimiento, salió rápidamente hacia el vestíbulo, adornado con plantas, que hacía veces de antecámara.

Un individuo rechoncho y bigotudo, con traje de americana bajo una capa de terciopelo negro, salió al encuentro del comerciante en piedras preciosas.

—¿Hay alguna novedad, señor inspector?

—Absolutamente ninguna, señor Delacroix. No hay entre los concurrentes ninguno que infunda sospechas. He puesto dos agentes en cada puerta, y cuatro más confundidos con la servidumbre... Además, las arcas de valores del primer piso, defendidas por una verja de acero, desafían cualquier robo..., a pesar de lo cual he instalado a uno de mis hombres por allí cerca... ¡Ya puede usted asegurar que lo que es esta noche, no le roban su "Cascada roja"...!

—Acerca de eso no tengo temor alguno. Pero aquí hay muchas señoras disfrazadas que llevan alhajas de grandísimo valor, que, en la aglomeración podrían serles robadas si se hubiese introducido algún ladrón entre los invitados. Ello originaría un escándalo perjudicialísimo para los intereses de mi casa.

—Ciertamente. ¿Y a nosotros? ¿Qué nos dirían nuestros jefes?

—Siento bastante desconfianza acerca de Panorme, ese hombre a quien tuve empleado algún tiempo, hasta que le despedí, porque la Prefectura me avisó que se reunía con gente sospechosa...

—Puede usted estar tranquilo. Mi gente y yo tenemos las señas de Panorme y si se presentara en cualquier puerta, sería esposado inmediatamente.

—Está bien. No abandone usted la vigilancia y ¡hasta luego!

Volvió a cruzar Delacroix la sala de la fiesta entre los entusiásticos ¡bravos! con que aclamaba el público al tenor Cosira, que iba a cantar algunos dúos, con una artista de la Opera Cómica, a quien vió el joyero entre bastidores. El número musical había de durar unos veinte minutos.

Salió Delacroix del salón por una puertecita situada junto al escenario, y subió en el ascensor al piso segundo.

Al pasar por el primero vió ante la verja metálica que protegía la parte del edificio reservada para las arcas de valores, a un inspector de policía, acomodado en una butaca y con una pistola grande *browing* sobre las rodillas. No había duda de que estaban tomadas todas las precauciones necesarias.

El joyero llamó a la puerta del cuarto de su hija Otilia.

—Entra, papá—dijo una voz dulce—. ¿No te da demasiado calor ese traje que te sienta tan bien?

Otilia era una muchacha anormal; padecía una ligera desviación de la columna vertebral, y atrofia muscular de los miembros inferiores. En aquel desdichado cuerpo, que, a pesar de sus diez y ocho años, parecía el de una niña, sonreía una adorable cabecita rubia, como la que Rafael pintaba a sus vírgenes.

Era huérfana de madre desde hacía mucho tiempo y constituía el inmenso y único cariño de Delacroix. El acaudalado joyero no disfrutaba en este mundo alegría mayor que la de hacer dichosa a la enfermiza criatura de carita de ángel.

Todo cuanto puede adquirir quien dispone de un capital considerable había ido a



AL PASAR POR EL PRIMERO VIO ANTE LA VERJA RESERVADA PARA LAS ARCAS DE VALORES A UN INSPECTOR DE POLICIA, ACOMODADO EN UNA BUTACA...

adornar las tres habitaciones destinadas a la muchacha.

La salud de Otilia era precaria. Su padre vivía sufriendo angustias constantes, por este motivo. Cuando preguntaba a las eminencias de la Medicina, éstos le decían siempre lo mismo: "Si se tiene con ella el mayor cuidado, tal vez logremos conservar la existencia de esa encantadora niña, pero tenga usted en cuenta que no podrá casarse ni ser madre nunca..."

—¿De modo, papaíto, que tu famosa fiesta va realizándose a tu gusto, y que la recaudación para los pobres tuberculosos será copiosa?

—Sí; pero ¿no te cansa el estrépito del *jazz?*

—No. Apenas lo oigo...

La verdad era que le resonaba dolorosamente en el cráneo. De nada servía que se tapara los oídos con sus descarnadas manecitas; aquel ruido infernal era un tormento para ella, pero no quería decírselo a su padre para no preocuparle.

—¿Tienes todo lo necesario? Temo que por culpa del dichoso baile no hayan tenido los criados para contigo las atenciones necesarias.

—Nada de eso... Hace poco llamé a Justina para... para que me buscara un libro, y vino en seguida.

No era cierto: la doncella, atraída por el baile, tardó mucho en contestar a la llamada que Otilia hizo para pedir un vaso de agua y una pastilla de aspirina para ver si con ello se le calmaba el espantoso dolor de cabeza que le producía el ruido del baile.

Delacroix miró a su hija con una ex presión en que se confundían el cariño y la tristeza. Era más bonita aun que lo que fué su difunta madre. Y tan buena, tan cariñosa, tan resignada con su enfermedad, que soportaba con verdadero heroísmo... Nunca se la vió de mal humor... Nunca se manifestó irritada. Su padre hallaba siempre a Otilia cariñosa y alegre; lamentaba que no se encaprichase con antojos caros y difíciles de conseguir, pero ella no deseaba más que cosas sencillas, y sólo decía palabras cariñosas, conmovida.

—Tengo que volver abajo—dijo Delacroix con aquel tono de contrariedad que empleaba siempre que tenía que separarse de su hija.

—Sí, papá, sí; atiende a tus invitados. Cuando se marchen subirás a darme las buenas noches... o los buenos días, si se van demasiado tarde, y en este caso desayunaremos juntos.

—¿Quieres bajar conmigo a dar una vuelta por la sala, como el año pasado, con tu dominó azul?

—Sí, papá. ¿Por qué no? Justina me ayudará.

Un cuarto de hora después, andando trabajosamente, a pesar de que se apoyaba en el brazo de su padre, atravesó Otilia el salón de baile, y en el acto cesó la danza.

Estaba encantadora con aquel dominó azul que amplificaba las líneas de su anchuroso cuerpo. Cubría sus rubios cabellos un velo de encaje milanés, hábilmente colocado. Su rostro, de belleza y distinción insuperables sonreía de un modo adorable.

Algunos invitados la conocieron y se la indicaron a los demás:

—"Es la señorita Otilia Delacroix... ¡Qué linda es...! ¡Una maravilla...! ¡Lástima que...! El velo le sienta muy bien."

Estaba tan seductora que la elogiaron todos, y la concurrencia, de pie, hizo una ovación a Otilia, que se sonreía confusa...

Al marcharse, la pobre enferma se levantó el velo, y echó un beso a la muchedumbre con ambas manos.

La fiesta se animó, se hizo ruidosa y desordenada. En el cuadrilátero del baile había tantas parejas que parecía que se apoyaran unas en otras, formando una masa.

El calor era asfixiante. Del *jazz,* que parecía exasperado, salía de una bacanal de sonidos. Una especie de niebla rodeaba las luces, cuya opacidad resaltaba al pasar sobre ellas los cuatro multicolores focos eléctricos. La pintura se desprendía de los rostros femeninos.

Muchos protagonistas de obras de teatro o de novelas, prescindieron de sus pelucas de época, con lo cual resultaban absurdos. Athos llevaba el cinto y la espada en la mano; Robinson Crusoe acababa de dejar en el guardarropa su casaca y su gorro de piel; el Coupeau de *L'Assommoir* se quitó sus bigotes de obrero y se puso unos lentes norteamericanos; Sherlock Holmes, sin su bata, parecía un pastor protestante. Del Cardenal Richelieu no se veía ya la silueta purpúrea ni nada. Como no conocía a nadie se había aburrido y marchado.

Tras el telón corrido del escenario, se preparaba febrilmente el decorado y los ascesorios para una revista en dos actos.

Un criado de la época de Luis XV, que llevaba en una bandeja una capa negra, atravesó por entre la gente con mucho apresuramiento; dejó la bandeja y la caja en el borde del escenario y se fué tan de prisa como había llegado, atropellando a algunos invitados, sin disculparse.

En aquel instante llegó Delacroix, y miró con curiosidad las dos cosas, que no podían estar allí durante el número siguiente—la revista—a menos que fueran accesorios correspondientes a alguna escena entre el público. Preguntó al director de escena y este dijo que ni la caja ni la bandeja tenían relación alguna con el espectáculo.

¿Qué habría en la caja?

Como todos los concurrentes estaban sentados, esperando que se descorriese el telón y mirando hacia el escenario, se fijaron en lo que hacía Delacroix.

Este abrió la caja y las cuatro paredes la-

terales de ellas saltaron como impulsadas por un resorte.

Sonó un grito de espanto general, prolongado. En la bandeja quedaba a la vista, en medio de la caja abierta, un velo de encaje que todos conocieron, pues lo habían visto momentos antes sobre los rubios cabellos de la señorita de Delacroix.

¡Aquel velo estaba empapado en sangre!

Lo cogió en la mano el joyero; lo levantó, sin convencerse todavía. Luego, furioso, resoplando su angustia y con los brazos en alto, echó a correr hacia el ascensor.

Prodújose, espontáneamente, un pánico absurdo, irresistible. La muchedumbre se precipitó hacia la salida, gesticulando con desesperación, dando gritos, sollosos y empujones que derribaron a varios hombres, en tanto que algunas mujeres se desmayaban.

¡Las puertas estaban cerradas!

Varios invitados, enloquecidos, las golpearon con los puños y con los pies.

De pronto se apagó la luz.

Se oyeron afuera unos disparos y unos clamores.

En la calle de Cortambert, el inspector jefe y varios agentes perseguían a tres hombres que se encaminaban, corriendo, hacia un automóvil de lujo, un *roadster* grande y abierto, que tenía el motor en marcha.

Los fugitivos ganaban terreno. Iban, ya, a subir al coche, cuando uno de ellos, desde el estribo, rechazó violentamente a los otros dos, que mientras el automóvil doblaba la esquina, fueron detenidos por los policías.

Por entre la gente circuló en seguida, una noticia espantosa: ¡Otilia había sido asesinada, y el famoso aderezo de rubíes llamado *La Cascada roja,* había desaparecido!

Puede suponerse la emoción que produjo en París, en Francia, en todo el mundo aquel tremendo crimen.

Desde muchos años antes; tal vez desde la época de Troppmana o de la de Pauzini no había ocurrido nada tan espeluznante.

Los detenidos se llamaban Breunot y Franquet, la Policía los conocía desde mucho antes como sospechosos de haber cometidos varios robos, pero nunca fueron sentenciados ni llevados ante los tribunales.

No se resistieron a denunciar a su cómplice, entre otras razones porque éste los entregó a la Policía para poder huír con más facilidad, y, sobre todo, para no repartir con ellos el enorme botín que se llevaba.

Es muy conocido entre nosotros. Se llama Panorme—dijo la melosa voz de Franquet, un mozo flaco, que tenía modales y maneras de hablar, llenos de unción y solapados—. ¡Sí; Panorme! Nos ha hecho traición; nos la ha jugado, pero más adelante arreglaremos cuentas. Es hombre instruído: muy instruído, pero ¡ojo con él! La verdad es esta: El año pasado logró, con certificaciones falsas, ser admitido en los talleres del señor Delacroix, en la calle de Cortambert. Se proponía estudiar el terreno y las cerraduras, pero no pudo porque le conoció la policía, que avisó al jefe de la casa, y Delacroix le despidió. Esto le contrarió mucho, porque tiene la manía de que es un *as* de la caracterización, y de que no hay en la policía ni entre los cómicos quien sepa desfigurarse tan bien como él. Así que el hecho de que le conocieran le irritó mucho y le inspiró odio al joyero. Dijo que su venganza sería tal, que se hablaría de ella en todo el mundo, pero todos creímos que exageraba.

Nosotros no tenemos nada que ver en el asesinato de esa pobre chica. Panorme nos buscó, sencillamente, porque no es capaz de abrir sin ruido una cerradura de verja o de arca de hierro. El sólo no lo hubiese conseguido. Nos ofreció repartir con nosotros el botín... ¡y ya ven ustedes cómo ha cumplido su palabra! ¡Nos lo pagará, mucho más de lo que él se figura!

Entró en la casa disfrazado de cardenal Richelieu; y no llamó la atención a los agentes, que le tomaron por uno de tantos invitados a la fiesta. Además, la barbita y el bigote postizos le desfiguraban mucho. En pocos segundos podía quitarse el disfraz entero y quedarse como cualquiera de nosotros..

Entramos por una ventana de la bodega en la cual no se fijó la Policía, porque tiene delante un banco. Ibamos disfrazados de criados de tiempo de Luis XV, y como había muchos contratados que llevaban el mismo disfraz, hemos podido ir y venir, sin que desconfiara nadie de nosotros.

En el momento oportuno, Panorme nos hizo una seña, y subimos al primer piso. El agente que estaba de centinela ante la verja de la sala de las cajas de valores, nos tomó por criados de la casa y no sospechó nada. A pesar de su revólver le sujetamos por sorpresa, le atamos bien y le pusimos una mordaza. En pocos minutos abrimos la verja y las arcas y cogimos el aderezo de rubíes y otras muchas alhajas. Panorme llenó con ellas su maletín.

En aquel instante salía de su cuarto la hija del joyero, con el velo de encaje en la cabeza, todavía. Había oído ruido, y empezó a gritar: "¡Socorro!", con su débil vocecilla.

Hubiera bastado darle un empujón para obligarla a callar, pero Panorme quería vengarse. Por muy instruído que sea, es sanguinario; mata por gusto... Subió, abriendo la navaja al mismo tiempo. Oímos unos borborigmos y luego la caída de algo al suelo... Panorme bajó en seguida, llevando en la mano el velo ensangrentado; lo puso en nuestra caja de herramientas, y me obligó a llevarlo al escenario, en una bandeja.

Prosiguió Breunot, que era un animalote, y tenía esa voz aguardentosa de ciertos apaches de las barreras:

—Cuando empezó a gritar la gente, co-

rrimos como ustedes puedan figurarse. La Policía cerró las puertas, pero ya era tarde. Panorme acababa de dar vuelta a un interruptor que apagaba todas las luces, pero los inspectores nos vieron en la calle y corrieron tras nosotros. Pudimos escapar los tres, y a estas horas estarían buscándonos aún, pero ese granuja de Panorme nos entregó. ¡Ya nos la pagará; no sé cuándo, pero a mi cargo queda ese cobro!

La Policía comprobó la exactitud de las afirmaciones de Franquet y de Breunot. En primer lugar, el cabo de servicio ante la verja, que, sorprendido por la espalda, fué atado y amordazado, presenció, sin poder impedirlo, el robo y el asesinato, y declaró que sólo Panorme subió al segundo piso, donde sólo pudieron encontrar huellas digitales suyas.

Se supo también que Panorme formaba parte de una banda internacional, cuyo jefe, individuo misterioso, era conocido por el remoquete de *El Lobo*, a causa de ciertos detalles físicos.

Tres meses después se llenó la sala de la Audiencia al celebrarse la vista del proceso. Hubo verdadero forcejeo para conseguir sitio, y en la parte de afuera se quedó una verdadera muchedumbre, esperando el veredicto.

La declaración de Delacroix produjo tremenda impresión. Le fué imposible acabarla, porque le ahogaban los sollozos.

Al día siguiente del crimen ofreció a quien contribuyese a la captura de Panorme una recompensa pecuniaria considerable, y, además, en interés de su casa, el treinta por ciento del valor de *La Cascada roja* si se conseguía recuperarla, y un veinte por ciento del valor de las demás alhajas.

Como no podía hablar, se retiraba ya, apoyado en un guardián del palacio. Breunot y Franquet se pusieron de pie, a su paso, con una emoción que, de fijo, no era completamente fingida, y le pidieron perdón por haber intervenido en aquel robo que tuvo tan espantosas consecuencias. Afirmaron que se habían dejado tentar por el ofrecimiento del aderezo de rubíes, que debía de valer una fortuna, pero sin sospechar lo que iba a ocurrir. Nunca derramaron ni una gota de sangre humana, y la actitud del hombre que les indujo a complicidad en el robo, les horrorizaba.

Los defensores—dos principiantes—actuaron sin lucimiento. Como era natural, negaron todas las responsabilidades, haciéndolas recaer en Panorme y en la banda internacional que obedecía al jefe apodado *El Lobo*.

Argumentaron con el hecho de que sus defendidos no habían sido sentenciados, ni siquiera procesados, nunca. No podía negarse que se relacionaban con los maleantes, pero nadie negará que es posible tratar con gente malvada y no cometer nada punible. No habían logrado beneficio alguno con el robo ni con el asesinato de la calle de Cortambert, y por ello merecían alguna indulgencia.

El crimen, no obstante, produjo tal espanto, que de nada sirvieron semejantes argumentos.

Ateniéndose a las respuestas del Jurado, el Tribunal condenó a Breunot y a Franquet a ocho años de reclusión.

Mientras salía el numerosísimo público que aquel proceso atrajo, los reos, con las esposas puestas, permanecieron sentados en un banco y juntos. Los guardias estaban a pocos metros de distancia.

—¡Ocho años en chirona, por culpa de Panorme!—murmuró Breunot entre dientes y con expresión de odio—¡Ocho años menos de vida!

Franquet contestó, con su voz melosa, que fué volviéndose ronca, poco a poco, a causa del odio.

—¡Dos mil novecientos veinte días, entre paredes negras, trabajando como idiotas, sin ver a nadie, sin ver ni árboles, y todo lo más un rinconcito de cielo! Y entre tanto, Panorme dándose buena vida con lo que nos correspondía a nosotros del importe de las alhajas. Paseará en automóvil, con mujeres elegantes; comerá en restaurantes de lujo... Mira, Breunot, lo más seguro es que nos envíen a cárceles distintas, pero llegará el día en que saldremos y entonces... no sé lo que harás tú, pero por mi parte escontraré a Panorme, por mucho que se esconda. No me importa que se disfrace como en martes de Carnaval, te aseguro que le acribillaré el pellejo con todas las balas de mi revólver y que ese será el mejor momento de mi vida...

—Si le cojo yo antes que tú, Franquet, no podrás disfrutar esa satisfacción. Pero yo no necesitaré revólver que acaba los asuntos en seguida, ni navaja que no hace sufrir bastante. Con Panorme solo utilizaré estas dos manos que estás viendo, y que le apretarán el cuello poco a poco... poco a poco...



LOS MOZOS USAN SOMBREROS APLASTADOS DE ALAS ANCHAS, CON CINTAS QUE LES CAEN SOBRE LA NUCA...

CAPITULO I

EL FANTASMA COJO

Cinco años después, y en el mes de noviembre, nos encontramos en la hospedería "Margarita", de San Benito de las Olas, departamente de Ille-et-Vilaine...

San Benito de las Olas es un puertecito pesquero rodeado de costa brava, que le protege contra los vientos del Este y del Nordeste; y gracias a esta protección y a la proximidad del *Gulf Stream*, la temperatura es allí excepcionalmente suave. Hasta en invierno le visitan los turistas y prolongan su estancia.

El pueblo y sus alrededores pertenecen a la Bretaña más bretona. Los mozos usan sombreros aplastados de alas anchas, con cintas que les caen sobre la nuca, y las muchachas unas tocas blancas, graciosas y complicadas.

Aquella noche, poco después de la de Todos los Santos, entablaron una conversación animada y extraña los pocos huéspedes que había en la hospedería "Margarita".

—Les aseguro a ustedes que es cierto, señoras y caballeros, y que no se debe tomar a broma... En esta mansión antigua se oyen todas las noches, a horas muy avanzadas, poco antes de amanecer, misteriosos ruídos de pasos... sí, el ruído seco de unos pasos de persona coja... Cualquiera creería que salen de debajo del suelo, y, sin embargo, todos estamos en nuestros cuartos y con la puerta cerrada.

Cuando acababa de decir esto la señora de Cutiot, viejecilla de nariz afilada, zumbó en la chimenea una ráfaga de viento que lanzó contra las ventanas la lluvia de noviembre.

La directora, gruesa y bondadosa señora de Massiat, se apresuró a contestar con su entrecortada voz de asmática:

—Señora de Cutiot,, eso no pasa de ser una pesadilla que habrá padecido usted por leer tantas novelas policíacas. ¿Pasos de cojo? ¿En mi casa? ¡Eso no se le ocurre a nadie! Aunque estemos en Bretaña no debemos creer en duendes. Ya pasó aquel tiempo... ¡Pasos de cojo! ¿Por qué no ruído de cadenas y algún esqueleto fosforescente?

Otras dos huéspedes; una señora belga que había ido allí para ver a su hijo, niño que estaba en tratamiento en un sanatorio marítimo, y Juan Lurbe, parisiense, joven mozo forzudo, cuyo rostro tenía una extraña expresión de buen humor y de energía, confirmaron lo dicho por la señora de Cutiot.

—Bueno; supongamos que se trata de un eco, o de algo que no sabemos; pero lo cierto es que yo lo he oído—aseguró la señora belga, con voz fuerte.

—Y yo también, lo mismo que estas señoras—agregó Juan Lurbe—. Sí, señora de Massiat, he oído pasos de cojo, y me gustaría mucho que hubiese un aparecido, un fantasma de verdad, sólo por el gusto de hablar con él un ratito... Estoy seguro de que nos entenderíamos muy bien. En Pludalmezo—porque soy bretón de aquella parte—me contó mi ama de cría tantos cuentos fantásticos para dormirme u obligarme a obedecer, que ya nada de eso puede asustarme.

Terció en la conversación Vonnik, una criada vieja que llevaba toca bretona y estaba sirviendo a la mesa:

—Yo también lo he oído, señora; pero como nadie hablaba de ello, creí que había oído mal; pero es indudable que, a veces, se oye andar por la casa a un cojo. No por los cuartos, ni por los pasillos, sino más lejos...

La señora de Massiat no admitía que hubiera en su casa nada anormal; pero los esfuerzos que hacía para oponerse revelaban que *¡también ella había oído!*

—¿Quién te da vela en este entierro, Vonnik? Tu gastralgia te produce alucinaciones.

—No, mamá; lo que ha dicho Vonnik es cierto—protestó Alicia Massiat, muchacha morena, extraordinariamente bonita, de mirada franca y serena—. Yo duermo como un lirón, y no he oído nada; pero a la edad de Vonnik se tiene el sueño ligero... Si han oído esos pasos de cojo las señoras de Cutiot, Van Heimmen, el señor de Lurbe y Vonnik, es porque los ha habido realmente. No pueden equivocarse los cuatro.

Otro huésped reciente, el señor Dubled, hombre grueso, de ojillos vivarachos, que había llegado de Nantes aquella misma noche, exclamó en tono bastante vulgar:

—¡Una casa embrujada! No es lo corriente, y me alegro de haberme hospedado aquí, y no enfrente. ¿Cobran ustedes aparte las apariciones de fantasmas?

Lurbe se echó a reír; apuró una copita de licor, y dijo:

—Esa sí que es una idea buena. Usted, señora de Massiat, está quejándose a todas horas de que en esta playita de Ille-et-Vilaine cueste todo más que en Rennes. Pues bien; ahí tiene usted el medio de compensar los efectos de la crisis a nuestra costa. Le



YO TAMBIEN LO HE OIDO, SEÑORA; PERO COMO NADIE HABLABA DE ELLO, CREI QUE HABIA OIDO MAL...

bastará con incluir en las cuentas de fin de semana una partida que diga: "Suplemento de fantasmas, quince por ciento". ¡Ja, ja, ja! Tal vez cualquier noche de éstas, y a causa de ese quince por ciento, venga el fantasma a tirarnos de los pies. A mí no me agradaría, ¡la verdad!, porque tengo cosquillas. Sería capaz de salir corriendo por los pasillos en ropas menores... Así, que ya lo saben ustedes, señoras. Si me oyen gritar durante la noche "¡Socorro, socorro!", no salgan de sus cuartos. ¡Ja, ja, ja!

La señora de Massiat no quería convencerse, y replicó con su voz ahogada:

—Usted, señor Lurbe, está de buen humor a todas horas. Le gusta beber una copita... Lo probable es que haya soñado usted. A lo mejor lo que han oído los cuatro es el paso de algún pescador que pasaba por la calle para ir a embarcarse.

Vonnik soltó ruidosamente una pila de platos, y dijo:

—Pues yo aseguro a la señora, y a la señorita, y a todos ustedes, que no sólo lo he oído, tan cierto como que estamos aquí, *sino quién es el que oímos.*

—Bueno; pues di como se llama.

—No está muy lejos su retrato; ahí, en la pared, entre el aparador y el trinchero, debajo del reloj. El aparecido es Conan Kernoor.

La temblorosa mano de la anciana bretona indicó una litografía puesta en un marco, que representaba a un mocetón con pantalón corto y camisa bordada, que subía los peldaños del cadalso con las manos a la espalda, y a quien esperaba junto al tajo el verdugo. En torno al tablado se veía una multitud con trajes del siglo XVIII, y a lo largo del cuadro, los versos de un romance.

—Si es por culpa de ese cuadro por lo que está embrujada la casa, les aseguro a ustedes que no lo entiendo—intervino Dubled—. Todo eso son tonterías. ¡Una casa embrujada! ¡Vamos, hombre!

Se oyó una voz trémula:

—¿Té? No, yo no quiero; no podría dormir. Sólo tomo té los domingos, y, para eso, muy clarito y con mucha leche.

Se sonrieron los circunstantes. No era la primera vez que les hacía gracia la sordera del señor Burbonad, profesor jubilado que se envanecía de sus éxitos como solucionista de palabras cruzadas.

Precisamente en aquel momento acababa de alzar los ojos, que examinaban uno de esos juegos.

Hablándole a voces junto a su oído, le enteró Lurbe de lo que ocurría, y el profesor, con esa voz aguda de los sordos y ese tono autoritario de los maestros, comentó:

—La historia de Conan Kernoor, a quien representa esa estampa en sus últimos momentos, es absolutamente auténtica. Fué un bandido, cojo, monedero falso, desvalijador de diligencias. Su fuerza era extraordinaria. De 1750 a 1760 tuvo aterrada a toda la Bretaña. No había manera de cogerle. Cuando se creía que estaba en Vannes aparecía en Brest o en Morlaix. Le cogieron por primera vez cuando intentaba trasladarse a Anessant, y le encerraron en la cárcel de Brest, de donde, al otro día, había desaparecido, rompiendo sus ataduras, estrangulando a los guardianes y arrancando la reja del calabozo. Sin embargo, los "sargentos del rey" le volvieron a prender aquí mismo, en San Benito de las Olas, señora de Massiat, donde usted compró hace años esta casa próxima al acantilado y que entonces, según me dijo usted misma, tenía comunicación con una especie de cueva que llegaba muy lejos, por el interior del granito. Usted dispuso que arreglaran la pared del fondo de la bodega, por donde había paso, por unas brechas, al hueco del acantilado, donde estuvo escondido Kernoor mucho tiempo. Sólo salía por la noche. Uno de su cuadrilla, maltratado por Conan, le denunció a la gendarmería mediante cincuenta escudos nanteses. Le decapitaron en Rennes, después de hacerle sufrir el tormento ordinario y el extraordinario. ¡Ya ven ustedes qué hombre más pintoresco!

Hubo una pausa. Se oían los zumbidos del viento. Luego dijo Alicia, riéndose:

—Bueno, pues no hay nada más sencillo... Ese cojo resucita por las noches y se pasea por el otro lado de la pared... o por la bodega, tal vez a causa de la sidra embotellada o del borgoña añejo que hay allí.

—Hija mía; tu nodriza te contó a ti también demasiados cuentos. Era de Pont-l'Abbé, que es el sitio de Bretaña, donde circulan leyendas..., pero me sorprende que, habiendo estudiado en París, creas esas pamplinas. Me extraña de verdad.

Parecía que la señora de Massiat estuviera a punto de enfadarse. Ya no se atrevían a decir nada Voonik ni la señora belga, Dubled se reía, y Burbonad, con la mano en el oído derecho, intentaba oír la conversación.

La señora de Cutiot dijo, obstinadamente:

—¡Qué más da que sea Conan Kernoor u otro cualquiera! De lo que estoy segura es de que se oyen pasos de hombre cojo por las noches. De hombre cojo, sí. Las mujeres andan más suavemente... Los pasos de los hombres cojos se conocen en seguida: un pie que se arrastra y otro que golpea con fuerza...

Lurbe apuró la cuarta copa, y acercándose a Burbonad, seguro de que no le oiría, le dijo a media voz:

—A ver, abuelo; dinos lo que piensas de los aparecidos. Debe de ser curioso, porque eres un buen hombre, pero tus muchos años de maestro y eso de las palabras cruzadas deben haberte cansado bastante.

Luego añadió, ya en voz alta y respetuosamente:

—Estimaríamos mucho que nos diese usted su autorizada opinión, Sr. Burbonad.

¿Cree usted que no se muere uno del todo y que al cabo de dos siglos puede resucitar para dar miedo a las señoras?

El ex maestro, que era muy sordo, no acostumbraba a bromear, y adoptando una actitud de conferenciante, dijo:

—Estamos rodeados de fuerzas desconocidas para nosotros. Con excepción de las matemáticas, la palabra "imposible" constituye una imprudencia. La Historia antigua y la moderna abundan en relatos de apariciones, algunas de las cuales están garantizadas por numerosos testimonios. No me atreveré a decir que se trate del propio difunto que haya salido de su sepulcro, pero acaso quede, en los sitios donde ha vivido, algo de su pensamiento —el pensamiento es cosa material— para producir alucinaciones a determinadas personas. Esto es cierto, sobre todo cuando ha habido alguna muerte violenta, como ocurrió con Conan Kernoor. A veces, los seres que se van de este mundo tienen algún deseo intenso: por ejemplo, que se les digan misas, si mueren en pecado mortal; que sus herederos encuentren sus ahorros, cuyo escondrijo no ha podido revelar el difunto; que le venguen, si ha sido asesinado... En cuanto algún heredero compasivo realiza sus deseos, ya encontrando la herencia o mediante la justicia de su país, cesan las alucinaciones. Son alucinaciones nada más..., pero siempre tienen una causa determinada. Ya ve usted, Sr. Lurbe, que los ruidos que, según me ha dicho usted, se oyen en esta casa antigua, pueden no ser debidos a la imaginación de quienes los oyen.

Se reprodujo el silencio, y otra vez se percibió el rugido de la tormenta desencadenada afuera.

Las dos criadas bretonas, de pie en el marco de la puerta, tenían los ojos desmesuradamente abiertos por el espanto. La explicación del Sr. Burbonad era demasiado científica para su sencillez. Sólo habían comprendido que se trataba de Conan Kernoor, que se aparecía por las noches.

El Sr. Dubled exclamó:

—Pues para mí, todo lo que no puedo ver o tocar, no existe. Esté usted tranquila, señora, que si me encuentro en una revuelta del pasillo a ese bandido cojo, se lo traeré aquí amarrado de pies y manos, y nos reiremos un poco.

Lurbe se bebió otra copita de licor, y ello hizo pasar por el bello rostro de Alicia Massiat una fugitiva expresión de pena.

—Tenga usted cuidado, Sr. Dubled—dijo Lurbe.— Por lo que nos ha dicho el señor Burbonad, ese Conan Kernoor debía de ser un hombre muy forzudo. Yo no intentaría meterme con su fantasma, me daría miedo un *nock-out*, o un *swing* o un *uppercut*. ¡Ja, ja, ja! También temería un tiro de pistola. Y hasta podía darse el caso de que el aparecido me llevara al infierno, cosa que sería un poco prematura.

La señora de Cutiot se levantó:

—Voy a buscar en mi colección de novelas policíacas, por si hay alguna que describa un caso, como éste. Si es preciso pediré otras a París. Me he propuesto aclarar el misterio, señora de Massiat.

—Pues yo —dijo el Sr. Burbonad— tengo todavía tres hileras de palabras cruzadas que descifrar. Estoy retrasado.

La pesada voz del Sr. Dubled volvió a gruñir:

—¡Qué misterios ni qué niño muerto! Para mí no existen.

Se levantaron de la mesa. La señora de Massiat, molestada por el asma, subió a su cuarto en seguida. La huéspeda belga y Burbonad hicieron lo mismo.

Por la parte de afuera la tempestad era más intensa cada vez. La casa, de espaldas al acantilado, recibía de lleno el viento del mar.

Las criadas bretonas no lograban cerrar las gruesas persianas de las ventanas del piso bajo. Les ayudó Juan Lurbe, demostrando una fuerza extraordinaria.

Por fin, la casa quedó perfectamente cerrada.

Cuando subieron a sus habitaciones los criados, se quedaron solos en la sala Alicia y Juan Lurbe. Al principio, hubo un silencio embarazoso.

—¡Qué mal tiempo! —murmuró ella en un tono que pretendía ser indiferente— Ya sé que no estamos en primavera, pero...

—Nuestra Bretaña, señorita Alicia, tiene un clima muy rudo. Durante todo el invierno los elementos se desatan violentamente y en el verano sólo están adormecidos. Con el menor pretesto se despiertan, como saben nuestros marineros.

—He leído que cuando llegaron a nuestra querida península las legiones de César, creyeron que estaban en el infierno. Eso es histórico.

—Sin embargo, señorita Alicia, yo he viajado por lugares muy remotos, por los antípodas, por Polinesia, donde el cielo está siempre azul y el ambiente tibio; por esas regiones que son el paraíso terrenal... Pues bien, no tardamos en experimentar la nostalgia de nuestro desagradable clima... ¡Se llega a llorar! Sí, los hombres lloran porque en aquella continua primavera echan de menos la ruda Bretaña. Lo darían todo con tal de oír los rugidos del temporal que devasta nuestras costas, como lo estamos oyendo nosotros en este momento.

Lurbe no parecía el mismo de antes. En la mesa, hacía poco, dió pruebas de una alegría casi vulgar. En cambio, ahora, hablaba con tacto y de un modo seductor.

—No lo dudo, Sr. Juan. ¿De modo que ha viajado usted mucho? Pues yo, si se exceptúa Rennes y sus alrededores y un poco de París, no he visto nada de este mundo. Desde que mi madre compró hace

cinco años y reorganizó esta hospedería, me consuelo de la semi-soledad en que vivo, leyendo y, sobre todo, gracias a la *radio*.

—He oído decir que allí arriba, en su cuarto, tiene usted un aparato magnífico.

—Es mi mejor distracción. Me lo he construído yo misma, y luego lo he mejorado merced a los consejos del marido de una compañera mía de colegio, ingeniero especialista de radiotelefonía, que veranea aquí con su esposa. Mi aparato capta hasta las ondas más cortas. Además sé leer con facilidad los radiogramas al oído. Y eso me permite oir, no sólo las emisoras de los Estados Unidos, sino las conversaciones que mantienen entre sí los buques transatlánticos, las comunicaciones que se dan unos a otros acerca del tiempo, del viento y de la niebla. Me figuro que estoy navegando con ellos hacia países que no conozco.

—Señorita Alicia, veo que usted padece, como yo, esa preciosa enfermedad bretona que es el deseo irresistible, la necesidad irrefrenable de ver otros horizontes, y después de ellos, otros más, y así siempre. Pues sí, he dicho enfermedad preciosa, porque gracias a ella descubrieron el mundo nuestros antepasados. A bordo de las carabelas de Cristóbal Colón fueron varios pilotos bretones, que ya habían desembarcado dos veces en el Nuevo Mundo. ¡Cuántas tierras más, cuya existencia no sospechaba Europa siquiera, fueron descubiertas por bretones que tenían la misma enfermedad que usted y que yo, señorita Alicia!

Callaron ambos. En el tono de sus palabras se había deslizado poco a poco algo de su emoción interior. Por lo demás, no habían dicho todavía nada de lo que deseaban decirse.

Alicia se puso en pie.

—Vámonos, ya es tarde; oiga usted las campanadas del reloj de la iglesia.

—Con el viento se oyen mal.

—Deben de ser las once. Es decir, que para San Benito de las Olas es tan tarde como a las tres de la madrugada en otros sitios.

—¿Las once? Tal vez no haya oído usted bien. Serán las diez todo lo más. Hemos comido pronto.

—Buenas noches, Juan.

—Buenas noches, señorita.

A pesar de la despedida, la retuvo cogida de una mano.

Aunque era robusta y más bien alta, Alicia parecía al lado de Lurbe pequeñita, tenía él un rostro poco regular, pero de expresión al mismo tiempo atrevida y cariñosa. Con el menor pretexto brillaba la alegría en sus negros ojos; pero cuando no se sonreía, sus facciones expresaban una energía a prueba de contrariedades. Era casi testarudez. No sería muy conveniente contrariar a aquel mozo.

Alicia retiró la mano, muy despacio, y después de titubear un momento, dijo a media voz:

—Quisiera preguntarle a usted una cosa, Juan. Si le parece molesta, no me conteste usted.

—No tengo más remedio que contestar, señorita.

—Cuando hablamos usted y yo, y no puede oírnos nadie, usted cambia, se convierte en otro hombre, al lado del cual me gusta estar... En cambio, cuando hay alguien, aunque sólo sea una persona, empieza usted a bromear y a beber con exceso, y ya no es el mismo. ¿Por qué es eso?

Inició él un impulso hacia ella, pero se contuvo, titubeando:

Alicia creyó que iba a declararse, pero él miró a otro lado y dijo en tono vulgar:

—¡Qué quiere usted, señorita! Cuando estoy con usted, me contengo, pongo cuidado en lo que digo, como es lógico; pero cuando hay alguien más siento la necesidad de bromear un poco... Y claro es que entonces yo no soy el mismo, puesto que bromeo.

Salió, riéndose lentamente, y Alicia, con los ojos húmedos de lágrimas, volvió a sentarse.

La pobre muchacha esperaba otra disculpa. Lo que acababa de oír agravaba la situación.

De todos modos, puesto que Juan se contenía y ponía cuidado en sus palabras cuando ella estaba presente, era porque notaba su influencia.

Acaso no se hubieran perdido del todo sus esperanzas; tal vez lograría ella curarle de aquello que parecía embriaguez.

Entretanto, el pesado señor Dubled, el huésped nuevo, estaba en el invernadero inmediato al comedor y que estaba formado por la propia roca del acantilado y por una vidriera abovedada.

La bondadosa señora de Massiat tenía pasión por la jardinería. La proximidad del *Gulf Stream* facilitaba el cultivo en San Benito de las Olas de plantas que sólo crecen en el Mediodía. El invernadero estaba lleno de ellas, y se notaba allí dentro un olor agradable y penetrante.

Dubled se aseguró, ante todo, de que no podía verle nadie desde el comedor...

No; no había nadie. Huéspedes y criados habían subido a sus habitaciones. Sólo se oía el rumor de un diálogo en la sala donde estaban la señorita de la casa y Lurbe.

Dubled apagó varias luces eléctricas para que no le viesen desde afuera, y eso que a aquellas horas, y con el temporal espantoso que hacía, no pasaba casi nadie.

Entonces, con el índice doblado, empezó a dar golpecitos en la superficie de la piedra, como si quisiera convencerse de que no sonaba a hueco en algunos sitios.

Apartó unos cajones de flores para llegar mejor al granito; se subió en un banco,

volvió a bajar, y se arrodilló, golpeando continuamente.

Realizaba todas aquellas investigaciones con presteza y metódicamente, como hombre que persigue un objetivo determinado y dispone de poco tiempo.

De pronto oyó un ruido leve a sus espaldas.

Se volvió, llevándose la mano al bolsillo del pantalón, donde guardaba el revólver, y se encontró cara a cara con Juan Lurbe.

—¡Ah! Estaba viendo las plantas del invernadero. Son muy lindas.

—Sí, lindísimas; pero no se trata de ellas ahora.

—Pues ¿de qué?

Se acercó Juan al mocetón rechoncho y le dijo en voz baja:

—Tengo que darte un consejo, Breunot.

—¿Breunot? ¿Con quién cree usted que está hablando? Yo me llamo Dubled. ¿Quién le ha autorizado a usted a tutearme?

Te llamas Breunot; Jacobo Luis Breunot.

—¡No! Me llamo Dubled.

—Hace cuatro meses que has salido de la cárcel.

—¡Mentira!

—¿Quieres que te diga por qué te encerraron en ella?

—No hace falta. Eso no me interesa. Y sepa usted que no me gusta que se meta en mi vida nadie; con que ¡mucho ojo! ¿Qué desea usted?

—Darte un consejo.

—No lo necesito.

—Un consejo que puede salvarte la vida: vuélvete a París inmediatamente.

—¿A París? ¡Estaría bueno!

—A las doce menos diez sale un tren correo, que para en todas las estaciones. A pesar de todo, tómale, ¡o eres hombre muerto!

Breunot miró a Juan atentamente, y de pronto exclamó:

—¡Ah! ¿Eres tú?, ¿tú? Por fin te he conocido. ¿De modo que te has disfrazado para fingirte bromista y borracho? Pues si crees que me das miedo, te equivocas. Y en cuanto a marcharme, no lo esperes. Me quedo. No temo a nadie, ¿lo oyes?, ¡a nadie! ¡Pobre del que me estorbe!

—Todavía puedes evitar lo que te espera, Breunot. El tren sale a las doce menos diez. Mañana será tarde...

—¡Me quedo!

La antigua casa adosada al acantilado dormía en la mayor obscuridad.

Se había calmado la tormenta, y ya no llovía. Entre las ráfagas, cada vez menos frecuentes, del Sudeste, se oía, a lo lejos, el rumor de la marea que subía.

En la iglesia de San Benito, tradicionalmente bretona, sonaron las campanadas de las cuatro: otros tantos golpes lentos del bronce...

Aun había de durar bastante la pesada noche de noviembre, antes de que la aurora comenzase a blanquear, en el puertecito, los oscilantes mástiles de la flotilla pesquera, y, en el campo, las masas de niebla que cubrían las granjas.

En la hospedería "Margarita" reinaba un silencio profundo.

La señora Cutiot, después de acabar la lectura de una novela policíaca, traducida del inglés, y que se parecía a todas las del mismo origen, intentaba en vano dormirse.

Se acordaba de Conan Kernoor, y esperando que llegara el sueño, cerró los ojos y metió las manos bajo la almohada.

Tampoco dormía la señora de Massiat, porque, a pesar de las protestas que repitió durante la comida, también ella oyó, las noches anteriores, el andar de un cojo...

Con el oído atento percibía los leves ruidos que siempre hay en las casas entregadas al sueño: crujidos de muebles, chirridos de ventanas empujadas por el viento...

Alicia velaba también... llorando.

Ni siquiera se puso, antes de dormirse, el casco de su aparato de *radio*, que colgaba en un extremo de su cordón verde.

Su amiguito el gato de la casa maulló un momento junto a la puerta, pero inútilmente.

El tal Juan Lurbe, que desde cuando llegó a la casa, tres semanas antes, le gustó tanto; aquel mocetón de aspecto animado y atrevido, de quien se adivinaba en seguida que podía tener confianza, y que podía ser un buen defensor y un compañero divertido, ocupaba su imaginación. Ella no era coqueta ni presuntuosa, pero sabía que también a él le gustaba estar a su lado, hablarla. ¿Por qué, pues, en la mesa redonda, o en cuanto podía oírle alguien, fingía aquel grosero buen humor? ¿Por qué bebía con exceso, cuando le miraban, como si lo hiciese por bravata?

....

En el cuarto de Burbonad no había luz. La señora belga se había olvidado de apagar la lamparita de la mesa de noche, y dormía serenamente, con la boca abierta, que a cada inspiración hacía un ruido de agua hirviendo.

La señora de Massiat, en la ansiedad de su vigilia, no pudo explicarse un rumor de voces que le parecía oír en el piso bajo. Sería el gato que estaría cazando ratones.

Pero no. Era el Sr. Dubled, que con los pies calzados con gruesas zapatillas de fieltro había bajado sin que nadie oyese abrir la puerta de su cuarto ni sus pasos en la escalera.

Cuando estuvo abajo se dirigió a la bodega abovedada, al final de la cual estaba la pared reconstruída pocos años antes, y allí permaneció alrededor de media hora, alumbrándose con una linterna eléctrica de bolsillo.

Luego volvió a subir, con precaución, andando despacio.

Y entonces oyó, confusamente, como un empujón y luego un estertor entrecortado. Parecía que estuviese alguien haciendo gárgaras.

Después de esto se alejaron unos pasos *de hombre cojo.*

Nadie se alarmó. Ya los habían oído otras noches. En cuanto al estertor, podía ser una alucinación o una pesadilla. Nada real, en todo caso.

A pesar de todo, pasada la primera sorpresa, se levantó Alicia, abrió resueltamente la puerta de su cuarto y encendió la luz eléctrica del pasillo. Se acercó a la escalera; se inclinó sobre la barandilla y preguntó a media voz: "¿Quién anda ahí? ¿Quién es?"

No le contestó nadie.

La escalera y la antesala, que ella veía perfectamente, tenían su aspecto acostumbrado.

Bajó unos peldaños, para ver bien la puerta de entrada, cuyos dos cerrojos estaban echados.

¡Nadie!

Volvió a su cuarto. A la hora del almuerzo se iban a burlar de ella si confesaba que había tomado en serio uno de los ruidos de la víspera.

....

A primera hora de la mañana, el tío Esteban, el jardinero, entró para dejar la jarra de leche y encender la lumbre. Descorrió el cerrojo y abrió, desde afuera, la puerta de entrada, y luego, por dentro, la que daba al jardín, en lo último del pasillo. Luego entró en la cocina, silbando distraídamente.

A la escasa luz del amanecer le apareció que había un cuerpo humano tendido junto a la puerta de la bodega; oprimió el interruptor, y al encenderse la luz eléctrica vió que no se había equivocado. Atravesado delante de la puerta había alguien inmóvil.

¡Pero si era el señor Dubled, el huésped nuevo, con los brazos cruzados sobre la cara! Debía de haber bajado a la bodega para echar un trago y luego, borracho, ya no pudo subir.

—¡Eh, señor Dubled! ¡Que no está usted durmiendo en su cama!

Le separó los brazos.

El tío Esteban estuvo en la guerra y no se asustaba fácilmente, pero los ojos vidriosos del cadáver y la lengua colgante en su rictus espantoso le obligaron a retroceder y a escapar, pasillo adelante, dando voces, que despertaron y alarmaron a toda la casa.

Una hora después, y, a pesar de que era muy temprano, todo el pueblo, curioso, aterrorizado, rodeaba la hospedería.

No había recuerdo, por remoto que fuere, de que se hubiera cometido ningún crimen, hasta entonces, en San Benito de las Olas; por eso estaban espantados todos los vecinos.

La muchedumbre de curiosos fué aumentando a medida que avanzaba el tiempo, pues era día de mercado. Además de los granjeros de la región, llegaban de la Mancha vendedores de aves y de manteca, y de las costas del Norte tratantes en granos y vendedores de ganado.

Enterados del suceso apenas llegaban, acudían todos a ver "la casa del crimen", con lo cual iban aumentando la muchedumbre, mantenida a distancia por los gendarmes.

Comprobada debidamente la muerte, el cabo dejó el cuerpo como lo encontró el jardinero y prohibió la entrada en la cocina a todo el mundo, para que no desapareciesen las huellas digitales que pudiera haber.

El doctor Drehier, médico de San Benito, era un practicón excelente, que desde el primer momento diagnosticó la muerte por estrangulación.

Enguantadas de propósito las manos del asesino, no habían dejado huellas.

Fácil es imaginar la confusión que reinaba en la casa.

La señora de Massiat tuvo que volver a acostarse, a mediodía, por habérsele agravado el asma. Alicia la cuidó lo mejor que pudo.

La belga, asustada, quería marcharse en el tren de las doce y siete minutos, pero no se lo permitieron los gendarmes.

—No, señora; ninguno de cuantos viven en la hospedería puede marcharse del pueblo mientras no terminen las diligencias.

—Eso es una falta de corrección. Me quejaré a mi embajador.

—Está bien; pero no puede usted tomar el tren ni el *autocar.*

Juan Lurbe, que no estaba conmovido, refería el asesinato a los vecinos del pueblo, agrupados ante la casa, adornando su relato con embustes enormes y graciosos, que al crecer, de boca en boca, llegaban a ser formidables.

Burbonad, enterado por el jardinero, y que, como la mayoría de los sordos, hablaba siempre a gritos, dijo que el incidente era lamentable, pero que él tenía que acabar con urgencia un problema de palabras cruzadas para el cual le faltaba el nombre de un Monarca asiático, de once letras.

La señora de Cutiot se quedó aterrada, al pronto, como persona que, acostumbrada a hablar de espectros, ve aparecer uno de repente. Luego, cuando se le pasó el miedo, ofreció a los gendarmes su colaboración de lectora de novelas policíacas.

—Conozco todos los procedimientos que usan los bandidos profesionales, y estoy segura de descubrir sin trabajo el asesino.

—¡No se moleste usted, señora! Si le descubre, tráiganoslo, y tal vez le den a usted algún cargo en la gendarmería. Precisamente acaban de crear en París una brigá-

da de mujeres policías. Así se pondría San Benito a la última moda.

Vonnik y la otra criada sabían ya quién era el asesino. No cabía duda de que, a su juicio, era Conan Kernoor.

Lo aseguraban en voz alta, en la plaza de la Iglesia, de tal manera que el párroco, que pasó por allí, las oyó y les echó una reprimenda.

De Rennes llegó la brigada móvil a las dos de la tarde. Dos especialistas felicitaron a los gendarmes por lo bien que habían encaminado hasta entonces el suceso, impidiendo que alguien tocara a cuanto pudiera contener huellas, pero no encontraron ninguno por más que echaron polvo de cerusa en todas las cosas de la cocina, principalmente en las de superficie pulimentadas.

El médico forense, que les acompañaba, confirmó las deducciones del doctor Drehier, añadiendo que a Dubled debían haberle acometido de improviso, impidiendo que pudiera defenderse.

El asesino, hombre forzudo, o llevaba guantes, o utilizó una tela cualquiera retorcida para cometer su crimen. El apretón, violentísimo, aplastó la laringe y destruyó una vértebra.

Se interrogó detalladamente a todos. El comedor quedó convertido en despacho del juez de instrucción, y ahí entraban los declarantes por una puerta para salir por otra después de decir lo que supieran.

El primero que compareció fué Juan, y dijo que estuvo durmiendo profundamente desde que se acostó hasta que le despertaron las voces del jardinero.

El inspector jefe miraba atentamente a Juan.

—Debe usted de tener mucha fuerza muscular, ¿verdad, señor Lurbe?

—En efecto... ¿A qué viene esa observación?

—No, no, a nada. Que pase el testigo siguiente.

El señor Burbonad, la señora Massiat, la de Cutiot, la señora belga, el jardinero (a pesar de que no dormía en la casa) y varios vecinos más fueron sometidos a interrogatorios muy largos.

Ni las ropas ni los papeles de Dubled proporcionaron ninguna indicación útil.

En el pueblo no habían visto a nadie sospechoso.

Si los inspectores sospecharon algo, no lo aparentaban.

Hubo que reconocer que el asesino no había dejado huella alguna y que los resultados de las primeras diligencias eran negativos. Un proceso más que había que archivar pronto.

Los inspectores de la brigada móvil se marcharon temprano.

Al acabar la tarde y mientras su madre, tranquilizada por varias inhalaciones, logró dormir un poco para reponer sus fuerzas, Alicia salió de compras, para la casa, antes de que se cerrara el mercado.

Fué primero por la calle Mayor, antigua, tortuosa, pintoresca, con sus tiendas panzudas y sus pisos superpuestos. Luego pasó por debajo de la muestra del zapatero, que era una bota grande y roja, y por la del tendero de comestibles, consistente en un pilón de azúcar, de chapa pintada.

Hizo sus compras en la plaza, donde había una fuente en la cual escupía el agua un delfín de bronce, y al llegar ante la iglesia, se encontró con Juan, que le pidió permiso para acompañarla y para llevar la red donde había metido sus compras.

Regresaban a los pueblos próximos unos carricoches altos, llenos de mozos con blusas azules, y corrían hacia la Mancha o las costas del Norte unos automóviles viejos.

En torno a los puestos sobre los cuales oscilaban ya varios faroles encendidos se daban prisa unos cuantos compradores rezagados.

Alicia y Juan regresaron juntos por un camino estrecho que bordeaba el mar. Aquello era dar un rodeo.

Aspiraron el fresco olor salado del aire y del agua.

Como suele suceder con frecuencia al día siguiente de una tempestad, el crepúsculo ofrecía un conjunto abigarrado de colores violentos; subía del mar olor a algas y a marisco, y el viento se había calmado.

A lo lejos se extendían los cabos sobre la superficie marina, pero no se podían ver sus puntas avanzadas porque lo impedía la niebla. Hacia el horizonte se balanceaban unas velas, más pequeñas cada vez.

Por la parte de tierra varios campanarios esbeltos, cubiertos de pizarra, se salían de la orilla de los valles.

—Señorita Alicia—dijo Juan—estoy muy disgustado al ver el trastorno que se ha producido en la hospedería *Margarita*, y la enfermedad que aqueja a su madre de usted. Un suceso como el que ha ocurrido es espantoso por sí mismo, y, posiblemente, va a perjudicar a la hospedería. Si puedo ser útil, disponga usted de mí; se lo ruego.

—Me parece que la ayuda que usted nos ofrece tan amistosamente, no podrá servir de gran cosa en estas misteriosas circunstancias. Si no fuera por eso, me apresuraría a aceptarla. Es muy cierto que ese asesinato cometido en nuestra casa puede perjudicarnos mucho a mi madre y a mí; sin embargo, no puede acusarse de negligencia a nadie. Las puertas y las ventanas estaban bien cerradas.

Juan dijo lentamente, a media voz, y en tono muy expresivo:

—¡No puede usted figurarse hasta qué punto deseo que termine todo eso y que vuelva usted a estar tranquila y sonriente como antes!

A lo lejos sonó una campana de aldea. El crepúsculo se ponía de un color violado.

En voz más baja todavía, prosiguió Juan:

—Me decido a hablar. Hasta hoy no me había atrevido; pero me figuro que usted se habrá dado cuenta, señorita Alicia, de que me inspira un afecto, un cariño muy intenso. Esto ocurre desde el primer día, que no está muy lejos. Es cosa reciente, pero muy formal.

Alicia no era coqueta ni artera. Por eso no titubeó para contestar con voz un poco anhelante y los ojos fijos en las olas que rompían en el puerto, procedentes de alta mar:

—Yo también, Juan, siento hacia usted algo parecido; y también desde que llegó usted a nuestra casa... Sí, desde la primera noche.

Su frente se frunció de pronto y dijo:

—Sin embargo, hace usted cosas que no me agradan; diré más: que yo aborrezco. La expresión no es exagerada, y la repito: ¡que yo aborrezco!

Se detuvieron. Juan cogió una mano de Alicia:

—¡No sabe usted lo feliz que me hacen sus palabras! Desde el momento en que, al llegar a la hospedería *Margarita*, la ví de perfil—estaba usted sirviendo té—sentí algo absolutamente nuevo en mi existencia. Y eso que ya no soy un jovencillo. Parezco más joven de lo que soy en realidad. Pero cuando me encuentro junto a usted, me figuro que sigo siendo el tímido adolescente que fuí toda mi vida. He tenido aventuras, pero no me he enamorado nunca.

Añadió sonriéndose:

—Acaba usted de decir que yo hago cosas que le desagradan. Eso no me preocupa, porque cuando llegue el momento dejaré de hacerlas para siempre.

—¿Dejará usted de hacerlas? ¿Por qué no deja usted ahora mismo?

—Si tengo la suerte de no serle a usted indiferente del todo, no me pregunte más, y confíe en mí.

Titubeó ella y dijo luego:

—Confío, Juan.

—Me hace usted muy dichoso, señorita Alicia. Cuando pienso en usted no la llamo Alicia, sino Alicita.

—Nunca me han llamado así.

Después de esto continuaron su camino, demasiado conmovidos para seguir hablando.

Se cruzaron con varios grupos de pescadores cargados con sus largas redes y chorreando agua, que miraron a Alicia, cuya belleza llamaba siempre la atención.

Tras el panzudo faro cuyos reflejos hacían guiños, la niebla se acercaba ocultando el mar.

La luna en cuarto creciente, y el lucero de la tarde, salieron de entre una nube, pero no tardó en desvanecerlas, y hasta borrarlas, la niebla.

Al regresar se encontraron levantada a la señora de Massiat. Alicia la regañó diciendo que después de tantas emociones, no debió levantarse hasta el otro día por la mañana; pero la buena señora contestó que acababa de llegar de París un inspector de seguridad, y no había tenido más remedio que recibirle.

Era un hombre de apariencia modesta, calzado ancho, que hablaba arrastrando las palabras. Hallábase en aquel momento comiendo una rebanada de pan untada de *foies gras,* que regaba con grandes tragos de sidra.

Al llegar enseñó a la señora de Massiat y al cabo de gendarmes, su tarjeta profesional extendida a nombre de Carlos Bouquet, inspector de primera.

Cuando acabó de comer rogó que le contaran todo lo ocurrido, detalladamente. Hizo muchas preguntas en tono humilde y vacilante, y comenzó su investigación. Hubiera querido, ante todo, ver el cadáver, pero no fué posible, porque la brigada volante se lo llevó a Rennes para que le hicieran la autopsia.

Tuvo que contentarse con reconocer a fondo la casa, las habitaciones, la planta baja, y, por último, la bodega, a donde le acompañó Juan, que le dijo:

—Pero, ¿dónde se mete usted, señor inspector? Tenga usted cuidado, que eso está lleno de ratas grandes como conejos, que dan unos mordiscos atroces. También hay botellas de un vino de Borgoña añejo, que parece una caricia hecha con terciopelo cuando pasa por el paladar. No vaya usted a romper alguna, porque eso contrariaría mucho a la señora de Massiat. ¿Quiere usted que le alumbre? Precisamente llevo encima una linterna eléctrica de bolsillo.

Luego añadió a media voz:

—¡Eres demasiado imprudente, Franquet!

El inspector contestó, sorprendido:

—No ha oído usted bien mi nombre; me llamo Bouquet.

—Eso no es verdad; te llamas Franquet.

—Le digo a usted que...

—¿Te acuerdas de Brennot?

—No he conocido nunca a nadie que se llame así. ¿Quién es? ¿Un abogado? ¿Un preso? Además, ¿puede saberse por qué motivo se toma usted la libertad de tutearme?

—El hombre a quien han matado esta noche, a quien han estrangulado como si fuera un pollo, a pesar de sus fuerzas hercúleas... ¡era Brennot!

El inspector tuvo que apoyarse en la pared, de puro conmovido, y dijo como hablando consigo mismo:

—¿Brennot? ¿Ha sido él...? ¿Estrangulado?

—Mira, Franquet, acabas de decir que no conocías a Brennot. De seguro que no te has figurado que era él el muerto.

—¿Y a usted qué le importa eso?



SE VOLVIO, LLEVANDOSE LA MANO AL BOLSILLO DEL PANTALON, DONDE GUARDABA EL REVOLVER Y SE ENCONTRO CARA A CARA CON JUAN LURBE.

—Mírame, Franquet, mírame bien... ¿No me conoces?

—Sí, no te había conocido al principio, pero me figuraba que tú... En fin, dime lo que quieras que haga y te juro que te obedeceré.

—No quiero dar órdenes, sino consejos: vete inmediatamente, sin volver la cabeza, mientras te es posibe marchar. Si no lo haces así, mañana estarás tan frío y tan inmóvil, como lo está Brennot en estos momentos. ¿Entendido?

—¡Sí, sí! Ahora verás... ¡Estrangulado Brennot! ¡Volando!

Pocos minutos después, con gran sorpresa de la señora de Massiat y de los demás, el "inspector" preguntó a qué hora salía el primer tren, pues había terminado sus averiguaciones.

¿A las doce menos diez? Era demasiado tarde. ¿Que el coche de línea de Rennes pasa dentro de cinco minutos? Bueno, pues, corriendo un poco, podría llegar a tiempo.

Le enseñaron el atajo que bordeaba el puerto, y se fué en medio de la oscuridad, a pasos grandes, después de haberse despedido cortésmente: "Hasta la vista."

No lejos del puerto, en el recodo de la carretera por donde pasa el automóvil, había—y hay aún—una posada, cuyo dueño era un normando llamado Lebedel.

El automóvil traía retraso, cosa que a nadie podía sorprender, teniendo en cuenta la niebla que, procedente del mar, ocultaba ya a San Benito de las Olas y toda su campiña.

El tío Lebedel tenía que entregar muchos paquetes al encargado del coche, que estaba para llegar de un momento a otro. Los colocó cuidadosamente en la orilla de la carretera.

En aquel momento sonó un grito espantoso entre la niebla y hacia el puerto. Un ciclista, que pasaba caminando despacio, lo oyó también, y en unión del posadero echó a correr hacia donde había salido la voz. Seguramente se encontraría por allí algún necesitado de auxilios, cosa que en Bretaña están todos dispuestos a prestar, sobre todo cuando en ello puede haber algún peligro.

Las pesquisas fueron muy difíciles, a causa de la niebla que aumentaba la oscuridad de la noche y velaba los faroles que rodean el puerto.

De pronto, en un camino que bordea el mar, y no lejos del último farol, vieron el cuerpo de un hombre tendido en medio del barro, que tenía en el cuello una herida enorme, de la cual salía sangre.

Le trasladaron a un sitio seco, y Lebedel aplicó su pañuelo a la herida, para contener la hemorragia.

El herido abrió los ojos y murmuró algunas palabras, entre las cuales les pareció al posadero y al ciclista percibir la de *Paname... Paname.*

Luego tuvo algunos estertores y se le cayó la cabeza hacia un lado. Había muerto.

El ciclista fué a avisar a los gendarmes, y cuando vió el cabo al muerto, exclamó:

—¡Pero si es el inspector Bouquet, de la Dirección de Seguridad! ¿Quién le habrá matado? ¿Por qué?

Fácilmente puede imaginarse el terror que sembró en el pueblo aquel segundo drama.

Aunque era de noche, se reunió todo el vecindario a la rojiza luz de las antorchas.

Los gendarmes comenzaron en seguida sus diligencias. Pero en el caso presente, tenían aún menos elementos de juicio que en el de por la mañana. La herida no revelaba nada.

Las últimas palabras del moribundo, que, según el tío Lebedel y el ciclista, fueron *Paname... Paname...* significaban, sin duda, que aquel desgraciado pensaba en París, puesto que, en lenguaje popular, *Paname* significa París.

Las investigaciones de los gendarmes, a aquellas horas tan tardías, tenían que ser forzosamente muy superficiales.

A lo largo del puerto, como en todos los demás sitios, nadie había visto nada anormal. El camino que bordeaba el malecón estaba constantemente desierto desde que anochecía. Además, aquella noche la niebla no incitó a salir a ninguno de los habituales paseantes.

Sólo había un detalle que ofreciese cierto interés: el señor Burbonad, el caballero sordo y perito en problemas de palabras cruzadas, declaró que había visto desde el balconcillo situado ante su cuarto, al inspector Bouquet, cuando salía de la casa camino del puerto, seguido a distancia por un hombre cojo, de sombrero ancho y pelo largo. El cabo no compartió la opinión de Vonnik, la cual afirmaba con voz chillona, que el asesinato lo había cometido Conan Kernoor. Para él se trataba nada más que de una sencilla coincidencia: en Bretaña no escasean los hombres altos, los sombreros de alas anchas y las cabelleras abundantes. ¿Que aquél hombre cojeaba? Pues en esto estaba la coincidencia, precisamente.

Los gendarmes y otras muchas personas presentes concedieron, sin manifestarlo, mucha importancia al detalle siguiente:

Cuando salió de la hospedería el inspector Bouquet, estaban en ella todos los huéspedes y toda la servidumbre; sólo faltaba Juan Lurbe.

Este explicó, sonriéndose, su ausencia: había ido, sencillamente, a comprar una cajetilla al estanco que hay en la esquina del puerto. Luego de conversar un rato con la estanquera, regresó dando un rodeo porque quería comprar un libro, pero encontró cerrada la librería.

Esta explicación fué acogida con un silencio frío.

¿Iban a detener los gendarmes al señor Lurbe? Se miraron unos a otros. Entretanto, llegó el oficial de correos. Había conseguido comunicar rápidamente con las oficinas de Seguridad de París, donde el empleado de servicio, después de hacerle esperar unos minutos, le manifestó "que no había sido enviado a San Benito de las Olas ningún inspector, cosa que, por otra parte, hubiera sido incorrecta, toda vez que estaba ya encargada del asunto la brigada especial de Rennes. Además, no existía inspector, subinspector ni cabo de seguridad alguno, que se llamara Bouquet".

Esto hacía más incomprensible aún el doble crimen. Nadie se explicaba los motivos, ni conocía al culpable o a los culpables.

En la hospedería *Margarita*, la comida fué rápida y mediana. En efecto, la servidumbre, aterrorizada, preparó unos platos sencillos. Los huéspedes, preocupados, asustados, miraron el sitio que ocupó Dubled y que estaba vacío; nadie quiso sentarse en él.

Se notaba un ambiente abrumador de espanto.

Además, por una casualidad extraña, una de las sirvientes, azorada, puso un cuchillo y un tenedor en cruz, y la señora de Cutiot rompió una copa de color.

Nadie esperó a los postres, para irse antes a la sala, cuyas maderas estaban ya cerradas.

Allí pareció que se desvanecía el terror. Se reanudó la conversación, aunque no fué muy animada. La gente se limitó a formular hipótesis acerca del trágico fin de Dubled y de Bouquet.

De pronto Alicia, que aún no había dicho ninguna palabra, exclamó:

—¡Me parece que yo lo sé. Puedo asegurar que lo sé!

—Pues entonces está usted más enterada que yo—dijo Juan.

—Y que yo—añadió la señora de Cutiot—. Por muy perita que sea en el arte detectivesco, declaro que ante estos dos crímenes, me quedo con la boca abierta. No entiendo ni una palabra. Sería preciso que resucitara Sherlock Holmes para poner en claro este asunto. Y posiblemente sería su primer fracaso.

—¿De modo que usted lo sabe, señorita?—dijo la belga.

—Pues yo no lo entiendo. Eso es más difícil para mí que las palabras cruzadas del señor Burbonad. ¡A ver, explíquenoslo usted!

—Pues bien. Según han dicho el tío Lebedel y el ciclista, el pobre herido pronunció dos veces la palabra *Paname*. En lenguaje popular *Paname* quiere decir París, y no se explica bien por qué, en un momento en que, generalmente, las víctimas se esfuerzan por revelar el nombre de su asesino, ésta se haya limitado a dar, por toda indicación, el nombre de la capital. Yo me pregunto si habrán entendido bien el tío Lebedel y el ciclista, y si en vez de *Paname* habrá dicho el herido *Panorme*.

Al oír este nombre, Juan se estremeció. A escondidas, sin que le vieran los demás huéspedes, hizo señas a Alicia para que callara.

—¿Qué nombre ha dicho usted?—preguntó Burdonad poniéndose una mano recogida en la oreja derecha.

A pesar de las señas de Juan, Alicia repitió:

—*Panorme*. Mamá tiene que acordarse como yo. Hace unos cinco años que estábamos en París, precisamente cuando ocurrió el espantoso suceso de Panorme: el palacio de un acudalado joyero fué saqueado durante una fiesta de beneficencia, y la hija de aquel infeliz murió asesinada. ¿No habrá dicho esta última víctima, este misterioso Bouquet, para denunciar a su matador, el nombre de Panorme en vez de Paname? Dos cómplices de este criminal, a quienes él hizo traición, fueron detenidos y condenados a ocho años de cárcel, si no recuerdo mal. Aún deben de estar encerrados. Pero a Panorme no se le pudo coger.

Por segunda vez, con un ademán rápido y una expresión de ansiedad, Juan suplicó a Alicia que no insistiera.

La señora de Cutiot exclamó:

—¡Pero si esto es interesantísimo! Es una hipótesis absolutamente admisible. Puede servir de punto de partida a una investigación admirable. En vez de dormir voy a reflexionar y a escalonar mis deducciones.

La señora de Massiat recordaba perfectamente el viaje a París y el suceso referido por su hija.

—Se habló mucho de ello entonces; los periódicos publicaban columnas y más columnas.

Burbonad, que no había oído bien, pidió que le explicaran la teoría de la muchacha.

—No me acuerdo bien de aquel asunto de las joyas—dijo—. Con la edad he perdido la memoria. Ya no vivo más que para las palabras cruzadas. Pero me parece que para que la tesis de la señorita Alicia sea verosímil, tendría que haber muchas coincidencias ya sé que las coincidencias y hasta las casualidades abundan en la vida. Pero a pesar de todo...

Lurbe, que parecía excitado por la bebida opinó como Burbonad.

—Yo, que no soy galante, me atrevo a declarar que me parece falta de fundamento la suposición de la señorita Alicia. No se puede ver ninguna relación entre los apaches que robaron al joyero (proceso del cual no he oído hablar nunca, acaso porque me hallara entonces en el ex-

tranjero) y el individuo que ha apuñalado al pobre Bouquet; el individuo o los individuos, porque es posible que fueran varios. Tiene usted, Alicia, vocación de novelista más que de policía. Usted, que conoce tan bien la *radio* debía escribir dramas radiofónicos. ¿Cómo se llamaba el bandido a quien no se pudo capturar?

—Panorme.

—Es un buen consonante de *enorme*. ¿Por qué ha de haber elegido este pueblo en vez de algún otro de los treinta y seis mil de Francia? Además, un prójimo que roba joyerías, no tiene por qué meterse con un Bouquet que, evidentemente, no nadaba en oro. ¡Un atraco nocturno en San Benito, para apoderarse de un portamonedas donde podía haber, todo lo más, 100 francos!...

—No le aconsejo a usted, señorita, que hable de eso a los inspectores de Seguridad, ni a los gendarmes siquiera, porque la citarán a usted como testigo, y tendrá que sufrir muchas molestias.

Lurbe recalcaba sus frases con sendos tragos de ron añejo.

A Alicia no le gustaba que la desmintieran de aquel modo, y Juan tenía esa actitud de bromista alcohólico, que ella odiaba. Replicó en tono vivo, casi colérico:

—Pues sí que hablaré de eso a la policía. Y haré más, buscaré los periódicos de aquella época, y si fuera preciso, tomaré el tren para ir a París y hablar con el actual jefe de la joyería. ¿Quién le dice a usted que el tal Panorme no sea de este pueblo? De él sólo se sabe, según los periódicos, lo que quisieron decir sus cómplices ante el Tribunal. Puede que los periódicos no fueran muy explícitos, porque las manifestaciones de esa gente no ofrecía gran interés para el público. Pero también iré a ver a los abogados, al presidente de la sala, al fiscal. Haré que surjan detalles nuevos, y ya veremos si mi teoría es tan inocente como asegura el señor Lurbe.

—No te excites, Alicia—dijo la madre—. No vale a pena. Se puede hablar de ello tranquilamente. Además lo mejor será que sometas tus hipótesis al juicio de los inspectores de la brigada móvil.

Vonnik, que llegaba con unas tazas de infusión de hierba buena en una bandeja, dijo con voz quejumbrosa:

—Ha sido Conan Kernoor, y nadie más. Se lo aseguro a usted, señora!

Poco después, Alicia, que iba al invernadero, se encontró con Juan, que la detuvo con un ademán, y en voz baja, pero con tono imperativo, violento casi, le dijo:

—¿Por qué ha seguido usted manteniendo su opinión, si yo le hacía señas para que se callara?

Ella se puso muy pálida y le temblaron los labios.

—¡No estoy obligada a obedecerle a usted!

—Bien pudo usted comprender que si le hacía aquellas señas, por algo sería. Usted no se figura las consecuencias que pueden tener sus palabras.

Tenía el rostro crispado, de maldad, y ella los ojos anegados en lágrimas, a pesar de lo cual pudo murmurar:

—Si el culpable se va muy lejos, e inmediatamente, no hablaré a nadie más de mis sospechas...

Se dulcificó la expresión de Juan; y ya iba a coger una mano de Alicia, cuando pasó Vonnik con una bandeja en la mano, y entonces él dijo en voz alta:

—¡Buenas noches! Que duerma usted bien y no tenga pesadillas. No hay motivo para ello.

Seguía densificando la obscuridad la niebla marina. Hacía ya bastante tiempo que no se oían pisadas de zuecos en la calle. Na había luces. Si estada iluminado el balcón de algún enfermo, la niebla no lo dejaba ver.

En la hospedería *Margarita*, adherida al acantilado, el silencio era absoluto.

Apenas se percibía, con el oído atento, la llamada de alguna sirena, que venía de alta mar.

Sonaban en medio de la noche las horas, las medias y los cuartos con esa vibración especial originada por la niebla.

Era una noche callada, pero verdaderamente espantosa. Una de esas noches que las imaginaciones bretonas pueblan de terror.

Más tarde, a esa hora en que próximas las primeras palideces del amanecer, es mayor la obscuridad, se abrió calladamente la puerta del cuarto de Juan.

Salió éste y recorrió el pasillo. Aunque hubieran estado acechándole, nadie le hubiera oído, pues ni el más leve roce revelaba su presencia.

Parecía como si formara parte de la obscuridad.

Bajó la escalera sin que crujiese ni un solo peldaño. El gato, que dormía en la planta baja, junto a la estufa, no se despertó.

Se oyó la campanada de un cuarto de hora en el antiguo campanario; luego una media; el confuso contorno de Juan apareció en el pasillo que iba a dar a la cocina.

Llevaba en la mano una maleta pequeña que no tenía cuando bajó.

Entonces, a lo lejos, en las profundidades de la vasta mansión callada, se oyeron apagados, los pasos de cojo que tanto asustaban a las criadas bretonas.

Luego dejó de oirse.

Se reanudó la tranquilidad.

Alicia no había podido conciliar el sueño. Se le representaba en su imaginación aquel regreso en compañía de Juan, de poco antes. Volvía a oir sus conmovidas pa-

labras: "Me inspira usted un sentimiento... Desde el primer día."

Pero entonces, ¿por qué aquella noche, después de comer se esforzó para imponerle silencio, cuando exponía su creencia acerca de los dos asesinatos recientes?

Ella no sabía nada de él. ¿Se habría enamorado de un criminal? ¡Eso, no! ¡Imposible!... Sin embargo...

Ya iba a dormirse cuando oyó, de repente, los pasos del cojo. Se puso una bata en seguida, quería saber a qué atenerse.

Bajó despacio, sin encender ninguna luz.

Tampoco crujió bajo sus pies ningún peldaño de la escalera. Tampoco tropezó con ningún mueble.

Sin embargo, a pesar de sus precauciones podía sospecharse por ciertos rozamientos de su ropa, que estaba allí, a obscuras.

Entró en la cocina, aquella extensa cocina bretona, y escuchó al través de la puerta de la bodega, que ella no podía abrir.

De pronto apareció tras ella la figura de un hombre que cojeaba y que iba vestido a la moda de muchos siglos atrás. Se aferraron a su cuello, brutalmente, dos manos que empezaron a apretar, a apretar...

Alicia no pudo pedir socorro, ni forcejear siquiera.

Con la boca abierta, porque le faltaba aire que respirar, cogió las muñecas de su agresor, ineficazmente.

Tuvo la sensación de que se le petrificaban los ojos, los oídos, las narices, y se sintió caer en la obscuridad del desmayo.

Recobró el conocimiento. La habían soltado las manos. Aturdida aún, aspiraba el aire sin grandes molestias a pesar del dolor agudo que sentía en la tráquea y en los músculos del cuello. Consiguió levantarse.

Junto a ella, en medio de la oscuridad, se oía el ruido de una lucha encarnizada; exclamaciones, ruido sordo de golpes, de muebles empujados, de sillas que se caían.

Oyó también rumor de voces en el jardín. Desde afuera procuraban abrir las maderas, que, agitadas con fuerza, dejaban pasar, intermitentemente, claridades del amanecer.

Dentro, cruzó una sombra por delante de una ventana; una figura que parecía exactamente la misma que Vonnik juraba haber visto varias veces; la figura de Conan Kernoor, el bandido ajusticiado en la plaza de Rennes dos siglos antes.

La ventana, violentada, se abrió. Por ella entraron en la cocina el jardinero y tres gendarmes que estuvieron acechando toda la noche.

Y al entrar vieron a Juan, con la cara ensangrentada, y las ropas en desorden, y Alicia, atontada todavía.

Vieron también, encima de una silla, una maleta pequeña, cubierta de moho, como si hubiera estado mucho tiempo en una cueva húmeda.

—¡Manos arriba!—ordenó el cabo a Juan, que obedeció y dijo:

—Llegan ustedes demasiado tarde. No es a mí, que he defendido a la señorita Alicia, a quien hay que detener.

El cabo preguntó:

—¿Qué hay en esa maleta?

La abrió sin gran esfuerzo, porque las cerraduras estaban oxidadas y llenas de cardenillo, y no ofrecieron resistencia. La maleta estaba repleta de alhajas, amontonadas unas con otras, mal envueltas, *que tenían fulgores rojos*, ante la escasa claridad del amanecer.

¡Ya sospechábamos de ti, buen mozo! Estábamos de guardia en el cobertizo, y cuando oímos el alboroto... ¡A ver; las esposas!

—¡No las quiero!

Intentó un gendarme ponérselas y le rechazó con un ademán que pareció negligente, pero que hizo retroceder varios pasos al representante de la autoridad.

—Repito que he defendido a esta señorita. Ella puede testimoniarlo.

Alicia hizo un esfuerzo para sobreponerse al malestar que aún sentía, y para hablar, a pesar de lo mucho que le dolía la garganta. Por fin, dijo:

—Han querido estrangularme, pero no fué este señor. Lo juro.

El cabo saludó cortésmente a la muchacha, y replicó:

—Es usted muy generosa, señorita, pero nosotros no podemos creer sus manifestaciones.

En aquel momento abrieron la puerta las señoras de Massiat, de Cutiot, la belga, y Vonnik. Iban en bata, excitadísimas, y gesticulaba mucho. Rodearon a Alicia.

—¡Hija mía!—exclamó la buena señora de Massiat estrechándola ante sus brazos—. ¿Qué te ha pasado?

Alguien que estaba tras ella, alguna criada probablemente, salió entonces y subió la escalera.

Juan se encontraba de espalda a la puerta, pero oyó los pasos apresurados. Le era imposible salir corriendo tras ellos, porque seguía con las manos en alto, y apuntándole los revólveres de los gendarmes, pero gritó:

—¡Id en seguida! ¡Alcanzadle! ¡Es él!

—Y así podrás escaparte tú, ¿no es eso? Pero, ante todo, ¿alcanzar a quién?

Se paró a la puerta de la casa un automóvil, en el cual iban los inspectores de la brigada volante de Rennes, que llegaban para practicar diligencias con motivo del reciente asesinato.

Juan les habló en voz baja. En seguida, confiando el preso a los gendarmes, subieron al primer piso, sin hacer ruido, atravesaron el pasillo y llamaron a la puerta de Burbonad.

No contestó nadie. Golpearon con más fuerza, y gritaron:

—¡Somos policías! ¡Abrid!

Siguió el mismo silencio.

—¡En nombre de la ley. Abrid! Si no, abriremos nosotros.

En un impulso combinado, los hombros de los inspectores violentaron la puerta, haciendo saltar cerradura y cerrojo.

En la habitación no había nadie.

Encima de una mesa vieron un traje del siglo XVIII, un sombrero de alas anchas y una peluca—todo el disfraz del supuesto Conan Kernoor—y una cuartilla de papel que contenía estas palabras escritas con lápiz, apresuradamente:

Todavía no me habéis cogido. Panorme.

—El balcón está abierto. Ha debido de escaparse por él, deslizándose por esa columna.

—¡Panorme, el famoso *gangster* francés...! ¿Te acuerdas del robo de que fué víctima el joyero Delacroix? Si le llegamos a coger... ¡qué buen golpe!

Y qué buen ascenso nos valdría...

Poco después había de notarse que había desaparecido la motocicleta del jardinero, que estaba en la cochera de la hospedería.

Cuando los inspectores bajaron, furiosos, les preguntó Juan:

—¿Les engañé con lo que les dije en voz baja?

Pero los policías no querían fiarse de él, y como habían dejado escapar a Panorme, les interesaba conservar aquel otro preso.

¡No nos engañas! Has denunciado a tu cómplice, creyendo que así salvarías el pellejo... Os entendéis muy bien. Lo malo es que te hemos cogido en flagrante delito, y ya tienes bastante con eso.

El otro inspector añadió:

—Sí, en flagrante delito, con la maleta llena de alhajas robadas en la mano... Alhajas con piedras encarnadas... Pero ¿dónde está?

La buscaron inútilmente. La sombra que entró con las tres señoras y volvió a salir en seguida, sin que nadie se fijara en ella, fué, evidentemente, Burbonad, alias Panorme. Ni el mismo Juan se enteró.

Aquella desaparición no modificó el mal humor de los policías.

Obligaron a Juan Lurbe, que se sonreía, a subir a su automóvil, con las esposas puestas y los pies atados.

Guiaba uno de los inspectores, y los otros no apartaban sus miradas del preso, que debía de ser un individuo peligrosísimo.

En el instante de arrancar el coche se cruzaron las miradas de Alicia y de Juan.

Apenas se fueron los inspectores, los gendarmes practicaron un registro minucioso en la casa, empezando por el cuarto del misterioso Burbonad.

Entretanto dos centinelas impedían la entrada en la casa, ante la cual había, a pesar de la lluvia, verdadera muchedumbre.

Un incidente dramático más. Una película gratuita para los curiosos.

El viento del suroeste azotaba violentamente aquella aglomeración y lanzaba la lluvia sobre los rostros tostados y arrugados, ahogando, además, las peticiones de unos mendigos gangosos y metiéndose por las amplias mangas de las mujeres, o despeinando la pana de los sombreros.

En torno a la plaza Mayor, y a lo largo de las aceras, agitaba las muestras de las tiendas antiguas. ¡El viento del suroeste! ¡El dueño de Bretaña!

¡Cuánto chismorreo entre aquella multitud que hablaba en bretón y en francés!

Aun cuando en San Benito de las Olas fuese la señora de Massiat objeto de una estimación general, los dos asesinatos, la fuga de un criminal, y la detención de otro, suscitaban ya diferentes comentarios.

"No, de aquello no tenía la culpa la patrona ni su hija, aunque ésta era demasiado elegante y presumida. Pero ¿quién se atrevería, en lo sucesivo, a alojarse en una casa donde tales cosas ocurrían?"

Había más aún. Los dos asesinatos, la fuga de un bandido y la detención de su cómplice, podían perjudicar mucho al pueblo. No dejarían de hablar de ello los periódicos.

Los crímenes son siempre un reclamo contraproducente. De ello se resentía el mercado de San Benito, con toda seguridad. Lo mismo podía decirse de la temporada de dos meses (julio y agosto) que llevaba tantos bañistas a la región. En una palabra: la pérdida para el pueblo era enorme.

Crecía la hostilidad contra la hospedería, a pesar de los esfuerzos del señor cura, ex combatiente, que fué a visitar a la señora de Massiat y a su hija Alicia antes del almuerzo; tampoco servían de nada los esfuerzos del cabo, que contaba a quien quería oírle que era injusto hacer responsables a la patrona y a su hija de aquellos dramáticos sucesos. Confiaba el gendarme en que no dejaría de ir gente a la hospedería *Margarita* y a todo el pueblo, durante la temporada de verano.

Entretanto, como acababa de marcharse la señora belga, no quedaba más que un huésped. La señora Cutiot estaba alegre y entusiasmada hasta un punto indescriptible.

¡Por fin se encontraba mezclada, personalmente y no sólo con la imaginación, en un suceso criminal! Acerca de éste edificó una hipótesis absurda, y se la contaba a todos los que se resignaban a oírla. Según ella, Juan Lurbe y Burbonad pertenecían a una banda internacional de criminales: el propósito que perseguían era recuperar las alhajas de la familia imperial de Rusia, desaparecidas, como es sabido, después de la abominable ejecución del Zar y de la Zarina y que estaban escondidas en Bretaña. El contenido de la maleta procedía de San Petesburgo, después de haber hecho paradas en distintas capitales europeas.

¿Y quienes eran las dos víctimas? Dos agentes del gobierno de los soviets que pretendían apoderarse de las alhajas. En cambio, el bromista Juan Lurbe, que estaba



A LA ESCASA LUZ DEL AMANECER, LE PARECIO QUE HABIA UN CUERPO HUMANO TENDIDO JUNTO A LA PUERTA...

bebiendo continuamente y Burbonad, eran dos miembros de la Asociación Internacional de Bandidos. Todo ello iba a descubrirse en seguida, gracias a la colaboración de algún detective famoso, o de alguna detective, que bien pudiera ser la señora Cutiot en persona.

A pretexto de comprar algunas cosas, fué a exponer esta su teoría a la señora de Alain, dueña de una mercería en la plaza de San Benito, y luego, a la tienda de las Damas Bretonas, donde las vendedoras, muchachas solteras todas ellas. La oyeron conmovidas, y con los ojos muy abiertos. No perdonó el relato a la librera de la calle de la buena Estrella ni a Celestino Legall, el anciano secretario de la Alcaldía.

Era en vano que aquel suroeste ajustase las ropas a la señora de Cutiot, por toda su espalda, y que zarandease su paraguas. La buena mujer prosiguió sus visitas y su charla hasta el anochecer.

La señora de Massiat hubo de acostarse de nuevo, porque el asma que padecía se complicó con una crisis cardíaca, y tenía mal aspecto. Se pensó llamar al doctor Drehier.

La noche sumió en el sopor a los habitantes de San Benito de las Olas.

Fueron apagándose una a una, las luces de los balcones y salieron a la calle los gatos a discutir entre bufidos. A veces pasaba un *auto* retrasado. También se oía el rumor de la marea que estaba bajando; los chirridos de las veletas, las campanadas del reloj de la iglesia.

Guiñaban los claros ojos de los faros.

Alicia no había subido a acostarse y permanecía sentada en un banco del invernadero, entre el olor de las plantas exagerado por el calor y llorando.

Pudo tener serenidad durante todo el día, pero en aquellos momentos estaba entregada a su dolor y a su llanto.

El gato roncaba detrás de ella, rozando sus piernas con el lomo encorvado, pero al ver que no conseguía respuesta ni caricias, fué desdeñosamente a echarse en el cesto que le servía de cama, al pie de la escalera y junto a la estufa, que era su sitio preferido. Tal vez le pareciera que la humanidad había perdido el juicio.

En aquella triste meditación nocturna, se daba cuenta Alicia, al través de sus lágrimas, de que estaba más enamorada de Juan de lo que ella creía.

¡Juan! Al pensar en él, le llamaba "¡Juan mío!" ¿Sería posible que fuese un bandido como aseguraban los inspectores de la brigada volante?

Con todo su corazón deseaba contestar que no, segura de no equivocarse. Pero titubeaba y aquel titubeo la entristecía. En las actitudes y en la conducta de Juan, en sus hechos y en sus palabras, y hasta en sus miradas, Alicia halló con frecuencia motivos para sorprenderse. ¿Por qué representaba delante de los demas aquel papel de bromista burlesco? Porque el caso era que representaba un papel.

¿Por qué hizo señas a Alicia para que se callara cuando expuso en la mesa su propósito de tomar informes en París acerca del robo de la joyería de Delacroix?

¿Por qué le reprochó violentamente que no se hubiera callado cuando le hizo tales señas?

Alicia aseguró a la brigada volante que no era Juan quien la había estrangulado a medias, pero en su fuero interno no existía semejante convicción.

Se enjugó los ojos, anegados en lágrimas. ¿Dónde habían encerrado a Juan? ¿Qué le sucedería? Alicia era una muchacha de esas que, al contrario de lo que ocurre con las coquetas, parece que ignoran su poder de seducción, que desdeñan las atenciones más culinas, y que se sienten ofendidas por ellas. Pero cuando se deciden a querer, quieren para siempre y siguen siendo fieles, a ojos cerrados, suceda lo que suceda.

Un leve crujido interrumpió de pronto el silencio de la casa dormida.

Alicia miró a su alrrededor, y luego salió a ver si había alguien en el recibimiento y en la sala.

Nadie.

Volvió a sentarse. Se había reanudado el silencio, y era tan profundo, que a ella le parecía percibir, en la tibieza del invernadero, los estremecimientos de la vida vegetal.

Varios huéspedes de su casa y muchachos del pueblo, la cortejaron, sin lograr otra cosa que hacerla reír. Sus ojos tiernos, sus suspiros, sus expresiones de celos, le parecían grotescos y, cuando se prolongaban, se enfurecía.

Pero Juan, que hasta la víspera a orillas del mar, no le dijo nunca que la quería, a no ser con la mirada, conquistó a Alicia desde el primer día.

¿Por qué? No era un niño bonito; no era más que un buen mozo. Tenía en su cara, un poco ruda, mucha energía y mucha dulzura. Y a veces, una alegría juvenil. Su elevada estatura, la agilidad de sus movimientos, la claridad deportiva de sus más insignificantes ademanes, atraían. En ninguna parte hubiera pasado inadvertido.

¡Otro ruido! ¡Y esta vez mucho más cerca!

Alguien estaba dando golpecitos en los vidrios.

¿Quién sería?

Las altas plantas le impedían ver.

Separó dos de ellas y, entonces, a la vaga luz que proyectaba el invernadero, vió la cara y la figura de Juan.

Sí, era Juan, que pedía, con ademán imperativo, que Alicia le abriese la puerta.

Ella vaciló. ¿Había de meter en su casa a aquel hombre a quien la policía detuvo?

Sí. Titubeó tres o cuatro segundos, y después echó a correr de puntillas hasta el re-

cibimiento, y allí descorrió el cerrojo calladamente y abrió la puerta.

Entró Juan y cerró con muchas precauciones. La cogió a ella por un brazo y se la llevó apresuradamente al invernadero.

—¡Aquí!—dijo, indicando un banco que las verdes plantas, muy juntas unas a otras, ocultaban a la vista de los transeúntes.

Por otra parte, a aquella hora de la noche, no se oía ningún ruido de pasos en la carretera, y el alumbrado del jardín, muy débil, apenas se veía desde afuera.

—Sí. Alicita, soy yo, que m ehe escapado en condiciones muy curiosas. Podría estar ya a cien kilómetros de Bretaña; más aún, pero quería ver a usted, quería explicarle, decirle cuánto la quiero. No me interrumpa, que tengo muy poco tiempo. Déjeme usted sus manos. Sí, déjemelas usted, porque han de transcurir semanas, y tal vez meses, antes de que volvamos a vernos.

Alicia le dejó dócilmente las manos. Bastaba que Juan estuviese a su lado, para que ella sintiera renacer en su corazón y en su ánimo esa confianza que debería acompañar siempre al cariño.

Oigame: Soy ahijado del señor Delacroix, que fué víctima de aquella tragedia hace poco más de cinco años. Mejor dicho, soy uno de sus ahijados, porque al igual que muchos jefes de industrias, accede fácilmente a apadrinar a los hijos de los empleados.

No le he conocido hasta hace poco. Mis padres habían muerto siendo aún yo muy niño, y me ha educado un primo soltero y viejo, que costeó mis estudios. Se murió él también cuando yo los terminaba. Sabía que un importante joyero, llamado Delacroix, era padrino mío, pero nunca le había visto ni oído hablar de él.

Me anticipé a la quinta para acabar pronto el servicio militar. Luego, intenté muchas cosas, pero mi espíritu es muy aventurero y no puedo estar quieto ocho horas diarias ante una mesa de oficina y menos depender de jefes por muy benévolos que sean. Invertí en viajar mucho del dinero que me dejó mi primo. También lo he ganado yo, merced a algunas aventuras en los trópicos. Cuando regresé la última vez, hace pocos meses, mi Banco me avisó de que ya no tenía nada, pues la crisis redujo a cero los últimos valores de mi pertenetncia. ¿Qué había de hacer yo?

Entonces fué, como por casualidad, cuando cayó en mis manos un periódico que hablaba del crimen de Panorme. Recuerde usted que en la época del robo el señor Delacroix ofreció: primero, una cantidad considerable en dinero, a quien contribuyese a la detención de Panorme, y segundo, la tercera parte de valor de la Cascada Roja a quien encontrara el famoso aderezo, además de una prima enorme por las demás alhajas. En junto: una fortuna.

Varios detectives particulares y aficionados han intentado ganar ese capital pero ninguno consiguió nada.

—En efecto, los periódicos han referido sus fracasos.

—Me acordé entonces de que el señor Delacroix era padrino mío. Muchas veces pensé pedirle colocación, pero me molestaba presentarme a un hombre tan rico y aludir al padrinazgo, que, sin duda, habría olvidado él. Aquella vez ya no era lo mismo. Se trataba pura y simplemente, de un negocio.

Fuí a verle como hubiera ido a ver a cualquiera. Le dije cómo me llamaba, sin aludir al padrinazgo, pero él lo recordó perfectamente, me acogió con una benevolencia conmovedora, y me reprochó que no le hubiese visitado antes. Conservaba un recuerdo excelente de mi padre, que fué contramaestre en su fábrica.

El señor Delacroix es ahora un anciano de barba blanca, encorvado y triste. No ha podido curarse del terrible golpe que fué para él la espantosa muerte de su hija.

Le referí mi vida, en pocas palabras y acabé preguntándole si sus ofrecimientos relacionados con la detención de Panorme y la recuperación de las alhajas, seguían en pie. Me contestó que sí, pero al enterarse de mi proyecto, me aconsejó que no me metiera en una aventura tan peligrosa, y me ofreció colocación en su casa, de acuerdo con mi afición a viajar.

—¿Y usted se negó? ¿No era un ofrecimiento tentador? ¡Una casa tan importante!

—Tal vez hubiese aceptado, pero luego hablamos de la muerte de su hija Otilia; me enseñó sus retratos y todos los recuerdos que conserva de ella, y le ví llorar. Yo, después de haber visto las fotografías y palpado los objetos que pertenecieron a la infeliz, sin exceptuar el velo empapado en sangre, que estaba en un estuche de cristal cerrado; después de mirar aquel rostro bondadoso, bañado en lágrimas y acordándome de que el desventurado joyero fué muy bondadoso para con mi padre, le dije que yo encontraría las alhajas y conseguiría que detuvieran a Panorme.

En muchas entrevistas posteriores intentó, sin resultado, que abandonase mis proyectos. Yo me mantuve firme, afortunadamente, porque, si no, Alicita, no la hubiera conocido a usted nunca.

—Juan...

—Delacroix me dijo:

Puesto que eres tan testarudo, inténtalo, hijo mío. Voy a ratificar por escrito los ofrecimientos que hice antaño y que se publicaron en la Prensa. Nadie sabe dónde le espera la muerte, y yo soy tan viejo. Si me proporcionaras la satisfacción de ver a Panorme detenido y expiando sus culpas... No me atrevo a esperarlo, y es mejor, después de todo, porque no merece el caso que arriesgues tu vida.

Debió vender hace mucho tiempo las alha-

jas sueltas; su valor no era muy considerable. Pero en cuanto a la Cascada Roja tienes alguna probabilidad, pues estoy seguro de que no ha sido vendida en ningún sitio del mundo. Apenas se cometió el robo fueron enviadas a todas partes fotografías de la joya, y no hubiera podido venderla nadie sin ser detenido.

Si desfigurándolas, es decir, cambiando su forma, su montura, presentándolas de un modo distinto hubieran logrado venderlas en algún mercado lejano, sin que yo pudiera reclamar, me lo hubiesen dicho. Esto les ha ocurrido muchas veces a varios compañeros míos.

Opino, pues, que la Cascada Roja sigue en poder de Panorme, que sin duda, espera que se olviden de ella. Me figuro que habrá intentado desfigurar esa alhaja, pero no tardaría en convencerse de que necesitaba hacer un gasto considerable, y de que le detendrían inmediatamente, pues los obreros que pueden realizar aquel trabajo, están, por regla general, a sueldo de la Asociación Internacional de Joyeros, y reciben primas por cada una de las alhajas robadas que ellos consiguen devolver a sus propietarios legítimos. Además, desmontados y modificados, los rubíes perderían un sesenta por ciento de su valor, y acaso más. Por eso digo que la Cascada Roja debe de hallarse todavía tal como era en otro tiempo. El ladrón espera.

Luego, como anticipo sobre la prima, me entregó el señor Delacroix todo el dinero que necesitaba. Simpatizamos mucho. El salía conmigo y me daba consejos. Le interesaba seguir mis actuaciones, que no tienen nada de complicado, sino que son muy sencillas.

Gracias a un abogado amigo mío, logré autorización para visitar en sus respectivas cárceles, muy lejos una de otra a aquel Brennot, alias Dubled, y a Franquet, conocido con el nombre de Bouquet. Ante ellos me finjí periodista, pero no logré gran cosa, pues estaban emperrados en su odio hacia Panorme, y en su deseo de arrebatarle parte del botín y vengarse de él luego. Aun así, y a pesar de su reserva, no dejaron de darme algunas indicaciones, un poco confusas, pero que, relacionadas con las que yo poseía, me fueron muy útiles.

Como sólo me vieron una vez en sus respectivas cárceles, no me conocieron aquí cuando les aconsejé que se marcharan cuanto antes.

No conocieron a Panorme en aquel viejo sordo que se hacía llamar Burbonad.

Gracias a ellos adquirí, antes de venir a San Benito, la certidumbre, casi, de que Panorme estaba refugiado en Bretaña, como ya lo hizo dos veces, después de otros tantos robos. Sabía también que era muy hábil para disfrazarse, cosa relativamente fácil, y adoptar una personalidad que no inspirase sospechas a nadie.

¿Cómo podría encontrarle yo en Bretaña? Era lo mismo que buscar una aguja en un pajar, pero tuve la insistencia necesaria para no renunciar a mi propósito.

Recorrí todo el litoral al azar. Después de varios meses de pesquisas infructuosas, y cuando empezaba a desesperar, tuve un momento de suerte. Acababa de llegar a San Benito de las Olas; al apearme del tren me fuí a beber una copa a la tienda del tío Maltouche, el tabernero de la plaza de los Cuatro Huevos. En sitios así es donde se puede averiguar, como si no le interesara a uno, si hay forasteros en el pueblo. Pues bien, la criada vieja fué a buscar dos litros de vino para la hospedería y contó a distintas personas la historia de Conan Kernoor, a quien ella oía cojear por la noche, recorriendo la casa. Aquello me llamó la atención y me hospedé en la casa *Margarita*, donde había una muchacha adorable.

—¡Cuánto me acuerdo de aquella noche, Juan!

—Tenía unas señas muy detalladas de Panorme, y a pesar de todo no le conocí al pronto bajo las facciones de aquel Burbonad, cuya personalidad de oficinista viejo y sordo, adoptó admirablemente. Necesité varias semanas para convercerme, y como sabía que es muy desconfiado, representé un papel de imbécil, de esos que dicen bromas groseras, y beben continuamente copitas de licor. ¡Ay, querida Alicia, cuánto me ha costado hacer ese papel ante usted!

—¡Y cuánto me apenaba ese aspecto de su carácter, que yo no sabía que fuera fingido! Ya vió usted que no traté de ocultarlo.

—Seguro ya de que Burbonad era Panorme, pude cogerle, llamar a los gendarmes y llevarle a la cárcel, pero yo quería apoderarme también de las alhajas. ¿Para qué había venido a instalarse allí aquel criminal? A fuerza de observar y de pensarlo mucho, di con ello. Había ido, ni más ni menos, porque, inmediatamente después del robo, escondió en ese hueco del acantilado el aderezo de rubíes, que no pudo vender por su misma importancia y por la minuciosa descripción que circuló por todo el mundo. Ese hombre conoce admirablemente el país. Ha debido vivir en esta provincia.

—Claro que sí. Sabe de Bretaña más que yo que he nacido en ella.

—La leyenda de Conan Kernoor le inspiró, sin duda, la idea y el lugar del escondrijo. En el momento del robo, el fondo de la cueva, o por mejor decir, de la bodega de la hospedería, tenía comunicación con esa especie de gruta por dos o tres grietas enormes. Panorme escondió en la gruta, bajo una roca, la maletita donde guardaba el aderezo de rubíes, convencido de la imposibilidad de vender, antes de algún tiempo, la Cascada Roja.

Dejó pasar cinco años y volvió al escondrijo, pero mientras tanto, su mamá de usted había comprado la casa y mandado levantar la pared. En vista de esto, Panor-

me bajaba por las noches a la bodega, retiraba a un lado la barrica vacía que hay en el rincón y socababa la pared lo mejor que podía.

El trabajo adelantaba poco porque Panorme no se atrevía a golpear con fuerza, y la pared tenía mucho espesor. Como, de todas maneras, podían oírlo durante la noche y tal vez verle, andaba cojeando para que la servidumbre bretona de la hospedería se figurara que era una aparición del bandido del siglo XVIII. Además se disfrazaba con ropa de la época y todo ello contribuía a crear cierto engaño.

Puestos en libertad Brennot y Franquet, al cabo de cinco años, en vez de ocho, a causa de su buen comportamiento, encontraron, separadamente, las huellas del asesino. Yo acerté con ellas por casualidad, pero ellos tenían informes de que yo no dispongo. Tampoco Brennot, como me pasó a mí, se dió cuenta de que Burtonad y Panorme eran una misma persona. Fué inútil que, por humanidad, le pusiera sobre aviso; me conoció por haberme visto en su cárcel, donde me presenté como periodista, pero no hizo caso de mis buenos consejos. Murió estrangulado, a pesar de su enorme fuerza, cuando regresaba de registrar la bodega, infructuosamente por cierto. ¡Panorme es un enemigo terrible!

Franquet, a quien avisé también, comprendió el peligro y trató de huir, pero Panorme no quiso dejar con vida a aquel cómplice peligroso, y aprovechando la densa niebla que cubría a San Benito aquella noche, salió de la casa, sin que le viera nadie, descolgándose por el balcón y deslizándose por una columna. Alcanzó a Franquet, le mató y volvió por el mismo camino.

En la sala, a pesar de las señas que le hice a usted, manifestó su propósito de esclarecer el asunto Delacroix. *Aquella era su sentencia de muerte.* La misma noche, las temibles manos de Panorme intentaron asfixiarlo. Yo subía de la bodega. Anticipándome al bandido, acabé de abrir el agujero en la pared, y fuí a buscar al peñasco donde estaba escondida la maleta que contenía la Cascada Roja. Pude acometer a un tiempo al criminal y salvarla a usted. Lo demás ya lo sabe.

—Pero... ¿cómo ha vuelto usted aquí?

—Al llegar a Rennes me interrogaron muy severamente los funcionarios de Seguridad y hasta me buscaron las vueltas en el Ayuntamiento, con el mayor empeño. Contesté con bromitas. Aquí, en esta casa he aprendido a ser gracioso al representar mi papel, pero sepa usted que al fingir ante la policía, estaba indeciso. Me hubiera bastado decir la verdad y rogar que telefonearan al señor Delacroix, que hubiera confirmado en el acto mis manifestaciones, y después de unas diligencias que podían durar varios días, hubieran acabado por convencerse de que yo no tenía responsabilidad alguna en los dos asesinatos cometidos por Panorme. Luego me pondrían en libertad, dándome explicaciones y hasta felicitándome. Esos caballeros de la policía me hubieran considerado como un compañero... ¡Pero cuánto tiempo perdido! Por otra parte los periódicos publicarían detalles de mi libertad, y sus motivos, con lo cual aumentaría la desconfianza de Panorme, a quien sigo empeñado en cazar, y me habrían inutilizado para con él.

Además, en cuanto supieran los policías que subsistía el ofrecimiento que hizo el señor Delacroix hace cinco años y que la Cascada Roja seguía en poder de Panorme, se hubiesen apresurado a ganar el premio ellos, lo cual les incitaría, tal vez, a tenerme "a la sombra" más tiempo del necesario. "Compañero suyo, pensaba yo; sí, pero compañero molesto".

Dos de los agentes a quienes vió usted aquí, me llevaron desde el Ayuntamiento de Rennes a la cárcel, después de aquel interrogatorio interminable; pero, al apearnos del automóvil, les empujé con una violencia, de lo cual me disculparé más adelante, y mientras ellos veían las estrellas, yo salté al coche y a pesar de las esposas pude salir andando yo solito. Me persiguieron auxiliados por muchos compañeros suyos, pero a pocos kilómetros de Rennes, en dirección a París, me metí en un camino de travesía, desde donde ví pasar como un huracán los tres coches que me perseguían.

Me libré de las esposas y llegué a un bosque, donde he esperado a que se hiciese de noche (pues la policía tiene mis señas y el número del automóvil) y ya no tuve más pensamiento que el de volver aquí, verla a usted otra vez y explicárselo todo, ¡querida Alicita!

La muchacha se estrechó contra él, cariñosamente, apasionadamente.

—¡Qué feliz soy! A pesar del cariño que hacia usted sentía, tuve unas sospechas que... me pregunté si...

—Si no era yo un necio, primero; y luego si sería el ladrón...

—Después de todo, estaba segura de que no era ninguna de las dos cosas, puesto que...

—Siga: puesto que...

—Que yo también le quería.

Se olvidaban de todo, hasta de lo lejana que estaba aún para ellos la felicidad.

En lo sucesivo, Juan sería una especie de proscripto obligado a ocultarse, y tendría que soportar días muy crudos, que también lo serían para su amada.

¡Qué más daba! Juntos, muy juntos, se decían entre besos frases ingenuas de puro cariñosas.

—Amada mía, la única existencia que me ha parecido siempre posible es la del aventurero, la del constante viajar. Aun era niño y ya me burlaba de las profesiones sedentarias, de esas en que se sabe que el

día de mañana va a ser como el de ayer, y para pensar así no necesité leer, como otros niños, a Julio Verne ni a Boussenard; era una tendencia natural mía. Sin embargo, desde la primera vez que te ví, me dí cuenta inmediatamente de que el porvenir más hermoso sería vivir tranquilo en una casita, sin viajar, pero a tu lado, y ya no aspiré a otra cosa.

—También yo pensé en seguida: "¡Qué feliz sería si me casara con Juan! Me parece que le entusiasman los viajes largos, que a mí me asustan, pero ¡con cuánto gusto le acompañaría! Estar cerca de él lo mismo en la pobreza que en la suerte, en la tristeza o en la felicidad..."

—¿De veras pensaba así, Alicita?

—Sí, ¡con toda mi alma!

—Oírtelo decir es la primera alegría grande de mi vida.

Reconocían en sí mismos, vigoroso, profundo, ese sentimiento eterno del amor.

Pasaron las horas mientras ellos se repetían incansablemente frases de cariño. Contemplaban el porvenir entusiasmados. Para ellos no existían el espacio ni el tiempo.

Llegó el momento en que la luz del amanecer les hizo ver al través de los cristales del invernadero, y confusamente, copas de árboles y tejados de casas.

Juan apagó la luz.

—Ya es de día, querida Alicita. Tengo que irme, buscar algún refugio, esconderme...

—No, no, Juan; te lo suplico. Vete a Rennes o a París, dí la verdad y serás libre... Renuncia a buscar esas alhajas y a capturar al miserable Panorme. ¿Lo oyes? Te lo ruega una mujer enamorada de tí.

—Yo no poseo bienes de fortuna, ni profesión.

—Y yo carezco de dote. Mi madre sólo tiene esta casa de huéspedes que apenas le produce para lo indispensable; pero eso no importa, Juan; trabajaremos, estaremos juntos, y seremos felices, ¡felicísimos!

—Alicita, no debo, no quiero ceder a la tentación de conocer esa inmensa alegría a tal precio. He prometido al bondadoso Delacroix que vengaría a su hija y recuperaría la Cascada Roja. Si no cumplo mi palabra, no me atreveré a mirar el retrato de Otilia... Necesito llegar al fin y, además, quiero proporcionarte una existencia digna de tí. Dicen que el dinero no constituye la felicidad, pero la garantiza, la agranda, la conserva entre dos que bien se quieren.

—¡Si al menos pudiera estar yo siempre a tu lado! Pero quedarme aquí mientras tú te expones a los mayores peligros... ¡No, Juan, renuncia a ese proyecto; te lo suplico!

—Quisiera complacerte, pero no puedo.

Hubo una pausa de pocos segundos. El rumor del mar aumentaba conforme iba subiendo la marea. Pronto la aurora se convertiría en día claro.

—¡Qué angustia voy a sufrir!—murmuró ella.

Juan se sonrió.

—Calma tus temores, vida mía. En mi existencia de aventuras he tenido que luchar con adversarios temibles, peligrosos. Muchos habían jurado que me matarían, y a pesar de sus juramentos, ¡aquí me tienes! Ese farsante trágico de Panorme no podrá conmigo; seré yo quien le venza.

—¡Mira lo que haces, Juan!

—Lo miraré. La prudencia es una de tantas formas de la combatividad.

—Ese Panorme es un ser peligroso, extraño, desconcertante. Ya ves lo que ha hecho aquí. Estaba tan bien disfrazado; representaba tan admirablemente su papel, que tú comprendías que era él y te costaba trabajo conocerle.

—Es verdad; pero ahora estoy seguro de que, por mucho que se desfigure, no conseguirá engañarme. Tiene en su poder la Cascada Roja, y *yo se la quitaré*. A él le meteré en cualquier cárcel, que será su último refugio hasta que le saquen de él una mañana para llevarle a la guillotina. Me gustará ver sus relaciones con Deibler (1) y mientras trabajo en ello, para dar tiempo al tiempo, me ocuparé en el jefe supremo, del cual sólo es un auxiliar Panorme, y de quien sólo sabe la policía el apodo: El Lobo.

—¡Pero los periódicos te abrumarán, de seguro!

—Como todas las apariencias están contra mí, toda la prensa de Francia me tratará de bandido y de miserable. ¡Mejor que mejor! Así podré tener amistades útiles entre la gente de mal vivir, que no desconfiará de mí. Necesito sus informes para dar con el criminal.

Alicia se acercó todavía más a su enamorado.

—Y, entre tanto, yo seguiré aquí, sin servir de nada, mientras tú estás en peligro...

—Si fuese aviador o automovilista, sería mucho peor. Piensa, Alicita, que gracias a mi convenio con el señor Delacroix voy a conquistar un capital en pocas semanas.

—A mí me parecerán muchas.

Cantó en el jardín un gallo ronco. Al pie de la ventana le contestaron otros. Se oyó el rodar de unos carros.

—¡Ya es de día!

—¡No te vayas aún!

—Sí, porque tú misma me has recomendado que sea prudente. ¡Hasta la vista, Alicita! ¡Querida Alicita!

Se dieron el último beso, muy dulce, muy largo, del cual habían de acordarse mucho.

Juan salió, prudentemente por la puerta que no se veía desde los balcones de la casa.

Alicia, en el umbral, le dijo con amor y esperanza infinitos.

—¡Dios te proteja, Juan!

---

(1) Así se llama el verdugo.



DE PRONTO APARECIO TRAS ELLA LA FIGURA DE UN HOMBRE QUE COJEABA Y QUE IBA VESTIDO A LA MODA DE MUCHOS SIGLOS ATRAS.

Y se metió en la hospedería con los ojos llenos de lágrimas.

¡Qué trágico le pareció el zumbido del motor, que se oyó de pronto entre el aire fresco de la mañana! Despertó el eco y se alejó después, haciéndose imperceptible, hasta extinguirse del todo.

Juan bordeó el puertecito donde ya circulaban algunos pescadores llevando sus redes empapadas en agua. Pasadas las casitas viejas del pueblo se halló en un bosque silencioso, y dejó de respirar la humedad salina.

Luego, al salir de una hilera de rocas grises, se encontró en una cima que dominaba el paisaje bretón. Oprimió el pedal del freno y se detuvo. Allá abajo brillaba San Benito, imperceptible, a orillas del mar en marea alta, azul y salpicado de velas blancas. Buscó la casa de la hospedería y le pareció verla, adherida al acantilado.

¡Alicia! ¡Alicita! ¿Seguiría su consejo para tenerla muy pronto a su lado? Era cosa muy fácil de hacer: le bastaba con torcer a la izquierda en el primer cruce, camino de Rennes, y al llegar a esta ciudad, contárselo todo a los funcionarios de la Policía. Pero el hecho de abandonar un propósito en buen camino, era una torpeza y una cobardía. Además, Juan quería para Alicia y para él la codiciada fortuna.

Además de esto y sin que él se diese cuenta exactamente, hervía en su ser el espíritu aventurero. A la izquierda, tenía la seguridad tibia, definitiva. A la derecha, la lucha, los riesgos y tal vez la fortuna. Tomó el camino de la derecha que, dejando a un lado a Rennes, seguía hasta la Bretaña alta.

En el cristal del automóvil fué recortándose una serie de paisajes monótonos. A lo largo de la carretera gris se repetían los postes kilométricos, blancos, con números en negro. Las aldeas tenían tejados de paja, muy poco ganado mayor, unos carneros flacos y unos cerdos que gruñían y se revolcaban en los charcos de lodo.

Por el cielo corrían las nubes, mirándose en la corriente de los arroyos. El sueño pesó en los párpados de Juan. Temió dormirse y estrellarse contra cualquier árbol, porque ello sería el desastre, la pérdida de la felicidad que soñaba. Ya despierto del todo, aceleró la marcha. Los campos, los pueblos, desfilaron temblando por ambos lados del coche.

A la entrada de un pueblo pastaban la hierba de una cuneta, y se espantaban las moscas con la cola, los caballos de unos gitanos. Dos gendarmes examinaban los documentos del jefe, hombre anciano. Vieron tranquilamente el automóvil que guiaba Juan y siguieron examinando los papeles. Aquello era prueba de que no había llegado hasta allí la alarma. Tal vez pensaron que el fugitivo trataría de llegar a París.

Un tren, cuya máquina silbaba, rodeó un pueblo. El humo de la locomotora al salir de un mismo sitio, indicó que allí estaba la estación. Giraron unos discos rojos. Juan dejó el automóvil en un camino de travesía y echó a correr hacia la estación. Cuando, con el billete en la mano, abrió la portezuela de un vagón de tercera y se acomodó en un rincón, giraba ya entre las bielas de la locomotora, una nube de vapor blanco. El tren continuaba su recorrido. La conversación de unos campesinos le enteró de que aquel convoy iba a París, y que, pasado Mans, ya no se detendría en ninguna estación.

Se encasquetó la gorra y fingió que estaba durmiendo. El zumbido del tren parecía decirle:

¡"A-li-cia-A-li-cia-A-li-cia"!

Con tal de que en San Benito no le hubiera visto nadie entrar de noche en la hospedería y de que no molestaran a Alicia, lo daba todo por bien empleado. Las murmuraciones de la gente son despiadadas.

Lo que hacía falta era que no se le ocurriese a la policía registrar el tren durante alguna parada.

En Rennes había en todas las salidas de la estación gendarmes que miraban distraídamente a los viajeros.

Era evidente que nadie creía que el fugitivo hubiese tenido la audacia de irse hacia el Oeste, y que lo más probable era que hubiese seguido en el automóvil hacia París.

Los gendarmes pidieron la documentación a dos viajeros. El tren volvió a salir muy despacio.

En el Mans, tenía la estación el aspecto de costumbre. Desde allí el tren seguía directamente hacia París. Tranquilizado Juan, se durmió.

Al despertarse, su vagón pasaba por entre los grises edificios de los alrededores de Montparnasse. Se apeó, pero vió en seguida que había en las puertas algunos hombres robustos y atentos, observando a los que llegaban.

Aquello era un riesgo grave, toda vez que la policía tenía sus señas.

Pero en la otra vía de la misma estación estaba parado un tren de circunvalación y a punto de salir.

Subió en él, se apeó en la primera estación, fingió que se le había perdido el billete y lo pagó.

Media hora después caminaba, confundido entre la muchedumbre, por la inmensa capital.

Los periódicos de la mañana, así los de París como los de las ciudades importantes, terminaban sus informaciones acerca de los últimos y extraordinarios sucesos de San Benito de las Olas, con párrafos de este estilo:

"El miserable Juan Lurbe, cómplice del bandido Panorme, fué interrogado deteni-



ERA EN VANO QUE AQUEL SUROESTE AJUSTASE LAS ROPAS A LA SEÑORA DE CUTIOT, POR TODA SU ESPALDA, Y ZARANDEASE SU PARAGUAS...

damente en Rennes por los inspectores de Seguridad.

"Se negó a contestar, o mejor dicho, a contestar formalmente. A las preguntas precisas que se le hacía, respondió con bromas chuscas, llegando a burlarse hasta de los agentes por su aspecto físico, por el tamaño de su calzado, por su manera de hablar, defectuosa a veces, y aconsejó a uno de ellos un remedio contra la calvicie, y a otro un régimen eficaz para evitar que se le enrojecieran las narices.

"Semejante cinismo no tenía nada de inconsciente; no era más que un medio de rehuir declaraciones terminantes.

"Pero hubo algo peor: cuando le llevaban a la cárcel, los policías que le escoltaban, engañados por la tranquilidad de que dió pruebas hasta entonces, se dejaron sorprender por un ataque brusco del bandido, que logró huir."

"Según todas las probabilidades, no tardará en ser detenido."

"Como este suceso es, al parecer, una continuación imprevista del asesinato y robo perpetrado hace cinco años en la calle de Portambert, en la casa Delacroix, el conocido joyero, hemos ido, lo mismo que varios compañeros nuestros, a verle; pero el señor Delacroix estaba enfermo y no pudo recibirnos. Por conducto de su secretario, nos comunicó la manifestación siguiente:

"No me parece probable que las piedras que, según se dice, fueron vistas breves segundos en una maleta vieja sean los magníficos rubíes que me robaron hace cinco años. La casa Delacroix y Compañía ha perdido, hace mucho tiempo, la esperanza de recuperarlos. En cuanto al asesino de mi hija, creo que sólo la casualidad podrá ponerlo en manos de la justicia."

La señora Massiat enseñó a su hija esta información, y le dijo:

—¡Cuando pienso, Alicia, que has estado a punto de enamorarte de él! Gracias a que no fué nada serio. ¡Figúrate si llegas a entregar tu corazón a ese granuja...!

Alicia no perdió la serenidad para contestar:

—Hay momentos en la vida en que nos equivocamos todos, mamá.

La señora de Cutiot dijo que era lamentable que la hospedería hubiese vuelto a estar tan tranquila:

—Era más interesante cuando teníamos aquí al fingido Burbonad y al supuesto Conan Kernoor. Parecía que estábamos viviendo una novela de detectives, y usted sabe, señora Massiat, que si me hubieran confiado la instrucción del sumario desde el primer momento, no hubieran pasado esas cosas terribles que ocurrieron, pues me he enterado de que tengo una aptitud natural para las actividades policíacas. Si fuera yo inspectora de policía, no volvería a haber crímenes impunes. Yo encontraría a los culpables, fuesen quienes fueran, dentro de las veinticuatro horas. ¡Cada vez me convenzo más de que erré mi vocación.

Realmente, desde la muerte de Otilia, Delacroix tenía aspecto de viejo. La barba blanca le daba apariencia de edad superior a la que tenía, y de menor robustez.

Nadie le veía sonreír. No salía más que para ir desde su casa, donde estaban también sus almacenes, en la calle de Cortambert, hasta la magnífica tienda de la calle de la Paz, y siempre llevaba los ojos bajos y el rostro inmóvil, como si fuese un autómata.

En cambio, su vigor intelectual subsistía íntegro. Por eso, se cuidó de fingir que estaba indispuesto para no recibir a los periodistas ni a los policías.

No quería hablarles de Juan Lurbe.

En las pocas líneas que dió para los periódicos, expresó, de intento, escepticismo en cuanto a la recuperación de las alhajas y a la captura de Panorme.

No quería arriesgarse a inspirar a nadie la idea de dedicase a las pesquisas emprendidas por Juan Lurbe.

Aparte de él y del señor Robeling, su secretario, hombre maduro y de toda confianza, nadie sabía que Juan Lurbe fuese ahijado de Delacroix, ni que obrara de acuerdo con él.

Si, al ser detenido, no enteró Juan a la policía de todo, era, de fijo, porque tenía motivos para ello, y Delacroix resolvió hacer lo mismo, y callarse.

Sentía verdadero cariño hacia aquel ahijado, desconocido hasta entonces. La franqueza de Juan, su combatividad, su tendencia a las aventuras y su honradez insuperable le agradaban mucho. Cuando se fué a Bretaña, comprobó el padrino minuciosamente todos los detalles que Juan le dió de sí mismo. Todo era verdad; no había nada inventado, ni siquiera modificado en ningún sentido.

—¡Qué muchacho más raro!—pensaba Delacroix—. Se ha equivocado de siglo. Si hubiera nacido antes, habría conquistado para el rey de Francia países remotos, o sería un corsario considerable, un Cassard, un Juan Bart o un Duguay Trouin.

Quince días después de la desaparición de Juan Lurbe, el señor Delacroix vió entrar en su casa de la calle Cortambert a un caballero anciano, alto, un poco encorvado y calvo por la parte superior de la cabeza, pero no por la nuca y las sienes, donde se veían unos rizos teñidos de negro intenso. Llevaba un monóculo de cerquillo ancho. En el ojal de su gabán claro, resaltaba un clavel que parecía una mancha roja. Al andar arrastraba un poco los pies. Era un ejemplar perfecto del viejo guapo del segundo imperio, y de algunos que hay todavía en ciertos respetables casinos de París.

—Quisiera hablar con el señor Delacroix —dijo con voz cascada y un poco agria y

falta de aliento, reveladora de debilidad cardíaca.— Traigo para él una carta muy interesante.

Se acercó al jefe de la casa:

—Yo soy el señor Delacroix.

—Muy bien, caballero. Haga usted el favor de enterarse de esta carta.

El joyero abrió el sobre, y leyó esto:

"Querido padrino: Yo soy Juan Lurbe, deseo hablar con usted, a solas, naturalmente."

Delacroix había sido un excelente jugador de *poker* y sabía disimular sus impresiones: la mejor baza no le hubiese obligado a pestañear. Contestó indiferentemente:

—Está muy bien, caballero. Ya me he enterado. ¿Quiere usted subir conmigo?

Le llevó a la sala de las arcas de valores, donde seis años antes se cometió el robo.

—Te felicito, querido Juan, por esa caracterización que te has dado. Yo no te hubiera conocido.

—Panorme es una eminencia en el arte de la caracterización—contestó Juan con su voz natural—, y yo no he querido ser menos que él.

—Pero una transformación tan completa...

—Es muy sencillo. Ni las pelucas, ni las barbas o bigotes postizos engañan ya a nadie. Eso está bien para el teatro, pero ya, ni para el cine existe. Por eso fué por lo que en la hospedería "Margarita" no conocí en seguida a Panorme—a quien, por otra parte, no había visto nunca—, pero desde el primer momento noté que Burbonad llevaba peluca, y eso bastó para despertar mis sospechas. Instruído por ese ejemplo he preferido emplear procedimientos más sencillos.

—¿Pero cómo has podido engañarme a mí?

—Me afeité la cabeza por arriba; mi pelo es castaño, con algunos matices rojizos, y me lo teñí de negro después de afeitarme; luego me dejé crecer este bigotillo a estilo de Hitler, y también lo pinté de la misma manera. Luego un poco de blanco, para envejecer las cejas, un poco de pez en los dientes, para ennegrecerlos y que no me dieran aspecto joven, y por último, acostumbrarme a andar como los atáxicos. La mirada apagada, la voz cascada, ropa muy clara, muy juvenil, a la moda de hace muchos años. Usted no me ha conocido, aunque me tenía ante sus ojos, a medio metro de distancia. Si me encuentro con esos caballeros de la Seguridad que me interrogaron en Rennes, podré permitirme el lujo de pedirles lumbre, y de charlar un ratito con ellos.

—Está bien, hijo mío; peo ahora cuéntame detalladamente lo que te ocurrió en San Benito.

Juan se lo refirió, con brevedad en lo que a él atañía y con muchos detalles en lo concerniente a Alicia. Habló de la muchacha con un entusiasmo, que hizo gracia a su padrino.

—¿Tiene dinero esa joven?

—¡Ni un céntimo! Pero no por eso dejo de quererla. Si le traigo a usted el aderezo de rubíes y con él a ese bandido de Panorme, atado de pies y manos, me parece que me dará usted algo más de los cinco perros chicos de la canción auvernesa, para poner la casa.

Delacroix admiraba aquel desinterés, aunque pensaba que, con arreglo a la tradición, cada uno de los cónyuges debía contribuir con su parte.

—En fin, has estado a punto de triunfar.

—Me ha faltado poco para ganar la primera partida, pero confío en que ganaré la segunda, tan claramente, que no hará falta jugar la buena. Desde hace dos semanas, estoy informándome, disfrazado de golfo, en algunos sitios sospechosos donde no es difícil introducirse. La gente de mal vivir no reserva el derecho de entrada. Con mis ropas miserables, conservo mi traza de viejo, y ya he conseguido varios informes que, separadamente, son algo confusos, pero relacionándolos, me han dado la certidumbre de que Panorme se va a ir a América; de que se va en el primer barco de la Transatlántica y de que se lleva la famosa Cascada Roja. Para ello ha encargado un pasaporte falso, hecho por un especialista, en el cual consta que el documento tiene que llevar, y lleva, bien imitado por ciento, el visado del Cónsul norteamericano. Se trata, pues, de un viaje a Nueva York. En segundo lugar, ha especificado que necesitaba el pasaporte para el día 22 de este mes, lo más tarde, y se da el caso de que el *Isla de Francia* sale de El Havre el día 24, a la una de la tarde, para hacer escala en Plymouth a las once de la noche, y estar en Nueva York el día treinta; y en tercer lugar, porque, contra su costumbre, ha contratado guardias de corps, que son dos mocetones terribles, lo cual demuestra que lleva consigo algo muy valioso.

—¿Qué piensas hacer?

—Embarcar en el *Isla de Francia*. A mí también me han facilitado un pasaporte falso, perfectamente en regla, y con un nombre supuesto: un nombre que viste mucho. Voy a ser el barón de Douzille. Con eso me tiene usted ya metido en la aristocracia.

—¿Y luego?

—Luego, no tengo un plan determinado. Panorme es un enemigo muy serio. Tiene muchos recursos y es prudentísimo, pero si no sabe que le observo yo, acabará por cometer alguna falta, de la cual me aprovecharé.

Delacroix hizo una pausa breve y se puso serio.

—Tu novia tiene razón, Juan. Debes renunciar a ese proyecto. Vas a hacerme el favor de quitarte ese tinte, si puedes; de dejar que se te obscurezca el pelo, y de recuperar tu aspecto habitual. Luego iremos juntos a la prefectura de Policía. En cinco

minutos, y con mi testimonio, volverás a ser un ciudadano como los demás, sin deber nada a la justicia de tu país. En cuanto al dinero para casarte con Alicia, debes tener presente que soy padrino tuyo y que...

—Señor Delacroix, en esa pared de enfrente hay un retrato grande de su pobre hija Otilia, pintado al óleo. Le he prometido a usted, bajo juramento, que el asesino sería castigado, y que el aderezo de rubíes volvería a su sitio. Si me he atrevido a venir, para recordar a usted que soy ahijado suyo, ha sido, exclusivamente, con motivo de esa empresa comercial y justiciera. Como dijo usted hace poco he estado a punto de triunfar. Estoy en la buena pista; no me separaré de ella.

—Permíteme que insista porque tu actitud es verdaderamente absurda.

—No, señor Delacroix; me pide usted una cosa que es más poderosa que mi voluntad. Usted sabe que cuando un perro de presa muerde, no sólo no se consigue que suelte el bocado, sino que él tampoco puede soltarlo. Pues bien, me parece que tengo algo de perro de presa.

—Lo que tienes, sobre todo, es obstinación bretona. ¡Qué hemos de hacerle! Voy a darte otro anticipo sobre el treinta y tres por ciento de la prima que te ofrecí.

—Acepto, porque estamos tratando de un negocio y porque cuanto más repleta esté mi cartera, más probabilidades de vencer tendremos. Cuando se puede sacar algún billete en momento oportuno, se consigue mucho.

—¡Eres un buen chico!

Al decir esto, Delacroix abrazó a su ahijado.

II

ENTRE CIELO Y TIERRA

Una hora después de zarpar de El Havre el enorme y famoso transatlántico *Isla de Francia,* surcaba las olas verdosas y escrespadas del canal de la Mancha.

Le acometían éstas por todas partes, furiosamente, pero el buque continuaba, sin cabecear ni balancearse, su ruta hacia Plymouth, escoltado por una bandada de gaviotas.

Desde Plymouth, había de salir directamente hacia el Oeste, para llegar a Nueva York seis días después.

En El Havre subió trabajosamante el barón de Douzille por la ancha escalera de hierro, muy inclinada, pero muy suave, que va a parar a la pasarela de embarque.

Tuvo que apoyarse muchas veces, anhelante, en el mozo con uniforme azul que había cogido sus dos maletas, marcadas con sus iniciales y con una corona de barón. La verdad era que parecía un anciano muy débil.

Como el viento era fuerte y frío, el barón llevaba una bufanda que casi llegaba al sombrero de fieltro, cuyas alas le bajaban hasta los ojos.

Cuando estuvo en su camarote de primera, no quiso salir hasta media hora después de zarpar el barco. Entonces, con su paso arrastrado de semiatáxico, apoyado en un bastón, recorrió poco a poco, con naturalidad, el inmenso palacio flotante.

En el comedor hizo que le reservaran una mesa aislada en un rincón. Tomó lentamente la suculenta comida, observando sin cesar todas las mesas.

No había ninguna figura sospechosa.

De pronto vió en una mesa próxima a uno de sus compañeros de colegio, que hizo todos los estudios al mismo tiempo que él. Sus miradas se encontraron varias veces, por casualidad, y el antiguo amigo no dió señales de conocerle, ni siquiera con esa expresión de los ojos que da a entender que uno registra su memoria pensando: "¿Dónde he visto yo esa cara?" Ni siquiera eso. Indiferencia completa.

Así, pues, la cara y la figura que Juan adoptó podían despistar al propio Panorme, del mismo modo que engañaron a Delacroix.

¿En qué lugar del buque se escondería el bandido? ¿Estaría a bordo, en realidad? Juan no le vió en el tren especial que salió, como todos los miércoles, a las nueve de la mañana, de la estación de San Lázaro, y eso a pesar de un detenido y discreto examen en todos los departamentos. Como la lista de pasajeros no podía consignar su nombre, Juan seguía ignorando cuál era el que figuraba en el pasaporte falsificado.

¿Estaría el ex Burbonad encerrado en su camarote? ¿En cuál? Los vapores de la Transatlántica son palacios flotantes inmensos, que tienen entre sus tres clases un número considerable de camarotes, a los cuales se llega por las escaleras y los pasillos que forman un verdadero laberinto.

Juan se levantó de la mesa. De pronto vió en el vestíbulo a un caballero anciano, encorvado, teñido, presuntuoso, con una flor en el ojal de la solapa, que iba hacia él arrastrando los pies.

¡Era él mismo! ¿No se había conocido al verse en el espejo que ocupaba un lienzo de pared?

Indudablemente, estaba bien disfrazado.

Fué a instalarse en la cubierta de paseo, enorme galería encristalada, donde había ya numerosos pasajeros dedicados al higiénico ejercicio de andar. El mar estaba revuelto, y acometía con enormes olas al buque, sin que éste se moviese. Podía creerse que el *Isla de Francia* no había salido aún de su fondeadero de El Havre.

El supuesto barón Douzille se tumbó en uno de los sillones del puente, por la parte de babor, con el ala del sombrero caída hasta los ojos y bien envuelta la cara en su bufanda. Observaba atentamente el desfile

de pasajeros, que no se interrumpía. La mayoría de éstos eran extranjeros, con sus ropas de viaje aún, pues en el primer día de un viaje largo, no se hace más que tomar contacto con el mar, sin ocuparse en ningún género de elegancia.

Ninguno de ellos podía ser Panorme.

Llegó rápidamente el crepúsculo. A la izquierda del barco se vió una costa de color violeta, salpicada de luces, y un poco más allá, una isla.

Uno de los camareros del transatlántico contestó a preguntas de una pasajera, diciendo:

—Es Cherburgo, señora, y aquello, la punta de la Hague, y a la derecha, la isla de Aurigny.

El pensamiento de Juan abandonó el buque y Cherburgo y su hermosa bahía gris: se trasladó con el pensamiento a Avranches, donde abundan las violetas y donde el coche de línea que va a Rennes da un rodeo por San Benito de las Olas, y volvió a ver con la imaginación la hospedería *Margarita*, graciosamente recostada en el acantilado.

—¡Alicia!... ¡Alicita!...

Esta estaba al corriente de todo. En un sobre con membrete de una casa comercial le escribió explicándole la situación con palabras embozadas que ella sola podía comprender.

Para oírla una vez más le habló por teléfono la víspera, con voz fingida.

—La novela de que hemos hablado, señorita, empezará a publicarse mañana. En ella habrá, de fijo, muchas peripecias, a pesar de lo cual estoy seguro de que terminará satisfactoriamente.

En el caso de que la telefonista hubiera escuchado, le sería muy difícil comprender el doble sentido de estas palabras, que sólo significaban: "Embarcaré mañana, y estoy muy esperanzado".

Alicia, con la mayor sangre fría, contestó, sin que su voz revelara sorpresa:

—Leeré esa obra todo lo seguidamente que me sea posible, y con muchísimo interés. Ninguna lectora esperará tan impaciente como yo el capítulo final.

¡Qué suerte hubiera sido realizar el viaje transatlántico en compañía de Alicia, sin otra ocupación que la de enseñar a la adorada muchacha varios aspectos del universo, nuevos para ella.

Confiaba en que dentro de pocos meses sería suya.

Mientras contemplaba el extremo Norte del Contentin, que desaparecía en la obscuridad, Juan iba pensando con el mayor cariño en Alicita, y ésta se encontraba en la alcoba de su madre con el médico de San Benito, el doctor Drehier, el practicón viejo y rudo que asistía a todo el pueblo.

La señora de Massiat no se reponía. Estaba muy fatigada. Aquellas crisis de ahogo, que eran tan dolorosas, se repetían cada vez con más frecuencia. Su voz adquirió tonalidades extrañas.

—Eso no será nada, señora. Siga usted cuidadosamente mis consejos, tome lo que voy a recetarle, y dentro de pocos días estará mejor. A su edad de usted hay que resignarse a tener algunas contrariedades, pero mientras no sean mayores las que usted padece, no habrá motivo para alarmarse. Hasta la vista. Eso no es nada.

Pero al llegar abajo y verse en la sala, con la puerta cerrada, dijo a Alicia:

—Oiga usted, niña; tengo que decirle a usted la verdad, ya que no solamente es hija de la enferma, sino su única pariente.

—Pero ¿qué pasa?

—Su madre de usted se halla en un estado muy alarmante.

—Usted la salvará, doctor, ¿no es cierto?

—Lo intentaré, pero ese corazón, muy débil hace ya mucho tiempo, se encuentra mal. Con cuidados incesantes, le sería a usted posible prolongar la vida de su madre.

—¿Prolongarla?

—Sí, pero es preciso que no sufra emociones. Ese asunto de Panorme le ha perjudicado mucho. ¡Bueno, bueno, no llore usted tanto! Ha de procurar usted que ella no la oiga.

Alicia tuvo ánimos para contener sus lágrimas. Ya en el primer piso, en el pasillo, hasta fingió que canturreaba.

Luego entró en el cuarto de la señora de Massiat, diciendo:

—Estás mucho mejor, mamá. Acaba de decírmelo el médico. Si sigues su tratamiento y descansas, te repondrás muy pronto.

—Ya sé que no tengo nada grave; pero aun así, estas crisis de asma me inmovilizan en la cama, a pesar de que no soy perezosa.

—Bueno, aquí tienes la medicina. Ahora procura dormir unos minutos.

Alicia fué a esconderse a su cuarto, y con la cara apoyada en la colcha para apagar el ruido de sus sollozos, se entregó por completo a su dolor.

Dos años tenía la muchacha cuando murió su padre. Se acordaba de él, pero de un modo imperfecto. Su cariño todo estaba concentrado en su madre, y el médico acababa de decirle que tal vez muy pronto se quedaría huérfana del todo.

¡Si Juan lo supiera! Ella podía decírselo en el lenguaje convenido, mediante un radiograma enviado a bordo del *Isla de Francia*, a nombre del barón de Douzille, por supuesto, pero la mala noticia podía trastornar a Juan, que ya a mitad de camino no hubiese tenido medios de regresar ni de contestar. Le era preciso disponer de toda su presencia de ánimo.

Por otra parte, el pronóstico del médico, aun siendo alarmante, no anunciaba un desenlace inmediato.

Tal vez cuidando mucho a su madre... A veces era demasiado pesimista el doctor Drehier!

Después de comer volvió Juan a tenderse en una de las meridianas de la cubierta de paseo, bajo las opacas luces de las lámparas eléctricas.

La mayoría de los pasajeros se había retirado ya a sus camarotes, pues en vísperas de un viaje a América, son muchos los detalles que hay que cuidar y se acuesta uno tarde o no se acuesta, por todo lo cual el primer día de travesía se siente cansancio y no se vela.

La cubierta de paseo, la enorme galería encristalada, estaba, pues, casi desierta. Era la hora en que, a bordo, los que se ocultan y no quieren que les vean los demás pasajeros, salen de su camarote para respirar un poco.

Juan observó con mayor atención todavía, pero inútilmente. Los pocos caballeros que daban un paseíto higiénico antes de acostarse, y cuyo número disminuyó rápidamente, eran todos personas inofensivas.

Pero el *Isla de Francia* iba a hacer escala dentro de media hora en Plymouth, la hermosa ciudad comercial situada en el extremo oriental de Inglaterra.

El trasatlántico había de tomar allí correo, mercancías *y pasajeros*, entre ellos, tal vez, a Panorme, suponiendo que no estuviese a bordo ya.

En aquella noche densa, templada, sólo se veía el torrente de espuma que levantaba la marcha del barco.

De pronto, a lo lejos, en la oscuridad, destelló un faro. Un conjunto de puntos de luz anunció que el barco se hallaba cerca de una costa. Los puntos se separaron y el conjunto se convirtió en un collar que dibujaba un cuarto de círculo. El barco redujo la marcha, y se detuvo. Se veían las luces del transbordador. Una embarcación chata, que se separaba de la costa y no tardó diez minutos en estar al lado del trasatlántico, el cual quedó unido al transbordador por medio de un puente de tabla.

Desembarcaron algunos viajeros que sólo iban a Inglaterra; otros, más numerosos, los del transbordador, subieron a bordo. Una grúa poderosa izó los equipajes.

Lurbe, que había bajado apresuradamente en el ascensor, se colocó detrás de una caja grande en el ancho corredor inmediato a la porta.

Escondido de esta manera, fué examinando a los recién llegados, que no podían verle, porque pasaban de pronto de la semi oscuridad exterior a la luz intensa del barco, y tenían que guiñar los ojos.

Entraron primero varias familias inglesas; luego algunos norteamericanos que antes de regresar a su país habían visitado las islas británicas; luego, dos matrimonios chinos, menuditos y ceceantes, que estaban dando la vuelta al mundo, etc.

Por último, entró un caballero de unos cuarenta años, cargado de espaldas y de rostro extraordinario pálido, con grandes ojeras, y que parecía muy enfermo. Iba del brazo de un hombre más joven y muy elegante, que debía de ser pariente suyo.

A su lado, muy servicial, un criado forzudo llevaba dos maletas grandes.

Detrás de aquel grupo iba una "nurse", una enfermera morena, robusta, con traje blanco y capa azul, y aspecto severo. Lucía en el corpiño un ramo de violetas.

A pesar de su aparente debilidad, el enfermo llevaba en la mano un saco de viaje de cuero leonado.

Antes de atravesar la pasarela se detuvo unos momentos a causa de un acceso de tos, bronca y espantosa, que le conmovió de arriba abajo.

No había parecido alguno entre Burbonad, el viejo, y aquel pobre tísico, pero Juan Lurbe pensó inmeditamente:

—"¡Es él!" Y lo pensó por instinto, no por reflexión.

Los hombres que le acompañaban eran, sin duda, los guardias de corps contratados, diestros en el manejo de armas de fuego, y hombres de esos cuya existencia han revelado diversos procesos.

Juan no se arriesgó a seguir al pobre tuberculoso que él creía que fuese Panorme. Le dejó subir en el ascensor de lujo y él se conformó con la escalera.

Experimentaba ese extraño temblor que da a las personas impulsivas de nacimiento, la proximidad del momento en que van a tener que actuar con todas sus fuerzas. El, un anciano fingido; Panorme, un supuesto enfermo. ¿Cuál de los dos descubriría el disfraz del otro?

Desatracó el transbordador del costado del *Isla de Francia*, y regresó ruidosamente a Plymouth.

Los focos eléctricos del transatlántico dejaron de iluminar la bahía. Los puntos luminosos que indicaban las costas en el horizonte, retrocedieron, palidecieron y por fin se apagaron en medio de la oscuridad.

Juan Lurbe se quedó en la cubierta de paseo para ver los tres faros que hay en el "Bishop", cabo situado más al Oeste, que son las últimas luces europeas visibles para los navegantes que van a América. Aparecieron con sus variados colores y se desvanecieron luego en la oscuridad.

Iba saliendo el buque de la Mancha para internarse en el movedizo desierto del Atlántico; los pasajeros no volverían a ver luces hasta seis días después, y entonces, serían luces de América. Mientras tanto, nada, ni siquiera otro buque, porque el camino de regreso está trazado más al Sur.

Iba a bajar Juan a su camarote, cuando divisó en el otro extremo de la cubierta de paseo, a los dos hombres que embarcaron en Plymouth con el pobre tuberculoso. Uno era el secretario, y otro el ayuda de Cámara.

Andaban de prisa. Por eso se quedó él ante las vidrieras, encorvado y apoyado en su bastón.

Ninguno de los dos hombres le miró. Cuando pasaban a sus espaldas, el supuesto



...ME METI POR UN CAMINO DE TRAVESIA, DESDE DONDE VI PASAR, COMO UN HURACAN, LOS TRES COCHES QUE ME PERSEGUIAN.

ayuda de Cámara preguntó al otro en un tono de hombre de los barrios bajos de París:

—¿Qué llevará en este saquito de viaje que no lo suelta nunca?

El "secretario" contestó:

—Algo que le interesa guardar y que ha motivado el contrato de nuestros servicios.

—¿Dónde está el jefe superior en estos momentos? ¿En Europa? ¿En América?

—¿Hablas del "lobo"? No lo sé. Eso no lo sabe nadie nunca. El secreto es su mayor fuerza.

Cuando desaparecieron los dos hombres el fingido barón Douzille se trasladó al vestíbulo, desierto a aquella hora de la noche, subió un piso de la hermosa escalera y se metió por un pasillo de paredes de caoba brillante.

Allí encontró al criado de su camarote, un pobre bretón, que le dió las buenas noches.

A la mañana siguiente había marejada. El Atlántico salía, al parecer, al encuentro del buque, con una serie de olas enormes, al mismo tiempo que un ventarrón del Norte le azotaba de costado.

De todo ello resultó, a pesar de la estabilidad del *Isla de Francia*, un poco de balanceo, que no impedía, sin embargo, a la multitud de viajeros recorrer las cubiertas y jugar al *ping-pong*, y al *golf* en miniatura.

Panorme permaneció encerrado en su camarote—uno de los más lujosos del barco—porque los tísicos no salen más que cuando hace buen tiempo.

El encierro aquel tenía un fundamento más serio: Panorme estaba mareado. El ligero balanceo del piso, el horizonte que subía y bajaba en el círculo del tragaluz, y los crugidos de las paredes le producían náuseas.

Se acostó y cerró los ojos. De cuando en cuando bebía agua de seltz helada. Bajo la almohada tenía el saquito de viaje de cuero leonado, y en un estuche colocado bajo la axila, una pistola automática, de cañón largo, cargada con doce cápsulas.

Por temor al vértigo, procuraba no moverse.

A su lado, sentada en un butacón y con los pies encima de una maleta, la enfermera, con su elegante traje profesional azul, fumaba un pitillo y tenía en la mano una copa de oporto.

—¡Eres un *as*, chico! Eres un hombre instruído, has sufrido exámenes... ¡Todo lo que quieras, pero en clase de navegantes los hay mejores que tú ¡Si pudieras verte...! Tienes la cara verdosa y no te atreves a levantar los párpados por miedo de echar a los peces lo que has comido! ¡Y eso que el barco se mueve tan poco como si estuviera en el Sena!

—Afortunadamente, porque si no me parece que me moriría—murmuró Panorme—. Además, como tuviera a nadie más que a ti para cuidarme...

—¡Ya ves! De enfermera no tengo más que la ropa, la cruz roja y la capa. Lo compré todo en París antes de emprender el viaje, pero si tuviera que representar el papel en serio, haría una plancha o me equivocaría de botella y te envenenaría.

Llamaron a la puerta. Se levantó ella apresuradamente, escondió su copita de Oporto y tiró el pitillo; en su lugar, cogió una botella y una cuchara, como si estuviera dando una dosis de medicina al enfermo.

—¡Adelante!

Era uno de los subjefes de a bordo. Vestido de uniforme con la gorra en la mano, muy serio, manifestó que se había enterado de que el señor Rieutemps estaba enfermo, y tenía mucho gusto en recordarle que se hallaban a su disposición los dos médicos del buque, famosos por su sabiduría en Medicina. ¿Deseaba el señor Rieutemps que le visitaran?

El supuesto enfermo dió las gracias con voz muy débil. Por el momento le bastaban los cuidados de su enfermera; pero si se sintiera peor, se apresuraría a llamar a aquellos médicos. Por otra parte, tal vez a causa del ambiente marino, notaba cierto alivio y acaso...

Tuvo un golpe de tos que le interrumpió, y le congestionó el rostro de tal modo, que el empleado se salió del camarote.

—Debiste ser actor—le dijo Violeta—. Hubieras representado a maravilla cualquier personaje... Ni siquiera estás constipado como yo, y mucho menos tuberculoso, y cuando toses como acabas de hacerlo, me das miedo.

Panorme se sonrió. Era sensible a la adulación.

—Para dar más aspecto de verdad a la cosa, he tosido varias veces esta noche. Tanto que se despertaron los viajeros de los camarotes inmediatos. Les oí lamentarse ante el camarero, y preguntarle si el *Isla de Francia* era un trasatlántico o un sanatorio para tuberculosos. Por eso, sin duda, desea alguien que me vean los médicos.

Entretanto el barón de Douzille, tumbado en una meridiana, bien abrigado con una manta, parecía interesarse exclusivamente en el espectáculo de las olas que venían del horizonte, furiosas, obstinadas y se estrellaban en los costados del buque.

En realidad, su atención se fijaba únicamente en la muchedumbre de pasajeros.

Por fin divisó a los dos acólitos. El secretario y el ayuda de cámara, que andaban muy de prisa por la cubierta de paseo, tal vez para mantenerse en buena forma.

"Uno de ellos, el más joven—pensó Juan—es, por completo uno de esos bandidos que viven a costa de las mujeres y en caso preciso las asesinan. Habla en un tono autoritario, presuntuoso, pero que recuerda el barrio de Belleville... El otro, el fingido

ayuda de cámara, tenía una anchura de espaldas correspondiente a su profesión de luchador. En el bolsillo derecho de cada uno, se adivinaba la colocación de una pistola browing. Eran asesinos subalternos llamados a acabar sus días en presidio o en cadalso, pero que a una señal del jefe me dispararán una docena de balazos en el vientre, si yo les dejo siquiera disparar.

Transcurrió el día sin facilitar a Juan otros informes, porque Panorme y su supuesta enfermera almorzaron en sus camarotes.

A las cinco, entre el concierto y la sesión de cinema, unos lacayos repartieron la lista definitiva de pasajeros; comparándolo y eliminando los nombres que no podían ser los de sus enemigos, llegó, de deducción en deducción, a convercerse de que Panorme viajaba con el nombre de Rieutemps y su enfermera con el de Violeta Bruyere.

Los dos criados se llamaban Antonio Cossetar y el otro Próspero Mur.

Al ponerse el sol se calmó el mar. El *paquebot* recuperó su inmovilidad y se convirtió durante toda la noche en un inmenso palace luminoso, semejante a los más célebres hoteles de París o de Londres, pero mucho mayor.

Panorme, cuya extraordinaria vitalidad no se compadecía con aquel confinamiento, quiso salir. Dió, poco a poco, como correspondía a un enfermo, una vuelta a la cubierta de paseo, del brazo de la enfermera, que había vuelto a poner cara seria, y seguido por los dos valientes de oficio.

Llevaba debajo del brazo el saquito de cuero leonado, que debía de contener las medicinas de urgencia para el caso de que le diese algún acceso de hemoptisis...

El barón de Douzille, de etiqueta, muy elegante, encorvado y apoyado en su bastón de puño de oro, se cruzó con el enfermo, a quien cada vez conocía mejor, y cometió la imprudencia de mirarle demasiado fijamente.

Al llegar a la parte más avanzada de la proa, se sentó Panorme en el invernadero, y dijo a la fingida enfermera y a los dos valientes:

—Ese viejo que acaba de cruzarse con nosotros...

—¿Qué?

—Que me parece que le he visto antes de ahora. No cabe duda que he visto sus ojos. A mí no se me olvidan fácilmente las miradas.

—¿Ese macaco? ¡Pues si no nos ha de molestar nadie más que él...!

—No se sabe nada... Oye, Violeta, procura hablar con él. Hazte confidente suya; entérate bien y hazme un informe detallado. Tengo la impresión de que ese tipo ridículo es muy peligroso para nosotros... ¡Esos ojos!

En San Benito de las Olas, en medio del sopor del anochecer de aquel día, salió de su casa Alicia para ir a la botica en busca de las medicinas que recetó por la mañana el médico, pues la señora de Massiat no conseguía mejorar.

Alicia evitaba ir a las casas de sus proveedores, porque los comadreos del pueblo no la dejaban en paz, la habían visto paseando con aquel bandido, mirándose uno a otro a los ojos y hablando...

¡Claro es que ella no estaba de acuerdo con semejante criminal...! Se hablaban y nada más. Pero la verdad era que ella pudo elegir mejor. Se educó en París, y ya se sabe que eso no enseña demasiada discreción a las muchachas; además, pues estando en la misma casa confundió a aquel individuo con un muchacho honrado.

Varios jóvenes de San Benito de las Olas como Teodoro Dublin, hijo del de la tienda de novedades; Julio Yguf, el segundo pasante del notario; Ivo Danic, el hijo del acaudalado molinero, y otros manifestaron a Alicia en otro tiempo que les gustaba muchísimo, pero ella sólo contestó con palabras breves y miradas serias.

Todos ellos se reían.

"¡Anda!, aquella remilgada a quien no había manera de decir dos paabras sin que adoptase actitudes de princesa... ¡Aquello lo explicaba todo! Le gustaba más la compañía de los perdidos...

Al doblar las esquinas de las mal pavimentadas calles percibía Alicia la hostilidad de los rostros que se escondían tras los escaparates y los tupidos visillos de las ventanas. Sus conocidos hacían como si mirasen a otra parte o la saludaban de un modo raro.

La farmacia de Samvazoire era obscura, pequeña, llenos sus estantes de bocales antiguos, en una palabra, era una tienda de boticario de otro siglo. Cuando se abría la puerta sonaba una campanilla.

Las hijas del farmacéutico, que se ocupaban en pegar pruebas de negativos de Kodak obtenidos en Avranches la semana anterior, se refugiaron en la rebotica, porque al través del escaparate acababan de ver a Alicia.

La señora de Samvazoir, con su pelo gris bien peinado y unos anteojos en la prominente nariz, ni siquiera levantó la vista del bordado que estaba haciendo cuande entró aquélla; pero el boticario, a quien interesaba conservar la clientela de la hospedería *Margarita*—ya aseguraba que la señora de Massiat padecía una enfermedad que había de durar mucho tiempo—, atendió a Alicia con la mayor amabilidad posible.

—Sí, señorita—dijo con su voz aguda y un poco llorona—todo está listo. Hoy teníamos muchas recetas para preparar pero he puesto delante de todas las de su mamá de usted. Aquí está la poción, los sellos, la inhalación y los sinapismos. Todo ello importa treinta y siete francos con cincuenta céntimos. Gracias, señorita. Hasta

otra vez, señorita. Dé usted mis recuerdos a su madre. No se moleste usted...

El dependiente, muchacho coloradote, se reía.

En la oficina de Correos enmudecieron de repente, al entrar Alicia, las tres señoritas empleadas, que estaban charlando y fingieron que ponían toda su atención en lo que escribían. Ya no se acordaban de la generosidad de la señora de Massiat en la época de los aguinaldos. También la cajera sirvió a Alicia sin decir palabra.

En la plaza, la mujer del tasador volvió pie atrás y entró rápidamente en la tienda de novedades, para no encontrarse con ella.

Aquella hostilidad característica divirtió a Alicia los primeros días, pero ya la disgustaba.

Su madre, gravemente enferma; el hombre amado ausente, muy lejos... ¡y todo el pueblo, sin saber nada, estúpidamente, huyendo de ella, y calumniándola!

En la calle de la Damajuana se encontró con el párroco, que se detuvo, sombrero en mano, y voz alta, respetuoso, le preguntó por su madre, alargó la conversación y no volvió a cubrirse hasta que se despidieron.

El bondadoso ex combatiente, indignado por la actitud del pueblo, había pronunciado el domingo anterior, durante la misa, un sermón contra la calumnia y la facilidad con que algunos cristianos, estimables en otros aspectos, propalan, sin pruebas, rumores ofensivos para otras personas.

Los que comprendieron la alusión argumentaban que como el párroco sirvió durante toda la guerra, era tal vez demasiado indugente con determinadas personas...

Al volver a su casa, donde no quedaba ya ningún huésped, notó Alicia que su madre respiraba con dificultad. La cucharada de medicina la alivió en pocos minutos.

—Dime, hija mía; ¿has tenido noticias de *él?*

La novia de Juan había enterado a su madre de todo, sin guardar secreto alguno.

—No, mamá. Ninguna, desde aquella llamada telefónica y de la carta escrita a máquina y con membrete comercial. Debe de haberse embarcado ayer.

—Es un muchacho muy arriesgado, dedemasiado aventurero, pero desea, porque te quiere, reanudar una vida más tranquila. Ya te lo ha dicho. Yo confío en él. Debe de ser un apoyo muy firme y deseo que salga con bien de esta última empresa, porque si le viera casado contigo me iría del mundo más tranquila.

Alicia tuvo que hacer un esfuerzo muy grande para disimular su emoción.

—¿Qué estás diciendo, mamá? ¡Irte de este mundo! No pienses en tal cosa, porque ello te impediría ponerte buena. Ya sabes que el médico ha dicho que dentro de una semana estarás de pie.

—Los médicos dicen cosas por ese estilo porque así se lo exige su profesión; pero a su pesar se muere la gente... Por la noche, ya acostados los criados y con la casa en silencio. Alicia añadía unos renglones a la larguísima carta que comenzó el día desde el cual le fué imposible comunicarse con él:

"Querido Juan: Es para mí un consuelo, un alivio muy grande, esta noche, continuar confiando al papel los sentimientos que algún día leerás. Mi madre está peor. El doctor Drehier me ha participado sus temores esta mañana.

En casa no queda ni un huésped, porque hemos llegado a ser algo sospechoso. La gente del pueblo me manifiesta una hostilidad creciente, cosa que yo oculto a mamá para no empeorar su estado.

Pensar en ti es lo único que me sostiene, porque eres la finalidad de mi vida. ¿Cuándo volveremos a vernos? Confío en que será pronto, pues tengo mucha fe en tu valor, en tu sangre fría y en tu talento. Sin embargo, si no estuviese tan espantosamente intranquila, no te amaría. Estas semanas últimas estabas aún en París y podía figurarme que te veía ir y venir por la capital. Luego te siguió mi pensamiento a El Havre, donde estuve una vez y vi los hermosos vapores de la Trasatlántica.

Pero desde que embarcaste no puedo imaginarme qué es de ti. Estás en un sitio indeterminado del inmenso Océano. No puedo suponer nada de tu vida actual, de tu existencia a bordo, pero espero una colección de postales con vistas del *Isla de Francia,* por dentro y por fuera.

Aquí, en San Benito, en el momento en que escribo ésta, está subiendo la marea. Oigo claramente su áspero rumor, pues el viento sopla del Oeste. ¡El viento! El me hace pensar con más ansiedad en ti. Los barcos, por modernos que sean, necesitan viento favorable.

El mismo día que te fuiste pude captar dos radiotelegramas, en Morse, que me pareció que procedían del *Isla de Francia.* Me pareció, nada más. Y dos radios de servicio. Tuve la ilusión de que podría seguir al hermoso barco francés por el Atlántico, pero ahora, a causa de no sé qué condiciones atmosféricas, se oye muy mal. Además, la escuadra inglesa está haciendo maniobras en el Canal de la Mancha, y como sus barcos hablan sin cesar por *radio,* uno con otro, estorban la audición de emisoras más lejanas, como la que yo quisiera captar.

¡Piensa qué intranquilidad tendría yo si esta noche o mañana oyese que los buques en ruta se avisaran unos a otros de que en tal sitio había una tormenta fuerte, o que habían visto montañas de hielo, como la que echó a pique al *Titanic,* hace años!

Hace poco recibí un radiograma, emitido muy débilmente y que no he podido descifrar del todo. Me parece entender que avisaba una niebla muy densa en la región de Terranova.

La niebla es el mayor peligro de la na-

vegación en esa ruta del Havre a Nueva York.

¡Qué poco me importarían estos peligros si estuviese a tu lado! Me apoyaría en tu brazo y sólo pensaría en la felicidad de estar junto a ti, resuelta a ayudarte, a cuidarte; y quién sabe si a defenderte!

Por ser bretona, como tú, tengo afición a los viajes; el vocablo "lejos" ha ejercido cierta fascinación sobre mí. Tal vez algún día, nosotros... pero no, en este monólogo en el papel, no me gusta hablar del porvenir, cuando el presente está tan lleno de aflicciones: mi madre tan enferma y tú tan distante!

Sin embargo, cuando estemos casados —¡qué felicidad, pensar que llegaremos a estarlo!—¿comprenderías que fuese yo la inquieta y tú el hogareño? Todo esto son bromas, querido Juan, pues en cualquier sitio donde estés conmigo, seré feliz. Oír un concierto por *radio*, junto a ti, con las luces apagadas y alumbrándonos sólo con el resplandor de los leños de la chimenea... ¡qué hermosura! Irnos juntos, ver cómo desaparecen en el horizonte las costas de Francia, visitar otras tierras, teniéndote a ti por guía, ¿puede aspirarse a nada mejor?

Mi pensamiento no te abandona. Constantemente pretendo adivinar lo que haces y lo que piensas. Tengo que confesarte que estoy celosa, pues he oído decir que a bordo de los vapores correos franceses viajan siempre mujeres bellísimas.

¡Buenas noches, Juan! San Benito de las Olas duerme profundamente. No hay más ruido que el de la marea, y a veces, el chirrido de alguna veleta, o el ladrido de algún perro. Dentro de treinta y cinco minutos tengo que dar a mamá una cucharada de medicina. La incorporaré sobre las almohadas, pues el doctor Drehier ha recomendado que, hasta para dormir, esté poco menos que sentada en la cama, a causa de la congestión pulmonar, temible siempre en las personas de mucha edad.

Esperaré luego a que vuelva a dormirse, y subiré, sin hacer ruido, a mi cuarto para ver si oigo por *radio* algo procedente del Atlántico. ¡Si pudiera saber algo, por insignificante que fuese, del *Isla de Francia!*

¡Cuánto me alegro de haberme ejercitado cuando me preparaba para ingresar en Telégrafos en la lectura de despachos en alfabeto Morse, a la vista y al oído! No me gustaba entonces aquel ejercicio: es más, me aburría, sin suponer que andando el tiempo me complacería tanto descifrar radios.

¡Lástima que no me sea posible enviártelos! Sé, porque me lo dijiste, que también tú lees al oído, el Morse.

¡Buenas noches, Juan, Juan mío!

El barón de Douzille estaba en el gabinete de lectura cuando entró la fingida enfermera, que cogió y revolvió varios libros y periódicos y fué a sentarse a su lado, como por casualidad, aunque había otros muchos sitios desocupados.

Ya no llevaba su uniforme, sino un magnífico vestido de la rue de la Paix, y un sombrerito puesto de lado, a la moda de 1860, sobre sus cabellos negros alborotados. Estaba así verdaderamente seductora. En el corpiño tenía sujeto con alfileres un ramito de violetas.

Estuvo algunos minutos fingiendo que leía el periódico de a bordo, *El Atlántico*, y luego extendió el brazo como para coger un libro; pero, como si obedeciese a un balanceo del buque, lo dejó caer junto al barón de Douzille.

Este se apresuró a recoger el libro, haciendo muchos esfuerzos, muy despacio, demostrando con ello lo mucho que le hacían sufrir la edad y el reuma.

—Tenga usted, señorita—dijo.

—Muchas gracias, caballero. He estado muy torpe.

—Nada de eso. Pero, ¡calle! ¿No es usted la linda enfermera que viene acompañando a ese pobre señor que tiene tan mala cara?

—Sí. En este momento está descansando, y me he permitido unos instantes de libertad.

—El aire del mar no debe de sentarle muy bien que digamos al enfermo. Además, me parece natural que no se cure.

—¿Por qué, caballero?

Con su cara ridícula de conquistador anciano, de vejestorio que se hace ilusión de ser joven todavía, contestó el barón de Douzille:

—Porque si se curara ya no la necesitaría a usted. Y eso de renunciar a la compañía de una mujer tan bonita debe de ser muy trabajoso. Por eso preferirá seguir enfermo con tal de tenerla a usted cerca.

—Es usted muy amable, caballero, pero me figuro que no pensará lo mismo que usted. ¡Pobre hombre!

—¿Qué está usted diciendo? ¿Que no se habrá fijado en que su enfermera es una maravilla de belleza y de seducción? ¡Ni que estuviera ciego!

—De modo, caballero, que ¿va usted a América?

—Como el barco va directamente a Nueva York, no me es posible negar que voy a América.

—¡Es verdad! Todos vamos allí. ¿Reside usted en los Estados Unidos o en Francia?

—En Francia.

—Entonces viaja usted por distracción, ¿verdad?

—Sí, voy para asistir a la reapertura de las cataratas del Niágara. El Senado norteamericano las mandó cerrar a causa de la crisis, pero el presidente Roosevelt ha dado orden de que las abran.

—Violeta contestó ingenuamente a esta broma:

—¡Pues no lo sabía!

—Permítame usted que me presente: Soy el barón de Douzille. Si allá, en América dejara de pertenecer a este mundo ese pobre señor que está tan enfermo, acuérdese usted de la proposición que voy a hacerle: aún estoy fuerte para mis años... ¡Jé, jé!, pero a veces padezco dolorosísimos reumas. He ido muchas veces a cazar patos a las lagunas, y así he cogido humedad en las coyunturas. ¡No sabe usted qué dolores tengo cuando va a cambiar el tiempo, señorita! Para esas ocasiones, para esos momentos, y también para lo restante del tiempo, me gustaría mucho contar con una enfermera tan agradable como usted. Si quiere usted entrar a mi servicio, no se arrepentirá, ¡jé, jé, jé!

La mano, senilmente temblona, del barón de Douzille, se acercó a la de la fingida enfermera, que retiró la suya en seguida.

—Tenga usted cuidado, señor, que nos están viendo.

—¡Es usted tan encantadora, señorita! ¿Quiere decirme cómo se llama?

—Violeta Bruyère.

—¿Por eso lleva usted siempre violetas en el corpiño?

—Sí, me gustan mucho, y coinciden con mi nombre; lo ha adivniado usted.

—Es usted tan seductora, como le decía antes, que ese hombre que nos está mirando tiene que haberse dado cuenta del sentimiento que usted me inspira. Ya no soy ningún niño desgraciadamente, pero le aseguro a usted que no tengo tantos años como aparento. Los cuidados que exige el reuma no son muy complicados: unas fricciones en seco, aplicación de aire caliente, y llevarme del brazo, bien agarradito, para andar, cuando el ácido úrico me ataca a las rodillas. Bien agarradito, ¿eh? Eso es lo más importante.

—La verdad, señor, como nadie sabe lo que puede suceder, tal vez más adelante...

Juan tenía un carácter muy alegre, y quiso seguir la broma:

—Debo decir a usted, señorita, que también padezco endocarditis en el dedo pulgar del pie izquierdo; ¿ha cuidado usted ya muchos?

¡Endocarditis! ¡Una enfermedad del corazón en un dedo del pie! El disparate era del mismo calibre que el del cierre de las cataratas del Niágara por economía. Pero Violeta era tan ignorante en Medicina como en Geografía, y contestó desenfadadamente:

—Sí, señor; ya he cuidado algunos.

—¿Conoce usted el tratamiento moderno de las endocarditis del dedo pulgar? Se emplean inyecciones de suero vermicida.

—(¡Qué atrocidad!).

La mujer morena no titubeó para contestar con ingenua suficiencia:

—Sí, señor; lo conozco perfectamente.

—¡Cuánto sabe! ¡Está enterada de todo! ¡Y qué busto más bonito tiene! Pero, ¡acérquese usted, criatura!

Hizo ademán de abrazarla, y ella, al ver que el empleado del gabinete de lectura se sonreía, hizo un movimiento de dignidad ofendida y se marchó.

Fué a reunirse con Panorme, que estaba fumando pitillos en su camarote, y le dijo:

—No necesitas preocuparte con ese individuo a quien te parece haber visto antes: está medio chocho, pero aún tiene pretensiones de conquistador. Me ha dicho que me vaya con él, para cuidarle el reuma y darle friegas. Quiso abrazarme... ¿Qué te parece el sátiro? Seguramente está chocho, y tiene más de setenta años.

—¿Estás segura?

—¡Ya lo creo! Aunque anda sólo está mucho peor de lo que tu finges estar. Además del reuma tiene otra enfermedad, cuyo nombre no recuerdo, pero que debe de ser grave, porque el tratamiento tiene un nombre científico.

—Pues, a pesar de todo, yo he visto esa mirada antes de ahora.

—A veces se te meten unas cosas en la cabeza...

Aunque tenía alguna cultura, Panorme era autoritario con las mujeres, como suelen serlo los hombres de su clase. Cogió a Violeta por un brazo violentamente, y abriendo el ventanillo del camarote le dijo:

—Si vuelves a decirme eso, te tiro por este ventanillo, al mar, de cabeza. La gente creerá que ha sido un accidente. ¿Entendido?

Violeta se frotaba el brazo y lloraba humildemente.

....

Cuando le dejó sólo la fingida enfermera, Juan permaneció todavía unos minutos más en el salón de lectura. Hubiera deseado que oyese Alicia su conversación, que le habría divertido mucho.

Por otra parte, si fué a hablar con él aquella enfermera tan desconocedora de la Medicina, tuvo que ser porque su fingido enfermo sospechaba que el barón de Douzille no se llamaba así en su acta de nacimiento. Pues, muy bien; así quedaba establecido el punto de contacto. Hubiera sido mejor que despistara a todos la caracterización de Juan, en especial a Panorme, pero no era posible que saliese todo a pedir de boca.

Además, desde el momento que enviaron a examinar a Juan a aquella mujer, era indudable que sólo tenían sospechas, pues de otro modo, no se hubieran tomado semejante trabajo. De todas maneras, se había entablado la acción. Sonó el primer toque de gongo que anunciaba la hora de la comida. Juan se levantó, y, encorvado y arrastrando los pies como un viejo, atravesó el calón, todavía ocupado por unos cuantos jugadores de *bridge*, y salió por el pasillo, para ir a su camarote, donde el criado estaba preparando el frac, el chaleco y la corbata blancos y los zapatos de charol del barón de Douzille.

Dirigiéndose a él, dijo:



—Y, ENTRE TANTO, YO SEGUIRE AQUI, SIN SERVIR DE NADA, MIENTRAS TU ESTAS EN PELIGRO...

—*Dreiz mad, kamarad brezonnec... Ar mor neo ket re drouk hirio.* (Buenos días, amigo bretón; hoy no está muy malo el mar.)

Y agregó en seguida:

—*Ar bretonnec azo breudeur etrezo ne ket gwir?* (Todos los bretones son hermanos, ¿verdad?)

Alain le miró, sorprendido, y respondió:

—*Ia, pa vezeur ganet e breiz a vezom muioc' hevid kamaraded!* (Son más amigos entre sí los que han nacido en Bretaña.)

El comedor del *Isla de Francia* es famoso por sus dimensiones, su majestuosa elegancia y también por la insuperable calidad de los platos que en él se sirven.

Aquella noche era de las más brillantes, porque había gran baile a bordo después de la comida. Por eso lucían las señoras vestidos lujosísimos cuyos claros colores resaltaban junto a los fracs de los caballeros. Todas las mesas estaban adornadas con flores, y la plata y la cristalería refulgían como espejos.

Como el mar estaba casi en calma, el piso no tenía la menor oscilación, y sólo se notaba el constante retemblar de las máquinas, que no cesó en los seis días de viaje, sin más excepción que la escala de Plymouth.

Panorme, espantoso de palidez y de debilidad, andando a tropezones, aunque iba apoyado en el brazo de su robusta enfermera, que llevaba traje de noche, se sentó por primera vez a la mesa que le estaba reservada.

Comió un huevo pasado por agua, un aloncito de perdiz y unos granos de uva. Los demás pasajeros le miraban a hurtadillas y con lástima: ¡Poco tiempo le quedaba de vida al pobre hombre! La travesía tenía que ser muy penosa para él. Gracias a que el mar estaba bastante tranquilo.

Panorme, que era un farsante de marca mayor, llevaba consigo constantemente su bolso de viaje.

De cuando en cuando dirigía miradas rápidas al barón de Douzille, el cual comía abundantemente, pero de ese modo que lo hacen las personas de mucha edad que carecen de dientes y no se fían de su dentadura postiza, es decir, cortando la comida en pedacitos muy pequeños y masticándolos con mucho trabajo.

Lurbe se identificaba con su personaje de un modo asombroso.

Sin embargo, a pesar de todas sus precauciones para dar visos de realidad a su personaje, incurrió en un olvido importante.

Por eso fué por lo que dijo Panorme, en voz baja a Violeta:

—Ese individuo es el mismo que yo suponía. En la hospedería *Margarita* era francamente zurdo. Aquí, para disimular, había de ser diestro, pero ya ves que coge el vaso con la mano izquierda, la lista de platos con la mano izquierda, y con ella también maneja el cuchillo. ¡Es él!

—Míralo bien; en este mundo hay muchas coincidencias.

—Puedes estar tranquila, que ya procuraré yo convencerme. Conozco un sistema excelente que no falla nunca con hombres enamorados, como este, que allí, en Bretaña, estaba loquito por la hija de la patrona...

Los seiscientos pasajeros de primera pasaron después de comer al salón grande, donde había concierto antes del baile.

Poco a poco, trabajosamente, apoyándose en el bastón, se fué Douzille al fumadero, a tomar una taza de tila y a hacer solitarios.

El *smocking room*, que así lo llaman los ingleses, está hacia la parte de popa. Es una estancia en forma de semicircunferencia obligada por la forma del barco, y cerrada por un tabique de cristales que permitía ver el mar. En una palabra, un café de lujo con magníficas mesas y grandes butacas.

Es un sitio delicioso, especialmente por el día, y hasta de noche, cuando hace luna, las olas parecen de plata y la espuma de ámbar.

Dos pasadizos unen con el vestíbulo central aquella parte del buque, generalmente muy concurrida, pero en aquellos momentos desierta, a causa del concierto.

Las personas a quienes interesaba tomar su café se acomodaron ante sus mesas en el vestíbulo. Las demás estaban ya sentadas en el salón alrededor del sitio reservado a los bailarines.

El único ocupante del *smocking room* era, hasta aquel momento, el barón de Douzille. De espaldas al tabique, acababa de poner en hilera varios naipes para hacer un solitario, y canturreaba lo mismo que estaba tocando la orquesta.

Pocos instantes después entró Panorme trabajosamente del brazo de la fingida enfermera, que, como de costumbre, llevaba un ramito de violetas en el pecho. Ambos se sentaron en una mesa próxima a la de Juan.

Luego, como por casualidad, entraron los dos guardias de corps por la otra puerta y se sentaron a la mesa de Panorme.

Este había colocado tras sí, entre sus riñones y el respaldo de la butaca, el saquito de cuero leonado. Siempre estaba en el papel del enfermo que necesitaba cuidados constantes, y el saquito podía ser su botiquín.

El supuesto criado, de espaldas anchas, echó su asiento un poco hacia atrás, como un servidor correcto a quien su amo ofreciera un convite, respetuosamente aceptado. Al echarse así, hacia atrás, quedó muy cerca del barón de Douzille.

Los recién llegados pidieron licores diferentes, excepto el pobre enfermo, que tomó una taza de tila.

El jefe de equipajes—uno de los dignatarios de la administración—llevó una carta al *barman*.

Poco después el criado del camarote del

barón de Douzille atravesó el fumadero, llevando una bandeja con varias copas.

Sólo interrumpía el silencio el barón, que, al continuar su solitario, seguía canturreando lo que tocaba la orquesta a alguna distancia.

El *barman*, que ya no tenía nada que hacer, se fué con su paño debajo del brazo y se puso a hablar en el vestíbulo con dos compañeros suyos. Allí no quedaban más que Panorme, sus amigos y el barón de Douzille.

Violeta inició la conversación:

—Parece que el aire del mar le sienta a usted bien. Cuando regrese a Francia debe pasar una temporada en alguna playa, en Bretaña, por ejemplo, si conoce usted alguna por allí.

—Ya estuve en un puertecito de aquéllos —contestó Panorme con voz un poco más fuerte de lo que correspondía a su avanzado estado de caquexia. Sí, conozco una playa, que se llama San Benito de las Olas. Es un sitio realmente pintoresco, pero, por desgracia, me alojé en una casa de huéspedes llamada Villa Margarita, sucia y vulgar.

El barón, absorto en su solitario, no se movió. No había oído lo que dijo Panorme, o no le importaba nada.

—¿Había en la casa alguna persona agradable, bien educada y distraída?—preguntó Violeta.

Con voz cuyo diapasón iba subiendo poco a poco respondió Panorme:

—No. Sólo gente indeseable; especialmente un tal Juan Lurbe, que me repugnaba. Le detuvo la Policía. Era un individuo capaz de cualquier cosa. Y, además, un cobarde.

El barón cambió de sitio dos naipes, y como si con ello hubiese adelantado mucho en su solitario, se sonrió satisfecho, bebió un traguito de su infusión y contempló atentamente el juego.

Después de unos momentos de silencio, prosiguió Panorme, levantando todavía más la voz:

—Las mujeres que había en aquella cueva de bandidos eran peores aún... Perdidas; especialmente la hija de la casa. ¿Cómo se llamaba...? ¡Ah! Sí, Alicia.

—¿Alicia? Pues el nombre es bonito —opinó Violeta.

—Aquella criatura era una desvergonzada mujerzuela, siempre en busca de dinero... Se entregaba a cualquiera a cambio de cantidades insignificantes.

El barón reunió los naipes: había terminado el solitario. Se sonrió beatíficamente y se llevó la taza a los labios otra vez.

—Habéis de saber—prosiguió Panorme—que un día aquella inmunda mujerzuela...

En aquel instante se apagaron todas las luces de pronto. Hubo gritos, ruido de muebles derribados y voces.

Después, a tiempo que entraban por ambas puertas criados y pasajeros, volvió la luz, y todos pudieron ver a Mourre y a Cossetard luchando, pues cada cual creía que el otro era un enemigo.

La enfermera, pálida de miedo, lloraba neciamente.

Panorme, tumbado en el suelo, entre copas y botellas rotas y sobre los licores derramados, intentaba trabajosamente levantarse.

EL BOLSO DE CUERO, DEL CUAL NO SE SEPARABA NUNCA, HABIA DESAPARECIDO

El barón, estupefacto, tenía aún en la mano su taza de tila, delicadamente.

La gente se precipitó en medio de un gran alboroto. ¿Qué había pasado?

Ayudaron a Panorme a levantarse. Tenía en la cara señales de golpes violentos y le salía sangre de los labios y de la nariz.

El comisario, deseoso, ante todo, de poner fin al incidente, exclamó:

—¡No ha sido nada! ¡No ha sido nada! Hubo una interrupción de la corriente; este caballero quiso levantarse, pero, como estaba a obscuras, se cayó y se lastimó un poco en la cara. Estos otros dos creyeron que les acometían y padecieron el error, que la obscuridad explica, de golpearse mútuamente. Ahora vamos a llevar al de más edad a la enfermería. Acompáñele usted, señorita. Los demás pueden volverse al salón, porque va a empezar el baile. ¡No ha sido nada! ¡No ha sido nada!

Los subordinados repitieron:

—¡No ha sido nada! ¡No ha sido nada!

El barón pronunció algunas frases de compasión, con su voz trémula:

—¡Pobre señor! Ya se sabe que todos los enfermos están nerviosos, y, en esas condiciones, quedarse a obscuras... Debe de haberse caído de bruces, pero sus heridas no parecen graves, afortunadamente.

Luego salió, andando muy despacio, y se cruzó con un grupo en el cual el jefe de los electricistas decía al comisario en voz baja:

—No puedo explicarme la avería. No hay un solo plomo fundido. La instalación está perfectamente.

El barón pasó a la sala de baile, esquivando la cubierta de paseo, que, por estar desierta y mal alumbrada, podía servir de escenario para cualquier cosa mala.

Se sentó en un rincón. El suelo era demasiado pequeño para las numerosas parejas que en él giraban a los sones de una notable orquesta.

A veces, pues el mar no estaba tan tranquilo como durante la comida, un balanceo inclinaba el suelo de pronto, lanzando unas contra otras a las parejas, entre un alboroto de risas.

En las mesas que rodeaban el espacio reservando a los bailarines no había un solo sitio vacante.

La hermosura del salón, la elegancia

completamente francesa de los vestidos, cuya procedencia de la calle de la Paz no ofrecía duda, hacían que el espectáculo fuese magnífico.

Nadie hubiera dicho que allá fuera, en la obscuridad de la noche, soplaba el viento con violencia, y acometían al buque las olas, unas tras otras. En el salón sólo había lujo, alegría, despreocupación, y arriba, en el puente alto, el capitán y los oficiales de servicio, atentos, incansables, guiaban la marcha del barco.

El barón no pensaba en aquel contraste, ni en el extraño incidente ocurrido en el fumadero; sólo se acordaba de Alicia. La orquesta estaba tocando un *fox-trot*, que Juan bailó con ella en la sala de la hospedería *Margarita*, teniendo por toda orquesta un fonógrafo gangoso.

Pasaron las horas, y la animación y la brillantez iban en aumento.

La gente empezó a tirar cosas de mesa a mesa, y a lanzar serpentinas.

Disminuyó el número de parejas, pues el incesante tocar de la orquesta y las luces producían cansancio.

El barón de Douzille permaneció en su rincón, sin moverse.

Muy tarde, o mejor dicho, muy temprano, porque ya blanqueba la aurora, pensó: "Estos son, indudablemente, el momento y la ocasión."

Se levantó y se fué tranquilamente a su camarote.

En el pasillo se encontró con el criado, pero aquella vez no se hablaron ni se miraron siquiera.

Entró en su camarote, y tal como lo suponía y hasta lo deseaba, lo vió todo revuelto y en desorden. Alguien había realizado un registro apresuradamente, sin preocuparse de que se conociera.

Ya sabía el que hubiera sido que el saquito de cuero leonado no estaba en aquel camarote. O lo que es lo mismo, que el "registrador" había caído en la trampa; había sido burlado.

Miró por el tragaluz, sonriéndose. Empezaba a amanecer. Las olas, impulsadas por un viento duro, seguían acometiendo, aunque en vano, al valiente buque, que apenas se movía.

Juan se orientó con la mirada. ¿Dónde quedaba Bretaña? La ruta del barco fué al principio claramente de Este a Oeste, pero según indicaba el diagrama colocado en el corredor, y que era cambiado todos los días, la ruta iba descendiendo hacia el Sudoeste, para dar la vuelta a Terranova.

Como el camarote estaba a babor, Bretaña tenía que quedar a la izquierda de Juan.

Se figuró a San Benito de las Olas, donde, teniendo en cuenta la diferencia de situación, debían de ser entonces las once de la noche, poco más o menos. Todas las casas estarían cerradas y la gente durmiendo, menos en la taberna del tío Denic, donde carabineros y pescadores solían jugar a la malilla. Alicia debía estar durmiendo profundamente.

Pero no había tal cosa. ¡Ah, si Juan lo hubiera sabido!

Sentada en la cama, la pobre señora de Massiat respiraba difícilmente. En cuanto se acostaba padecía unas crisis de ahogo que le congestionaban la cara y la obligaban a levantarse otra vez, pero no recobraba la respiración hasta que su hija le daba a oler éter.

Las últimas líneas de la carta-diario de Alicia decían:

"Hoy, querido Juan, he tenido una alegría y una pena.

La pena primero...

El doctor Drehier me ha dicho que no mejora el estado de mamá. Claro es que, al verme llorar, añadió: creo sinceramente, que por el momento no hay motivos para temer nada inmediato, a pesar de que su corazón sigue revelando debilidad. A pesar de todo, ya supondrás en qué estado de ánimo me dejó... Fíjate en que aún tengo esperanzas, porque el doctor Drehier siempre es pesimista. Cuando formula un diagnóstico piensa tal vez con exceso en las complicaciones posibles, y esas complicaciones se producen pocas veces. Puede uno morirse de un constipado si produce una sinusitis o una otitis, que a veces engendran una meningitis... a pesar de lo cual, el resfriado sigue y seguirá siendo una de las indisposiciones más benignas del mundo.

Confío, pues, no sólo con toda mi alma, sino con todo mi corazón, en que podré salvar a mi madre.

Y ahora te hablaré de mi alegría: esta mañana muy temprano he podido captar unos radios de los que se cruzaban entre los trasatlánticos que hacen la carrera de América...

Dos de aquellos radios procedían de *Isla de Francia*. ¡Sí, del *Isla de Francia*! Hablaba con el *Lafayette*, que es otro hermoso barco de la misma Compañía Trasatlántica, el cual le decía que entre el Sur de Terranova y Nueva York había grandes masas de niebla muy densa.

Dió las gracias tu barco, y contestó que desde El Havre había tenido, sin interrupción, buen tiempo. Con eso sé ya, Juan, que haces una travesía agradable. Cuando leas estas líneas te parecerá pueril mi alegría porque no se haya balanceado mucho el barco; pero ten en cuenta que es la primera vez que he sabido de ti desde que te fuiste, y que las noticias eran satisfactorias.

Por muy real y profunda que sea esta alegría, no ha calmado las tremendas angustias que me hace sufrir tu viaje. Un intento como el tuyo está lleno de peligros tan grandes... Confío en tu valor, en tu destreza, pero el peligro existe.

¡No saber, siquiera, si está en ese barco el bandido a quien buscas!... ¿No comprendes lo doloroso de esta ignorancia?"

Al mediodía entró el *Isla de Francia* en la masa de niebla que le anunció el *Lafayette*, una de esas nieblas densísimas que suele haber en los desolados parajes de Terranova.

El transatlántico daba toques de sirena dos veces por minuto. Se dejaron encendidas todas las luces de los salones, de los camarotes, del comedor... A pesar de que las vidrieras estaban bien cerradas, penetró la niebla en la cubierta de paseo, y daba opacidad a las luces eléctricas.

Panorme pasó una noche de fiebre, no tanto por las contusiones que señalaban su rostro, o por la desaparición del saquito donde guardaba la Cascada Roja, como por la humillante derrota que sufrió.

Ya le habían dado muchos puñetazos en su vida y unos cuantos más o menos no tenían importancia.

Por otra parte, Panorme poseía ya, merced al robo, al asesinato y a la rapiña, un capital considerable.

¡Pero haber sido humillado, vencido...! Y, además, de un modo inexplicable...! ¿Sería de veras Juan Lurbe aquel barón de Douzille? Tal vez... No, seguramente... Sin embargo, hay coincidencias engañosas.

De todas maneras, aquel hombre con aspecto de anciano no pudo, él sólo, producir el corte de corriente, dar tantos puñetazos y robar el saquito de mano que contenía el famoso aderezo.

En el momento de apagarse la luz no había en el *bar* nadie que hubiera podido ayudarle.

¿Cómo pudo en pocos segundos dejar su taza, hallar en medio de la obscuridad el sitio donde estaba el saquito, dar de puñetazos, sin fallar ni uno solo, esconder el saquito de cuero—¿dónde?—volver a su butaca, coger la taza otra vez y, sin perder su primitiva postura, dar la luz de nuevo?

Todo ello quería decir que tenía un cómplice... Pero, ¿quién?

Y otra vez con el mismo tema: ¿Sería Juan Lurbe aquel barón Douzille?

¡Ah! ¡Si semejante viejo ridículo, fuese o no Juan Lurbe, le hubiera robado el aderezo de rubíes, no tardaría en saber lo que era una venganza de Panorme!

El herido pasó una noche espantosa, dando vueltas a estos pensamientos. Al amanecer, Violeta, como si tomara en serio el personaje que representaba, le ofreció sus cuidados. Una botella de gaseosa vacía, que le disparó Panorme, le rozó la sien, y la fingida enfermera se fué corriendo a su camarote.

Por la tarde reunió Panorme a sus acólitos y a Violeta. Apenas eran las cuatro, pero ya parecía de noche, por la densidad de la niebla. Los tragaluces, cerrados herméticamente, sólo dejaban pasar una luz amarillenta. Cada dos minutos sonoba la sirena del barco, cuyo espantoso rugido retumbaba de un modo raro entre la niebla. La impresión era siniestra.

Los dos valientes aseguraron que el registro hecho por ellos el día anterior en el camarote del barón fué minucioso, completo y fácil, pues las maletas no estaban cerradas. Registraron debajo de los armarios, por todos los rincones del cuarto de baño hasta el jergón metálico y la parte exterior del tragaluz, donde podía haber sido colgada alguna cosa para que no la viese nadie.

—Si ha sido él quien le quitó a usted el bolso de cuero—dijo Mourre—lo habrá llevado a cualquier sitio del barco menos a su camarote.

Panorme dió un puñetazo en la mesa:

—¡Pues es necesario encontrarlo...! ¡Sea como sea! ¿Lo sois bien?

Una voz irónica le respondió:

—¿Ha perdido usted algo, señor Panorme?

Acababa de aparecer Lurbe, levantando la cortina del cuarto de baño. ¿Cómo pudo meterse, sin que le ayudaran por la pequeñísima ventana de aquel cuarto, que daba al pasillo?

Se le veía aún la cabeza calva, con los dos mechones de pelo teñido, característicos del barón de Douzille, pero estaba erguido, con el pecho saliente y la mirada viva. Era el propio Lurbe.

Los tres hombres hicieron ademán de prevenir las armas, pero Juan les dijo:

¡Nada de browings! No sabrían ustedes qué hacer con mi cadáver; los tragaluces son demasiado pequeños para mi corpulencia. Además, he dado a una persona cierta carta que será entregada al capitán del buque si pasa un cuarto de hora sin que yo haya regresado a mi camarote... Sois los tres tan impotentes, respecto a mí, como si estuviéramos separados por una verja de hierro; por la reja de la cárcel donde os encerrarán uno de estos días y a donde me daré el gusto de ir a veros, cmoo se va a ver a las aves de rapiña y a los animales feroces de la casa de fieras. Sí, Panorme, yo he sido quien te castigó cuando estuvimos a obscuras. Lo mismo ocurrió en la hospedería *Margarita*, cuando representabas el papel de Burbonad. Yo soy quien tiene el famoso aderezo. ¿Dónde? Puedes seguir buscando; no lo llevo encima. ¿Quieres que te enseñe el forro de los bolsillos? Aparte de que ya habéis registrado vosotros dos mi camarote...

Mourre y Cossetard miraban a Panorme, en espera de órdenes.

Si éste hubiese iniciado un movimiento nada más, ellos habrían disparado contra su enemigo, sin pensar en las consecuencias. Pero Panorme había recobrado, aparentemente, la presencia de ánimo.

—No hace falta discutir con violencia —dijo con voz que la rabia contenida enronquecía—. Devuélveme el aderezo de rubíes, y yo lo venderé bien y te daré la cuarta parte, es decir, mucho más de lo que sa-

carías tú vendiéndolo por tu cuenta. Sales ganando. Y sin exponerte. ¡La cuarta parte! ¿Convenido?

Juan se echó a reír a carcajadas, con toda su alma y contestó:

—¡Vamos, hombre! ¿Eres tú el que se tiene por muy hábil para los negocios?

—¡Te daré el treinta por ciento!

—¡Ni una moneda de cinco céntimos sin agujerear!

—¡El cincuenta!

—¡He dicho que no! Tengo en mi poder el aderezo y no se lo doy a nadie. Si quieres gangas, roba de otra manera. He venido para decirte que deseo terminar cómodamente, tranquilamente, la travesía. Si me molestas sabrá el capitán en el acto que está a bordo el famoso Panorme, y a los cinco minutos te habrán encerrado en la proa, con esposas en las manos y grillos en los pies, acompañado de tus dos criados, que son poco agradables de ver. Lo mismo le pasará a usted, Violeta Bruyere, tan buena enfermera para las endocarditis de los pulgares, cuyo tratamiento por medio de inyecciones subcutáneas de suero vermicida es su especialidad.

A pesar del peligro, Juan estaba de buen humor.

Panorme prosiguió, con voz más ronca, pero clara todavía y en tono de cortesía insuperable. (Cuando hablaba así era más temible):

Lamento mucho su obstinación. Reconozco que, a bordo de este trasatlántico, sería una imprudencia por mi parte formular los reproches que se me ocurren. Si sospecharan de mí, me interrogarían de un modo embarazoso acerca del nombre que figura en mi pasaporte. Esto, precisamente, es lo que me impide ir a decirle al capitán cuál es su verdadero nombre de usted, señor barón. La publicidad me da miedo, pero también usted, Sr. Lurbe-Douzille, debe temerla aunque por razones diferentes. Gracias a que el *Isla de Francia* va a Nueva York, ¿no es cierto?

—¡Ah! ¿sí? ¿De veras? ¡Que enterado estás. Burbonad!

—De aquí a Nueva York no hay escala alguna; así, pues, al igual que mis dos compañeros y que esta dama, desembarcará usted en el muelle 57, recogerá su equipaje, y luego tomará un *taxi*. Estaremos todos en Nueva York, y usted no sabe qué grande es aquella ciudad y qué fácilmente se encuentra la gente allí. Tengo en Nueva York muchos amigos, y confío en que nos veremos frente a frente y podré solicitar de su buen juicio la entrega de esos hermosos rubíes. Los argumentos que hayamos de emplear entonces, serán decisivos. ¿No prefiere usted que nos entendamos hoy, hablando comercialmente?

Juan no dejaba de reírse.

—Burbonad, ¡qué bien hablas para ser un funcionario retirado! Pero, ya ves, entre asesinar a una enfermita, y hacer lo mismo conmigo, hay alguna diferencia! ¿Sabes donde nos veremos? Pues en París, y no en la cárcel, sino una mañanita, en el bulevar de Santiago. Figúrate: unos guardias municipales a caballo; unos agentes de la autoridad que contienen a la muchedumbre... Aún no ha salido el sol. Llega un individuo cojo, y sus ayudantes, vestidos de blusa, levantan en el pavimento dos maderos unidos en la parte inferior por una media luna, y en la de arriba por un trozo de acero reluciente. Pían los pájaros. Llega un camión. Le hacen bajar de él, Panorme, con el cuello completamente desembarazado y las manos atadas a la espalda. Le empujan sobre la báscula. Se oye un golpe sordo. Me parece que lo estoy viendo y oyendo todo. Yo estaré allí, Panorme, a pocos metros de distancia, con un anciano que se llama el señor Delacroix.

Hubo unos instantes de silencio. La sirena zumbó dos veces.

La evocación de Juan anticipaba imprudentemente, casi caprichosamente, lo porvenir, pero tenía una fuerza enorme.

En aquel hermoso transatlántico que atravesaba las nieblas de Terranova, el asesino no temía nada de la Justicia francesa, ya que estaba en regla su pasaporte, y que Juan no podía denunciarle. Nada... Sin embargo, tenía los ojos dilatados por el miedo, y los labios temblorosos. La palidez de su rostro no era fingida.

Mourre pensó a su manera:

—Le ha dado el mal del hígado...

Sin interrumpir el silencio del camarote, Juan salió tranquilamente, aunque andando de espaldas.

Cuando volvió a cerrarse la puerta, Panorme cobró ánimos, y, haciendo un esfuerzo, dijo:

—He fingido que me asustaba, para embaucarle. No sabe lo que le espera cuando lleguemos a Nueva York. Allí no puede pedir protección a la policía, con la cual están mis amigos en las mejores relaciones. Le seguirán, le ficharán, y, de pronto, se apoderarán de él, por forzudo y animoso que sea. Y mientras no declare donde está el aderezo, se le someterá al "tercer grado". Este es un suplicio que excede a cuantos inventó la inquisición. Antaño lo utilizaba la policía norteamericana, pero mis amigos de América siguen empleándolo:

"Al hombre que no quiere confesar se le da a comer exclusivamente cosas saladas: jamón, arenques, bacalao, que él come, ya porque no desconfía, ya porque se muere de hambre. Cuando se le hace insoportable la sed, se le ata a una silla y se le pone delante un vaso grande de agua helada: "si hablas, te daremos de beber". Cuando se duerme, se le despierta dirigiéndole a los ojos un foco de luz potente: "Habla y te dejaremos dormir". Y esto así, horas y horas, días y días, noches y noches. También empleamos el espantoso suplicio de la gota de agua, que



PANORME, TUMBADO EN EL SUELO ENTRE COPAS Y BOTELLAS ROTAS, INTENTABA TRABAJOSAMENTE LEVANTARSE...

le está cayendo constantemente sobre la frente: "Habla y cerramos el grifo".

Bueno, pues cuando hable Lurbe, todavía tendremos que matarle, sobre todo si hemos prometido perdonarle la vida. ¿Matarle? ¿Cómo? Todavía no lo sé; tengo que pensarlo, pero será una cosa lenta que le ha de parecer bien al jefe.

Lurbe, después de haberse alejado andando ruidosamente, volvió de puntillas a la puerta del camarote y escuchó lo que se decía dentro. Nadie le estorbó, porque en aquel instante había sesión de cinematógrafo y los pasillos del barco estaban desiertos.

Después de escuchar durante algunos instantes más, se volvió de puntillas, al vestíbulo, y luego dió una vuelta por la cubierta de paseo.

Había vuelto a ser nuestro conocido barón de Douzille, encorvado y que andaba despacito.

Al otro lado de la vidriera se había aclarado la niebla. Se veía confusamente el horizonte: La sirena del buque ya no sonaba.

Juan pensó:

—Me ha amenazado especialmente para salvar su prestigio ante esos dos temibles canallas que le acompañan. ¿Qué se diría entre su gente si se supiera que el famoso Panorme lo ha hecho tan mal que se dejó reducir a la impotencia absoluta, y que su adversario pudo buscarle para burlarse de él?

Si no fuera así, no me hubiese advertido anticipadamente de lo que se propone hacer en Nueva York. Creo que, en cuanto desembarque, querrá tomarse el desquite. Los bandidos norteamericanos son algo más que personajes de cinematógrafo: existen. Yo los he visto trabajar. Les tiene sin cuidado el propio pellejo, y cuando ellos sentencian a uno, no hay medio de escapar. No tengo motivo alguno para exponerme a ese peligro; pero mi misión no ha terminado todavía; aún me falta apoderarme de Panorme. También quisiera conocer a ese jefe supremo de quien habla él. ¿Será el misterioso personaje que llaman el "lobo"? Sí, tal vez pueda cazar de un tiro dos pájaros.

"¿Iré a buscar al capitán para enterarle de todo? No. Eso sería expuesto. Tendría que confesar que el nombre que figura en mi pasaporte no me pertenece, y que soy realmente ese Juan Lurbe a quien la gente considera como un bandido, y al cuál buscan la Policía francesa y la Policía internacional. Se apresurarían a encarcelarme. No creerían ninguna de las acusaciones que yo formulara contra Panorme, y le dejarían en libertad, toda vez que lleva su documentación en regla.

Para que me creyesen, sería preciso que la Policía parisiense, avisada por radiograma, buscara al Sr. Delacroix, le llevara ante el juez encargado de mi proceso, éste oyera su declaración, la comprobara y dictase un auto de "no ha lugar". Pero aun así, no sería posible que hablára el Sr. Delacroix, ya qué no podía tener la seguridad de estar de acuerdo conmigo.

Todo ello exigiría, por lo menos, tres o cuatro días, es decir, que cuando se comunicara por *radio* al *Isla de Francia* el "no ha lugar", el buque habría llegado ya a Nueva York. Además, la inocencia de Juan Lurbe no demostraría que ese pasajero a quien yo acuso y que tiene su pasaporte en regla es Panorme. En América no se detiene a la gente por sospechas nada más. Se necesitan pruebas materiales, y antes de obtenerlas, Panorme y sus dos guardias de corps, con la tal Violeta, habrían desaparecido, auxiliados por los *gangsters*, de quienes me ha hablado él para amedrentarme.

Poseo la Cascada, lo cual no es poco, y constituye un capital con el cual podremos vivir desahogadamente Alicita y yo. En cuanto a la captura de Panorme, habré de esperar todavía.

Pero si me encierro en este *statu quo*; si desembarco al mismo tiempo que Panorme, éste hará que me asesinen antes de veinticuatro horas. No podré escaparme. En Nueva York los asesinos profesionales no tienen miedo a nada. Antes no me hubiera preocupado este riesgo, por grave que fuera; pero ahora tengo que pensar en Alicia y vivir para ella. ¿Qué haré?

Juan se sentó junto a la vidriera. Se había levantado un poco de viento, y ya no quedaba ninguna niebla en el mar; antes bien, un poco de sol se reflejaba en las olas, y éstas, aunque todavía eran pequeñas, adquirían ya esa rapidez en el impulso y esa forma que anuncian que poco después aumentarán de tamaño. El *Isla de Francia* iba a encontrar mal tiempo en los dos últimos días de su travesía.

—Sería preciso que antes de llegar a la vista de tierra desapareciese yo... Si hubiese a bordo un aeroplano de esos que llevan algunos transatlánticos para transportar el correo apenas llegan a quince kilómetros de la costa, hubiera podido entenderme con el piloto...

El barquito del servicio de Sanidad, que atraca a todos los buques procedentes de Europa, ¿cuándo quedan en cuarentena? No, imposible. Si estuviéramos atravesando los bancos de Terranova, podría lanzarme al agua con un cinturón salvavidas para que luego me recogieran los pescadores; pero pasamos muy al Sur.

De pronto se levantó con una viveza tan sorprendente en el Barón de Douzille, que en seguida miró con precaución en torno suyo: no había nadie cerca.

—¡Ya sé cómo!—murmuró—. Debió ocurrírseme antes. Eso está bien.

Al día siguiente, en San Benito de las Olas, Alicia y la anciana Vonnik estaban casi alegres, pues el doctor Drehier había

dicho que la señora de Massiat se encontraba algo mejor que los días anteriores.

—El corazón sigue muy débil, pero eso ya no me preocupa tanto como estos días pasados, porque el estado general es mejor.

La enferma estaba bien alimentada. La moral era buena. En aquel momento, la señora de Massiat dormía tranquilamente.

Alicia, en su cuarto, menos preocupada, se sentó ante su aparato de *radio*. Movió uno de los botones de mando y en seguida se iluminó el transparente. Entonces se puso el casco de los auriculares y dando vueltas a otros dos mandos, pudo sintonizar la longitud de onda de los trasatlánticos y reforzar la tensión progresivamente.

Al principio le molestó un faro inglés que pedía con urgencia el envío de un médico, por estar enfermo uno de los torreros; luego un vapor alemán, que daba cuenta de estar pasando frente a Ouessant; más tarde, la emisión local de un aficionado, que le costó mucho trabajo eliminar.

Por fin captó la onda del trasaláántico *París*: un pasajero daba órdenes a su agente de bolsa; oyó también, perfectamente, al *Mauretania*, que avisaba a Cherburgo el retraso de su llegada a causa del mal tiempo.

Al cabo logró oír una emisión del *Isla de Francia*, muy débil, pero muy clara. Le palpitó el corazón, porque se sentía más cerca de Juan. El barco que le llevaba no era ya un punto indeterminado en un desierto confuso. Había recibido ya, ella, tarjetas postales con fotografías del *Isla de Francia* por dentro y por fuera, contemplado con lupa todos los detalles de los salones, camarotes, cubiertas, comedor, etc.

Se sabía el barco de memoria; hubiera podido andar por él sin que la guiara nadie, y en aquel inmenso palacio flotante, cuyas palabras oía, le pareció ver a Juan, sin hacer ni el menor esfuerzo imaginativo.

El ruido que produjeron al pasar por la calle unos pescadores calzados con zuecos, le estorbó unos instantes. Luego volvió a oír al barco en el momento en que emitía con intensidad este dramático mensaje:

"Avisado anoche, mediante una carta anónima, de que el bandido Juan Lurbe, escapado de la cárcel de Rennes, se hallaba a bordo con nombre supuesto, el capitán del Isla de Francia quiso interrogarle. El asesino, librándose de los dos hombres encargados de apoderarse de él, que le sujetaban fuertemente, se lanzó al mar, que estaba muy alborotado y no fué posible encontrarle a pesar de los esfuerzos hechos."

Se interrumpió la emisión.

Alicia, anhelante, a punto de desmayarse, no daba crédito a lo que acababa de oír. ¡No, aquéllo no podía ser cierto! Se habría dormido y despertaba al final de una pesadilla. No era posible que hubiera ocurrido semejante desgracia, precisamente cuando...

Pues sí, estaba ante el receptor y con el casco puesto. No se había dormido. Aun recibía otras emisiones sin buscarlas. Un buque procedente del Cabo comunicaba con Ouessant. Luego, una estación muy lejana, se dirigía a otra, terrestre, probablemente del Canadá.

Por último, el *Isla de Francia*, para estar seguro de que le habían oído repitió el mensaje.

Alicia lo oyó por segunda vez, con espantosa claridad.

¡Era cierto! Juan, su Juan, se había lanzado al mar. Ella sabía que en un mar alborotado no se puede nadar ni el tiempo suficiente para que le recoja a uno cualquier bote de salvamento. Nadie se libra de morir.

Así que Juan... ¡Dios mío!

¿Un suicidio? Seguramente no. No había motivos para ello. Pero un accidente cuando intentaba escaparse... ¡No, tampoco un accidente, sino un lazo tendido por los miserables a quienes perseguía, y en el cual, a pesar de toda su destreza, de toda su desconfianza, había caído.

A Alicia le parecía imposible aquello. Las catástrofes no son nunca tan repentinas. ¡Era tan feliz unos minutos antes! Su madre iba a entrar pronto en la convalecencia, según aseguró el doctor Drehier.

Ella acabó por captar la emisión del trasatlántico que llevaba a su novio. Le parecía ver cómo iba acercándose a las costas americanas. Pronto podría Juan telegrafiarle por cable, con palabras embozadas que ella hubiera comprendido...

En vez de esto, Juan, su primero, su único amor, no era ya más que un cadáver arrastrado por el mar a sus inmensas profundidades.

¡Aquello no era una pesadilla, no; era, desgraciadamente, cierto. ¿Esperanzas de haberse equivocado? Recordó varios casos de personas a quienes se creyó muertas y aparecieron luego. Pero no; ella conocía suficientemente la circunspección de los marinos que asumen la responsabilidad de un trasaláántico para estar segura de que no hubieran lanzado semejante radiograma si la noticia no fuese absolutamente cierta.

¿Se habrían equivocado de nombre? No. La *radio* daba demasiados detalles.

Estaba desesperada y estupefacta. ¿Cómo era posible explicarse aquella aparición repentina de la desgracia y creer en ella? Durante varios minutos dejó de vivir en su habitación. Oía voces lejanas, confusas entre rumores de agua. Sintió que se le extraviaba la razón. Luego experimentó una ira feroz contra la existencia.

Aquel receptor potente y selectivo, construído pacienzudamente por ella, acababa de hacerla ver su infortunio con una crueldad inconsciente. Lo quitó de donde estaba y lo tiró al suelo. El receptor hizo un ruido sordo y cayó por fin, toda vez que los hilos eran bastante largos.

¡Con tal que no lo hubiera oído su madre!

Alicia miró el reloj: era hora de darle a su madre la medicina.

"Hay que dársela aunque esté durmiendo, pues es preciso sostener su corazón a intérvalos regulares"—dijo el doctor Drehier. Alicia tenía deseos de tirarse al suelo con la cabeza entre las manos; de llorar, de gritar...

¡Su Juan! Pero ¿y su madre? Tenía que bajar a su cuarto con cara de tranquilidad para que no sospechase nada la enferma; sonriéndose a ser posible, pues las madres lo adivinan todo y perciben el revoloteo de la desgracia.

Ante el espejo, Alicia se enjugó los ojos, se peinó un poco, y a fuerza de voluntad, haciendo más lenta su respiración, se fué al cuarto de su madre.

—Despierta, mamá; tienes que tomar la medicina.

No hubo contestación. La buena señora debía de dormir profundamente, como suele suceder con todos los que están en la convalecencia de alguna enfermedad.

—¡Vamos, mamá, despierta!

La miró más de cerca. Los ojos de su madre estaban fijos en el techo. Tenía la boca entreabierta y una palidez enorme.

Alicia le puso una mano en la frente y le pareció que tocaba mármol húmedo. Le levantó un brazo que, al soltarlo, volvió a caer.

Entonces dió un grito tan prolongado, tan espantoso, que los pescadores rezagados que pasaban por la calle lo oyeron.

Acudió Vonnik, que conocía las señales de la muerte. Cogió a Alicia entre sus brazos y murmuró:

—Esto se ha acabado, hijita. Se acabó...

Tres días después, la gente se detenía en las calles de San Benito, y de espaldas a las casas, hacían reverencias al paso de la comitiva fúnebre, descubriéndose o santiguándose.

Del campanario caía, cada dos segundos, un toque fúnebre.

Chirriaban las altas ruedas del vehículo.

Los escaparates reflejaron, uno tras otros, los fulgores de los cirios, e hicieron eco a la voz de los chantres.

Después de los oficios en la iglesia, fué a lo largo del puerto, por un camino escarpado, donde se descubrieron y se persignaron los campesinos y los marineros.

Apareció a la vista el camposanto, en cuyo umbral se hundieron un poco las ruedas del coche fúnebre. Volaron algunos pájaros. La fosa estaba preparada y en torno de ella se situó la gente.

Sostenido con unas correas, descendió poco a poco el ataúd. Luego las correas fueron recogidas.

Hubo más oraciones, al lado de la muchacha que sollozaba bajo su velo negro. Pasó de mano en mano el hisopo.

Después, a la puerta del cementerio, los concurrentes se apartaban de Alicia, o daban un rodeo para no encontrarse con ella. Habían ido al entierro de la señora de Massiat, pero con su hija no querían nada, después de los incidentes de Lurbe, Panorme, etc. ¡Nada!

Al regreso encontró Alicia un periódico de París que en su sección de última hora decía:

"Suicidio en el mar del bandido Juan Lurbe—y debajo—Por telegrafía sin hilos.

Publicamos algunos detalles complementarios de la información que ayer dió la Prensa. El comisario del *Isla de Francia,* se encontró debajo de su puerta una carta escrita a lápiz, en papel de a bordo, y dirigida al capitán, a quien se le entregó.

Aquella carta aseguraba que un pasajero incrito en sus listas con el nombre del Barón de Douzille, no era más que el famoso Juan Lurbe, autor de dos asesinatos en la Villa Margarita, de San Benito, y escapado a la justicia de la cárcel de Rennes.

Como el tal pasajero tenía aspecto de un anciano respetable, el capitán del buque creyó en el primer momento que se trataba de una broma. A pesar de ello, mandó que llevaran a su presencia al Barón de Douzille, en cuyo camarote se introdujo el criado llamado Alain Malgorn.

El supuesto Barón de Douzille, dió inmediatamente pruebas de espanto y de depresión. Confesó que era realmente Juan Lurbe, añadiendo que desde su fuga, estuvo viviendo en medio de tales angustias que había sido una suerte que volvieran a cogerle preso. El jefe y Alain Malgorn le escoltaron hasta el despacho del capitán, sujetándole cada uno por un brazo.

No opuso la menor resistencia, pero de pronto, cuando recorrían la cubierta de paseo—pues ya eran las ocho de la noche y casi todos los pasajeros habían ido al comedor—enpezó a decir Lurbe con voz perfectamente tranquila, que resueltamente, no podía soportar aquella existencia, y librándose de sus dos guardianes echó a correr por la escalera que conduce a la cubierta superior.

El criado era delgado y vivo, pero el otro, era un hombre corpulento y persiguieron al fugitivo. Ya iba a alcanzar Alain, cuando se oyó una voz que decía "Adiós a todos", y el ruido de un cuerpo al caer al mar.

Tiraron al mar, en seguida, un cinturón de salvamento, y el *Isla de Francia* se detuvo todo lo rápidamente que le permitía su impulso.

Echaron dos botes al agua, no obstante los riesgos que iban a correr, pero las olas seguían estrellándose contra el buque, y el viento soplaba a ráfagas, y no se pudo encontrar rastro del fugitivo. Sin duda, murió al caer al agua y se hundió su cuerpo."

Alicia dobló el periódico cuidadosamente y horrorizada como si se tratase de un



VOLVIO DE PUNTILLAS A LA PUERTA DEL CAMAROTE
Y ESCUCHO LO QUE SE DECIA DENTRO.

sudario. Y como ya no era posible ninguna esperanza, Juan, que había de serlo todo en su vida, se convirtió en un recuerdo torturador.

¿Qué iba a ser de ella, sóla? La creciente hostilidad de sus vecinos no le dejaba el menor deseo de seguir viviendo en San Benito.

Pues entonces...

Ella sabía que Wertheimer, hombre de negocios que poseía una serie de hoteles a lo largo de la costa, compraría de buen grado la hospedería Margarita.

Cuando se enteró de que la señora de Massiat estaba enferma, le dijo a Alicia que en el caso de que fuera demasiado pesada para su madre la dirección de su casa, no tenía más que avisarle, y de seguro llegarían a un acuerdo.

El precio de la venta no había de ser muy crecido, y la señora de Massiat no poseía en el mundo más que la hospedería.

Así, pues, Alicia iba a tener que trabajar. ¿En qué? En otro tiempo se preparó para Correos, pero ya era tarde. Sólo sabía de *radio*, que era lo que la entusiasmaba. Claro que más que ella sabían los ingenieros del ramo, pero de todas maneras era una ciencia nueva en la cual había muy pocos puestos para mujeres, y éstos estaban todos ocupados.

Alicia vagó por la casa en medio de dolorosos recuerdos: por el cuarto de su madre, donde aún estaban encima de la mesa de noche, entre dos velas, la pila de agua bendita y la ramita de boj; por el cuarto de su Juan, en el cual quedaban los libros, las ropas y las chucherías que no se llevó la Policía; por el invernadero, donde él se le declaró...

Se marcharon las criadas, incluso la anciana Vonnik, llevándose cada cual su envoltorio o sus cosas en una maleta atada con cuerdas. Alicia les pagó generosamente, les dió las gracias por los servicios que prestaron a su madre, y se despidió de ellas besándolas. Las pobres mujeres lloraron.

Mientras llegaba la hora del tren o del automóvil, fueron de tienda en tienda diciendo a todo el que quería oírlas, que su señorita era una muchacha buenísima, y que se había portado admirablemente con ellas, en todos los aspectos, a lo cual contestaron algunas comadres perversas, que en este mundo hay personas muy buenas y muy culpables en otros aspectos.

Alicia se quedó sóla en la casa que iba a abandonar. La recorrió por última vez, tristemente, recogiendo los recuerdos que cada habitación le ofrecía: la de su madre, donde tanto sufrió; la de su Juan, desaparecido entre las olas del Atlántico...

La desesperación de Alicia no se exteriorizaba ya por medio de lágrimas. Su cara había adquirido expresión de resignada indiferencia. Presenciaba como una autómata sus pensamientos, sus palabras y sus ademanes.

Al pie de la escalera estaba el cesto del gato. Vonnik, que le quería mucho y había de cuidarle bien, se lo llevó. Le recordaba Alicia, cuando era chiquitín: ella le crió con un biberón de muñeca.

El invernadero, cuyas plantas estaban mal cuidadas desde la enfermedad de la señora de Massiat, y donde ella mantuvo con Juan aquel diálogo inolvidable que decidió su vida...

Entró titubeando en la sala, donde estaba expuesto el cadáver, y donde olía a rosas marchitas y a incienso. Estaban cerradas las maderas.

Las abrió y las ventanas también. Entraron juntos la luz del día y los rumores del exterior.

Piaban en el jardín los pájaros. Una brisa del mar inclinaba los arbustos.

Alicia miró a su alrededor y vió los muebles llevados por su madre a aquella casa, y que ella conoció toda su vida; eran amigos antiguos.

Recogió del suelo algunas flores desprendidas de la corona que llevaron los criados a su madre. ¡Su madre! Ya no la oiría llamar: "¡Alicia!" Ya no la vería abrir la puerta.

De pronto, en el espejo, se vió, vestida de negro. Era aquella muchacha de luto con el rostro tumefacto por el dolor y los ojos extraviados; era ella. Permaneció allí de pie, inmóvil, casi inconsciente, mucho tiempo.

Luego entró el jardinero.

—Señorita, ahí está el Sr. Wertheimer que desea hablar con usted.

SEXTO DIA DE LA TRAVESIA DEL "ISLA DE FRANCIA"

Al amanecer apareció a lo lejos una línea que cerraba el camino del transatlántico; una línea gris, pero salpicada de luces eléctricas.

Aumentó, se coloreó, se convirtió en un golfo, sinuoso, arenoso. En él se movió lentamente el *Isla de Francia*. Tenía a su derecha la estatua de la Libertad, con su simbólica antorcha, levantada sobre los polvorientos edificios, en los cuales brillaban todavía numerosas luces eléctricas.

Después de una parada breve para que subieran a bordo los oficiales de sanidad y emigración, el enorme buque fuese directamente hacia el río Hudson.

Pasado el último cabo apareció la punta de Nueva York cubierta de torres formidables geométricas, desiguales, que recordaban ciudades antiguas, casi fabulosas: Babilonia, Nínive, Asur, etc., que uno se figura construídas por los titanes para escalar el cielo.

En la enorme bahía que forma el Hudson, apareció entre la niebla un bosque de más-

tiles y chimeneas. Varios puentes metálicos, extendían sus trenzados de cables negros.

Nueva York crece, aumentan sus detalles y sus colores. Sus torres cubren el cielo; muchas refulgen con miles de luces eléctricas; otras, apagadas, se erizan con fulgores de espejo, producidos por sus innumerables ventanas, en las cuales se refleja el sol naciente. Al compás de la marcha del *Isla de Francia* parecía que se movieran, se agruparan, se separaran y volvieran a reunirse.

Ya en el centro del Hudson se apoderaron los remolcadores del buque, y poco a poco lo encajaron en el famoso dique 57, reservado a las unidades de la línea francesa.

Entretanto, mientras duraba el magnífico espectáculo, todos los pasajeros fueron desfilando ante los oficiales de emigración, enseñándoles sus documentos y contestando a sus preguntas.

Violeta Bruyere, Cossetard y Mourre, acompañando a Panorme, que usaba el nombre supuesto de Rieutemps, pasaron sin dificultad alguna, pues en aquel momento había en Filadelfia una exposición, y no era tanta como de costumbre la severidad para la admisión de viajeros.

También el Barón de Douzille, consiguió que visaran su pasaporte.

Colocadas las pasarelas desde la cubierta de paseo al muelle, donde esperaba una multitud considerable, subió el primero a bordo el director de la Compañía Transalántica, en Nueva York, a quien dió el comisario detalles del suicidio del desgraciado Juan Lurbe.

Ambos funcionarios estaban bastante nerviosos, pues nunca había ocurrido nada semejante a bordo de un vapor de la línea francesa.

Panorme, Violeta y los dos guardianes, cogieron sus equipajes y abandonaron el dique ante las atentas miradas de los aduaneros.

Allá abajo, dos mocetones demasiado elegantes, de espaldas muy anchas y rostro moreno y vulgar los esperaban con un automóvil. Tenían el aspecto de lo que eran, de *gangsters.*

Las películas norteamericanas son mucho más realistas de lo que puede creerse. Los tipos que nos presentan, existen verdaderamente en aquella tierra, y son tal como los vemos en el cinematógrafo.

Después de escuchar el relato de Panorme, uno de los *gangsters,* que hablaba bastante bien el francés, dijo:

Ese Lurbe ya está en el fondo de la charca como llamamos nosotros al Atlántico. Si se hubiera escondido en el *Isla de Francia* le habrían encontrado ya. En un buque moderno no puede haber pasajeros clandestinos, a menos de contar con complicidades extraordinarias, en las cuales no podemos pensar en el caso presente.

"Cuando la prohibición, hubo en el Havre, durante algún tiempo *botelieros* que enviaban alcohol a América. Una bombona de alcohol ocupa poco sitio en barcos tan grandes como el *Isla de Francia*, el *París* o el *Champlain;* pues bien, este tráfico se acabó en seguida, porque las rondas nocturnas y las de día encontraban en seguida el contrabando.

"Para mayor seguridad, apenas nos enteramos del *radio* trasmitido por el buque y publicado por toda la Prensa neoyorquina, encargamos a tres de nuestros compañeros que vigilaran en las tres salidas del dique 57, donde están en este momento. Va usted a darle las señas exactas de Lurbe, tal como es en su aspecto natural y según estaba disfrazado de anciano aristócrata francés.

Esos tres compañeros son tres *ases,* y suponiendo que Lurbe haya podido ocultarse a bordo—cosa inadmisible—, y luego que pueda salir sin que la vigilancia de los guardias franceses y de los americanos primero y después, el cordón de aduaneros lo adviertan, nuestros amigos le reconocerían. ¿Sabe usted lo que quiere decir ésto? Pues que pasará muy cerca de él lentamente un automóvil, del cual saldrán veinte o treinta balas para acribillarle. Poseemos ametralladoras pequeñas, pero muy eficaces...

El de más edad de los *gangsters* añadió:

—Es verdaderamente lamentable la desaparición de la Cascada Roja, los rubíes se cotizan muy alto en estos momentos y podíamos haber hecho un negocio magnífico. Usted podrá indicarnos, probablemente, otro asunto. Mis amigos y yo lo realizaríamos aquí, porque conocemos el oficio.

—Pero con eso no recuperaremos el aderezo, y el jefe se disgustará. A propósito, ¿habéis visto alguna vez al jefe, a ese a quien llaman en voz baja *el lobo?* Dicen que es francés, o por lo menos que vive en Francia casi siempre.

—Es posible que le hayamos visto.

Cinco días después estaba desocupado el dique 57. El transalántico *Isla de Francia* había zarpado a medio día.

Por mucha que fué la vigilancia no se pudo descubrir la menor huella de Juan Lurbe.

Panorme, Violeta, Mourre y Cossetard, estaban aquella noche sentados a la mesa en uno de esos establecimientos sospechosos donde durante la famosa prohibición era fácil procurarse bebidas alcohólicas, y que desde entonces, conservan un aspecto desagradable.

Mientras esperaban a sus compañeros, los *gangster* americanos que, en contra de lo acostumbrado, tardaron más de lo debido, los tres franceses y la francesa, contemplaban al través de la vidriera los nuevos y sorprendentes rascacielos del centro de Nueva York.

Aun no se habían acostumbrado a aquellas

torres gigantescas que dan a Nueva York un aspecto característico e inolvidable.

En otras mesas bebían calladamente varios caballeros.

De pronto se levantó uno de ellos y sin que nadie le invitara se sentó a la mesa de Panorme, que ya no se fingía tuberculoso, de Violeta, que no representaba el papel de enfermera; de Mourre y Cossetard.

Era un hombrecillo de pelo gris y rostro afeitado y lleno de arrugas.

—Señora, y ustedes también, amigos míos, sepan ustedes que hablo un poco su idioma porque estuve en la guerra. Me hirieron gravemente en Chateau-Thierry, y sé bastante de las cosas de Francia. Aquí no nos gustan más que las muestras buenas del extranjero. A los demás no les permitimos que mancillen nuestra tierra. ¿Comprenden ustedes, queridos amigos?

—¿Quién le autoriza a usted para...—exclamó Panorme.

—Esto—dijo el caballero de pelo gris mostrando el forro de su americana que dejó ver la insignia metálica de la policía de Nueva York—. Tenemos un informe completo de quienes son ustedes. Un informe oficioso, anónimo, pues, si no, estarían ustedes ya detrás de las rejas de nuestra cárcel, de la que llamamos *las tumbas;* pero en fin, este informe dice lo bastante para que les consideremos indeseables en nuestro país.

—Bien, ¿y qué?

—¿Saben ustedes qué hora es? Pues son las dos y media, por lo cual disponen ustedes del tiempo que falta hasta las siete para abandonar el territorio de los Estados Unidos. Cuatro horas y media de permanencia autorizada. Ya ven ustedes que somos generosos.

Los demás policías se habían levantado y rodeaban la mesa, teniendo cada uno de ellos la mano en el bolsillo de atrás del pantalón, donde abultaba un revólver de gran tamaño.

Panorme sabía conformarse con la derrota. Contuvo su ira y respondió tranquilamente:

—Ese informe de que habla usted es una mentira. Somos ciudadanos franceses, honrados; pero no nos negamos a atender los deseos de la policía norteamericana. Solamente hemos de decir que hoy no sale para Europa ningún barco, ni saldrá en varios días.

—Pero desde ahora, hasta las siete, hay dos trenes para el Canadá; dos trenes muy buenos, con coche restaurante, *bar,* estación de telegrafía sin hilos y todos los perfeccionamientos modernos. Si pierden ustedes el segundo tren, dormirán en *las tumbas* esta noche, y así tendrán el gusto de ver de nuevo a esa cuadrilla de compañeros suyos de aquí, con la cual están ustedes en relaciones desde que llegaron a Nueva York. Todos ellos están en las tumbas desde las once de la mañana. Según parece, forman ustedes parte de una cuadrilla internacional, cuyo jefe se llama de un modo muy raro: *El Lobo.*

—¡Eso no es cierto!

—¡Es verdad! Por desgracia creo que *el Lobo* está en Francia, y no poseo la prueba oficial que hace falta para proceder contra ustedes. Así, pues, ¡a la frontera! Y ahora, buen viaje, amigos míos. No les extrañe a ustedes que dos de estos compañeros les sigan de cerca. No intenten molestarles, porque son muy susceptibles y utilizan el revólver rápidamente y con buena puntería. Si les reparten algunas balas por el vientre, no habrá quien les compadezca a ustedes, y me permito indicarles que la paratomía es una operación muy peligrosa, que pocas veces sale bien.

SEGUNDA PARTE

I

La voz de las ondas

Un año después, en París.

Aunque estaba en sus principios, la radiodifusión había amplificado y embellecido maravillosamente la vida diaria.

Por ejemplo, en el campo, eran antes las veladas de invierno interminables. ¡Cuántos pueblos se hallaban aislados injustamente de los centros artísticos e intelectuales!

Hoy en día, hasta en la aldea más humilde, por aislada que se encuentre, basta dar vuelta a un botoncito colocado en el frente de una caja, para oír las últimas noticias de todo el mundo, conferencias dadas por los especialistas más ilustres, representaciones de teatro, y conciertos. La palabra "distancia" ya no es más que un vocablo geográfico.

Hasta aquellos de entre nosotros a quienes su profesión separa de los demás conciudadanos: torreros, vigilantes de minas,



DESPIERTA MAMA, TIENES
QUE TOMAR LA MEDICINA.

marineros de travesías largas, habitantes de ciertas islas, ya no son casi parias como lo eran antes; tienen la comodidad y el entretenimiento de oír lo que transmiten las emisoras importantes, y disfrutan como los demás de instrucción y de distracciones.

Suponen algunos que esas emisoras tienen un aspecto extraordinariamente complicado, lleno de engranajes y mecanismos, situado en el centro de un laboratorio de alquimia y con la rapidez de una locomotora. Pues bien, esos estudios que lanzan a miles de kilómetros música y conferencias; esos estudios que han renovado la vida moderna, tienen, en realidad, un aspecto muy sencillo.

Fíjense ustedes, por ejemplo, en la Radio Mundial, situada en un muelle del Sena, en un cobertizo grande que fué, en otro tiempo, cuadra de un duque. Se llega a él por un pasadizo donde está el cuarto del conserje tío Larribe, que fué en sus buenos años prevoste de esgrima y que ahora realiza escrupulosamente su misión.

Cuando en el concierto toman parte muchos intérpretes, sobre todo coristas de ambos sexos, no se puede atravesar el pasillo sin presentar al tío Larribe la papeleta de citación. Aquellos a quienes se les olvida y no son conocidos personalmente del conserje, tienen que volverse y perder el sueldo de un día. Sería inútil insistir.

Los días corrientes, cuando no se espera mucha gente, el conserje lee novelas, sin interrumpir su vigilancia. No se trata de novelas como aquellas que le gustaban a la señora Cutiot; nada de relatos detectivescos que tengan al lector en vilo durante trescientas páginas, ni de novelas psicológicas, que dividen los sentimientos en cuatro, ocho, dieciséis, treinta y dos y acaban por aburrir a los lectores.

Nada de eso. A Larribe le gustan únicamente las novelas de capa y espada, en que el héroe desenvaina su acero por cualquier motivo, y acaba por atravesar al traidor.

Después del pasillo hay dos puertas seguidas y acolchadas. Sobre la última hay una luz roja que, cuando está encendida, indica que no se debe entrar, bajo ningún pretexto, pues se está verificando una emisión.

Por último, está el estudio propiamente dicho: una habitación grande, de paredes fúnebremente cubiertas con paños obscuros, que impiden los ecos perjudiciales para una buena emisión. Sillas y bancos generalmente revueltos; dos mesas llenas de papeles y alumbradas con una lámpara portátil. Aquí y allá accesorios de los más heterogéneos, desde el batintín, que se utiliza para anunciar la hora, hasta los instrumentos que sirven para imitar los ruidos del viento, de la lluvia del trueno o de un regimiento en marcha.

En el medio, colgado del techo por un hilo delgado, se ve un aro metálico, ancho como la palma de la mano. Es el misterioso micrófono que difunde por el mundo entero la voz del que habla ante él a medio metro de distancia.

La sencillez del decorado y de los accesorios constrasta con la enormidad, casi mágica del resultado.

Aquella noche, a eso de las diez y media, iba a terminar la emisión. Se había transmitido la apertura de un congreso político celebrado en Burdeos.

Marambot, el locutor, acababa de leer las últimas noticias y estaba poniéndose el abrigo, dispuesto a marcharse en cuanto diera las buenas noches a los oyentes.

Un actor ilustre, que no había podido ir antes, comenzó una charla breve acerca del "teatro de mañana", que el director del estudio, señor Dupuy, sentado en un rincón y fumando un pitillo, oía de mala gana, porque era ex catedrático de química y no le gustaba el teatro.

El encargado de los accesorios guardaba en su estuche una armónica, con la cual, poco antes se había imitado sonidos de arpa. Sólo le faltaba ya volver a meter en el aparato que imita el trueno los trozos de plomo.

Sentada en una mesita, una joven muy bella, de luto, la secretaria, escribía citaciones de coristas para el día siguiente:

Goutal, el encargado de los accesorios, se acercó a ella y le dijo en voz baja:

—¿Quiere usted que le ayude, señorita Alicia? Luego haré lo mío.

—Gracias, señor Goutal; casi he acabado ya.

Aquella secretaria vestida de luto, era Alicia Massiat.

Desempeñaba el cargo desde hacía unos meses, gracias al esposo de una amiga suya de colegio, ingeniero especialista en radiotelefonía, que en San Benito, donde acostumbraban veranear, ayudó a construír su receptor, el mismo aparato que tan trágicamente enteró a la muchacha del espantoso fin de su prometido.

Cuando llegó Alicia a París, estaba vacante aquella colocación en la Radio Mundial. Había muchas aspirantes, pero fué preferida Alicia, no tanto por las recomendaciones que tenía, sino por sus conocimientos en la especialidad, y porque tenía una voz muy radiofónica, merced a la cual, en caso necesario, podía reemplazar al locutor.

Le estaban encomendadas la dirección y la responsabilidad de toda la documentación de Radio Mundial, lo cual representaba mucho trabajo. En colaboración con Dupuy organizaba los programas y los enviaba a los periódicos. Pedía el concurso de los conferenciantes y de los artistas necesarios en la emisora, contestaba a los ofrecimientos, discutía los precios con los agentes de publicidad, organizaba las fechas y la duración de las emisiones, recibía a todos los que iban a ver al señor Dupuy, muy ocupado siempre y sólo permitía que llegasen

hasta él los que no habían de hacerle perder el tiempo. También estaba encargada de contestar a las reclamaciones y a las sugestiones del público.

A sus órdenes trabajaban tres taquimecanógrafas una parte de su larga jornada. Se pasaba en el estudio desde las nueve de la mañana hasta las doce de la noche; comía en pocos minutos por aquellos alrededores, y cuando había prisa le llevaban la comida. Como se ve, se cargaba de trabajo con el deseo de olvidar sus penas.

Su única distracción era reemplazar al locutor en algunos anuncios. Le complacía, le entusiasmaba hablar para millones de oyentes invisibles, y pensaba: ¿Será posible que me oigan en Lyon, en Marsella, en Moscú, en Roma, en Nueva York y en Constantinopla? Ya sé que sí, pero tengo que hacer un esfuerzo para convencerme.

Como cuando los sucesos de San Benito se habló de ella en la Prensa en términos poco amables, llamándola "la novia del criminal" y añadiendo comentarios aún más desagradables, únicamente conocía su verdadero nombre el señor Dupuy. Todos los demás la llamaban "la señorita Alicia".

La venta de la casa al señor Wertheimer le produjo muy poco dinero; su sueldo era modesto, y como su madre dejó sus asuntos bastante embarullados, ciertos acreedores se aprovecharon de la inexperiencia de Alicia.

En pocas palabras: la venta de la casa y la subasta de los muebles y ropas de la hospedería le produjeron escasamente lo indispensable para vivir con mucha modestia unos cuantos meses.

No le faltaban ánimos ni tenacidad para dedicarse a trabajar, pero, prácticamente, no conocía ningún oficio. En otro tiempo se preparó para Teléfonos, pero allí sobraba gente desde la substitución del servicio manual por el automático. En la costura, en la enseñanza, en la música pasaba lo mismo.

¡Cuántas muchachas se encuentran así, de pronto, sin recursos, incapaces de encontrar colocación, por no haberles dado enseñanzas útiles!

Por fortuna para Alicia, la Radio, ciencia nueva y creciente, la apasionó desde el principio. Sabía de ella técnicamente, detalladamente, mucho más de lo necesario para desempeñar su cargo en Radio Mundial, y se entregaba a su trabajo con todos sus sentidos para distraer en lo posible su dolor.

A la gente le sorprendía ver ocupando aquel puesto a una muchacha que, rica o pobre, hubiera podido casarse fácilmente.

...el actor terminó su charla con un chiste que debió de hacer reír a sus innumerables oyentes pero que en el estudio, callado y obscuro, parecía lúgubre.

Marambot, el locutor, temeroso de perder el tren tranvía, se marchó antes de acabar, y Alicia le substituyó ante el micrófono:

—Con la charla que acaban ustedes de oír termina nuestra emisión de hoy. Radio Mundial desea a todos ustedes que descansen bien, y les invita a sus emisiones de mañana. ¡Buenas noches!

Se oyó un chasquido. Perdido su mágico poder, el micrófono se quedó reducido a un aro de metal.

El señor Dupuy se marchó con el actor. Llegó el tío Larribe, con su escoba y su plumero.

Goutal, el actor, se acercó a la muchacha:

—¿Me permite usted, señorita Alicia, que la acompañe hasta el Metro?

—¿Por qué no, señor Goutal?

Odiaba a aquel individuo, que, además de ser de una fealdad espantosa vestía con el peor gusto imaginable, y era antipático por su voz y por sus ademanes. Pero como por las noches estaba obscuro y casi desierto el muelle de Auteuil, era arriesgado para cualquier mujer pasar sola por allí. Por eso prefería recorrer los quinientos metros que separaban el estudio de la estación del Metro más próxima acompañada por Marambot o por cualquier otro, aunque fuese Goutal.

Este, apenas se vieron en la calle la abrumó a piropos:

—¡Qué voz más linda y más vibrante tiene usted, Alicia! Pocas mujeres lo hacen bien ante el micrófono; pero usted puede asegurar que cuenta con la estimación de todos los oyentes, porque lo que usted dice, sin perder su significado, adquiere profundidad y grandeza que originan repercusiones en ellos. Estoy seguro de que recibe usted muchas cartas de admiradores.

—Las recibo, efectivamente, pero en cuanto leo las primeras líneas las rompo.

—¡Muy bien! ¡Magnífico! Hace usted muy bien, porque yo quisiera ser el único que le dijese...

Habían llegado a la estación del Metro, y ella replicó secamente:

—Muchas gracias por haberme acompañado, señor Goutal. Hasta mañana.

—Si me permitiera usted acompañarla hasta su estación...

—No, gracias; tengo que repasar durante el viaje la lista de coristas para pasado mañana. ¡Adiós!

Goutal contempló la bella figura de Alicia mientras bajaba las escaleras, hasta que desapareció por el pasadizo, y luego murmuró, haciendo un gesto de furor que aumentaba su fealdad:

¿Te das tono, eh? ¿Me desdeñas? Aun no sabes quien soy yo, pero no tardarás en enterarte y entonces tendrás menos orgullo.

Alicia ocupaba un cuartito del quinto piso en una casa vieja cerca de la puerta de las Ternas.

Cuando llegó a París con muy pocos muebles, le costó trabajo encontrar alojamien-

to. Ni los caseros ni los administradores de las fincas ven con buenos ojos a las "muchachas solas" que aspiran a ser sus inquilinas. Esa gente sigue pensando como en la época en que la vida era más fácil, y las mujeres trabajaban menos que hoy. A las muchachas que pretenden alquilar un cuarto se las recibe siempre mal; les hacen preguntas impertinentes y casi siempre acaban por decirles: "No alquilamos a mujeres solas".

Hay algunos que no tienen reparo en ofrecerse para ayudarlas a sobrellevar su soledad.

Por fin, después de una serie de intentos, logró Alicia que la admitieran en aquella casa vieja del barrio de las Ternas, porque la portera, una buena mujer del Franco Condado, respondió de ella.

Desde su ventana abuhardillada, que daba al bulevar Gouvion Saint-Cyr, veía por encima de un hotel sin pensión, los árboles del bosque de Bolonia, las alturas de Montmorentcy y el monte Valerien.

...después de cerrar la puerta, contempló un retrato grande de su madre, que había colocado encima de la chimenea, con el marco rodeado de una tira de tela negra, que parecía un crespón de luto y no era más que la corbata que llevaba Juan la tarde que llegó a San Benito de las Olas, y que ella recogió de su cuarto como recuerdo.

¡Qué vida más triste era la suya! Entregada a su dolor, poco sociable, tímida, no entabló amistades con nadie. Siempre estaba sola.

Recogida en sí misma asistía a sus actividades cotidianas como si se tratase de otra persona. Iba, venía, hablaba, escribía sin que se apartaran de su imaginación los dos seres desaparecidos.

El transcurso del tiempo no alivió su pena, tan intensa en realidad como aparentemente; se agudizaba, sobre todo por la noche, en medio del silencio de la casa dormida.

Entonces era cuando se sentía más sola, con sus recuerdos tristes, que no atenuaba el trabajo material, como suele hacerlo con las penas mayores.

No conseguía dormirse, de tantas ideas como bullían en su imaginación.

Acostada, con la luz apagada y los ojos cerrados, no podía dormir...

En sus insomnios repasaba, dolorida, lo más reciente de su vida pasada: el momento de llegar Juan a San Benito de las Olas, la enfermedad de su madre, la espantosa noche en que oyó que el *Isla de Francia* daba noticias de la muerte de Juan, y poco después cerró ella los ojos de su madre.

Lloró entonces sin consuelo, pues ni aun en el recuerdo del último beso de Juan pudo encontrarlo, y al fin, rendida por las lágrimas, se durmió.

Aquella noche, como otras muchas, estuvo despierta, oyendo las horas, mucho tiempo. En el estudio se cansaba más intelectual que físicamente. Decidió no tomar siempre el Metro, e ir a pie, cuando lo permitiese el tiempo, pues el insomnio es un padecimiento muy grande.

Otra vez las semialucinaciones renovaron sus penas, que el tiempo no disminuía. Cuando por fin, el sueño le procuró algún olvido, ya teñía la aurora con sus lívidos fulgores, los cristales de su ventana

Mientras Alicia regresaba a las Ternas, Goutal se fué en un *taxi* a la calle de la Campagne-Premiére, que conserva en parte el aspecto del París antiguo. Entró por un corredor obscuro, subió a un piso y llamó, de un modo especial, a una puerta, que abrió Violeta.

—Buenas noches, señora, ¿está ahí?

—Sí.

La opulenta morena cerró la puerta y echó el cerrojo.

Goutal atravesó el comedor y entró en una sala que era la habitación de lujo de aquel piso amueblado. Allí estaban, jugando a los naipes, en mangas de camisa, Panorme, Mourre y Cossetard, rodeados de botellas de coñac y de curaçao.

Violeta se sentó. Vestía un costoso pijama verde liberty y negro, que exageraba su tipo meridional, dándole aspecto de esclava africana en el palacio de un sultán, a pesar del ramito de violetas que llevaba en el pecho.

—¡Hola, Goutal! ¿Hay novedades?—preguntó Panorme sin quitarse el cigarro de la boca ni dejar de jugar.

—Por lo menos durante diez días no va a haber en el estudio más que sesiones animadas: conferencias, operetas, comedias, ¡mucha gente! que no nos dejará hacer nada, pero luego habrá tres o cuatro veladas tranquilas, ¡que ni de encargo!

—¿Y la escalera de salvamento?

—Está muy bien: la he subido y bajado esta noche despacito y los maderos están perfectamente. Por otra parte, no hay más que un piso. Fuí desde la puerta trasera del estudio hasta la escalera en cuatro minutos, y eso es lo que puede tardarse en llegar al callejón sin salida, obscuro y constantemente desierto, que da a la avenida de Versalles.

—¡Una faena descansada! — pronosticó Mourre.

—Las ideas grandes, como ésta que se me ha ocurrido a mí—exclamó Panorme sentenciosamente — siempre son fáciles de ejecutar.

—Eso es sabido—asintió Cossetard—. Como idea extraordinaria, no cabe duda de que lo es.

—Hace dos años que lo pensé, y he conseguido estar en relaciones con gente hábil en cincuenta y siete ciudades extranjeras, sin que ninguno me conozca. Todos están preparados y han recibido el dinero, pero todavía no saben de qué se trata. Con cincuenta y siete telegramas en lenguaje con-



SENTADA ANTE UNA MESITA, UNA JOVEN MUY BELLA, DE LUTO, LA SECRETARIA, ESCRIBIA CITACIONES.

venido, a última hora, ¡listos! El jefe opina que ese es el negocio más importante que ha organizado nuestra sociedad.

Goutal adoptó la actitud y el tono del que va a decir algo importante:

—Hoy he sabido un detalle que puede interesarle a usted... La secretaria, esa muchacha de luto...

—Sí, eso a quien tú pones ojos tiernos —añadió Mourre burlándose.

—Y que te desdeña de un modo que da risa—insistió Cossetard.

—Puede que no ocurra lo mismo siempre, pero no se trata de eso. Le llaman, por lo menos en el estudio, todos, Alicia; pero nadie por su apellido...

—Bueno, ¿y qué?

—Que hoy he registrado sus papelotes y... ¡qué chico es el mundo...! La secretaria se llama Alicia Massiat, señor Panorme.

Este tiró sus cartas encima de la mesa. Mourre y Cossetard le imitaron, y Violeta se puso en pie.

—Como usted lo oye—dijo Goutal, envanecido con el efecto de sus palabras—, Alicia Massiat, la novia de su excelente compañero Juan Lurbe. Alicia Massiat es la secretaria de Radio Mundial.

Panorme se quedó pensativo, dando chupadas a su cigarro.

—Eso puede dar un resultado inmejorable—murmuró—. En el último negocio tuve mala suerte, pero ahora parece que va a ser otra cosa... La mejor manera de librarse de sospechas es hacer que recaigan en otro.

—¿Y cómo lo vas a conseguir?

—La encantadora Alicia me vió en San Benito como un viejo sordo y ridículo. Sólo conoce mi voz, y la voz se cambia con facilidad. ¿De modo que la amiguita de Juan Lurbe, barón de Douzille, ya difunto, es secretaria de la Radio Mundial? ¡Así podré vengarme de él retrospectivamente!

—¿Cómo?—preguntó Violeta.

—Entablaré relaciones con ella... Prepararemos el escenario... Todas las sospechas recaerán en ella; todas las investigaciones se encaminarán por su lado... Oídme, Mourre, Cossetard y tú también; fijáos mucho, porque todo depende de que hagamos bien lo que tenemos que fingir.

Poco después de las doce de la noche del día siguiente salía Alicia de la estación del Metro, para dejar una carta en la estafeta de la calle de San Fernando.

Cuando lo hubo hecho se encontró frente a frente con dos individuos que caminaban en sentido contrario.

—¡Mira qué linda es esta muchacha que acaba de dejar en el buzón una carta para su novio!

—Un novio que tiene mucha suerte, porque la chica es bonita de verdad.

El primero agregó:

—Ven a tomar unas copas con nosotros y verás qué bien lo pasas.

Al decir esto cogió a Alicia por un brazo, pero ella le rechazó e intentó escaparse.

—¡No trates así a las mujeres!—dijo el otro—. Dejémosla que se marche después de darnos un beso. ¡Anda nena, un besito a cada uno!

Alicia era bastante fuerte. Forcejeó, aunque inútilmente, como puede suponerse, y ya iba a pedir socorro cuando un caballero bien vestido que venía de la plaza de San Fernando, por la otra acera, cruzó la calle rápidamente, y con un mismo impulso lanzó a los dos hombres contra la puerta metálica de la estafeta, que sonó al encontronazo. Quisieron los hombres contestar al ataque, pero el caballero aquel debía de tener muchísima fuerza, porque los empujó con tanta violencia que uno de ellos cayó sentado, al suelo.

—¡Largo de aquí ahora mismo!—ordenó el defensor, con voz un poco gangosa.

Y mientras Mourre y Cossetard, pues eran ellos, se apresuraban a obedecer, Panorme, sombrero en mano, dijo a Alicia:

—Me complace mucho haber llegado a tiempo señorita. Esos pájaros de cuenta hubieran podido maltratarla...

—Muchas gracias, caballero. La verdad es que por aquí no abundan los agentes de Policía.

—¿Va usted muy lejos?

—No, señor, a la puerta de las Ternas.

—Sí, está cerca; pero no hay nadie en las calles. Si usted me lo permite, la acompañaré, por si acaso esos individuos, furiosos por mi intervención, quisieran vengarse.

—Muchas gracias, caballero, es usted muy amable.

Echó a andar a su lado, pero no muy cerca, y hablando de cosas vulgares. Así llegaron a la casa de Alicia, a tiempo que entraban otros dos inquilinos. El le dió las buenas noches y se fué.

Dos días después, cuando ella iba hacia la estación del Metro, vió delante de ella a su protector, que seguía el mismo camino y que llevaba una cartera bajo el brazo. El la vió también, la saludó con tanto respeto como la noche antepasada, y se le acercó.

—¿De modo que vive usted también en este barrio?

—Sí, señorita; provisionalmente, por lo menos. Soy representante de una fábrica suiza de máquinas agrícolas, y durante un mes lo menos me hospedaré en el hotel Excelsior, que está un poco más allá, en la avenida de la Grande Armée. La crisis dificulta mucho los negocios, señorita.

Era la hora de entrar en las oficinas, y había mucha gente en las cercanías del Metro. No se podía llegar a la escalera.

—Lo mejor que podía usted hacer, señorita, era venir hasta la estación siguiente, que está junto al hotel Excelsior, y así tendría yo el gusto de hablar con usted unos minutos más.

Este consejo que era bueno, fué dicho

con la mayor cortesía. Siguieron, pues, andando por la acera de la derecha, hasta llegar al magnífico *palace* Excelsior, a la puerta del cual estaban el portero y un botones. Allí hablaron algunas palabras, y Alicia dió la mano al amable caballero, que le dijo su nombre: Carlos Andrieu, sin preguntarle el de ella.

Se encontraron varias veces, como por casualidad, y siempre en la avenida de la Grande Armée, circunstancia que no tenía nada de particular, puesto que él vivía en el Excelsior.

Siempre daban unos cuantos pasos juntos, hablando de cosas corrientes, y nada más. Carlos Andrieu era un hombre muy reservado y de mucha corrección.

II

UNA JUGADA DE BOLSA

La tarde del día siguiente estuvo ocupada en Radio Mundial por lecciones de idiomas extranjeros, relatos de un buzo que llegó a una profundidad no alcanzada hasta entonces, y del *recordman* del vuelo estrato esférico. Por último hubo una conferencia política contradictoria que puso frente a frente a dos grupos parlamentarios. Las noticias del extranjero abundaron también por haberse producido un principio de revolución en Méjico, y recibirse informes de un discurso del presidente Roosevelt acerca de las relaciones de los Estados Unidos con Europa.

Alicia sustituyó al locutor Marambot, y no salió para comer. Rehusando un convite de Goutal, mandó llevar unos emparedados y un poco de fruta, y esa fué su comida.

La noche se presentaba bastante más tranquila: un poco de música de cámara, interpretada por un cuarteto famoso; discursos de dos ministros al final de un banquete en Burdeos; unos cuantos discos, y, por último, lectura de las noticias de última hora por Alicia o por Marambot, y la despedida.

Como la víspera, sólo estaban allí el señor Dupuy, el locutor, Goutal y Alicia.

El programa se realizó normalmente, burocráticamente. Ninguna de las agencias Radio, Havas o Tournier facilitaron noticias de esas que motivan una interrupción de las emisiones.

Así, pues, Marambot empezó a leer la última hora.

Entonces ocurrió algo extraordinario, que había de tener consecuencias en el mundo entero. Las luces se apagaron de repente... ¿Qué sucedía? Los del estudio esperaron unos segundos, sin moverse, hasta ver si se remediaba el apagón, pero el repentino fulgor de una linterna eléctrica de bolsillo iluminó el texto que había empezado a leer Marambot, y una voz seca le ordenó:

—¡Lee esto con tu voz normal si no quieres que te mate!

El locutor notó que le había atravesado la ropa la punta de un puñal que se le clavaba en el lado izquierdo. A pesar de todo titubeó, pero la punta se le clavó un poco más y dominado por el miedo y el dolor, empezó a leer lo que le ordenaban. Durante aquellos segundos hubo ruido de lucha, de pies que se arrastraban por el entarimado y de cuerpos que caían al suelo.

A pesar de la obscuridad, vió Alicia, merced a cierto fulgor confuso, que dos hombres sujetaban a Dupuy y a Goutal, los ataban y los amordazaban.

Impulsada por una especie de presentimiento, en cuanto se apagó la luz se escondió debajo de una mesa, y así pudo oír que la buscaban a tientas, en medio de la obscuridad, dos hombres. Uno de ellos murmuró:

—Debe de haberse marchado...

Una mano con guante sostenía ante los ojos de Marambot un papel que decía:

"El Gobierno francês ha enviado a Oceanía una misión especial, encargada de comprobar si existe o no petróleo en el subsuelo de las islas que forman el archipiélago de las Nuevas Estrellas. Terminada ante los comisionados la perforación de varios pozos, de todos ellos ha brotado petróleo en gran abundancia. La noticia no puede ser mejor para los accionistas de las Nuevas Estrellas."

Marambot titubeó antes de leer la frase: "Terminada ante los comisionados la perforación..." pero el puñal se le clavó más y sintió correr su sangre.

Después de todo, ni él era el caballero de Assas, ni se trataba del ejército francés. Pensando así, terminó la lectura con su voz acostumbrada.

Luego, obedeciendo a una seña de la mano enguantada, siguió dando las noticias auténticas, y al acabar con la despedida reglamentaria, se apagó la linterna que le alumbraba, y se sintió derribado al suelo violentamente, atado y amordazado.

Una voz de hombre ordenó:

—¡El que se mueva antes de que se lo permitamos, puede considerarse muerto!

En la obscuridad no es fácil conocer las voces; sin embargo, Alicia se estremeció, pues creyó reconocer aquélla. ¿Dónde, cuándo la había oído?

Por el poco ruido que hicieron sus pasos juzgó Alicia que aquella gente se marchaba por una puerta pequeña del fondo del estudio, correspondiente al piso primero de la casa, desde donde se podía bajar fácilmente a la calle, mediante una escalera plegable de salvamento que había allí.

Aquella puerta del fondo del estudio estaba cerrada siempre con dos cerrojos gruesos. ¿Quién los había descorrido?

Por la puerta normal no era posible entrar, pues sólo se abría desde dentro durante las emisiones, y cuando quería entrar

alguien tenía que oprimir un pulsador que encendía una luz por dentro, y entonces, si así lo disponía el locutor, apretaba Goutal un resorte, merced al cual se abría la puerta. Todas estas precauciones obedecían al propósito de que no fuese molestado nadie durante las emisiones.

Tras la puertecita debió de quedarse vigilando uno de aquellos hombres, pues se oía silbotear por allí.

Poco a poco, calladamente, salió Alicia de debajo de la mesa, y andando a cuatro pies, se acercó al sitio donde estaba el teléfono.

Intentó marcar el número del servicio de urgencia de la policía, para dar cuenta de lo ocurrido, a riesgo de su vida, pero no pudo hacer nada: el aparato no daba tono alguno; indudablemente habían cortado los hilos.

En vista de esto y con el propósito de dar un contraanuncio, se acercó al micrófono, y se lo encontró en el suelo, desprendido, inservible. ¡Los bandidos no habían descuidado ningún detalle!

Al otro lado de la puerta continuaba el silboteo. Era forzoso esperar...

Pasado algún tiempo se calló el que silbaba, pero se le oía moverse, respirar...

Dejaron pasar algunas horas. Por fin se vió amanecer por entre las junturas de las cortinas. Ya no estaba allí el hombre.

La puertecita seguía cerrada; Alicia la abrió poco a poco. No había nadie. Desembarazó apresuradamente a sus compañeros de las cuerdas que los sujetaban, y todavía estuvieron un buen rato sin poder hablar ni moverse.

Luego fueron a librar a Larribe, que, como suponían, estaba también amarrado y amordazado desde el principio de aquel atraco.

—¿Qué anuncio es ese que me han obligado a leer?—preguntó Marambot.

—¿No lo ha comprendido usted?—le contestó Dupuy, con voz todavía débil y ronca—. Existe una Compañía explotadora de los yacimientos de las Nuevas Estrellas, que no es, probablemente, más que una banda de estafadores. Sus acciones, emitidas a quinientos francos, valen hoy cuarenta, a lo sumo. Por más que las han llevado a todos los mercados financieros de Europa y de América, no han conseguido contener la baja. Esa noticia falsa las hará subir a dos mil. ¡Figúrese usted, unos pozos que producen cantidades de petróleo considerables, según los informes oficiales propagados al mundo entero por nuestra emisora...

—Pues ahora mismo voy a arreglar el micrófono y a decir lo que ha sucedido...

—Ya es tarde. En primer lugar, para arreglar el micrófono hacen falta lo menos tres horas, y entre las diez y media de la noche y cinco de la mañana que son ahora, ha habido, contando con la diferencia de hora entre los continentes, varias sesiones de Bolsa. Los cómplices que haya en los distintos países habrán aprovechado el alza producida por nuestra noticia para vender todas las acciones de las nuevas Estrellas. Repito que habrán alcanzado una cotización de dos mil francos, porque si hubiera petróleo en el archipiélago, serían incalculables los beneficios de la Compañía, que tiene muy pocos gastos. ¡Diecinueve mil novecientos sesenta francos por acción! ¡Y se habrán vendido, probablemente, cincuenta mil! Echen ustedes la cuenta. En todas las Bolsas donde es conocida la Compañía de las Nuevas Estrellas, se las habrán disputado los compradores. No me sorprendería que se hubiese agrandado la estafa con fabricación de acciones falsificadas...

—¿Y cuando se sepa lo que ha sucedido?

—Las acciones se derrumbarán rápidamente, pero los vendedores conservarán sus enormes ganancias, sin que se les pueda obligar a devolverlas. Tenían derecho a vender al ver que subía la cotización. ¡Peor para los que se apresuraron a comprar, engañados por una noticia falsa!

—¿Cómo habrán podido preparar esa canallada los miserables que nos han hecho sus primeras víctimas?

—Es muy fácil. Me sorprende que no lo hayan intentado también en el estudio de la Torre Eiffel, que está tan aislado.

La Policía llegó en seguida, y puede suponerse la impresión que produjo el atentado en todo París.

En algunas Bolsas no llegaron a realizarse transacciones por haberse dado la noticia demasiado pronto o demasiado tarde, pero, al parecer, en otras muchas, el público y los agentes creyeron la noticia transmitida por Radio Mundial, y se hicieron negocios enormes.

En París y en toda Francia muchos oyentes solicitaron confirmación de la noticia al ministerio de Comercio, sin conseguir respuesta, porque ya era tarde y, además, estaban el ministro, el subsecretario y tres de los principales empleados ausentes en el Congreso de Burdeos cuyos discursos finales transmitió Radio Mundial.

Después de todo, la noticia no era muy inverosímil. Podía haber petróleo allí como en otros sitios.

El telégrafo y todas las emisoras del Estado dieron cuenta de la estafa, aunque demasiado tarde.

La Policía examinó detenidamente el estudio sin encontrar ninguna huella. Ni las cuerdas ni las mordazas ofrecían detalle alguno que pudiese descubrir la pista. Dupuy, Marambot, Goutal y Alicia declararon en la prefectura.

Cuando dijo su nombre esta última, exclamó el comisario:

—¿Alicia Massiat? Usted estuvo complicada en el proceso de San Benito de las Olas.

—¿Complicada? ¿Qué quiere usted decir con eso?



—ME COMPLACE MUCHO HABER LLEGADO A TIEMPO, SEÑORITA...

—Quiero decir comprometida...

—Eso carece de exactitud por completo. Nunca estuve complicada ni comprometida en aquello. Va usted a saber lo que ocurrió.

Se lo refirió todo detalladamente. Al terminar, afirmó su confianza ilimitada en Juan Lurbe, claro es que sin revelar el convenio existente entre él y el señor Delacroix.

Varios días antes fué a visitar al joyero, sin más motivo que su deseo de conocer a un hombre con quien podría hablar de Juan, pero la gestión fué totalmente ineficaz, porque el Sr. Delacroix, por disposición de su médico, realizaba aquellos días un crucero por el Mediterráneo.

Ya sabía Alicia que no tenía derecho a mezclarse en el asunto sin su previa autorización.

El comisario fingió quedarse convencido:

—Señorita, yo sólo conocía por los periódicos aquel suceso. Ahora veo que ciertos rumores que podían afectar a usted carecían de fundamento... ¡Qué quiere usted, en los pueblos chicos se habla demasiado!

Así y todo se apresuró a avisar a la Policía judicial de los antecedentes sospechosos de la señorita de Massiat.

Al salir de la Comisaría, pocos minutos después, no advirtió Alicia que la seguían dos agentes, que fueron tras ella hasta su casa de la calle de las Ternas, esperaron a que saliese y, discretamente, continuaron siguiéndola hasta el estudio, donde, ya arreglado el micrófono, continuaron las emisiones normalmente.

Volviéronse después a la casa para interrogar a la portera acerca de las visitas y de la correspondencia que recibía la muchacha, así como del género de vida que hacía.

La portera, mujerona que no se asustaba fácilmente, contestó que nadie iba nunca a ver a Alicia, que apenas recibía cartas, y que su vida era irreprochable. Añadió que más valiera que en vez de espiar a una muchacha honrada y bella se dedicaran algunos policías a perseguir apaches, y si no les agradaba tanta franqueza, lo mejor que podían hacer era seguir su camino.

Los policías se marcharon para proseguir sus investigaciones.

Al día siguiente volvieron a llamar a Alicia a la Prefectura, donde el comisario especial, con cara muy seria esta vez, la sometió a nuevo interrogatorio, durante dos horas. Como consecuencia de él publicó la Prensa la nota siguiente:

"Las actuaciones relacionadas con el suceso de la Radio Mundial han adelantado hoy mucho. En la Prefectura se supo ayer que la secretaria y vicelocutora del estudio era Alicia Massiat, cuyo nombre se ha publicado ya en estas columnas con motivo del suceso de San Benito de las Olas, donde ocurrieron dos asesinatos misteriosos.

Recordarán nuestros lectores que la mencionada muchacha era muy amiga de un cómplice indudable de Panorme, del bandido Juan Lurbe, que poco después se lanzó al mar desde la cubierta de un transatlántico, evitando así que le prendieran y librándose de pagar su deuda a la Justicia.

Uno de los comisarios especiales encargados del asunto de Radio Mundial, procedió rápidamente y averiguó que la muchacha había sido vista en compañía de cierto individuo sospechoso que se había marchado de pronto del hotel Excelsior sin pagar la cuenta, y dejándose olvidadas, en su apresuramiento, unas herramientas para el robo.

El portero, un *botones*, dos huéspedes del hotel y otras personas, aseguraron que habían visto varias veces a Alicia Massiat acompañada por dicho individuo.

Ella ha dado una explicación novelesca y risible: afirma que aquel hombre la protegió un día contra dos individuos demasiado atrevidos. Declaró luego haberle visto en la calle cuatro o cinco veces nada más, y siempre casualmente, sin embargo de lo cual, el portero del hotel afirma que les ha visto varias veces hablando de modo que revelaba cierta intimidad.

Las señas de tal hombre no coinciden con las de ninguno de los malhechores conocidos de la Policía. Se le busca activamente.

Alicia Massiat ha quedado en libertad provisional porque no aparece cargo alguno contra ella, pero de seguro sabe más de lo que parece acerca del suceso de Radio Mundial. Tal vez durante algún interrogatorio próximo se decida a descargar su conciencia, y eso es lo mejor que podrá hacer."

Leyó y releyó estas líneas Alicia y en seguida telefoneó, desesperada de vergüenza y de rabia, al Sr. Dupuy, que ya estaba enterado de ellas.

—Hija mía—contestó, bastante azorado—la creo a usted, pero se han conjurado en contra suya tantas circunstancias desagradables, que me veo obligado a suplicarla que suspenda por ahora sus funciones en el estudio, donde su presencia daría lugar a determinados comentarios... Estoy seguro de que ese desdichado asunto se resolverá del modo más favorable para usted, que entonces podrá volver a ocupar su puesto.

—¡Es para desesperarse! Esa determinación revela la creencia de que se me supone culpable de algún modo de lo que ocurrió anteayer.

—Confío en que no sea así. Pero, si me equivocara, crea usted que no puedo remediarlo. He hablado por teléfono con el presidente de Radio Mundial, que me ha manifestado la resolución terminante del Consejo de que, provisionalmente, deje usted de figurar en nuestras nóminas. Voy a decírselo así en una carta certificada. Ya ve usted, todos tenemos nuestras responsabilidades.

—¡Pero, Sr. Dupuy, yo no tenía otros medios de vida que mi empleo! ¡Con esa determinación me quitan el pan!

—Ya recibirá usted la indemnización acostumbrada.

Cuando salía Alicia de la Estafeta desde donde telefoneó a Dupuy, notó que un hombre con sombrero de fieltro blando e impermeable gris enseñaba un *carnet* a la encargada del teléfono y luego miraba y tomaba nota del número que ella había pedido.

Ya afuera, comprobó en seguida que estaba esperando a aquel hombre otro con el mismo indumento—casi un uniforme—, y que ambos la siguieron a poca distancia, sin disimularlo. Eran los mismos de la víspera, pero entonces no se fijó en ellos.

¡Vigilada como una criminal!

Se tapó la cara con el pañuelo para ahogar los sollozos de vergüenza y de rabia.

No se veía encerrrada entre cuatro paredes, pero estaba presa de todas maneras.

Ya más tranquila se acercó a aquellos hombres para preguntarles por qué la seguían. Uno de ellos, cortés, pero irónicamente, contestó:

—Nada de eso, señorita. ¿Por qué habíamos de seguirla a usted? Lo que ocurre es que llevamos el mismo camino y nada más...

El otro añadió, haciendo un saludo exágerado:

—De esta manera, señorita, no tiene usted por qué temer encuentros desagradables; bastará que nos haga usted una seña y verá qué eficazmente la protegemos.

Lo cierto era que cumplían su misión discretamente, y que ningún transeúnte podía sospechar que se trataba de una vigilancia.

Alicia fué a cenar a una lechería, donde no la conocía nadie, había llorado tanto que las camareras se fijaron, extrañadas, en su cara hinchada y roja.

Al salir, continuaron siguiéndola los policías.

Regresó a su casa, cerró la puerta de su cuarto y luego, irguiéndose en la punta de los pies, trémula, con la cabeza echada hacia atrás y las manos crispadas sobre los ojos, se dejó caer en la cama, agitado todo su cuerpo por los sollozos exclamó:

—¡Mamá, mamita! ¡Juan...!

Ninguno de los dos seres amados, cuya protección imploraba, podía acudir en su socorro.

¡Deshonrada públicamente...! ¡Sin trabajo...! ¿Qué iba a ser de ella?

¿Diría la verdad? ¿Invocaría el testimonio del señor Delacroix? ¡Imposible! Estaba dando un paseo por el mediterráneo. Y además, ¿cómo había de declarar en su favor si no la conocía?

Podría creer que después de muerto Juan había dejado ella de observar buena conducta... Por otra parte, el señor Delacroix estaba enterado de lo que ocurrió en San Benito pero no de lo sucedido en el estudio de la Radio Mundial. El joyero podía dar, a lo sumo, un testimonio de moralidad, que no bastaba.

Se sentía abandonada, débil, perdida. La existencia era demasiado cruel: desgracias, obstáculos... había perdido su energía natural; en su cabeza daban vueltas las ideas, embrollándose dolorosamente.

Por fin el abundante llanto calmó sus sollozos y su hipo, del mismo modo que una ráfaga de lluvia calma una tormenta.

¿Cuánto tiempo estuvo llorando? Horas, sin duda. Por fin se levantó y abrió la ventana. Respiró profundamente, y acabó por tranquilizarse.

El rumor de París era constante y confuso, como el de un caracol grande. Al través de una niebla leve se veían brillar las estrellas. En medio de la frescura cristalina del aire, olían a primavera algunas ráfagas tibias y lentas.

Alicia divisaba las frondas del bosque de Bolonia, la silueta del monte Valerien; adivinaba, a la izquierda, las horribles edificaciones del Luna Park...

A veces pasaban con el cencerreo de sus vasijas, algunos carros de lechero.

Alicia se estremeció. La viveza del aire nocturno la aturdía. Le abrasaban los ojos. Cerró la ventana y se volvió a acostar, demasiado cansada para desnudarse. Le parecía mal que hubiera podido olvidar su dolor durante aquellos breves momentos que estuvo en la ventana. Cerró los párpados con la esperanza de quedarse dormida, pero ¿podría olvidar? ¿Querría olvidar?

Era joven y sana. Las leyes de la naturaleza pueden más que las emociones. Alicia se quedó dormida con ese sopor que precede al sueño.

De pronto una palpitación luminosa percibida al través de sus párpados, le obligó a abrir los ojos y a incorporarse.

Unos fulgores breves y entrecortados, que entraban por la ventana, iluminaban toda la habitación.

—¿De dónde vendrían?

Algunas veces probaba sus reflectores el monte Valerien, pero la prueba duraba poco. Además, pudo convencerse de que el monte Valerien estaba a oscuras...

Por otra parte, aquella luz tenía duración diferente. ¡Eran señales de alfabeto Morse!

Es más fácil leer el Morse a la vista que al oído. Alicia recordó lo aprendido en la calle de la Boetie y descifró aquello fácilmente:

Los destellos decían: "Mañana mediodía parque Montsouris. Mañana mediodía parque Montsouris".

De pronto cesaron, y volvió la oscuridad. Alicia se fué hacia la ventana, la abrió y vió por todas partes el paisaje nocturno, indiferente, tranquilo de poco antes.

¿De dónde procederían aquellas señales? ¿Quién las haría? ¿En qué asechanza que-

rían hacerla caer? Tal vez eran las señales para otra persona, y el que las hacía se había equivocado de dirección. ¿Por qué semejante cita en el parque de Montsouris? Nunca había estado ella en tal sitio.

Y si no era una equivocación, ¿quién pretendía hacerle ir allí? ¿Para qué?

A aquella misma hora, en medio del templado mediterráneo, en agua de Grecia, el señor Delacroix, tumbado en una silla plegable, en la cubierta de su yate, contemplaba la noche estremecida, que recordaba a las de los trópicos con el brillo de las estrellas, el calor húmedo del ambiente, y los olores resinosos que llegaban de la lejana costa.

La luz de los astros suavizaba la obscuridad de la noche hasta tal punto que se veía toda la silueta del barco entre sus luces de situación.

Sólo interrumpían el silencio las pulsaciones de la máquina.

Delacroix pensaba que dentro de seis días se hallaría en las costas de Francia, en Marsella, dominada por la imagen de Nuestra Señora de la Guarda, y después de doce horas de tren, en París, cuyo cielo había de estar todavía un mes, por lo menos, agrisado por las lluvias de primavera.

Indudablemente el crucero había sido demasiado corto.

La tristeza de Delacroix aumentó desde que supo por los periódicos la muerte de Juan Lurbe, pues se había encariñado de verdad con aquel ahijado imprevisto, tan simpático, en el cual admiraba el valor, la lealtad y el espíritu aventurero. El pobre muchacho murió de aquel modo lamentable cuando intentaba vengar a Otilia y recuperar el aderezo.

Cierto es que había de por medio el ofrecimiento de una recompensa considerable, pero el joyero sabía que Lurbe no era ambicioso.

Le parecía verle, alto, robusto, con el pelo peinado hacia atrás... y luego disfrazado de vejete presuntuoso...

Pasó una bocanada de aire tibio, saturada de aromas...

Al señor Delacroix no le interesaba, resueltamente, regresar a Francia. Oprimió un pulsador eléctrico, y a poco se presentó un marinero.

—¿Está de cuarto el señor Miniou?

—No, señor; pero todavía no se ha acostado. Está escribiendo en su camarote.

El señor Miniou era el capitán, y no tardó en aparecer.

—¿Qué desea usted, señor Delacroix? —preguntó.

—¿Qué provisión de mazut tenemos?

—Mucha, todavía.

—Bueno, pues en cuanto pasemos del estrecho de Bonifacio, hará usted rumbo a Gibraltar y no a Marsella; luego bajaremos por la costa de Africa, hasta Dakar. Abastézcase usted si hace falta, en el mismo Gibraltar.

—Está bien, señor Delacroix, voy a disponer lo necesario.

—Tal vez hagamos escala en Madera o en Canarias.

Si la pobre Alicia hubiese tenido que apelar, como último recurso, al testimonio del joyero, habría de pasar mucho tiempo antes de que lo consiguiera. Mientras ella luchaba en París contra dificultades muy serias, tal vez contra peligros espantosos, el anciano joyero se olvidaba de la fría y triste Europa a lo largo de las costas senegalesas.

III

LO INESPERADO

Al otro día no se despertó Alicia hasta las diez de la mañana. Llenaba su cuarto un sol espléndido. ¿Iría a la misteriosa cita que le dieron por Morse?

Titubeó porque los últimos acontecimientos la habían vuelto desconfiada, pero en el estado a que habían llegado las cosas ya no arriesgaba nada, y la cita al aire libre no ofrecía ningún riesgo. Por otra parte, ¿era para ella la cita? ¿No se habrían equivocado al darla de aquel modo extraño?

A eso de las once salió.

La robusta portera le hizo señas para que entrase en la portería.

—Mire usted, señorita, esos dos policías que tuvieron la desfachatez de venir a pedirme informes de usted, están ahí afuera, esperándola, paseo arriba, paseo abajo.

—Gracias por el aviso, señora, pero no me importa que me sigan; no tengo nada que ocultar.

—Esos prójimos se meten siempre con las personas decentes; pero yo sé que todo lo que han dicho de usted los periódicos son paparruchas, y que es usted una señorita muy buena.

Alicia echó a andar por la avenida de las Ternas y el bulevar Pereire, en dirección a la puerta Maillot. Los dos ángeles guardianes que la Prefectura le puso de escolta iban detrás. Ella los veía sin necesidad de volver la cabeza, reflejados en los cristales de los escaparates.

Tenía que librarse de ellos; no le era posible ir así, escoltada, a la misteriosa cita. La primera precaución tenía que ser el secreto.

¿Cómo les daría esquinazo?

Torció rápidamente por el estrecho pasaje que va a dar a las taquillas del ferrocarril de circunvalación y al otro lado del bulevar Pereire, pero ellos siguieron el mismo camino.

En la explanada de la estación había mucha gente alrededor de un cantante callejero y de un *autocar* de viajeros recién llegados, del cual se estaban apeando éstos.



—¡PERO, SEÑOR DUPUY, YO NO TENÍA OTROS MEDIOS DE VIDA QUE MI EMPLEO!

Alicia intentó burlarlos metiéndose por entre los grupos, y siempre se los encontraba pisándole los talones. Eran dos excelentes policías llamados Fouilloux y Brand, a quienes nadie había burlado hasta entonces.

La perseguida tomó el Metro, con toda tranquilidad, y se acomodó en el departamento de primera, es decir, en la parte delantera del vagón. Los policías se sentaron en la otra parte. Ella no les miró, fingiendo que no los había visto.

En la estación de San Pablo, en la cual queda la salida hacia la cola del tren, se apeó ella sin prisa. Los policías se apearon también, de modo que salieron al andén unos cuantos metros delante de la muchacha. Así avanzaron hacia la única puerta de salida que tiene la estación, yendo Alicia detrás. Pero al llegar a la altura de la última portezuela del último coche de segunda, se metió rápidamente en el tren cuando éste echaba a andar.

Los agentes volvieron la cabeza desde la escalera de salida y sólo vieron el farolillo rojo del tren, que desaparecía en la profundidad del túnel.

—¡Nos ha tomado el pelo!

Subieron la escalera apresuradamente para tomar un *taxi*, pero no había ninguno por allí que les llevara a la estación de la Bastilla. Cuando lo encontraron ya era tarde.

—¡Se ha burlado de nosotros!

—¡Qué dirá el jefe!

Alicia atravesó la verja del parque de Montsouris con mucha ansiedad. A pesar de que el admirable jardín brillaba a la luz de aquel sol de primavera; a pesar de su animación y de su encanto, le daba miedo.

¿Sería la cita algún lazo que le tendía el mismo individuo que tan gravemente la comprometió acompañándola por la calle de San Fernando?

Posible era que al hablar con aquel individuo supiera a qué atenerse.

El parque de Montsouris está casi desierto a medio día; el café restaurante seguía cerrado y los estudiantes de la Ciudad Universitaria tenían vacaciones.

Alicia no vió a nadie a lo largo de las avenidas. Dió la vuelta al parque, siguió por la vía del ferrocarril y subió hasta la estación meteorológica. Luego retrocedió, miró, remiró... ¡nada!

¿Se habrían burlado de ella , o lo que era más probable, ¿sería la cita para otra persona?

De todas maneras resultaba que había ido hasta el extremo de París inútilmente...

Siquiera tuvo ocasión de dar esquinazo a los policías, y así podría reflexionar tranquilamente acerca de su triste situación.

¿Tranquilamente? Por desgracia ya no había tranquilidad posible para ella.

Se sentó cansada, rendida, en un banco de piedra, de espaldas a un bosquecillo. Estaba a la sombra pero el sol cubría las praderas y el lago.

¿Qué iba a ser de ella? Fuera de la *radio* no servía para ninguna profesión..., y en la *radio* no podía aspirar ya a nada, pues en ninguna emisora aceptarían la colaboración de una persona de quien habían hablado los periódicos así... ¿En teléfonos, donde ya otra vez quiso ingresar? ¡Menos aún! Estaban despidiendo gente. Y allí tampoco la admitirían por lo de los periódicos.

Profesores de piano, de canto, de dibujo, había casi tantos como discípulos. Además, ninguna madre confiaría a su hija a la señorita Massiat.

Necesitaba dedicarse a cualquier oficio manual; no había de darle vergüenza. Con razón dice el proverbio que no hay oficio malo.

Pero, ¿cuál eligiría? ¿Obrera de alguna fábrica o de taller, embaladora, dependienta de comestibles? ¡Cualquiera que fuese! Lo malo era que no estaba preparada para ninguno, y que ignoraba si sería capaz de realizar los esfuerzos que exigiera su cometido.

Si tuviese a Juan a su lado, ¡con qué entusiasmo aceptaría el trabajo más rudo, el oficio más humilde! Sola, no tenía valor.

La vida era muy cruel. Acaso valiera más librarse de ella. ¡Es tan fácil! Con dejarse caer desde una ventana o desde un puente... En el agua dicen que se acaba pronto, que no se sufre...

Ya no le quedaban ánimos ni resistencia...

—Y pensar—murmuró cerrando los ojos—que algunas palabras suyas me hubiesen reanimado tanto... No palabras de aliento, sino de cariño. Para que yo quisiera seguir viviendo necesitaría oír su voz, su voz amada, llamándome: "Alicita, querida Alicia"

En aquel instante la voz de aquel en quien ella pensaba tan apasionadamente, tan desesperadamente, murmuró a su lado:

—¡Alicita, mi querida Alicia!

La enlazaron dos brazos, y dos labios buscaron los suyos.

¡El! ¡Tenía que ser él, puesto que tan espontáneamente se abandonaba a aquellas caricias!

Y era él, sentado a su lado, y oprimiéndola contra su pecho. Así permanecieron un buen rato, callados, inmóviles, ebrios de alegría.

Por fin dijo Juan:

—Alicia mía, he sufrido mucho, ¡mucho!, no pude enterarte de que seguía vivo, pero aquí me tienes. Ya verás qué hermosa es la vida estando juntos.

Ella no atendía el sentido de aquellas palabras; sólo oía su sonido y con ello le bastaba. Entonces comprendió la diferencia que hay entre las lágrimas de desesperación y las de felicidad.

Le oyó, como en sueños, el relato de lo ocurrido a bordo del *Isla de Francia*.

—Tuve que buscar un colaborador. El mozo de mi camarote era bretón, un bretón

castizo, de los buenos, de esos que en seguida tratan a los de la tierra como hermanos. Hablábamos en nuestro dialecto y no tardé mucho en comprender que podía confiar en él. Le enteré de todo, y después de enseñarle los recortes de periódico, referentes a la Cascada Roja, le dije:

—Oyeme bien, Alain, el aderezo de rubíes está en el saquito de cuero que lleva ese tísico fingido, sin separarse de él... Ayúdame a recuperarlo y serás tú quien se lo devuelva al señor Delacroix. Tú lo guardarás durante todo el viaje, y lo esconderás donde quieras. Al entregárselo a su dueño tendrás la seguridad de haber cooperado a una gestión perfectamente honrada, y recibirás parte de la recompensa. Ya ves que yo también tengo confianza en tí, puesto que voy a poner en tus manos una joya de valor incalculable.

Alain tenía así todas las garantías posibles, y aceptó. Una noche apagó la luz del fumadero desde afuera. Yo me había fijado bien en el sitio que ocupaban mis enemigos, y aprovechándome de la obscuridad, derribé al suelo a Panorme; le quité el saquito y se lo dí a Alain, que acababa de entrar y se marchó con él. Como Panorme, creyendo que yo me denunciaría, estuvo hablando soezmente de tí, dediqué unos segundos a imponerle un correctivo.

Después de aquello yo tenía que desaparecer, porque ya no podía engañar más tiempo a Panorme. Por eso no titubeé en ir a desafiarle a su propio camarote con objeto de saber lo que preparaba. Se proponía hacer que me mataran en cuanto llegáramos a Nueva York. Tales amenazas son allí cosa seria. Cuando los *gangsters* han resuelto matar a alguien no hay quien le libre de la muerte. Hubiera sido una insensatez ir en busca de la tragedia, por eso escribí al capitán del barco, disimulando la letra, una carta en la cual denunciaba al "miserable Juan Lurbe", que con el nombre y el aspecto del barón de Douzille, estaba a bordo, en el camarote número tantos, ¡Me denuncié a mí mismo, cosa que no han sospechado los periódicos!

Cuando fueron a detenerme, salí corriendo hasta la cubierta superior, donde no había nadie. Alain fingió que corría detrás de mí, y dijo que me había tirado al mar, cuando lo que hice, sencillamente, fué esconderme en un bote de salvamento. Por la noche fué Alain a buscarme, y me ocultó en un pañol de ropas de cama y mesa.

Hay muchos casos que demuestran lo difícil, casi imposible, que es ocultarse a bordo de un transatlántico durante una travesía entera por el exceso de precauciones que hay en el embarco y desembarco; pero contando con la ayuda de alguien de la tripulación, se puede uno esconder durante y al final de un viaje, con muchas probabilidades de que no le encuentren. En aquel recinto abominable, detrás de unos fardos de tela, pasé dos días y una noche espantosos. Estuve a punto de entregarme, pero hice un esfuerzo grandísimo y pude resistir.

—¡Pobre Juan! ¡Cuanto me acordaba de ti en San Benito!

—La noche que llegamos, y cuando toda la tripulación estaba en tierra, Alain se entendió con un contrabandista que, mediante el pago de cien dólares, me llevo a la otra orilla del Hudson, al Estado de Nueva Jersey. Salí del buque por un tragaluz grande, del lado opuesto al muelle de desembarco, es decir, por donde no podían verme los encargados de acecharme.

Ya estaba en el Estado norteamericano de Nueva Jersey. ¿Cómo podría volver a Francia? En los Estados Unidos no le piden a uno los papeles más que cuando intenta pasar la frontera... Mi pasaporte estaba extendido a nombre del barón de Douzille, y gracias a los periódicos, se sabía ya que ese era el nombre supuesto del bandido Juan Lurbe. En cualquier frontera, en cualquier transatlántico me hubieran detenido sólo con ver mi pasaporte. Así pues, yo no podía salir de los Estados Unidos, como no fuera fraudulentamente, es decir dificilísimamente.

Empecé por escribir a la policía de Nueva York una carta anónima acerca de Panorme y su cuadrilla. En cuanto comprobaron mi denuncia los expulsaron por el Canadá, que era lo que yo quería; así se verían obligados a regresar a Europa, donde yo los encontraría y capturaría... En efecto, la policía canadiense, enterada por la norteamericana, no toleró mucho tiempo su presencia.

Intenté trasladarme al Canadá, evitando los sitios vigilados, y a pie, pero me fué imposible; los carabineros siguen vigilando tan escrupulosamente como cuando existía la ley seca. Lamenté el fracaso que me alejaba de Panorme, a quien me he propuesto llevar a la guillotina.

En la frontera mejicana me ocurrió lo mismo. Los guardias dispararon contra mí. Entonces me fuí a San Francisco de California, pero ya no tenía, casi, dinero. Buscando colocación estuve dos semanas en una posada de marineros. Por fin me contrataron como ayudante de escribiente en un horrible, en un inmundo barco mercante. Me ofrecieron treinta dólares por semana, pero cuando se enteraron de que carecía de documentos los rebajaron a diez, y cuando llegamos a Hong Kong no me dieron ninguno, y no pude quejarme.

¡Qué barco aquel! No puedes figurarte lo que en él padecí. Algún día te lo contaré y te parecerá mentira.

—¿Y por qué no me escribiste?

—Hubiera sido una imprudencia muy grande; yo ignoraba lo que ocurría en Francia y el efecto que hubiera producido mi supuesto suicidio, pero tenía sospechas de que estuviese intervenida tu correspondencia. Ahora sé que lo estaba. Una sola carta que hubiese llegado para ti del extran-

jero, cualesquiera que fuesen la letra y el contenido, habrían originado sospechas.

Bueno, pues, como decía, me encontraba en Hong Kong, sin dinero, y para ganarlo di lecciones de boxeo francés, en el cual es lícito pegar con los pies y con los puños. Eran discípulos míos unos traficantes en té y en sedas, que me procuraron documentación con nombre supuesto, sin preguntarme para qué la quería: esos amarillos son tan reservados, que a veces nos azoran, pero respetan los secretos ajenos y son amigos leales.

De pronto padecí un ataque de disentería, que allí es enfermedad mortal. Me cuidaron en una misión católica; logré curar, y al salir me encontraba sin un céntimo. Tenía una cara amarilla y demacrada como la de un agonizante. ¡Creí que no volvería a verte, Alicia de mi vida! Mis discípulos de boxeo se habían ido, y tuve que trabajar en lo que fuera, para no morirme del todo...

Hong Kong está entre los trópicos. Los hombres de raza blanca no deben moverse mucho allí, si no quieren que se les acabe pronto la vida. Para poder pagar el arroz, la mermelada y las conservas que comía, así como la choza que habitaba detrás del barrio indígena, trabajé en los muelles cinco horas diarias, al sol, descargando las mercancías que transportaban los juncos. Lo hacía pensando en ti y murmurando tu nombre.

A pesar de mi espantoso trabajo, me repuse poco a poco.

Un día me encontré con un ex compañero de aventuras, un inglés, que tampoco me preguntó lo que hacía en Hong Kong, ni por qué llevaba un pasaporte extendido a un nombre que no era el mío. Me prestó dinero y me preguntó si querría encargarme de una misión importante.

—Esta es la capital de las intrigas del extremo Oriente. En ella hay un sindicato entero de indígenas que practica el contrabando de armas, y cuyo jefe nos es desconocido. Sus subordinados soportan el martirio y hasta la muerte antes de confesar. Necesitamos coger a ese jefe. ¿Te encargarías tú de ello?

Me disfracé de mestizo, lo cual es fácil. Basta con ponerse en las sienes, debajo del pelo, que se deja crecer, unas tiras de esparadrapo de color de carne, que al estirar la piel ponen los ojos oblicuos; luego se unta la cara, el busto, los brazos y las piernas con una mezcla de permanganato, ácido pirogálico y drupa de nuez, que resiste a toda clase de lavados. En cuanto a la ropa, basta con que sea vieja y sucia. Hay muchos mestizos tan altos como yo, tan delgados y tan encorvados como yo lo estaba entonces. No hablan en chino, sino en *pidgin english*, jerga mezcla de los idiomas inglés y chino, que yo conocía perfectamente. Anduve tirado por el puerto, prestando servicios a los muchachos amarillos de quienes sospechaba que fueran contrabandistas; les pedí que me admitieran en su asociación y acabaron por tener confianza en mí y pensar en mi alistamiento.

Por fin, pude escribir a mi amigo el inglés:

"Procura estar esta noche, a las diez, con gente armada, en un *sampang*, en medio del brazo del río Si-Kiang, cerca de un junco que tendrá pintadas tres rayas verdes a popa."

Un *Sampang* es un barco oriental, mayor que un junco. A las diez estaba yo en el de las rayas verdes, ante el jefe hasta entonces desconocido, que era un mongol enorme, vestido a la europea, y apoyado en la borda, fumando una magnífica "corona". Antes de llegar hasta él me habían registrado. Otros dos mongoles, provistos de revólveres, estaban a mi derecha y a mi izquierda.

Contesté en *pidgin* a todas las preguntas que me hicieron; prometí no sé qué cosas y revelé secretos imaginarios. Apenas ví entre la densa niebla la vela de un *sampang*, me precipité sobre el jefe, y dándole una carga con el hombro y una presa de lucha, me lancé con él al mar. Sus guardias no podían disparar contra mí sin riesgo de matarle. Cuando estábamos en el agua, medio le estrangulé, y poco después nos recogieron los del *sampang*.

El premio de aquello fué el pasaje en un magnífico transatlántico inglés, que me repatrió. La vida en el barco, con todas las comodidades, acabó de reponerme.

En cuanto llegué a París, fuí a ver al bondadoso señor Delacroix, que acababa de marcharse para hacer un viaje largo por mar. Me recibió su secretario íntimo, señor Roblin.

El bueno de Alain había entregado la Cascada Roja, declarando que no percibiría su parte en la recompensa mientras no regresara yo.

—No puedes figurarte el trabajo que me costó averiguar tus señas. Primero escribí a San Benito, con frases embozadas, y me devolvieron la carta con la indicación de que estabas ausente y nadie sabía tu dirección.

—Es verdad; fueron tan malos conmigo en el pueblo, que a nadie dije donde vivía en París.

—De pronto ocurrió el suceso de Radio Mundial, y por los periódicos supe que eras la secretaria de la emisora; allí no quisieron tampoco decirme tus señas, pero pude convencer al portero, te esperé anoche a la puerta de tu casa, y te vi volver con la cara hinchada de tanto llorar, y seguida por dos hombres, que eran dos policías, indudablemente. No quise acercarme ni escribirte; te vi tan afligida, tan desesperada, que no podía aplazar el momento de verte. Alquilé un cuarto en el hotel frente al tuyo; te vi asomada a tu ventana; me fijé bien en cuál era, y bajé a la calle para comprar una linterna eléctrica de bolsillo, lo más potente posible. Te envié un mensaje por Morse, y tardaste mucho en fijarte en los destellos.



SI TUVIESE A JUAN A SU LADO, ¡CON QUE ENTUSIASMO ACEPTARIA EL TRABAJO MAS RUDO...!

—Estaba llorando...

—¡Pobre Alicita! ¡Ya no llorarás más, te lo juro! Ahora, lo más urgente es librarte de la acusación que pesa sobre ti.

—No sé cómo; lo he pensado muchas veces.

—El atraco del estudio fué, de fijo, pensado por Panorme. Acontecimientos recientes han demostrado que existe una banda internacional, con su organización, sus capitales y su disciplina, a la cual pertenecen los más avezados ladrones y criminales; alistados en ella están algunos franceses, entre ellos Panorme. La prueba es que no hizo más que llegar a Nueva York y se vió ayudado por los más temibles bandidos de allí. Por fortuna, como te he dicho, me encargué yo de avisar a la policía, sin descubrirme... Seguramente se hubiera realizado otro complot como el de Radio Mundial, para vender valores falsificados, todo ello con la colaboración de ese grupo de bandidos.

—¿Y yo qué tengo que hacer ahora? Esos policías me siguen sin cesar...

—Deja que te sigan. Parecen buenos muchachos. Por otra parte, ellos te defenderían si alguien intentase cualquier cosa contra ti. Me tranquiliza su presencia.

—Bueno. ¿Y luego?

—Para entonces tengo un plan muy claro, sencillo e infalible, que pondremos por obra cuando regrese Delacroix. Escucha:

"Primero, la Policía está enterada de todo, en secreto, y ni a ti ni a mí nos costará trabajo alguno probar nuestra inocencia.

"Segundo, se hará una extraordinaria exposición de la Cascada Roja, organizada por el señor Delacroix en su caso o en otro sitio. Todo París irá a ver el magnífico aderezo.

"Tercero, Panorme intentará, seguramente, apoderarse otra vez de la Cascada, por muchos peligros que ofrezca tal propósito, pues ese bandido tiene ideas originales que le hubiesen hecho rico, si las hubiera aprovechado honradamente. Es maestro en el arte de caracterizarse; es un luchador que no se asusta de nada, pero tiene dos defectos: la crueldad y el amor propio. Por crueldad asesinó a la pobre Otilia inútilmente; por amor propio querrá evitar que ese aderezo de rubíes que estuvo algún tiempo en su poder vuelva a ser expuesto al público. A su juicio, semejante exposición es como un reto que se le dirige, y pretenderá apoderarse de la joya por cualquier procedimiento ingenioso, al cual no me costará trabajo anticiparme. Se precipitará a ojos cerrados sobre el cebo, y supongo que tendré toda la policía a mi disposición, pero he de ser yo mismo quien se lo entregue, atado de pies y manos, al señor Delacroix...

Alicia cogió una mano de Lurbe entre las suyas:

—¡Más peligros todavía para ti, y yo, entretanto!...

—Tranquilízate, Alicia querida; tengo el pellejo bastante resistente para luchar contra esos granujas. Los venceré una vez más. Y ahora, amada mía, tenemos que separarnos.

—¿Ya? ¿Cuándo volveré a verte?

—Muy pronto... Mañana o pasado mañana. Ya te escribiré.

—Pero, ¿no dices que está intervenida mi correspondencia?

—Cuando recibas una carta vulgarísima, que no pueda despertar sospechas, acércala a la lumbre y verás aparecer algunas palabras interesantes.

—¿Vas a escribir con tinta simpática?

—No; de otro modo más sencillo: con limón, que no deja huellas y se pone de un color rojizo oscuro en cuanto se calienta el papel. Vaya, adiós y hasta muy pronto; ha empezado para nosotros dos una vida nueva y deliciosa, que nos hará olvidar nuestros pasados sufrimientos.

No había casi nadie en el parque y pudieron despedirse con un beso.

Al llegar a la verja, se estrecharon las manos largamente. No hubo más; Alicia se marchó por la izquierda, y Juan por la derecha.

Le recomendó él mucho que procurara no llamar la atención; ella obedeció y echó a andar de frente, deslumbrada por la felicidad que aparecía en su vida de un modo inesperado.

¡Qué rápidamente cambia la existencia! Una hora antes estaba Alicia dominada por la desesperación, y en aquellos momentos la ahogaba la alegría.

Dedicó un recuerdo a su querida madre:

—Madre adorada, que me dejaste tan pronto, perdóname que me entregue así a la alegría; sé que desde donde estás, ves el fondo de mi alma, y estoy segura de que te hace dichosa mi felicidad. El hombre a quien tu hija quiere ha vuelto, al fin; es bueno y es valiente; ¡proteje nuestros amores, madre mía!

Caminaba alegremente, con la cabeza levantada y el rostro tan radiante que la gente se preguntaba a qué obedecería el aspecto feliz de aquella muchacha.

Una vendedora de periódicos dijo a su vecina de puesto:

—De fijo que a esa joven la quiere mucho su novio.

No podía suponer hasta qué punto decía verdad.

Alicia se sentía tan animosa que decidió seguir andando por las calles soleadas, a pesar de la mucha distancia que la separaba de su casa.

Al llegar a la esquina de la avenida del Observatorio y del bulevar de Montparnasse se cruzó con ella una mujer que se volvió rápidamente y empezó a seguirla. Era Violeta Bruyère.

Había visto a Alicia varias veces en la avenida de la Grande Armée, cuando Panorme se fingía representante de una casa

suiza y vivía provisionalmente en el hotel Excelsior.

Al verla cerca del bulevar de Montparnasse, quiso saber qué hacía en aquel barrio, en el cual vivían Panorme y sus secuaces. (La calle de la Campagne Premiere desemboca en el bulevard de Montparnasse).

Violeta siguió deliberadamente a Alicia. Acababa de hacer unas compras y no le estorbaban, para seguirla, los dos paquetitos que llevaba en la mano.

Llegaban al centro de la calle de Rennes cuando un hombre, cuya cara le pareció conocida, sin que acertara quien pudiera ser, se adelantó a la corpulenta morena, y volviéndose de frente a ella, le dijo, como sorprendido:

—¡Calle! ¡La señorita Violeta! ¡Cuánto me alegro de volver a verla! ¿Cómo sigue aquel pobre tísico a quien cuidaba usted a bordo del *Isla de Francia?*

—Está usted equivocado, caballero; yo no...

El "caballero" la cogió del brazo para llevársela a una calle adyacente:

—¿Se le ha olvidado a usted poner inyecciones de suero vermicida?

—Haga usted el favor de dejarme en paz.

—Ven conmigo por las buenas o te llevo al agente que está allí y le digo quién eres. ¡Anda, ven, que no te quiero hacer daño! Tenemos que hablar los dos. ¡No me mires así!

Luego añadió con la voz del barón de Douzille:

—Ya se me ha curado la endocarditis del pulgar.

Violeta acabó por conocerle. Pero, ¡cómo! ¿Se había salvado de las olas del mar? ¡Si parecía imposible! ¿De manera que no sólo engañó a los oficiales del barco, sino al mismo Panorme también? ¡El gran Panorme, a quien ella admiraba tanto que aguantaba dócilmente sus malos tratos! Eso quería decir que Lurbe era un hombre tan hombre como el que más. Y, por si faltaba algo, guapo, guapo de veras...

Se apoyó un poco en el brazo de su acompañante, que acabó por imponerse a ella, y se dejó llevar. Fueron a la antigua y estrecha calle de Ferou, que va desde la plaza de San Sulpicio a la calle de Vaugirard, donde vivió en otro tiempo el conde de la Fére que con el nombre de Athos fué inmortalizado por Dumas padre. Ya allí le dijo en voz baja y amenazadora:

—Entérate bien: necesito arreglar unas cuentas con tu Panorme. O él o yo. No tengo motivos para obligaros a tí ni a los dos o tres gorilas que acompañan a ese hombre a compartir lo que le preparo para un día de estos. Pero existe una muchacha a quien *no debe pasarle nada.* ¿Te enteras? Es la misma a quien seguías hace poco. Si Panorme, que la hizo víctima de la farsa que representó ante el Excelsior y en la calle de San Fernando, vuelve a acordarse de ella; si no la deja fuera de la pelea, os costará caro a todos; a tí también. ¿Me has comprendido?

—Sí, señor.

Le faltó poco para decir "sí, señor Juan".

—Yo la seguía para convencerme de que ciertos agentes habían perdido su rastro, y entonces vi que la seguías tú también.

—¿La quiere usted mucho?

—Sí.

—Lo comprendo. ¡Es tan bonita!... Y ahora escúcheme usted. Me choca mucho que en vez de impedirme que siga a su novia, no me haya seguido usted a mí, que hubiera acabado por entrar en la casa donde vivo con Panorme y varios amigos suyos; esto último hubiese sido muy expuesto para nosotros. En cambio, ahora, mientras me siga usted, no volveré a casa. Cuando se está tan enamorado como lo está usted de esa muchacha, se pierden muy buenas ocasiones, ¿verdad?

Juan se sonrió. La observación era exacta. Al acercarse a Violeta pensó, impulsivamente, impedir que siguiese a Alicia, pero también tuvo otro propósito, y se lo dijo a Violeta:

—Necesitaba enterar a Panorme de que estoy vivo, y de que él ha sido el tonto de la pantomima.

Mientras decía esto, pensó: "En cuanto lo sepa se pondrá furioso y más pronto o más tarde acabará por cometer alguna imprudencia de la cual sabré aprovecharme.

Violeta contestó:

—Ahora tiene muchos asuntos y puede permitirse el lujo de no pensar en usted.

—Pues yo no le olvido. ¡Mucho ojo! Ya le di una buena lección en el *Isla de Francia* cuando se quedó a obscuras el fumadero, ¿verdad?

Ella le miró fijamente y luego apartó los ojos, diciendo:

—Siento mucho que no sean ustedes amigos, porque me hubiera gustado volver a verle... Nos conocimos de un modo muy chistoso en un transatlántico, y ahora nos encontramos en Montparnasse. A lo mejor... Dicen que no hay dos sin tres...

Llegaron a la esquina de la calle de Vaugirard, y Juan se detuvo. Violeta le dió la mano.

—Hasta la vista, señor.

—Hasta la vista. Y no olvides mi recomendación respecto a la señorita Alicia Massiat, ni dejes de trasladársela a quien corresponde. Vete ya y no temas que te siga.

Ella permanecía i n m ó v i l mirando al suelo.

—¿Qué tienes?

—Que no me agrada estar con Panorme y los suyos. No he nacido para esta vida, aunque no me han instruído ni educado. ¡Si supiera usted cómo me maltrata ese hombre! Yo necesitaba vivir tranquila.

—¿Y por qué no te separas de él?

—No puedo. Sería mi sentencia de muerte. Tiene amigos en todas partes, y adonde quiera que fuese me mataría. Allí estoy y allí me quedo. Es mi suerte. Bien mala por cierto. De niña me vi abandonada; no hubo quien me aconsejase. Era bonita y... llegué a ser lo que soy. Hasta la vista, señor; me agrada que sepa usted que no soy mala del todo...

Al volver a su casa vió Alicia que estaban de centinela los dos policías. Se fué hacia ellos deliberadamente y les dijo:

—No pienso volver a salir hoy; tengo en casa todo lo que necesito para comer. Es innecesario que sigan ustedes de centinela; eso de estar mucho tiempo de pie produce varices.

—Fouilloux respondió solemnemente:

—No sé a qué se refiere usted, señorita... De todas maneras le deseo buen apetito.

IV

EL LOBO

En el correo del día siguiente no hubo ninguna carta de Juan para Alicia; sólo llegaron unos anónimos injuriosos, pues los periódicos seguían publicando en primera plana extensas informaciones comentadas acerca del suceso de Radio Mundial.

Todavía la víspera le hubiesen mortificado aquellos relatos; pero ya se reía de ellos. Hasta se entretuvo en coleccionarlos.

No tardó en llegar una carta neumática que sólo contenía estas palabras: "Acepte usted, señorita, la expresión de mi más rendido afecto.—Teófilo."

Ella no conocía a ningún Teófilo, pero se acordó de las instrucciones de Juan y acercó la carta a la lumbre de un infiernillo. En seguida aparecieron estas frases: "Te amo... Soy tuyo, Alicita. Hasta muy pronto."

Besó la carta sin pensar que estaba escrita con limón.

Hacía muy buen tiempo y quiso aprovecharlo dando un paseo. En la calle estaban Fouilloux y Brand, que la siguieron; pero ella hizo como si nos los hubiera visto. Se entretuvo en llevarlos a la iglesia de San Fernando de las Ternas, completamente llena por los concurrentes a una boda de todo lujo, y se metió entre los curiosos y la comitiva. Como iba bien vestida a nadie llamó la atención; en cambio, los policías, con sus impermeables, sus sombreros blandos y sus zapatones, tenían tal aspecto de intrusos, que el vigilantes les preguntó qué hacían allí y les fué preciso enseñar su *carnet*.

Entretanto, se había extraviado Alicia entre la muchedumbre; creyeron que les hubiera burlado otra vez, pero la vieron en la puerta, donde les esperaba, porque su compañía la distraía ya.

Se fué a almorzar a una casa de té modesta, y subió al primer piso. Desde el balcón vió a los policías, que estaban comiendo pan y salchichón. Les envió una camarera, a quien hizo creer que se trataba de dos criados suyos, para invitarles a tomar una taza de café en la planta baja, ofrecimiento tentador que fué rehusado.

Aunque no tenía muchos deseos de regresar a Europa, el Sr. Delacroix hubo de renunciar a ver, una vez más, el maravilloso estrecho de Gibraltar y a bajar hasta el Senegal, pasando por las islas de Madera y las Canarias.

Navegaba su yate tranquilamente por el estrecho de Bonifacio, que, aunque suele estar agitado, en aquellos días se hallaba tranquilo como un lago. El y el capitán, sobre cubierta, aspiraban un olor penetrante especial:

—Es el olor de Córceg, Sr. Delacroix; se nota así en cuanto empieza a florecer el matorral.

—Ya lo sé. En Santa Elena habló el Emperador de este perfume.

En aquel momento, el radiotelegrafista del yate entregó al joyero un despacho que acababa de recibir. Era el Sr. Roblin, el secretario de éste, que le rogaba que regresase a París cuanto antes.

Delacroix titubeó. A su edad era muy desagradable interrumpir un crucero, que Dios sabía si podría reanudarlo y terminarlo alguna vez. Por otra parte, el motivo de aquella llamada, que él no podía adivinar, tenía que ser grave. Roblin no le había obligado nunca a interrumpir un viaje de aquel modo. ¿Qué ocurriría?

—Capitán, en vez de ir al estrecho de Gibraltar, vamos a cruzar el golfo de Lyon; haga usted el favor de poner proa a Marsella.

—Ahora mismo, Sr. Delacroix.

Las últimas horas de la travesía fueron desagradables; azotado el mar por un mistral violento, lanzaba sobre el yate olas cortas, frecuentes, que le obligaron a acortar la marcha. Le costó bastante trabajo entrar en el puerto.

Apenas desembarcó, el joyero llamó por teléfono a Roblin. Las noticias que éste le dió a medias palabras, decidieron a aquél a regresar inmediatamente y tomó el rápido de la noche.

A pesar del cansancio de los dos últimos días de navegación; a pesar de la comodidad del coche cama que ocupaba, no consiguió dormir, pues Roblin supo ponerle al corriente de todo con muy pocas palabras.

La entrega de la Cascada Roja, el regreso de Juan sano y salvo, su próxima



ERA UN MONGOL ENORME VESTIDO A LA EUROPEA Y APOYADO EN LA BORDA, FUMANDO...

boda, le llenaban de alegría. Con los ojos cerrados y procurando en vano dormirse, pasó por todas las estaciones: Avignon, Valence, Lyon, Dijon... haciendo proyectos.

En el andén de la estación de París, le esperaba su secretario, a quien preguntó infinidad de detalles acerca de Juan y de Alicia.

—¿Cuándo quiere usted verlos? ¿Mañana por la tarde? ¿Pasado mañana?

—No; esta misma tarde, a las dos.

Roblin avisó fácilmente a Juan y éste a Alicia: pero ella tuvo que dar esquinazo una vez más a sus "ángeles guardianes", Fouilloux y Brand.

Para conseguirlo, empleó un procedimiento sencillo: anduvo por las calles poco concurridas, y al hallarse en una donde se veía un solo *taxi*, subió a él rápidamente, dió las señas, y apremió al chófer para que fuese de prisa. Fouilloux y Brand echaron a correr hasta la esquina de la calle próxima y sólo pudieron ver un viejísimo fiacre con un cochero octogenario.

El señor Delacroix recibió a los dos jóvenes con cariño paternal.

—Mi ahijado—dijo a Alicia—ha demostrado un gusto inmejorable al elegir la compañera de su vida. Os felicito a los dos. Y ahora hablemos de otra cosa. Ambos habéis padecido mucho; Juan no debe exponerse a más riesgos, ni proporcionarte a ti nuevas aflicciones. Han terminado definitivamente sus aventuras y le prohibo que se meta en otras.

Juan protestó:

—He prometido que cogería a Panorme y tengo que cumplir mi promesa. ¿Se figura usted que voy a consentir que se envanezca de haber podido más que yo? Además, mientras no esté preso, mientras no confiese, seguirán recayendo las sospechas en Alicia y en mí...

—Escúchame, hijo mío; escucha y obedece. Esta noche como con el Director de Seguridad, sólo con él. Es amigo mío, y me propongo informarle acerca de ti y de Alicia, de manera que no pueda dudar lo más mínimo. Después de la comida le traeré aquí, para que vea que ha vuelto a mi poder la Cascada Roja. Además, como ayer llegó al Havre el *Isla de Francia*, podrá interrogar al bueno de Alain, portador del aderezo, el cual confirmará tu relato. En una palabra, dentro de dos días todo lo más, publicarán los periódicos una nota de la Prefectura, por la cual quedarán completamente rehabilitados la señorita Alicia Massiat y el señor Juan Lurbe. Eso es lo más importante. No me niego, puesto que lo deseas tú, a organizar esa exhibición de la Cascada Roja de que hablaste a mi secretario. Será, de seguro, una tentación para el miserable de Panorme, que se dejará coger, pero repito que no consiento que intervengas tú. Todo lo que haga falta lo hará la policía, que no te necesita. No perderás nada con ello: yo te prometí dos recompensas: la primera, por la recuperación de la Cascada Roja; la segunda, por la captura de Panorme. Has ganado la primera y yo te concedo la otra.

—¡Pero como no la he merecido, no puedo aceptarla!

—Bueno: en ese caso, suplico a tu prometida que la acepte como dote, y a eso sí que no puedes oponerte.

—Es un regalo excesivo—dijo Alicia—, y yo tampoco puedo...

Delacroix fingió que se incomodaba:

—¿Qué es eso, muchachos? ¡Me parece que puedo disponer de lo mío como se me antoje!

—Pues a mí me interesa coger a Panorme con estas manos que está usted viendo, y traérselo aquí personalmente. Me lo he jurado a mí mismo, y quiero cumplir mi juramento.

Alicia cogió las manos de su prometido y le suplicó:

—Te pido por favor que atiendas la voz de la prudencia; que obedezcas al señor Delacroix. ¿No comprendes que ya es hora de que disfrutemos un poco de felicidad?

No deseaba Juan otra cosa, desde la época de San Benito, que vivir tranquilamente en su hogar, pero su instinto de luchador se rebelaba.

—Sería bochornoso dejar sin concluir una cosa ya empezada. Además, Panorme ha perseguido a mi amada Alicia, la ha comprometido mucho. Por su culpa se ha hablado de ella en los periódicos tan desfavorablemente, y yo quiero que se lleve su merecido.

—Soy tan feliz, que ya se me ha olvidado todo lo que me hizo sufrir—dijo la muchacha—. ¡No seas más rencoroso que yo! ¿Serás capaz de retrasar nuestra dicha?

Juan estaba indeciso.

—Vas a ponerme en el caso de creer que no quieres a mi futura ahijada tanto como dices...

—¿Que no la quiero tanto? ¡Muchísimo más! Pero al mismo tiempo, me acuerdo de su pobre hija de usted, asesinada salvajemente por Panorme... He contemplado muchas veces su retrato grande al óleo que está en el piso principal, y en el cual parece que está viva, que va a hablar. Prometí vengarla.

Delacroix replicó seriamente:

—Si ella pudiese, te aconsejaría lo mismo que yo. No vuelvas a acordarte de Panorme; no pienses más en la Cascada Roja. Parece como si estuviera maldito ese aderezo; a él se debió la muerte de mi pobre Otilia. Te lo repito: si Panorme intentara otra vez robarme para llevarse los rubíes, la Prefectura se encargaría de impedirlo.

Alicia preguntó, sonriéndose:

—¿Tan hermosa es esa alhaja que se la

disputan con tanto encarnizamiento? Tengo muchos deseos de verla.

Delacroix, que, a pesar de todo, estaba orgulloso con sus rubíes, únicos en el mundo, y rescatados gracias a Juan y a Alicia, dijo:

—Pues ahora mismo váis a verla.

Se trasladaron al salón donde estaban las alhajas más valiosas, y cuya verja reforzada podía resistir un asedio. Pasaron ante el retrato de tamaño natural de Otilia Delacroix.

Un empleado abrió un arca de acero, y encendió la luz eléctrica que había en el interior.

Sobre un fondo de terciopelo verde obscuro resaltaba el aderezo de rubíes de cincuenta centímetros de altura y treinta de ancho. Su dibujo de conjunto, sus cinceladuras, la limpidez de las piedras, la levedad de la montura, limpiada recientemente, eran maravillosos. Pero sus rojos destellos tenían algo siniestro.

Alicia se estremeció, acurrucándose contra Juan, y dijo en voz baja:

—Esa joya me da miedo... Parece que está hecha con gotas de sangre...

Al día siguiente por la mañana recibió Alicia una carta certificada. Tal vez una carta injuriosa más.

Pero no; abierto el sobre, dejó ver otro, lacrado, y con esta indicación: "Para entregar antes de mediodía a Juan Lurbe."

No acertaba Alicia a saber si aquello sería o no un medio para averiguar las señas de Juan. Por eso procedió con la mayor prudencia. Bajó a la calle y notó que no estaban ni Fouilloux ni Brand. Indudablemente, la conversación que tuvo la víspera el señor Delacroix con el director de Seguridad había dado aquel resultado.

No estaban los policías, pero tal vez estuviesen por allí otros seguidores más disimulados. Tomó el *Metro* y se apeó en la estación de "Obligado" cuando iba a cerrarse la portezuela del coche. No se había apeado del tren ningún viajero. En el andén no había nadie más que ella, que salió, tomó un *taxi* y ordenó que la llevaran a los almacenes del Louvre, donde había una venta de reclamo. Se confundió con la muchedumbre de las distintas dependencias; salió por una puertecita, tomó un *taxi* para ir a la calle de Lepic, y estuvo vagando una media hora por las callejuelas de Montmartre, casi desiertas en aquellos momentos. Iba mirando hacia atrás y observando las calles por los cristales de los escaparates. No la seguía nadie.

En vista de esto fué apresuradamente al tranquilo hotel de la calle de Viena, donde se hospedaba Juan con nombre supuesto. Se lo encontró a la puerta, y le entregó la carta.

—Acabo de telefonear a mi padrino, mejor dicho a *nuestro* padrino. Esta tarde vamos a ir juntos a la Prefectura, donde el director de Seguridad ha citado a los periodistas sin decirles para qué. Les contará nuestra historia y les dirá que confía en su conciencia profesional, para que nos concedan públicamente, en primera plana, la necesaria reparación...

—¿De modo, querido Juan, que falta poco para que se acabe nuestra pesadilla?

—Sí. Vamos a disfrutar de esa existencia tranquila a la cual aspiro con toda mi alma, después de tantas aventuras. Vivir contigo será una felicidad muy grande, querida Alicia... Ahora vuélvete a tu casa y no te muevas de ella hasta la noche a las nueve, que es la hora en que nos reuniremos en la Prefectura.

—Está bien, Juan, pero ¿y esa carta que te han enviado a mi casa? ¿No comprendes que me preocupa?

—No es nada. Vaya, ¡hasta la noche!

Juan esperó a estar solo en su cuarto para abrir la carta, que decía así:

"Caballero:

Una mujer a quien no ha visto usted nunca y que no le conoce a usted, desea enterarle de una cosa importantísima, relacionada con cierta persona que le toca muy de cerca.

Hace mucho tiempo que deseo hablar con usted. Los periódicos dijeron que había usted muerto, y sólo por una casualidad extraordinaria he sabido hace pocos minutos que vive usted, y sigue siendo, de seguro, tan valeroso y dueño de tantos recursos como antes.

Le espero a usted mañana, es decir, el día que reciba usted esta carta, a las seis y cuarto en punto, en la sala de espera de la estación de San Lázaro, cerca de las taquillas. No se confunda usted, no hablo del andén, sino de la sala de espera.

Como, según le digo a usted antes, no tengo el gusto de conocerle ni aun de vista, le ruego que lleve un libro en la mano, y sea muy puntual, pues dispongo de pocos minutos. Luego iremos a hablar unos instantes en otro sitio.

Puedo asegurarle a usted que le sorprenderá lo que tengo que decirle. También confío en que le interesará, aunque no puede usted sospechar de qué se trata. Me parece que le agradará a usted saberlo.

Queda de usted, etc.

P. D. Se me ocurre, que a la hora que le he dicho, pueden circular por la estación de San Lázaro muchos viajeros con un libro en la mano cada uno, y le ruego que se tome el trabajo de llevar un libro en cada mano, con lo cual no habrá equivocación posible."

Juan estudió minuciosamente la carta. Parecía de letra de mujer.

¿Sería un lazo? No. Porque a aquellas horas, hay mucha gente en la estación de San Lázaro. Si la carta procedía de algún enemigo que quería convencerse de que Juan Lurbe seguía viviendo, para seguirle

después y saber dónde habitaba, la cosa no tenía importancia, puesto que los periódicos iban a publicar una nota disculpándole completamente.

Las personas que desean que caiga uno en una trampa, le citan en sitos solitarios y no en una estación del ferrocarril, a la hora de mayor afluencia de público.

Durante su accidentada vida, Juan recibió con frecuencia informes muy interesantes, merced a la iniciativa de corresponsales que deseaban ocultar su nombre, y que sólo querían dárselos de palabra.

Resolvió ver lo que aquella mujer tenía que decirle, y tomó todas las precauciones necesarias.

A las seis y cuarto entraba Juan en la estación de San Lázaro por la puertecita de la calle de Amsterdam; atravesaba el vestíbulo y seguía por uno de los pasillos que van a dar a la sala de espera.

Llevaba en cada mano un libro: En la izquierda una novela con encuadernación amarilla, en la derecha un tomo más grueso encuadernado en cartón.

La sala de espera estaba repleta; los innumerables habitantes de los pueblos próximos, que dan por terminado su trabajo a las seis de la tarde, se cruzaban en todos sentidos. Estaban a punto de salir varios trenes rápidos y expresos, cuyos viajeros acompañados por los mozos de equipajes, atravesaban la sala.

Ateniéndose a las indicaciones de la carta, Juan se acercó a las taquillas. Llevaba ostensiblemente en las manos, apoyadas en las caderas, los dos libros. Dió algunos pasos en un sentido, y luego en el contrario. Transcurrieron varios minutos. No se le acercó nadie.

Un poco más allá, en el vestíbulo, se agrupaba la muchedumbre ante un anuncio luminoso subrayado por los gritos de un altavoz. Juan, como no sabía qué hacer, se acercó también.

El momento en que el altavoz hacía más ruido, oyó Lurbe que decía muy cerca de él una voz irónica:

—Con un libro en cada mano, no puede uno defenderse.

Se volvió rapidísimamente, y pudo ver que Cossetard, el auxiliar de Panorme, estaba a su lado con la mano derecha en el bolsillo, extrañamente abultado, de su gabán.

Sonó una detonación, y Cossetard se derrumbó, muerto de un balazo en el corazón.

Juan no se había movido. Seguía teniendo un libro en cada mano, y éstas, como poco antes, a la altura de las caderas.

En pocos segundos, se reunió en torno al inanimado cuerpo de Cossetard, un grupo muy uumeroso, que voceaba y gesticulaba.

A pesar del altavoz, se había oído el disparo y se vió caer al suelo a un hombre sin que hubiese ningún agresor posible...

Debía de tratarse de un suicidio, porque era absolutamente imposible que se cometiera un asesinato en medio de aquella enorme muchedumbre.

En todo caso, nadie hubiera sospechado de aquel caballero que estaba allí, como un papanatas, con un libro en cada mano.

Como en seguida se encontró en el bolsillo del gabán del muerto un revólver cogido con la mano crispada, pareció indudable que aquello hubiera sido un suicidio. Para suponer lo contrario, bastó con ver que en el barrilete del revólver, no había ningún cartucho descargado. Por consiguiente, la mortífera bala tuvo que ser disparada por otra arma.

Tranquilamente, con naturalidad, Juan se alejó de allí, y salió de la estación. Nadie se fijaba en él. Regresó a su hotel. Por el camino volvió la cabeza muchas veces para ver si le seguían, sin divisar la menor figura intranquilizadora. Cuando estuvo en su cuarto, con el cerrojo echado, tiró encima de la mesa la novela que llevaba en la mano izquierda, y abrió con precaución el tomo encartonado.

En el interior de éste y cortando las hojas, había hecho un hueco rectangular para su browning, dejando en el borde una abertura para el cañón, y en el lado opuesto, otra por donde pudiera introducir el dedo.

El arma, bien escondida en el libro, se podía disparar tan fácilmente como si la hubiese llevado en la mano.

Juan disparó, indudablemente, un cuarto de segundo antes de que lo hiciera Cossetard, en el mismo momento en que éste empezaba a apretar el gatillo de su revólver.

Disparar desde el bolsillo, al través del paño, es un procedimiento de sobra conocido. El público hubiese oído la detonación, habría visto caer un hombre, y no sospecharía que el asesino era aquel que tenía las dos manos en los bolsillos, como tampoco sospechó del caballero que llevaba un libro en cada mano. Cuando no se ve el arma, no se sabe de dónde ha salido la bala.

Juan se daba cuenta de que se había salvado por milagro. Si no hubiese desconfiado ni preparado su defensa, no habría podido librarse de la muerte.

¿Qué hubiera sido, entonces, de Alicia?

El Sr. Delacroix tenía razón, indudablemente. Era necesario que Juan diera por terminadas sus aventuras, pero en seguida. Necesitaba vivir en lo sucesivo, como un buen burgués.

En aquel momento llamaron a la puerta.

—Está ahí un caballero que desea hablar con usted.

—¿Cómo se llama?

—Dice que usted no le conoce. ¿Qué le contesto?

La más elemental prudencia aconsejaba a Juan que no recibiese a aquel desconocido, y estuvo a punto de decir: "Dígale usted que me escriba". Pero aquello de parecer acobardado ante alguien, no corres-



AZOTADO EL MAR POR UN MISTRAL VIOLENTO...

pondía al carácter de Lurbe, ni aún en el instante en que acababa de adoptar resoluciones de prudencia. Así, pues, contestó:

—Dígale usted que suba.

Colocó la pistola automática sobre la mesa, mal escondida debajo de un periódico.

El desconocido era hombre de unos cincuenta años, bien vestido, que tenía aspecto de fiera salvaje, con su frente oblicua, su mirada cruel, la mandíbula inferior saliente y cubierta de barba corta y gris, las orejas puntiagudas y la nuca carnosa.

Cuando se cerró la puerta, alzó los brazos y dijo:

—Ante todo, asegúrese usted de que no traigo armas.

—Lo hubiera hecho aunque usted no me lo aconsejase. Póngase de espaldas y con los brazos en alto.

Juan le registró rápidamente, sin olvidar las piernas, en donde, a veces, enganchada en una liga, se esconde una browing pequeña, que no por su tamaño deja de ser peligrosa.

—Ahora usted dirá lo que desea.

—Lo primero sentarme. ¿usted me lo permite? Ya no soy joven, y me canso de estar de pie... Deseo hablar con usted, señor Lurbe, porque acabo de ver con cuanta destreza se ha librado usted de un enemigo... ¡No lo niegue! Usted ha clavado una bala a Cossetard en el costado izquierdo con una precisión y una sangre fría extraordinarias... Le felicito. En mi vida he visto muchas cosas pero ninguna como esa. Claro que usted tenía que defenderse; no hay que echarle nada en cara. ¡El pobre Cossetard, que estaba tan seguro de sí mismo...!

—¿De modo que usted sabía su nombre?

—¡Claro! Como que fuí yo quien dió la orden de matarle a usted. Ni siquiera ha sido Panorme. Fuí yo, y yo también quien le ha enviado una carta con letra de mujer. Hace poco, estaba bien situado en un banco, cerca de las taquillas, para presenciar la ejecución. Confieso que me sentí desilusionado... Ya desconfiaba yo, puesto que ordené a Cossetard que no llevara encima nada que facilitase su identificación.

—Y ¿quién es usted?

Aquella fiera canosa, se sonrió a medias, dejando ver unos dientes largos y blancos.

—Aquí tiene usted mi tarjeta.

En la cartulina se leía este nombre:

CIRIACO WERHUNG

—Y ahora, señor Lurbe, voy a solicitar que me conteste sí o no a la pregunta que voy a hacerle. No lo sentirá usted. Tengo esa condición de los jefes que saben ser generosos para con aquellos que lo merecen, aun cuando se trate de enemigos. ¿Me da usted su palabra de honor de contestar sinceramente a mi pregunta?

Aquel hombre tenía en la mirada y en la manera de expresarse, una autoridad extraordinaria, casi sugestiva.

A pesar de su carácter, Juan se sentía casi dominado, y contestó maquinalmente.

—Sí, conforme.

El otro se sonrió de aquel modo que dejaba ver sus colmillos, y aumentaba la fiereza de su aspecto.

—No esperaba yo menos de su cortesía. Tengo su palabra, y sé todo lo que usted vale. Vamos, pues, con la pregunta: ¿Le han comprometido a usted para luchar conmigo? ¿Ha requerido alguien sus servicios en contra mía? ¿Sí o no?

A Juan no le costó ningún trabajo decir:

—No. Nadie me ha hablado nunca de usted.

Ciriaco Werhung hizo con una de sus manos, que eran extraordinariamente finas, morenas, flacas y peludas, un ademán de agradecimiento.

—Eso me satisface... Y a usted también debe satisfacerle, joven, porque esa declaración le ha salvado la vida. Como usted lo oye... Cossetard falló hoy, pero existe una serie infinita de hombres a mi devoción, dispuestos, si se lo ordeno, a acabar con usted. Es usted un luchador temible, Sr. Lurbe. No conozco a ningún otro que se le pueda comparar. Pero, aun así, algún día había usted de padecer una distracción que sería suficiente para mis propósitos. Por otra parte vivir así, en alarma constante, es penosísimo, sobre todo cuando se tiene una novia tan bonita como la de usted, y se la quiere tanto como usted la quiere.

—Hágame usted el favor de no mezclar a esa señorita en la conversación.

—¡Pero si precisamente a causa de la señorita Massiat, ha de resultar interesante para usted mi visita! Va usted a ver: Le ofrezco una paz absoluta en el hogar que se dispone usted a crear. Un subordinado mío, el excelente Panorme, hombre habilísimo para transformarse, y que no retrocede ante nada, quiere suprimirle a usted a toda costa. No piensa más que en verle tumbado, muerto, a sus pies, pero me bastará hacerle una seña, para que renuncie para siempre a esos propósitos, porque sabe que, cuando se quiere seguir viviendo, es necesario obedecerme. Estoy dispuesto a hacer esa seña, Sr. Lurbe.

—¿Con qué condiciones?

—Con la de que no vuelva usted a ocuparse de mí para nada. En el caso de que mañana u otro día le solicite cualquiera para que sea mi enemigo, o uno de mis enemigos, y tome parte en un movimiento contra mí, usted tendrá que contestar que no. Un no definitivo, rotundo. ¡Ya ve usted si es sencillo! ¿Qué le parece?

—Yo no acostumbro a resolver las cosas tan de prisa.

—Por otra parte, no tiene usted que contestarme. Basta con que sepa usted esto y se lo aprenda bien. Mientras usted no ha-

ga nada contra mí, yo estaré a su lado. Usted podrá ir y venir libremente, y disfrutar a sus anchas su felicidad conyugal; usted y su novia, que pronto será su esposa. Aunque encontrasen en un sitio solitario a Panorme, acompañado de varios individuos de su cuadrilla, no correrían ustedes peligro alguno. Reconozca usted que tiene que ser muy desagradable para una recién casada verse rodeada de amenazas graves, de las cuales hubiera podido librarla fácilmente su marido. Nunca se sabe lo que puede pasar. Lamento sobre todas la cosas que no pueda usted ser colaborador mío, pero si alguna vez quiere...

—¡Caballero!

—Ya sabía yo que usted no querría. Ahora voy a dejarle que reflexione en lo que tal vez le hayan sugerido mis palabras. Pero fíjese usted bien en esto: Recojo mi tarjeta... Si alguna vez vuelve usted a verla, si algún día, sea como sea, vuelve al lado de usted y se halla ante sus ojos, eso querrá decir que ha sido usted condenado a muerte de nuevo, y nada podrá salvarle. ¡Buenas noches, Sr. Lurbe! ¡Piénselo usted bien!

El extraño jefe se levantó, cogió el sombrero y se fué sin volver la cara.

Juan analizaba la sorprendente visita.

¿Quién era aquel hombre de rostro casi de animal? ¿No se habló hacía tiempo de un misterioso jefe de banda internacional, apodado "El Lobo" por sus secuaces? Debía de ser aquél, a juzgar por su aspecto.

Fuese o no aquél Ciriaco Verhung, Juan no tenía motivos para meterse con él. Si su abstención había de atar las manos de Panorme, mucho mejor, puesto que Alicia exigía de su prometido, y Delacroix de su ahijado, que renunciara a toda clase de represalias contra aquel miserable.

A las ocho y media recibió Juan una carta del Sr. Delacroix, que le rogaba que en vez de ir a la Prefectura, fuese a la calle de Cortambert.

Cuando llegó a este sitio Lurbe, se sorprendió viendo que se paseaban ante la puerta varios hombres a quienes él conoció como agentes de policía.

Le hizo pasar un lacayo que acompañaba a un caballero de edad, con el botón de la Legión de Honor en la solapa. En la sala, con las persianas cerradas y poco alumbrada, estaban Alicia, Delacroix y un hombre bajito, de cara redonda, afeitada y extraordinariamente enérgica, además de otro, sentado en un sillón, inclinado hacia adelante, y de espaldas a la puerta. Juan sólo vió su figura.

¿Por qué tendrían aquella cara tan triste su padrino y su novia? Alicia contenía las lágrimas con mucho trabajo, al parecer.

Reinaba en la estancia un ambiente abrumador de angustia, y Juan supuso que trataban de detenerle por la muerte Cossetard.

—Querido Juan, tengo el gusto de presentarte al señor de Rozieres, jefe de seguridad —dijo Delacroix indicando al hombrecito rechoncho de cara redonda y enérgica, que inmediatamente tomó la palabra, expresándose con la mayor cortesía, aunque su voz conservaba algo de la sequedad militar.

—Señor Lurbe, tengo mucho gusto en conocer a usted. Le diré en primer lugar, que usted y su prometida van a ser objeto de todas las reparaciones necesarias y como prueba especial de estimación, no le preguntaré a usted lo que estaba haciendo ho a las seis y cuarto... Lo ignoro por completo; no lo sabré nunca ni me interesa... Pero a esa hora ha sido recogido en la estación de San Lázaro un hombre muerto de un balazo en el corazón. Se le ha identificado fácilmente. Era un temible bandido llamado Cossetard, cómplice de Panorme, su enemigo de usted. Sin duda atacó a alguno, que pudo anticiparse al ataque. Se le encontró un revólver y en circunstancias corrientes, la muerte de ese canalla tendría poca importancia, pero hoy no tiene ninguna, porque nos hallamos en momentos muy serios, muy serios para Francia, señor Lurbe.

—¿Para Francia?

—Sí. Ya habrá usted oído hablar de los raptos de niños, perpetrados en los Estados Unidos.

—Sí; de los *kidnappings* de pobres niños de familias ricas, a quienes arrebatan a sus padres para devolvérselos a cambio de dinero.

—Pues bien, Sr. Lurbe, ese espantoso procedimiento ha atravesado el Atlántico, pero ha adoptado otro aspecto entre nosotros.

—No he leído nada en ningún periódico.

—Hemos podido ocultar esas infamias, que, como acabo de decirle a usted, tienen un aspecto nuevo. Desde hace algún tiempo han sido robados niños cuyos padres carecen de capital, pero ocupan puestos de gran confianza en el Ejército o en la Diplomacia, y pueden conocer secretos de importancia nacional. Esos desventurados funcionarios, apenas desaparecidos sus hijos, recibían cartas en que se les decía: "Envíenos usted, dentro de veinticuatro horas, los planos de la fortaleza TAL, o el secreto de la preparación de las granadas nuevas, o el texto de un convenio reservado entre Francia y otra gran potencia. Si no lo hace usted así, no volverá usted a ver a su hijo." Claro es que se exigían esos secretos para vendérselos a cambio de muchos millones a naciones extranjeras. En la confusa situación del mundo, ese comercio, como usted comprenderá, es fácil y fructífero.

Hasta ahora, Sr. Lurbe, hemos podido salvarnos sin gran perjuicio nacional, pues los planos, las fórmulas y los textos entregados, eran completamente falsos; esto, por lo menos, en los casos que nos han indicado las propias familias, pero nada de-

muestra, absolutamente nada, que otras familias, enloquecidas, hayan entregado lo que se les exigía, con tal de volver a ver a sus desaparecidos hijos.

—¿Y los culpables?

—Se han realizado todo género de investigaciones, con la mayor actividad. He puesto en campaña a los mejores hombres de la prefectura de Policía y de la Dirección de Seguridad, provistos de sumas importantes. He entrado en relaciones con la Policía de ocho países. Lo he abandonado todo, para ocuparme únicamente de estos peligrosos casos. Nuestros agentes han actuado con todos sus sentidos, con toda su alma, no sólo por obligación, sino porque los raptos de niños indignan hasta a las personas menos sensibles, y piden venganza. Hasta ahora no han dado resultado nuestras investigaciones; resultado serio, quiero decir, pues hemos averiguado, mediante confidencias, que esos atentados son obra de una agrupación internacional, la misma, a nuestro juicio, que realizó hace poco la jugada de bolsa de Radio Mundial, y que, hace seis años, se apoderó en París mismo de un célebre aderezo de rubíes...

—Ya sé...

—Es verdad, lo sabe usted mejor que nadie, puesto que fué usted quien recuperó la Cascada Roja. Ya en aquella época supimos que Panorme pertenecía a esa banda cosmopolita que tiene un jefe misterioso, llamado "el Lobo", a quien conocen muy pocos afiliados.... A Panorme no hemos podido echarle el guante, pues se disfraza con tanta habilidad, que nunca puede uno estar seguro de que posee sus señas. Del jefe principal, del "Lobo", no tenemos el menor indicio. Pues bien, Sr. Lurbe, ustd acaba—el Sr. Delacroix nos lo ha referido con toda suerte de pruebas—de vencer varias veces a ese miserable; usted conoce a la gente que le rodea; si nos ayuda, tal vez podamos cogerlos a todos.

—Permítame que añada que también conozco al jefe principal.

—¿Al *Lobo?*

—Precisamente; acabo de tener una conversación muy larga con él.

—¿Con él?

—Con ese peligroso animal, sí señor; en mi casa. Y puedo decirle a usted su nombre: se llama Ciriaco Werhung.

El jefe de Seguridad se quedó estupefacto, mirando a Juan.

—Para solicitar su colaboración, Sr. Lurbe, tenemos otro motivo, pero no soy yo quien va a decírselo... Esos miserables han atacado en su cariño mayor a una elevada personalidad francesa, aquí presente, a quien voy a tener el honor de presentarlo a usted. El mismo le dirá la terrible amenaza que le abruma... Señor presidente, éste es el señor Juan Lurbe.

La persona sentada, inclinada hacia adelante, a quien vió Juan al entrar, se volvió hacia él, que se levantó respetuosamente, porque aquel hombre alto, delgado, rubio, ya de edad, con las huellas del dolor en el rostro, era el insigne jefe de Estado a quien debió Francia varias veces su resurrección acababa de confiar el poder una vez más. ¿Cómo era posible que un personaje tan poderoso, respetado por el mundo entero, necesitase ayuda de nadie?

—Señor Juan Lurbe—le dijo con voz dolorida—mi hijo único, que tiene doce años ha desaparecido esta mañana, cuando iba a casa de un tío suyo, que vive muy cerca de nuestro domicilio. Le vieron salir, pero no llegó... Y hace poco he recibido esta carta escrita a máquina... Léala usted.

Era un pliego de papel blanco, grueso, que llevaba por membrete una cabeza de lobo perfectamente grabada. Juan leyó lo siguiente:

"Señor presidente:

No sienta temor por la desaparición de su hijo. Carece de libertad pero de ninguna otra cosa. Mientras permanezca con nosotros, que no será mucho tiempo—en ello confío por su bien—, pues sólo de usted depende, estará rodeado de toda clase de atenciones. Lea usted, pues, esta carta con la atención que merece.

Lamentamos que las circunstancias nos obliguen a plantearle a usted un ultimatum con la mayor seriedad. Tenemos los sentimientos más humanitarios, pero cuando los demás no acceden a nuestros legítimos deseos, no titubeamos ante las actitudes definitivas.

Estamos dispuestos a devolverle su hijo bajo las siguientes condiciones:

Primera: El Consejo de ministros de mañana resolverá en contra del aumento de los efectivos en hombres y en material de la aviación francesa, que es muy suficiente tal como hoy se encuentra.

Segunda: Serán puestos en libertad inmediatamente los ciudadanos Buhler y Zarkovicci, detenidos por orden del Gobierno francés.

Tercera: El ministerio de Marina renunciará a la construcción de dos acorazados que debía comenzar dentro de pocos meses.

Por último, dos condiciones importantísimas:

Cuarta: No utilizará usted para recuperar a su hijo ni para averiguar nuestra identidad, ni para ninguna otra cosa por el estilo, al aventurero Juan Lurbe; y

Quinta: Se guardará usted mucho de avisar a la policía, cuyos esfuerzos le aseguramos que serían ineficaces, y además, tendría el inconveniente de obligarnos a adoptar determinaciones desagradables para su querido hijo."

Hubo unos momentos de silencio, y Juan volvió a doblar el pliego lentamente:

—¿Y ahora, señor presidente?—dijo a media voz:

El afligido padre levantó la cabeza, y con el rostro contraído por el dolor y por el esfuerzo para ser heroico, respondió:

—Ahora, caballero, procuraré no pensar



—ANTE TODO, ASEGURESE USTED DE QUE NO TRAIGO ARMAS.

en mi hijo, y sí sólo en los cuarenta millones de seres que constituyen nuestra nación. No pactaremos con el miserable autor de esta carta; no pactaremos, suceda lo que suceda. Este escrito revela que le temen a usted, ¡a usted, que no tiene miedo a nada! Varios de ellos le son conocidos; se ha salvado usted de sus emboscadas merced a su valor, a su destreza, a su sangre fría... Aun puede usted conseguir un triunfo más. He dudado mucho antes de proponerle esa aventura tan terriblemente peligrosa, porque sé que aspira usted a descansar, a vivir en familia, y que está en vísperas de un acontecimiento agradabilísimo...

—Aun ayer—dijo Delacroix—le apremiábamos su novia y yo para que renunciara a su vida de aventuras.

—A pesar de todo, Sr. Lurbe, se trata, como usted ve, de su patria. Por Francia y por mí, pero sobre todo por Francia, le ruego que preste al jefe de Seguridad su colaboración, tan temida de esos bandidos. Bien claro está que su ultimatum ha sido inspirado por enemigos indudables de Francia.

—Juan miró a su prometida, que se levantó, muy pálida, y dijo resueltamente:

—Señor presidente, voy a hablar en nombre de mi novio, si él me lo permite: Juan acepta, y puedo añadir que yo también acepto, y que le ayudaré, pues he visto con mis propios ojos a algunos de esos canallas y puedo ser útil.

Rozieres se acercó a Juan:

—Señor Lurbe, tiene usted a su disposición todos los recursos de la policía.

—Muchas gracias, pero no es probable que los utilice. Me gusta luchar aisladamente. No ocultaré a ustedes que la misión que acabo de aceptar es extraordinariamente difícil. Confiemos en que la suerte me favorecerá. Si no es así, fracasaré, y ya saben ustedes lo que eso significaría para esta pobre muchacha y para mí.

....

Juan se fué en el coche del director de Seguridad, al cual precedían, escoltaban y seguían varios agentes en bicicletas. Alicia, por prudencia, no volvió a su casa; la llevaron a la de una pariente anciana de Delacroix.

Al otro día, por la mañana, el camarero del hotel que servía a Juan le llevó, al mismo tiempo que el desayuno, una carta lacrada.

Juan abrió el sobre, dentro del cual no había más que una tarjeta, la de Ciriaco Werhung: ¡su sentencia de muerte!

V

LUCHA MORTAL

En la cima de Belleville, en el extremo del barrio antiguo, desde donde bajaron tantas revoluciones, se encuentra la Puerta de las Lilas, que ha conservado mucho tiempo su carácter del Segundo Imperio y aun de Luis Felipe.

Antes de llegar a lo que aun no hace mucho era la barrera, se atraviesa una red de calles en las cuales forman un conjunto extraño los vestigios del pasado con los despiadados edificios modernos. Algunas callejuelas ascienden todavía entre *chalets* en desorden y jardincillos que siguen lo mismo que estaban hace sesenta años.

Pasada la barrera, o mejor dicho, el sitio donde estuvo, se echa de menos el foso de las fortificaciones. Un poco más lejos subsisten algunos merenderos con cenadores, donde se sirven almejas, barquillos, cangrejos y patatas fritas. Más allá, la tranquilidad de los arrabales exteriores de París.

Después de algunos kilómetros de carretera adoquinada, se ofrece a las miradas de los transeúntes un edificio grande y blanco que fué casa señorial.

Está rodeado por un parque cerrado por tapias lo bastante altas para que sea imposible escalarlas.

La gente de los alrededores dice:

—Es la casa de salud del doctor Ivanitch. Allí tiene el laboratorio donde inventa tantas cosas. También asiste a algunos enfermos, a quienes se ve llegar y marcharse en automóvil. A veces se les oye gritar por la noche. Según dice el secretario del doctor, son personas que han perdido el juicio...

El supuesto doctor Ivanitch era Ciriaco Werhung. Los enfermos a quienes se veía entrar (más entrar que salir) eran desgraciados, personas mayores o niños, secuestrados por orden de Ciriaco.

La casa blanca estaba, de todas maneras, dispuesta como un hospital, con salas de operaciones, de radiografía, de radioscopia y de desinfección. Entre los cómplices de Ciriaco y de Panorme había dos médicos y varios enfermeros con título. Los delegados de Sanidad, que, según los reglamentos, examinaron varias veces la casa de salud, felicitaron siempre a su director.

Por aquellas inmediaciones tenía la casa una fama inmejorable, pues sus habitantes hacían todas las compras allí mismo y no discutían nunca los precios.

Ciriaco se había organizado allí una guarida segura, moderna y que no inspiraba sospechas a nadie.

Luciano, el hijo del presidente, un rubito muy guapo, estaba encerrado desde la víspera en un cuartito, bajo la vigilancia de Violeta durante el día.

Por la noche le dejaban encerrado y nadie se ocupaba de él. Ya podía gritar cuanto quisiera, no acudía ni le oía nadie, pues las paredes de su celda tenían bajo el papel que las tapizaba un revestimiento de corcho, que no dejaba pasar los ruidos.

Cuando Luciano se quedaba ronco a fuerza de gritar, acababa por callarse, ¡Un

niño tan mimado como él, por lo delicado que estaba, y que se ponía enfermo por la cosa más insignificante!

Aquella casa grande le daba miedo. Así debía de ser el castillo del ogro del Pulgarcito o el de Barba Azul. Con la diferencia de que Luciano entendía los cuentos y sabía que todo aquello eran mentiras para distraer a los niños, en tanto que aquella cárcel donde le habían encerrado no era un cuento ni mucho menos.

¿Por qué no acudía su padre a socorrerle? Su padre era un personaje muy importante; todo el mundo le saludaba, y en los viajes, cuando llegaba a alguna estación, tocaba la música. ¿Le habrían encerrado también los hombres malos? Eso no, porque podía más que ellos. Estaba seguro de que aparecería de pronto, acompañado de soldados a caballo, de esos que llevan corazas.

Afortunadamente, a Violeta le gustaban los niños, y aunque procuraba disimularlo ante Ciriaco y Panorme, que se lo hubiesen censurado como una sensiblería ridícula, aborrecía los raptos. Como tenía un carácter primitivo, algo salvaje, el llanto de un niño la encolerizaba, la predisponía a pelearse con cualquiera... Mientras estaba ella con Luciano, por el día, no le faltaban cuidados al niño; lo malo era que se ausentaba con frecuencia, sobre todo por las noches.

En su magnífico despacho moderno, lleno de máquinas de escribir, de dictáfonos, etcétera, estaba Ciriaco hablando con Panorme, y le decía:

—Es preciso que eso se haga esta noche... Seguramente no lo esperan, puesto que nadie sabe que estamos enterados del regreso de la Cascada Roja. No pueden suponer que vamos a hacerles esa visita. Ni siquiera se despertarán. Y mañana se darán cuenta de que su querida Cascada, que suponían recobrada para siempre, ha vuelto a escaparse. La causa internacional que defendemos necesita dinero. El asunto de Radio Mundial nos ha producido mucho, pero no basta, porque nuestros gastos son muy grandes.

—Esta noche tendremos poco que hacer —dijo Panorme—. Además, si el joyero y su gente tuvieran el mal gusto de despertarse, ¡peor para ellos!

Ciriaco añadió, sonriéndose de un modo siniestro:

—Ya conoces la casa, por haber trabajado en ella.

—Y por si eso no basta, he dado una vueltecita por allí estos días, para refrescar mis recuerdos. He levantado un plano de toda la casa, y se lo facilitaré a mi gente, para que no quede nada al arbitrio de la casualidad.

—Está bien.

—¿Quiere usted decirme si el asunto nuevo del chico va por buen camino?

—Todos los indicios son favorables. No hay agente de la Prefectura ni de la Dirección de Seguridad que no haya sido puesto en juego; pero ninguno ha encontrado la huella más insignificante. Por suerte para Luciano.

—¿Cree usted que accederá el presidente a nuestras peticiones?

—Tal vez... Si se niega, todavía disponemos de sitio en el parque. Un hoyo profundo, y luego una buena cantidad de cal sobre el cuerpo. La hierba crece pronto. En todo caso, podemos sembrar peonias o alhelíes. Esta vez enviaremos el cuerpo al padre, para que sirva de ejemplo. Es necesario que se sepa que nuestras amenazas son muy serias... En América empezaron nuestros amigos los *gangsters* a obtener buenos resultados, en cuanto se decidieron a enviar a los padres recalcitrantes los cadáveres de sus hijos... Por otra parte, es necesario que no sea aumentada la aviación francesa, y tengo el mayor empeño en que sean puestos en libertad, cuanto antes, nuestros compañeros Buhler y Zarcovici.

Después de una pausa, dijo Ciriaco:

—No queremos que tenga Francia dos acorazados nuevos. Eso es contrario a mi idea de Europa. En cuanto a Lurbe, no tardará en llevar su merecido. A propósito: ¿va usted a mudarse pronto de la calle de la Campagne-Première? No me gusta que la gente permanezca mucho tiempo en el mismo sitio. Quince días en uno miserable, y otros quince en un lugar de lujo.

—Esta misma tarde—respondió Panorme—he encontrado otra casa, cerca de la Bastilla... Ya está medio hecha la mudanza; la acabaremos en seguida.

En la esquina de la calle de Ruygens y del bulevar Montparnasse, decía a los transeúntes una florista callejera, de pie entre dos cestos y con la espalda apoyada en la pared:

—¡Ramitos de violetas! ¡Violetas de olor! ¡A veinte céntimos!

Su voz era gangosa y exageraba el tonillo de los barrios bajos. Por los bordes de una pañoleta de algodón asomaba su cabello, negro y alborotado que con su tez aceitunada le daba apariencias de gitana, a pesar de sus ojos azules. Unos mitones viejos cubrían sus manos, bastante delicadas. Le faltaban algunos dientes de delante...

Aquella violetera era Alicia, que había exigido de Juan una participación cualquiera en las difíciles y peligrosas investigaciones que se comprometió a realizar.

—No quiero que seas tú solo, Juan. No podría estar inactiva mientras tú expones tu vida por esa noble causa.

Juan la disfrazó de ramilletera con una peluca y unas ropas usadas que compró en el Temple. Una solución de ácido pirogálico le obscureció el cutis, y un poco de pez, hábilmente pegada, fingió la falta de algunos dientes.

El vendedor callejero que, al otro lado del bulevar Raspail, voceaba periódicos era el propio Juan. Tampoco le hubiera conocido nadie, pues con ayuda de un barniz especial se había pegado en las mejillas y en el mentón un poco de crepé que le desfiguraba con una barba castaña a medio crecer. A ambos lados de la boca, entre las mejillas y las encías, llevaba sendos trozos de caucho que le redondeaban la cara. Además, tenía un hombro más alto que el otro y cojeaba mucho.

La primera finalidad que había que conseguir era dar con Panorme y con Ciriaco. En cuanto se estableciera el contacto, el asunto iría de prisa en sentido favorable o desfavorable. Ante todo, descubrir al enemigo.

Cuando Juan se encontró con Violeta en la calle de Ferou, iba ella vestida con cierto descuido, y llevaba en la mano dos paquetitos comprados en el bulevar Montparnasse y en la calle de Le-Verrier, según lo indicaban las respectivas envolturas. Tenía Violeta el aspecto de una muchacha que hubiera salido de compras por su barrio, y era lógico pensar que viviera en aquél. Pero como no vivía sola, puesto que uno de los paquetes contenía corbatas de hombre, era seguro que al dar con ella se encontraría también a Panorme.

Los que viven en Montparnasse pasan, inevitablemente, varias veces al día por la encrucijada que forman los bulevares de Montparnasse y Raspail, cerca de La Cúpula, La Bóveda y demás cafés donde se reunen pintores y literatos internacionales.

Había, pues, posibilidades de que Juan o Alicia—a quien no se le había olvidado el representante de cierta fábrica suiza—viesen a alguno de la cuadrilla. Teniendo en cuenta, además, que Violeta se creía obligada, por su nombre, a llevar siempre un ramito de aquellas flores, y que las que Juan compró para Alicia eran muy hermosas, podía suponerse que se le antojaran, con lo cual sería fácil a Juan seguirla y averiguar dónde estaba la guarida. Este era el plan. Las posibilidades de buen éxito eran mínimas, y Juan no lo ignoraba. Ya le dijo al presidente que confiaba, sobre todo, en la suerte.

La muchedumbre cosmopolita de Montparnasse circulaba en todos sentidos ante los dos supuestos vendedores, y Alicia vendía sus violetas más de prisa de lo que hubiera querido.

A eso de las cinco se llevó un susto, pues un guardia quiso echarla de donde estaba, pero Juan tenía previsto el caso, y su novia pudo enseñar una autorización de la Prefectura, con lo cual el guardia la dejó en paz y hasta le hizo un saludo.

Allá lejos, más arriba de las alturas de Belleville, pasada la barrera de las Lilas, estaba Ciriaco en su moderna y afamada casa de salud, dictando la siguiente carta, dirigida al padre del infeliz niño Luciano:

"Señor Presidente:

Hubiera deseado leer en los periódicos de la tarde, o por lo menos en los de la noche, algunas líneas reveladoras de sus propósitos de acceder cortésmente a los deseos que tuve la honra de exponerle en mi carta de ayer, deseos que considero absolutamente legítimos.

Por desgracia, no ha sido así. Buhler y Zarcovici siguen presos. Ya sé que las demás modificaciones solicitadas no pueden realizarse en veinticuatro horas, pero no olvide usted que dispone, en junto, para todo, de cinco días. Transcurrido este plazo, enviaré a usted un paquete que le obligará a arrepentirse de no haberse puesto de acuerdo conmigo.

Me permito hacerle notar que no ha hecho usted caso de una de mis indicaciones: la de no solicitar la cooperación de Juan Lurbe. Me han desobedecido usted y él. A él le costará la vida su desobediencia, según le dije yo mismo.

Como represalias para con usted, le notifico que su hijo no volverá a comer más que lo absolutamente indispensable para no morirse de hambre. Pasado el plazo, morirá.

Si insiste usted en no tomar en serio mis advertencias, será mucho peor para usted y para su hijo."

—Escriba usted esto con tinta roja de copiar—dijo Ciriaco a su secretario—. La escritura sangrienta resulta melodramática, pero impresiona de un modo eficaz a las familias.

—Está bien, señor... ¿Habría usted perdonado sinceramente a Juan Lurbe si se hubiese abstenido de tomar partido contra usted?

Ciriaco se echó a reír con una risa chirriante y prolongada.

—Tranquilícese usted; Juan Lurbe hubiese sido ejecutado de todas maneras... Yo preferiría que no interviniese en este asunto de ahora, porque es hombre verdaderamente diestro y enérgico. Su abstención valía una promesa, pero ya se sabe: las promesas que se hacen a los enemigos no tienen importancia. Luego, creyendo que nos habíamos olvidado de él o que le habíamos perdonado, prescindiría de toda clase de precauciones. Un accidente ocurre en cualquier momento. El y la muchacha con quien pretende casarse están sentenciados al castigo supremo. Panorme tiene en ello mucho interés, y como es un colaborador excelente, a quien yo no puedo negar nada...

A las siete de la tarde, conforme a lo convenido con Alicia, la fingida florista, Juan, el fingido vendedor callejero, fué a comer



JUAN ABRIO EL SOBRE, DENTRO DEL CUAL NO HABIA MAS QUE UNA TARJETA...

un bocadillo a un cafetín cercano. Luego le tocaría a ella tomar un tentenpié.

Eso de estar al aire libre, voceando cualquier mercancía y de pie, produce un apetito considerable: cualquiera puede convencerse de ello probando un rato.

La ausencia de Juan duró pocos minutos. A su regreso, tuvo una sorpresa muy seria: Alicia no estaba ya allí.

Miró a todas partes, sin verla; esperó algunos minutos, dominado por una de esas angustias hondas que surgen de las profundidades del instinto.

¿Habría obligado algún agente a la muchacha a marcharse, poniendo en duda la autenticidad de la autorización de la Prefectura? ¿Se habría ido ella, excitada por el apetito, a tomar un bocadillo? No podía ser, porque lo convenido era que mientras él no volviese, no se movería ella de allí, ni aun en el caso de ver a Violeta o a Panorme. Pues entonces, ¿qué?

Divisó a un mendigo, a un vagabundo viejo, de rostro hirsuto, que pedía limosna discretamente, al otro lado de la calle de Huyghens, y dándole una moneda, le preguntó:

—¿Has visto a mi compañera, esa muchacha que vendía violetas allí enfrente? Me ausenté un momento y ya no la veo.

—Se marchó, no hace mucho, con sus dos cestos, muy tranquila. Me parece que atravesó el bulevar Raspail, pero no estoy muy seguro.

—Gracias.

—Cruzó él también el bulevar Raspail, y en el centro del paso, marcado con grandes clavos, vió algunas violetas. Eran las mismas, grandes, frescas y carísimas, que vendía Alicia.

Un poco más allá, en la acera del bulevar Montparnasse, después de la esquina, como señalando claramente que era por allí y no por el bulevar Raspail por donde debía seguir Juan, había, ante el escaparate de una tienda y en un sitio donde era muy difícil que las pisotearan, más violetas. Luego, cada treinta metros, aproximadamente, había otras, diseminadas de modo que no llamaran la atención de los transeuntes. Evidentemente, Alicia había practicado un procedimiento que ya era muy antiguo cuando lo utilizó Perrault para su *Pulgarcito*. Aquellos grupos de violetas que dejó caer Alicia indicaban su rastro, pero ¿por qué abandonó su puesto de observación?

¿Se había ido voluntariamente por el camino indicado por las flores, siguiendo a alguien, o la habían obligado con amenazas a ir por allí? En este último caso, las amenazas tenían que haber sido muy graves.

En la esquina de la calle de la Campagne-Première, a pocos metros de la entrada, un grupo de violetas mayor que los anteriores indicó que Alicia había vuelto por allí. Juan recorrió la calle a una distancia de veinte metros, y se vió guiado por otras flores, al número siete duplicado, que está en el fondo de un entrante, y cuya puerta es bastante ancha. Dentro del portal, a la izquierda, vió los dos cestos de Alicia, puestos uno encima de otro. ¿Qué estaría haciendo ella en aquella casa negruzca?

Esperó Juan unos momentos y luego se decidió a entrar.

La portera, una vieja horrorosa, contestó así a su pregunta:

—¿Una vendedora de violetas? Sí. Hace unos minutos que se ha marchado con unos inquilinos que se mudan. Se quedaron sorprendidos al verla... Sepa usted que me dió diez francos para que le permitiera colocarse en el rincón de la puerta.

—Bueno. Necesito saber quiénes son esos inquilinos ¿Cómo se llaman?

—Los señores de Duval. Digo que se mudan, pero usted sabrá que eso es un modo de hablar. Este es un hotel amueblado, donde nadie puede hacerse la ilusión de que está en su casa. Los señores de Duval no tenían aquí, suyo, más que las maletas.

—¿Quiere usted decirme a dónde podría escribirles?

—Las señas que me han dejado para el caso de que viniera alguna carta a su nombre son: A Marsella, lista de Correos, pero como no las recibían nunca, ya se figurará usted que...

—Gracias, señora—la interrumpió Juan.

Aunque la portera era muy charlatana, no hacía falta pedirle más noticias. Juan acababa de ver con espanto, en el yeso de la pared, una línea de rayas y puntos, letras del alfabeto Morse, que significaba: "Me han cogido. Me llevan con ellos".

Alicia debió de hacer aquellas rayas con su sortija, y poniéndose las manos a la espalda para que no lo notaran; pero de pronto, el mensaje quedó interrumpido.

Juan reconstituyó fácilmente la escena: Alicia vió a alguien de la cuadrilla, y cediendo a la tentación de actuar, de saber, le siguió aunque habían convenido en que no se movería de su sitio en ningún caso, e indicó a su novio el camino, dejando caer, de cuando en cuando, algunas violetas. Llegada a la casa, quiso instalarse en el portal, y obtuvo la autorización de la portera mediante una buena propina, contando con la eficacia de su disfraz, a pesar del cual la conocieron. Sintió la presión de una browing apoyada en su cuerpo, y oyó que le decían:

—¡Si dices una palabra te mato! Obedece y no te pasará nada.

Era la fórmula clásica del rapto. Recostada unos segundos contra la pared, trazó apresuradamente aquellos puntos y aquellas rayas.

Por primera vez en su vida se sintió Juan dominado por la desesperación. ¡Cuánto se arrepentía de haber accedido a los deseos de Alicia! Pero, ¿quién podía suponer que la misión que la permitió realizar había de acabar así?

¿Dónde estaría Alicia en aquellos momentos? Lo ignoraba: lo que sabía a ciencia cierta era con quién estaba.

¿Qué harían de ella los bandidos? No era difícil suponerlo. Se vengarían de él en la persona de su novia.

Su emoción era tan honda, que después de tirar en un rincón el paquete de periódicos, echó a andar, de frente, al azar. Dos o tres veces, faltó poco para que le atropellara un automóvil.

¡Alicia en poder de aquellos miserables! ¡Y sin saber dónde estaba! ¡Y sin poder socorrerla!

Merced a un esfuerzo de voluntad, consiguió recuperar poco a poco su sangre fría

¿Cómo podría saber, inmediatamente, a dónde la habían llevado sus secuestradores? ¿Cómo podría encontrarla?

Pasó revista mentalmente, a todos los individuos de aquella cuadrilla abyecta: Panorme, Mourre, Violeta, Ciriaco. ¡Si hubiesen estado allí, habrían sufrido inmediatamente el mismo castigo que Cossetard!

De pronto se acordó de un individuo, en el cual recayeron sus sospechas, y también las de la policía, cuando el atraco al estudio de Radio Mundial. Aquel individuo era Goutal, el subdirector del estudio, un apache bien vestido, que cortejaba a Alicia con gran repugnancia de ella.

Después del atraco, la policía le vigiló varios días. Juan llevaba en el bolsillo los informes de las distintas investigaciones realizadas que el jefe de Seguridad, señor Rozieres le había entregado por si podía servirle de algo.

Según tales informes, perfectamente hechos y detallados, Goutal, regresaba a su casa del bulevar Beaumarchais, 70 duplicado, todas las noches y no volvía a salir. Tampoco salía los días de descanso. Aquella era una conducta demasiado ordenada para un joven que no tenía trazas de santo. Claro es que se puede tener aspecto desagradable, sin ser bandido, pero a la edad de Goutal es muy extraño llevar una vida así, tranquila y morigerada; tanto más cuando que el alojamiento del subdirector se reducía a una sola habitación del piso sexto.

Posible era que tuviese un lío cualquiera en la misma casa, y que su habitación no fuera más que un apeadero, un domicilio para cubrir las apariencias.

De todas maneras no había motivo para sospechar demasiado de aquel individuo, no obstante lo cual, el instinto de Juan le sugería que Goutal era el principio de una pista.

Vivía, pues, el apache en el número 70 duplicado del bulevar de Beaumarchais, entre las plazas de la República y la Bastilla.

Juan se sobresaltó. La posibilidad que acababa de ver en su imaginación, debió de ser estudiado por la policía. Se acordó de su permanencia de un mes en un hotel de la acera de los números pares del bulevar Beaumarchais.

Entró en un locutorio telefónico, y pidió comunicación urgente con la policía judicial del muelle de los Orfebres. Al ver aquel golfo, pensó la taquillera:

—¡Otro agente de servicio en la vía pública! ¡Qué facha tiene! Claro es que para detener a los ladrones no es necesario parecer un príncipe.

Juan consiguió hablar inmediatamente con el Jefe de Seguridad Ya se habían dado órdenes acerca de él a la centralita.

—¿Ha conseguido usted algo, señor Lurbe?

—Una cosa nada más, señor Rozieres; una cosa muy desagradable. De nada serviría que le enterase a usted en este momento. Dígame: ¿qué agente estuvo encargado de observar a Goutal?

—El inspector Briac. Un funcionario de primer orden.

—¿De París?

—No. Era Jefe de la policía judicial de Burdeos. Sólo hace seis meses que está en París.

—Lo que acaba de decirme me inspira cierta esperanza. ¡Gracias!

Juan colgó el auricular, y en un lavabo de la estación de Montparnasse, se quitó el crepé y la pintura, que cambiaba por completo su cara. Después se fué a la avenida del Maine, para alquilar un automóvil en un *garage* a cuyo director conocía y un cuarto de hora después, se hallaba ante el número 70 duplicado del bulevar Beaumarchais: Examinó rápidamente la casa, y se fué a la calle de Amelot, donde se detuvo en un sitio que correspondía a la parte trasera del 70 duplicado del bulevar Beaumarchais.

La calle y el bulevar son paralelos y aquella está más baja. Las casas tienen fachadas al bulevar y a la calle, y la mayoría de ellos poseen dos entrdas; la principal al bulevar y la otra a la cual se baja por una escalera a la calle de Amelot.

El inspector Briac era un hombre extraordinario, pero había hecho toda su carrera en provincias. No tenía nada de particular que no conociese todos los rincones de París y especialmente las comunicaciones entre las dos vías de referencia. Después de seguir a Goutal, Briac le esperaba a la puerta del número 70 duplicado y entre tanto, Goutal salía por la calle de Amelot. Por eso escribía Briac en su informe, que cuando aquel regresaba a su casa no volvía a salir de ella.

Juan vió una vez al horrible subdirector de Radio Mundial. Buscando a Alicia se presentó en el estudio con un pretexto y oyó que Larribe decía algo a un hombre a quien llamaba “señor Goutal”. ¡Estaba seguro de conocerle!

La angustia le estremecía. ¡Qué odiosa espera! Tenía los ojos fijos en la puerta trasera del número 70 duplicado, que estaba

sucia, cerrada, despintada, porque apenas la utilizaba nadie.

Ciriaco, miró con maldad, sarcásticamente a Alicia, a quien acababan de llevarle Panorme, Mourre y Violeta. Su perfil de lobo viejo, tomó una expresión más espantosa todavía.

—¡Vaya, vaya! ¿De modo que tenemos aquí a esta linda muchacha? ¿Y disfrazada de florista? A pesar de esa tela burda se adivina la flexible gracia de su cuerpo. Quitándole la peluca, vuelve a ser rubia y el contraste con su cara obscurecida con no sé que droga, es más notable. A pesar de la pez, tiene la dentadura intacta y blanca. No cabe duda; Lurbe es hombre de buen gusto, y además, no tiene miedo a nada, según dice la policía y según se asegura también entre los nuestros. Gracias a usted, señorita, vamos a cogerle... Pero dime, Panorme. ¿Cómo has podido traer contigo a esta encantadora muchacha?

—Se había instalado en el portel bajo de la casa donde vivíamos en la calle de Campagne Premiere, y acaba de confesar que me siguió desde la esquina de la calle Hugkens y del bulevar Raspail.

—¿Con que ahora te siguen las muchachas bonitas, Panorme? Esta va a arrepentirse de su indiscreción, pero Lurbe lo va a sentir más que ella.

—Quería espiarnos desde su rincón, y acaba de ponerse, precisamente en el momento en que, obedeciendo órdenes de usted, abandonábamos para siempre aquel cuchitril. Mourre y Violeta, pasaron por su lado sin conocerla. Yo iba detrás de ellos, y estaba todavía en el entresuelo. La veía desde arriba sin que ella lo sospechara. Yo tampoco sospeché nada, hasta que se levantó para seguir a Mourre, a quien ya había visto en la calle de San Fernando. En aquel momento se le corrió un poco la peluca, indudablemente, porque al colocársela bien, para lo cual se quitó la pañoleta, puede conocerla. Ya comprenderá usted qué agradable fué mi sorpresa.

Cuando uno sabe caracterizarse como yo, es difícil que le engañen los disfraces de los demás; sin embargo creo que ésta me hubiera engañado a no ser por aquel movimiento.

—Le puse mi browing bajo las narices. "¡Si dices una palabra disparo!"

Comprendo que no era cosa de broma y que me sería fácil hacer lo que decía, y huir en el automóvil, al cual habían subido ya Mourre y Violeta. Se recostó en la pared, sin moverse, y le dije: "Vas a subir ahora mismo al coche, sin decir una palabra ni hacer ningún ademán, si no quieres que apriete el gatillo". Subió. La echamos al suelo amordazada con un pañuelo de seda atado encima de la boca, ¡y aquí nos tiene usted!

Ciriaco encendió la luz del techo para ver mejor a la prisionera.

—Te ha protegido la casualidad, Panorme. Claro es que sólo consiguen su protección los que la merecen. Tener entre nosotros a esta encantadora muchacha es lo mismo que si ya tuviéramos aquí a Juan Lurbe. ¡Voy a enviarle una carta, citándole para mañana en un sitio aislado, donde, sin el menor riesgo, podremos cogerle y traerle aquí. Para conseguir que se rinda, le prometeremos respetar la vida de esta muchacha. Se lo prometeremos nada más, y ello no nos compromete a nada, porque las palabras dadas a un enemigo no tienen valor alguno.

Todavía tiene usted veinticuatro horas de vida, señorita. Veinticuatro horas nada menos. Y tengo el sentimiento de participarle que su fin no ha de ser rápido ni agradable. Yo no le tengo a usted rencor ninguno, pero es preciso que antes de que le toque el turno, su adorado Juan sufra el dolor de ver cómo se muere usted poco a poco a su vista... Poco a poco, sí. Tengo entre mis colaboradores a un negro zulú que sabe muchas maneras de martirizar, comparadas con las cuales las de la Inquisición eran cosa de juego. En cambio va usted a tener una compensación. La de marcharse la primera a un mundo mejor, pues si tuviese usted que presenciar las "amabilidades" que mi verdugo negro va a tener con Juan se volvería usted loca.

Alicia comprendió que estaba perdida, y que podía ser insolente sin agravar su situación.

—¿Es usted ese que llaman "El Lobo"? Me gustaría saber por qué calumnian, comparándole con usted, a un animal que es valiente, elegante y noble, y que no mata nunca como no sea preciso.

—Panorme y Violeta supusieron que Ciriaco iba a sacar la enorme browing que llevaba siempre consigo, y a matar a Alicia. Pero "El Lobo" se limitó a decir, haciendo un gesto bestial:

—Siempre han tenido mis prisioneras derecho a ser insolentes. Pero en recuerdo de esas frases la recomendaré a usted, especialmente a mi negro, que se alegrará mucho. Le diré que cumpla su misión sin prisa, que es lo que a él le gusta. Asegura que ni los más famosos verdugos chinos saben prolongar tanto tiempo como él los martirios de un ser humano... ¡A mí no se me insulta impunemente! ¡Soy un jefe de verdad!

—No crea usted que me da miedo, ni que me sorprende siquiera... Por otra parte está usted en lo cierto, al decir que, hallándome yo aquí, es como si ya estuviera Juan también. Vendrá, pero para libertarme. Y entonces, ¡miserable!, ya verá usted lo que le pasa.

Ciriaco se echó a reír, pero la seguridad de Alicia le impresionó. ¿Sería capaz Lurbe de triunfar en lo que había fracasado la



—¿UNA VENDEDORA DE VIOLETAS? SI, HACE UNOS MINUTOS...

Policía francesa? ¡No! Además, un hombre solo, por valiente y diestro que fuese, no podría hacer nada contra el "doctor Ivanitch".

—Es usted muy presuntuosa, señorita. Su amado Juan estará muy pronto en mi poder. Pedirá perdón, pero yo no perdono nunca.

Llamaron a la puerta. Era Goutal, que saludó respetuosamente a Ciriaco:

—He salido tarde del estudio. He tenido que tomar un *taxi*, y... ¡Pero calle! ¡Si está aquí nuestra linda secretaria y locutora a ratos! ¡Qué sorpresa! Ya veo, señorita, que está usted en este sitio menos altanera que en el estudio, cuando yo le tributaba mi respetuoso homenaje.

—¿Sí?—exclamó Ciriaco—. ¿Que le tributabas homenajes respetuosos? Fácil es comprender lo que eso quiere decir, y me alegro de saberlo.

Luego añadió con una expresión en la cara, que espantó a Alicia mucho más que la amenaza del suplicio:

—Pues mañana podrás tributarle todos los homenajes que quieras, cosa que no agradará a Juan Lurbe. Así aprenderá usted señorita, a no opinar que perjudico a cierto animal al parecerme a él.

Después de encerrar a Alicia en una celda semejante a aquella en que lloraba el niño Luciano, dijo Ciriaco a Panorme:

—Ahora, marcháos vosotros inmediatamente. Abajo están preparados cinco de nuestros ayudantes: lleváoslos. En la calle de Cortambert no os esperan todavía. Querían hacer una exposición de la Cascada Roja para incitarnos a robarla, pero esa burda añagaza no está organizada todavía. Aún no desconfían.

—Eso es. Y, en cambio, todo está listo y con todos los detalles ensayados bajo mi dirección.

—¡A ver si acabáis pronto!

—Esté usted tranquilo, jefe. Delacroix y su servidumbre se acuestan siempre antes de media noche. A las dos de la madrugada estaremos aquí de vuelta, con el aderezo de rubíes.

—Y tendréis una recompensa digna de vuestro esfuerzo.

Panorme, Mourre, Goutal y los demás de la cuadrilla que constituían la expedición, se acomodaron en dos automóviles grandes, que, con los faros encendidos, recorrieron las obscuras avenidas del parque, y salieron por la puerta grande, que el guarda, un coloso, abrió después de haber mirado con desconfianza al interior de los coches.

Mientras se alejaba el ruido de los motores con dirección a la carretera y a París, el guarda cerró la primera hoja de la puerta, pero no pudo hacer lo mismo con la otra, que ofrecía mucha resistencia.

¿A qué obedece aquéllo? Probablemente a alguna piedra impulsada por una de las ruedas de los automóviles.

Cogió la linterna eléctrica de bolsillo y se agachó para verlo. En aquel momento recibió un golpe violento en la nuca, y rodó por el suelo pesadamente, desmayado.

Pocos momentos después se cerraban las dos hojas de la puerta; si hubiera habido transeúntes en aquel camino desierto que sólo iba a dar a la casa de salud, no habrían notado nada anormal.

La suposición de Juan no era equivocada. Vió salir a Goutal de la calle de Amelot y tomar un *taxi*. El le siguió sin despertar sus sospechas, toda vez que Goutal no desconfiaba, y ya era de noche.

No se atrevió a seguir en coche al *taxi* por el camino que comenzaba en la carretera. Dejó, pues, su automóvil en un terraplén, a espaldas de una granja, y llegó a pie a la puerta de la siniestra casa de salud, después de cruzarse con el *taxi* que utilizó Goutal y que ya iba de regreso.

Aquel edificio grande, sumido en las tinieblas, debía de ser la guarida de toda la banda. Las asociaciones internacionales de malhechores, de cuya importancia nos habla la Prensa y algunos libros, tienen en cada nación una especie de cuartel general, muy difícil de descubrir, y organizado como una fortaleza.

Dió muy despacio la vuelta a las tapias que rodean el parque. Tropezó en el barro, en las piedras, y en los troncos de los árboles, pero procuró no hacer ruido.

No había entrada posible; las tapias, altas, lisas y erizadas de pedazos de vidrio en el caballete, impedían subir por ellas.

Después de dar la vuelta entera se encontró Juan junto a la puerta grande, en el momento en que la abrían, para dar paso a los dos automóviles.

A obscuras, mientras el guarda estaba un poco deslumbrado todavía por los faros de los coches, Juan calzó una de las hojas con una piedra encontrada y recogida a tientas. Cuando salieron los automóviles y el guarda, que no podía cerrar la pesada puerta, se inclinó para ver en qué consistía la dificultad, Juan le dió un puñetazo en la nuca, de arriba abajo, con toda su fuerza y todo su peso. Después, en la misma portería, encontró una cuerda, y para utilizarla como mordaza, una servilleta. Ya no importaba que se repusiera el guarda de su *knock out*, porque estaría imposibilitado para todo.

Para mayor verosimilitud, Juan cerró en seguida la puerta.

Estaba en el parque. Un parque de árboles gruesos y muy juntos. Lo atravesaba una avenida que iba a dar a la casa, cuya silueta distinguían los ojos de Juan, ya acostumbrados a la obscuridad.

A derecha e izquierda había varios senderos estrechos. Juan siguió por uno de ellos, temeroso de que en el camino principal hubiese alguna trampa o algún mecanismo de alarma.

Después de muchos rodeos llegó junto a la casa. Algunas ventanas de los pisos primero y segundo dejaban pasar reflejos por

entre las densas cortinas echadas cuidadosamente. No se oía ruido alguno.

¿Cómo podría entrar? Dió la vuelta a la casa. Las puertas de la planta baja estaban cerradas. Las ventanas tenían persianas gruesas, fuertemente sujetas por dentro, o rejas por el estilo de las de una cárcel.

¿Cómo podría entrar? Y, sobre todo, ¿cómo entraría sin hacer ruido? No llevaba consigo ninguna de las herramientas necesarias para una fractura.

De pronto oyó voces de niño dentro. Al principio salían de la planta baja, muy cerca; luego subieron, se alejaron, fueron apagándose y cesaron por último. Era la voz de Luciano, seguramente. ¿Qué le estarían haciendo?

Volvió a dar la vuelta a la casa y advirtió que una de las ventanas de la planta baja, así como las maderas, estaban abiertas; muy poco abiertas, unos centímetros nada más. Sin embargo, Juan hubiese jurado que pocos minutos antes las vió cerradas como las demás. ¿Por qué estaban abiertas entonces?

¿Sería un lazo? ¿La habría abierto alguna corriente de aire?

Escuchó, con la cabeza junto a la abertura. No se oía ningún ruido dentro de la casa. Resolvió entrar.

En otras circunstancias no hubiese penetrado por aquella ventana, bajo ningún pretexto: ofrecía demasiadas facilidades. Pero en aquellos instantes no podía escoger, ni tenía tiempo. Esperó, sin embargo, unos minutos, y en vista de que continuaba el silencio, cabalgó sobre la barra y se dejó caer dentro de la habitación.

Se encontró sobre un piso embaldosado; tropezó con una cosa y se bajó a cogerla: era un gorro de niño; se lo guardó en el bolsillo. ¡Pobre criatura!

Después palpó en la obscuridad; a la izquierda había un armario de ropa blanca; a la derecha, una mesa con vajilla: era la repostería.

Al continuar buscando dió con una puerta entreabierta. La abrió por completo, poco a poco, y se encontró en un vestíbulo débilmente iluminado por una lamparilla de noche.

Dió algunos pasos por la gruesa alfombra, avanzó, se volvió, presintió los primeros peldaños de una escalera, ¡la escalera! En aquel punto empezaba a ser arriesgadísima la aventura, pero en los pisos altos era donde estaban, indudablemente, Luciano y Alicia.

Comprobó que su browing, arma de precio, con la cual se había ejercitado mucho, entraba y salía fácilmente de la funda especial que llevaba bajo la axila, sujeta al hombro con una correa, como acostumbran los *gangsters* norteamericanos, y empezó a subir la escalera, despacio y a cuatro pies, que es el único procedimiento para evitar que crujan las maderas.

En el primer piso oyó hablar al través de una puerta. Escuchó atentamente: eran dos voces de mujer y varias de hombre, que decían vulgaridades y se reían.

Por la parte de afuera de la puerta encontró Juan una llave; le dió la vuelta sin hacer ruido, y siguió subiendo la escalera con infinitas precauciones, hasta llegar al segundo piso, donde oyó otras voces entre las cuales reconoció la de Ciriaco. ¿Con quién estaría hablando? ¿Qué le contestaban?

Como la madera de la puerta al través de la cual escuchaba Juan era muy gruesa, sólo se oía un murmullo. Percibió algunas palabras dichas a la manera de los negros, con ese tono cantarín que suprime las erres.

Siguió más adelante por el pasillo, y, de pronto, en otra puerta, le pareció oír la voz de Alicia, que consolaba a un niño.

Comprendió lo que hablaban: un cuarto de hora antes consiguió Luciano escaparse de su encierro, cuya puerta quedó mal cerrada porque no desconfiaban de él. Pudo bajar la escalera, pero le sorprendieron en la repostería, sin notar que había entreabierto la ventana. En vista de su intento de fuga, le llevaron adonde estaba Alicia, que era una celda parecida a las de las cárceles, con cerrojos grandes en la puerta y rejas de hierro en la ventana.

Juan palpó la puerta; estaba herméticamente cerrada con dos cerraduras, cuyas llaves se habían llevado.

Como no podía hacer otra cosa, empezó a rascar la madera con una uña como si trazara rayas y puntos. Al cabo de pocos segundos hubo silencio al otro lado de la puerta, y Juan oyó unos arañazos que contestaban a los suyos: tres breves y tres largos, es decir: S. O. S. (*Save our souls*) petición de socorro por *radio*, universalmente conocida.

Entonces preguntó: "¿Dónde?", y le respondieron: "Puerta a la derecha".

Encontró fácilmente aquella puerta. No estaba cerrada. Entró en una especie de recibimiento, sin nada en las paredes, que tenía una puerta de hierro de mucho espesor, cerrada con cerrojos enormes. Los descorrió con mucho tiento, tiró hacia sí y se entreabrió la puerta. Allí estaba Alicia, pálida, temblorosa, con su disfraz de florista, oprimiendo contra su cuerpo a un niño, a un encantador niño rubio.

Ya iba a... pero recibió de pronto un golpe formidable en la mandíbula, junto al oído izquierdo, que le derribó al suelo de bruces y sin sentido.

....

Sintió que respiraba, que volvía en sí poco a poco, dolorosamente, y que tenía la cara llena de sangre coagulada.

¡Cuánto le dolía la cabeza!

Estaba sentado en una butaca, dentro de la celda, al lado de la puerta cuyos cerrojos descorrió poco antes, que seguía abier-

ta como en el instante en que recibió el golpe. Tenía las manos atadas a la espalda, y las piernas sujetas también; le habían vuelto los bolsillos, y quitado la pistola. Frente a él estaban, a la izquierda, Alicia con el niño, que lloraba. Los habían atado juntos.

A la izquierda vió a Ciriaco, sentado, y junto a él, riéndose, al negro gigantesco que le dió el terrible golpe. Aquel rostro africano y aquella cabeza que a pesar de la vivacidad de los ojos recordaba la de un lobo, eran tan horribles, que Juan llegó a creer que el dolor que le martilleaba el cráneo le producía delirio.

A pesar de todo, reaparecía en él el luchador. Se esforzó por respirar profundamente varias veces seguidas y al cabo recobró toda su lucidez.

Allí Alicia y el niño; en el otro lado, las dos fieras.

Hizo esfuerzos con los brazos y con las piernas, pero no pudo soltarse; estaba muy bien atado.

Encima de una silla y junto a Ciriaco, estaban su pistola automática, su cartera, sus llaves y sus papeles.

—¡Vaya, vaya! ¿Creía usted, Sr. Lurbe, que era cosa fácil venir a mi casa a recoger a su apreciable prometida?

—No. Muy sencilla, no.

—Reconozco que ha estado usted a punto de conseguirlo, y no comprendo cómo ha podido usted llegar hasta este piso. No hemos recibido aviso alguno; pero en el momento en que abrió usted esa puerta que tiene a su espalda, se encendió en mi despacho una lámpara y Bakí, mi criado negro, hizo lo demás. Ahora se encuentra usted en una situación mucho menos favorable que cuando fuí a visitarle a su hotel, con la rama de olivo en la mano.

—Me ha pegado por la espalda.

—¿Pero es que se figura usted que está en un *ring* de boxeo, o en un desafío a espada? En la partida que discutimos, no hay reglas; se apodera uno del adversario como puede. ¡Cuánto me alegra verle a usted ahí, definitivamente vencido! Sólo ha conseguido usted ahorrarme un franco y cincuenta céntimos, por que me proponía enviarle una carta neumática, citándole para mañana en un lugar desierto de los alrededores, donde le hubieran metido a usted en un coche mío, después de comprobar que no había por allí cerca policía alguno. No siendo así, hubiéramos matado a esta muchacha. Usted se ha adelantado a la cita. No esperaba tener el gusto de verle hasta mañana, y ya estamos esta noche frente a frente. Mala cara tiene usted y eso confirma que los músculos de Bakí son excelentes, y están bien ejercitados.

El negro se rió ruidosamente.

—Me figuro, Sr. Lurbe, que no será preciso decirle lo que les espera a usted y a esta señorita.

Juan no le oía, pensando lo que podría hacer y sin ocurrírsele nada. No había, para Alicia ni para él, la menor probabilidad de salir con vida de aquel trance. Tal vez contemporizando, retrasando el desenlace, se presentaría alguna ocasión.

Juan contestó a Ciriaco, hablando con dificultad, porque aún sangraban su nariz y su boca:

—En efecto. Nos tiene usted en su poder. Yo le he combatido rudamente, y no hay ninguna razón para que usted nos perdone.

—Me agrada que estemos tan completamente de acuerdo.

—Espere usted. Aun hay un motivo, para que respete usted nuestras vidas, y devuelva ese niño a sus padres. Un motivo excelente.

—Me gustaría saberlo—dijo Ciriaco, sonriéndose de aquel modo que dejaba ver sus colmillos.

—El otro día me dijo usted que sentía no tener esperanza de que yo llegase a ser colaborador suyo. Puen bien. ¿Y si yo aceptara ahora y trabajase con usted y a sus órdenes? Panorme es uno de sus hombres de confianza, y a pesar de ello le he vencido varias veces. Ya ve usted que yo sería una buena adquisición.

—No me inspira usted confianza. No conseguirá usted engañarme con ese subterfugio. Si yo fuese lo bastante ingenuo para aceptar, en seguida opinaría usted y sería muy razonable, que una promesa hecha en estas circunstancias, no tiene valor alguno. No tenemos nada que hacer, Sr. Lurbe. Permítame usted participarle, que va usted a padecer algo peor que la muerte, porque antes de sufrirla, presenciará usted la de esta joven. Yo lamento las contracciones de dolor de ese lindo rostro, pero usted padecerá más que yo.

Ciriaco dió un golpe en la pared que había a sus espaldas, y se abrió un ventanillo estrecho, a un metro de altura, al través del cual una mano de mujer puso sobre la silla, junto a la pistola de Juan, una jeringuilla para inyecciones y una ampolla.

Ciriaco cogió la ampolla con sus manos secas, negruzcas y peludas como patas de lobo, la alzó, la miró al trasluz y dijo:

—¿Ven ustedes esta ampolla? Pues contiene una solución de extricnina, de la cual voy a inyectar medio centímetro cúbico en uno de esos brazos tan blancos y tan redondos de esta señorita, que cinco minutos después sufrirá la primera convulsión tetánica. Una crisis espantosa que retuerce el cuerpo como un arco de círculo, de tal manera, que la cabeza se echa hacia atrás, hasta juntarse casi con los talones. Luego estará tranquila siete u ocho minutos y se repetirá la crisis, cuya intensidad irá en aumento, hasta que se muera. El niño continuará atado a esta señorita, ya que su padre, el Presidente, tiene tan poca prisa en obedecerme. El espectáculo no le produ-



RESONO UNA DETONACION POTENTE. A PESAR DEL ENTUMECIMIENTO DE SU MANO, JUAN HABIA DISPARADO Y HECHO BLANCO.

cirá ningún daño físico, pero, si no se altera su razón, le quedará recuerdo para mientras viva. ¡Peor para él! Su padre lo habrá querido.

—Luego me tocará la vez, ¿no?—preguntó Juan con indiferencia.

—A usted le guardo para mi criado negro, que hará que dure su agonía veinticuatro horas, merced a martirios que le recordarán su patria, su querida patria.

Baki volvio a reirse.

Mientras Ciriaco ajustaba cuidadosamente la aguja en el extremo de la jeringuilla, operación que el negro contemplaba atentamente, volvió a aparecer por el ventanillo la mano femenina, y sin hacer ruido alguno, cogió la pistola de Juan y se la llevó. De esta manera, aunque, mediante un esfuerzo increíble, pudiera Juan librarse de sus ataduras, no tendría medio alguno de atacar a sus dos adversarios, pues atontado aún por las contusiones, agotado por la pérdida de sangre, no podía confiar en su fuerza física, y sí sólo en aquel arma que le pertenecía y que él manejaba admirablemente.

Ciriaco se convenció de que el émbolo de la jeringuilla funcionaba bien, y de que la aguja no estaba obstruída. El negro, no interrumpía su espantosa contemplación.

En aquel momento, Juan advirtió a su espalda, y junto a sus muñecas, el frío de una hoja de acero. Alguien se había acercado por detrás de la butaca en que se sentaba y cortó las cuerdas. Ese alguien debió entrar por la misma habitación por donde entró Juan, que no se movió. Su cara no reveló nada. Tenía las manos sueltas, y notó que le ponían en una de ellas la culata de su browing; pero había sido tanta la presión de las cuerdas que sus entumecidos dedos apenas podían sostener el arma. No le sería posible disparar.

Ciriaco llenó lentamente la jeringuilla y tiró la ampolla.

—Ahora fíjese usted bien, señor Lurbe. Mire usted cómo entra el liquido en las venas de su querida Alicia.

Al decir esto, se inclinó hacia la muchacha.

Luciano empezó a gritar, cosa que molestó mucho a Ciriaco, el cual, con la mano que tenía desocupada, dió un bofetón al niño, y le hizo callar, atontado.

Juan notó que su mano revivía. Ya podía empuñar con más fuerza la pistola, pero el dedo índice, dormido, muerto, no acertaba a encontrar el gatillo. Y el caso era que tenía que disparar con la mayor puntería, pues Ciriaco estaba muy cerca y delante de Alicia, y si erraba el tiro, podía matar a su prometida.

"El Lobo" remangó un brazo de la muchacha, y pellizcó hábilmente un poco de piel. Luego cogió la jeringuilla, y clavó la aguja.

Resonó una detonación potente. A pesar del entumecimiento de su mano, Juan había disparado y hecho blanco.

Ciriaco se llevó ambas manos al cuello y se desplomó poco a poco. Había recibido el balazo en la yugular. La jeringuilla, cuyo émbolo no había tenido tiempo de oprimir el bandido, cayó al suelo, llena todavía.

El negro se precipitó sobre Lurbe, rugiendo, pero el blanco era mucho más fácil. Sonaron dos tiros, y el negro cayó junto a Ciriaco.

Entonces dijo una voz de mujer:

—¡Vengan ustedes conmigo! ¡De prisa!

Era Vioelta. Ella cortó las cuerdas que sujetaban las muñecas de Juan y le entregó la pistola cuando Ciriaco no podía verla, por hallarse el negro entre él y la puerta.

Violeta ayudó con rapidez extraordinaria a desatar las piernas a Juan y soltó también al niño y a Alicia, que sangraba por el brazo.

Se oyeron en el piso de arriba muchos golpes en la puerta que, afortunadamente, cerró Juan con llave. Habían oído los disparos. Los golpes eran tan fuertes, que no podía tardar en ceder la puerta, para dar paso a los bandidos.

Violeta guió a Juan y a Alicia, que llevaba de la mano al niño, hasta el ascensor de servicio, y los dejó en la repostería, mientras la puerta del primer piso volaba hecha astillas. Luego abrió la ventana, y pocos segundos después, Alicia, Violeta, Juan y Luciano estaban en el parque. Al llegar a la verja, el guarda, que seguía atado y amordazado, tuvo que contentarse con dirigirles miradas amenazadoras.

Se dirigieron, corriendo, al sitio donde Juan había dejado el automóvil. En el parque se oían grandes voces que iban acercándose, y se encendieron muchas luces.

Juan, casi agotado, tuvo que pararse a cien metros del coche, a punto de perder el conocimiento. Alicia y Violeta le llevaban casi en volandas, y así pudieron meterle en el automóvil. Pero quedaba un problema: ¿Quién iba a guiar?

Se oía por el sendero el ruido de varios hombres corriendo. Si esperaban un minuto más, la gente de Ciriaco volvería a apoderarse de ellos.

—Yo sé guiar—dijo Violeta—. ¿A dónde hay que ir?

Juan tuvo ánimos para contestar:

—Por la barrera... Calle de Belleville... Los bulevares exteriores...

El coche arrancó.

—Gracias, señora; es usted muy buena —dijo Alicia.

Le contestó Violeta:

—Buena, no. Soy una cualquier cosa, soy lo que ustedes quieran; pero cuando alguien maltrata brutalmente a una mujer y a un niño para matarlos, dejo de ser lo que soy, y voy por otro camino.

Juan, que volvió en sí, vió la luz roja de



DE PIE, CLAVADO COMO UN INSECTO, CERCA DEL RETRATO. PANORME ABRIO LA BOCA POR DONDE BROTO SANGRE Y SE DESPLOMO...

una comisaría. Se apeó, y entró, ensangrentado y tambaleándose.

—El cabo de guardia creyó que se trataba de un borracho, pero Juan le dijo:

—¡El teléfono. El muelle de los Orfebres... El señor Rozières... Urgentísimo!

Cuando salió de la Comisaria, terminada la conferencia telefónica, estaba más animoso, y dijo a Violeta:

—Voy a ponerme al volante. Lo que ha hecho usted es admirable. Yo sabré demostrarle mi agradecimiento.

Cerca de la plaza de la Estrella detuvo el coche ante un palacio particular, y llamó. Abrió un criado anciano, y al ver al niño no pudo contener su alegría:

—¡El señorito Luciano! ¡Qué contento se va a poner el Sr. Presidente!

—Esta señora y esta señorita van a entrar también—dijo Juan—. Ruegue usted de mi parte al señor presidente que les conceda hospitalidad hasta mañana por la mañana.

Y añadió:

—Confío en que mientras yo regreso, no amenazará peligro alguno a mi prometida ni a este niño; si no fuera así, espero que usted los defienda una vez más.

Violeta lloraba.

—Vaya usted tranquilo.

—Gracias, gracias.

VI

LA CASCADA ROJA

Panorme, Mourre, Goutal y su gente esperaron en los dos automóviles, detrás del Trocadero, a que fuese hora oportuna para entrar sin peligro en el hotel particular del señor Delacroix, en la calle de Cortambert.

Si hubieran hecho caso a Mourre, el "trabajo", como él decía, hubiese empezado hacía rato, pero Panorme, que cuando no estaba encolerizado era la prudencia misma, se opuso.

—Es mejor esperar. Cuando estén dormidos la cosa será ridiculamente fácil. Todos estamos bien enterados del plano de la casa; os lo he explicado concienzudamente. Todos habéis ensayado vuestro papel. El único riesgo es que algún criado u otra persona se despierten. Pero hasta la gente que por enfermedad u otros motivos tiene el sueño ligero, duerme profundamente al principio. No hay que llegar ni demasiado pronto ni demasiado tarde. El primer sueño de los habitantes de una casa es nuestro mejor colaborador. Calma. Nos sobra tiempo.

Esperaron, pues, entre el ruido de los *taxis* y de los automóviles particulares que llevaban a su casa a los vecinos de Passy y de Auteuil. Se oían las sirenas de los remolcadores que remontaban el Sena, y el golpeteo de los cierres metálicos de los cafés.

Se levantó un desagradable viento del Oeste que zumbaba por entre los árboles y columpiaba las muestras exteriores.

—¡Vamos ya!—dijo, por fin, Panorme.

Caminando a una distancia de cincuenta metros, echaron a andar los dos coches y dieron la vuelta a la plaza del Trocadero, de donde acababa de salir el último autobús para la estación del Este.

Se detuvieron en la calle de Cortambert, el uno cien metros más allá de la casa de Delacroix, y el otro a igual distancia del primero, para no llamar la atención.

La calle estaba completamente desierta. No había ni trasnochadores que regresaran a sus casas, ni siquiera una pareja de guardias.

Aumentó la violencia del viento.

Ante la puerta principal de la casa del joyero se juntaron los dos grupos. Panorme hizo una seña. Mourre, con una herramienta de acero en la mano, se acercó a la cerradura, que, después de un chirrido casi imperceptible, se abrió.

Entraron todos de puntillas, y Goutal volvió a cerrar suavemente la puerta.

Entonces se encendió la luz eléctrica del vestíbulo y se vieron rodeados de agentes, que, revólver en mano, ordenaron:

—¡Arriba los brazos!

Entre los agentes estaba Juan Lurbe.

Ya levantaban las manos Mourre, Goutal y los demás, cuando Panorme, que se hallaba cerca del interruptor (era el mismo que utilizó siete años antes para apagar la luz y proteger su fuga) le dió la vuelta de pronto, y se quedaron a oscuras.

En seguida sacó Panorme su pistola y disparó todas las balas al aire, para no herir a alguno de sus compañeros. Su objeto era producir una confusión que facilitara su huída, y a poco más, le sale bien.

Los agentes no podían disparar a obscuras.

Ya habían abierto la puerta los bandidos para escaparse, pero una fila de guardias con armas, cerraba el paso por los dos extremos de la calle. Ante su intimación, no hubo resistencia posible. Les obligaron a entrar en el vestíbulo, donde, uno tras otro, fueron registrados y amarrados. Entonces advirtieron que faltaba el más importante: Panorme había desaparecido.

Al explicar a sus compañeros el plano de la casa, y encargar a cada uno de su papel, se cuidó mucho de no aludir a una salida que se reservaba. Para llegar a ella, bastaba con subir al primer piso por la escalera de servicio, atravesar la sala donde estaban las cajas de valores—la misma donde se guardaba la Cascada Roja—, y en un extremo de la cual, por la parte exterior de una ventana, había una escalera de salvamento, para bajar al jardín o subir al tejado, desde donde, con agilidad y sangre

fría—condiciones que no le faltaban a Panorme—se podía pasar al tejado de la casa inmediata, en el cual estaría abierta la ventana de alguna buhardilla.

Así, pues, en cuanto se produjo la alarma, subió por la escalera de servicio, en tanto que los agentes, equivocados, registraban la bodega, y que Delacroix, provisto de un sable que cogió en una panoplia, y Juan con un bastón muy pesado, registraban las demás habitaciones de la casa.

Panorme llegó, pues, a la puerta de la sala de las cajas, y abrió. Tuvo un momento de vacilación. La sala estaba completamente a obscuras, y aquel hombre, capaz de las mayores audacias, tenía miedo a la obscuridad. Buscó por las paredes, a la derecha de la puerta; encontró un interruptor y encendió.

Una semiclaridad azulada, dejó ver apenas aquella dependencia estrecha y larga, ocupada por las cajas de caudales.

—¡Y pensar—murmuró avanzando prudentemente—que está aquí la Cascada Roja con otras muchas riquezas, y que no tengo tiempo siquiera para tratar de apoderarme de ella! ¡No importa! Volveré, y esta vez, ¡pobre del que me haya hecho traición...! Pero, ¿dónde estará esa escalera de salvamento? Debe de ser cerca de aquel arca grande.

Volvió la esquina y retrocedió aterrado. Allí estaba Otilia Delacroix, de pie, inmóvil, mirándole. Era ella misma, con su delicado perfil, su cabello rubio, su sonrisa...

El retrato, al oleo, era de tamaño natural y estaba muy parecido. En aquella semiobscuridad, el cuadro se confundía con la pared y parecía viva la persona retratada. Panorme había visto muchas veces, en espantosas pesadillas, a la pobre enfermita asesinada por él, y siempre se despertaba trémulo, bañado en sudor frio, y diciendo: "Gracias a que no ha sido más que un sueño".

—Pero ahora estaba delante de él, y él no dormía. Tuvo que hacer un gran esfuerzo para reaccionar contra aquella impresión, y luego, furioso por haber sido engañado, aunque sólo pocos segundos, por un pintor, reanudó su investigación. La escala de salvamento debía de estar más allá.

De pronto se encendieron todas las luces al mismo tiempo.

En un extremo de la larga sala estaba Juan y en el otro Delacroix. Acababan de entrar por las dos puertas opuestas.

Panorme estaba desarmado, pues disparó todas las cápsulas de su pistola en el vestíbulo, para producir confusión. Pero no titubeaba nunca, y se precipitó contra su adversario principal, es decir, contra Juan, pensando: ¡"Si tiene un arma de fuego estoy perdido!"

Juan se había dejado la pistola en la casa de salud. No tenía más que un bastón de mucho peso, y con él dirigió un golpe de punta a la cara de Panorme.

Como el bastón pesaba mucho, Juan estaba todavía bajo los efectos del terrible puñetazo que el negro de Ciriaco le dió en la cabeza pocas horas antes, carecía de fuerza y de puntería, y el bastonazo se deslizó a lo largo del cráneo, en tanto que Panorme, con su pistola cogida por el cañón, golpeaba violentamente la cabeza de Juan, que cayó, desmayado, al suelo.

Blandiendo el bastón arrebatado a Juan echó a correr Panorme hacia el otro extremo de la sala, donde debía estar la escalera de salvamento. Pero Delacroix le interceptó el paso amenazándole con un sable, que era un magnífico instrumento de defensa, por su afilada hoja.

Ante el anciano de barba blanca, Panorme se sonrió con desdén. Si era el único que había de impedirle la fuga, podía estar tranquilo. Para desarmar al joyero agarró el arma con la mano izquierda, y asestó un bastonazo con la derecha. Pero Delacroix, agilísimo, tiró del sable violentamente, al mismo tiempo que esquivaba el golpe, y el miserable se encontró con la mano profundamente herida.

El joyero hubiera podido pedir socorro, pero no lo hizo. Rápidamente, tranquilo como si estuviese en una sala de esgrima, atacó a su enemigo, que paraba con el bastón todos los golpes y retrocedía, procurando llegar a la ventana. Para estorbarle el paso, Delacroix torció a la derecha, con lo cual quedó el bandido colocado frente al retrato de Otilia.

A llegar allí, quiso acabar de una vez Panorme. Intentó desarmar a Delacroix, dándole en la hoja de su arma un golpe tremendo, de abajo a arriba, pero el anciano lo esquivó, y aunque estaba lo bastante cerca de Panorme para herirle con sólo estirar el brazo, se dejó caer a fondo.

El arma se le clavó a Panorme por entre las costillas, le atravesó todo el torso y todavía se hundió en la madera del tabique.

De pie, clavado como un insecto, cerca del retrato, Panorme abrió la boca por donde brotó sangre, y luego se desplomó quedándose con la cabeza colgada sobre el pecho, y los brazos caídos, pero sujeto a la pared por el arma.

Delacroix miraba alternativamente al retrato de su hija y al cadáver del bandido.

Juan recobraba el conocimiento. Notó que estaba acostado en una cama limpia y con la cara vendada. Cerca de él hablaban algunas personas.

—No tiene más que unas contusiones muy grandes, y quebrantamiento general, pero no hay congestión cerebral ni fractura de cráneo, que sería lo más temible. Dentro de tres semanas estará repuesto. Se lo garantizo a usted, señor presidente.

—Esperaba con impaciencia el diagnóstico, que le va a agradar mucho también a

mi hijo. No deja de preguntar por el caballero que fué a sacarle de su cárcel.

—¡Ya vuelve en sí! ¡Gracias a Dios! —dijo la voz de Alicia.

Juan abrió los ojos, y volvió a cerrarlos, deslumbrado, después de ver a los que le rodeaban y enterarse de que estaba en la cama de un hospital.

Quiso hablar, y sólo pudo murmurar:

—¡Alicia!

—Silencio. Silencio e inmovilidad absoluta—dijo el ilustre cirujano—. Vámonos, señor Presidente. Y usted también, señor Delacroix. Cuanto menos visitas tenga, más pronto se repondrá. Dejemos al enfermo con esta admirable cuidadora, cuyo nombre acaba de pronunciar.

Se cerró la puerta.

—Estoy aquí—dijo Alicia—. Te trajeron anteayer, y no me he separado de ti... ¡Silencio! Oyeme, pero no contestes. Los periódicos te llenan de alabanzas. Esta mañana he recibido una carta de Violeta, que está contentísima por habernos salvado a los dos. Ahora, descansa, pensando que estoy a tu lado.

Con los ojos cerrados, Juan tendió una mano. Ella la cogió, y el herido, mediante una serie de presiones más o menos breves, le dijo en alfabeto Morse:

—Por fin... dichosos.

La mano de Alicia respondió por el mismo procedimiento, con esta afirmación, que no se hubiera atrevido a hacer en voz alta:

—Te quiero, Juan.

Cuatro meses después, San Benito de las Olas estaba de fiesta. Las campanas de la iglesia repicaban anunciando la boda de Juan Lurbe y de Alicia Massiat.

El alcalde había ido a París a suplicar a los novios que se casaran en el rincón de Bretaña donde se habían conocido.

—Sepan ustedes que queremos realizar una manifestación de cariño, y pedirles perdón por la injusticia con que procedimos para con ustedes. Las apariencias les acusaban, y nosotros no podíamos adivinar la verdad. Si van ustedes a casarse al pueblo, ello querrá decir que no nos guardan rencor.

Después de esta gestión, y transcurrido mes y medio, Delacroix, a quien consultaron, les dijo:

—Sí. Debéis ir a casaros allí.

Y guardando el secreto, compró, restauró y amuebló de nuevo la hospedería *Margarita*, para que sus protegidos tuviesen casa propia, a orillas del mar en su país.

Al llegar a San Benito, manifestó Delacroix deseos de visitar la hospedería *Margarita*, y cuando salían de ella, dijo a los novios:

—Esta casa es vuestra, y en ella podréis pasar los veranos si os agrada, o descansar durante el invierno, si lo necesitáis. Después de tantos disgustos graves, váis a encontrar en esta mansión familiar la tranquilidad y la dicha.



Padrinos de cuatro patas (cuento)

Después de comer, me asomé al balcón, como tenía por costumbre, y encendí un puro, uno de esos puros cortos y pequeños que son como cigarrillos envanecidos. Y dos minutos después, casi sin darme cuenta, exclamé en alta voz:

—¡Caramba! ¡Hoy también! ¿Qué será? ¡Se acabó, lo voy a averiguar ahora mismo!

Venía yo observando, sin querer, a aquella muchacha, que, desde algunos dias atrás, y precisamente a aquella hora—tres de la tarde—, detenía ante la casa de enfrente, al otro lado de la plaza que hay bajo mis ventanas, un cochecillo, que ella misma guiaba. Se apeaba después, y cogiendo en brazos a un perro de esos de barbita y cara de gnomo, que siempre llevaba con ella, entraba en la casa aquella. Unas tardes tardaba más, otras menos; pero siempre acababa por salir, meter otra vez a su perro en el coche, subir ella, poner en marcha el motor y desaparecer rápida y veloz.

Algunas tardes venía a pie y el perro la seguía muy de cerca, casi rozando constantemente su falda.

En la plaza que se extiende bajo mis balcones hay unos pequeños jardines en redondo, y, en el centro, una estatua; hay hierba en *parterres* muy cuidados, quizá por ser diminutos, y cuatro magnolios que juegan a las cuatro esquinas; unos bancos, una verjita circular...; todo muy pequeño, pero lo suficiente para distanciarme de las casas de la acera de enfrente mucho más que si viviera en lugar de en la plazoleta, en una calle corriente. No sé nada de aquella acera que se curva en arco, frente al otro arco que forma mi acera; vivimos distanciados los vecinos de aquí y allá, porque el jardincito, la estatua, los magnolios, la hierba, las florecillas, todo ese mundillo que es el jardincito, atrae nuestras miradas, recoge la intención de nuestros ojos y no los deja observar, espiar, ¿por qué no decirlo?, fisgar en las casas de enfrente. No sólo es oxígeno para nuestros pulmones, sino desinfectante eficaz para nuestra curiosidad.

Sin embargo, la muchachita aquella pudo más que el jardín. Mis ojos, a través y por encima del jardín, la descubrieron a la tercera o cuarta de sus visitas. Y ya comía yo de prisa y corriendo, deseando acabar pronto para asomarme con mi purito en la boca y mi curiosidad tan encendida como el purito. ¡Ah, yo ignoraba todo, todo lo que pudiera relacionarse con las casas de enfrente y con sus moradores! Más aún: nunca hasta entonces me preocuparon en absoluto. Pero desde que la muchachita, su perro y su coche se detenían allá todas las tardes, a las tres en punto, aquellas fachadas, aquellos portales empezaron a adquirir para mí categoría de algo interesante y trascendental.

¿A qué iría allí, siempre a la misma hora y con su inevitable acompañante aquella muchacha de la que yo sólo conocía la silueta fina, suave, delicada, tan femenina? En fuerza de verla llegar y desaparecer en el portal, había acabado por interesarme en aquellas visitas, y si ella hubiera faltado alguna tarde yo me hubiera sentido decepcionado, quizá triste, como si me hubiera faltado algo o si alguien no hubiera acudido a una cita conmigo. Ella había venido pausada y gradualmente a alterar profunda y deliciosamente mis panoramas: el exterior y material y el íntimo y espiritual; aquél, por la visión fugaz, dulce y encantadora—y ya esperada—de su silueta fina y adorable; éste otro, porque lo que entra por los ojos llega al alma y hace soñar. Exceso de imaginación todo, quizá, o deseos de eso, de soñar, soñar... Pero nadie podría negar que ella era un tipo extraordinario y menos discutírmelo a mí, que ya, tarde a tarde—me acuso de haber empleado unos prismáticos—, iba completando el conocimiento de ella. Era más bien pequeña, delgada, menuda; llevaba una media melena revuelta y descarada y sus ojos eran enormes, rasgados, pensativos, serenos. Tenía una fuerte personalidad entre intrépida, ingenua, extravagante, graciosa e infantil. Su cochecito, de dos asientos y de color de guinda, lo hubiera yo conocido ya entre mil.

Como yo me pasaba ya la vida en el balcón, o detrás de los cristales, pude establecer sobre bases muy firmes, derivadas de un activo espionaje, que ella, desde luego, no vivía allí, y que allí iba solamente,





a las tres de la tarde, para salir, poco más o menos, a la media hora o a los tres cuartos de hora. Hubiera debido quizá seguir más cautamente mis observaciones, pero aquella tarde, en que exclamé: "...Se acabó. ¡Lo voy a averiguar ahora mismo...!", me lancé a la calle decidido a todo, después de haberla visto entrar con su perro en el portal. Desoí las voces amicales del jardín, que me ofrecía todas sus flores y la fragancia cálida de sus aterciopeladas magnolias color de ámbar; crucé la plaza, llegué ante el portal, y...

No tuve que preguntar a nadie nada. No tuve que pelearme con nadie. En seguida, con una extraña intuición, con una seguridad absoluta, comprendí: a ambos lados del portal, unas doradas placas de cobre

que yo nunca había visto indicaban con letras negras: "Clínica de perros. Consulta, de tres a cinco."

Me volví a casa riendo solo por la calle. ¡Claro! El perro estaría delicado y ella lo venía a traer a la consulta todas las tardes. Aquello entraba tan de lleno en lo que yo me figuraba de ella, en la personalidad que yo había forjado de ella, en la silueta extraordinaria que yo veía de ella...

Quizá aquello fué absurdo, pero se me entraron, corazón adentro, unos afanes, unos deseos, unos anhelos tan extraordinarios e impacientes por conocer de cerca a la muchacha, por saber algo de su vida y de su alma, que ya no pude sosegar un solo instante en busca del procedimiento eficaz y normal que me permitiera aquel conocimiento y aquella aproximación. Y cuando el medio, el medio aquel tan buscado cuajó bruscamente, repentinamente, de sopetón, bajo mi frente, haciéndome reír a carcajadas y motejarme a mí mismo de falta de imaginación por no haberlo hallado antes, me lancé inmediatamente a ponerlo en práctica de realización.

Aquel día comí exactamente una hora antes y luego me fuí a casa de mi amigo Arturo. Yo sabía bien que Arturo tenía un perro. Cómo sería este perro lo ignoraba. Pero que Arturo lo tenía era indudable; siempre había tenido un perro, pues, amándolos mucho, cuando por cualquier causa —casi siempre por muerte del animalito— se veía sin perro, inmediatamente adquiría otro. Así había yo conocido en su casa, por unidades sueltas, una curiosa colección de perros de todos los tamaños, edades, pelajes, razas, clases; desde el altivo y frío galgo ruso hasta el enigmático *fox* de pelo duro, pasando, desde luego, por cualquier chucho anónimo y sin casta definida, que, con cara de desgraciado y de huérfano, encontrara perdido en la calle.

Cuando llegué a casa de Arturo, éste se iba a sentar a la mesa.

—¡Venía a pedirte un favor!—le dije en seguida.

—Hombre, lo que quieras.

—Se trata de que me dejes tu perro.

—¿Mi perro?

—Sí, el de turno, el que tengas ahora. ¿Es que no tienes ninguno?

Quién sabe si mi amigo, el más íntimo, hubiera sido capaz de mentirme. Quizá, sí, y quizá, no. Pero para evitarle una caída en tan feo defecto, más feo aún cuando se ejercita contra la amistad reconocida y antigua, se oyeron en aquel mismo momento unos ladridos en el fondo de la casa.

Mi amigo hizo un gesto, que tenía algo de desolado, de fatalista y que quería decir algo así como: ¡ya lo ves...!

Hubo una pausa larga, y luego me preguntó, casi tristemente:

—¿Para qué lo quieres?

—Tú préstamelo para unos días y no te preocupes.

—Es que..., ¿sabes...?, tú eres así..., tan especial..., que...

—Nada temas. No haré ensayos ni experiencias con él. No le tocaré ni el rabo, si es que lo tiene, pues no tengo el honor de conocerle aún. Dime lo que come o si es que está a régimen de algo... Estará como contigo..., una semana a lo sumo. Luego te lo traeré, y si quieres, le compraré un collar con cascabeles dorados o un abriguito de lana.

Arturo hizo otra pausa meditativa. En su frente se marcaba un pliegue de honda preocupación.

—¿Me juras que no harás nada malo con él, que me lo devolverás intacto, que no le sacarás cuando haga mucho frío?

—Jurado, hombre, jurado.

—Espera, entonces.

Abrió la puerta que daba al pasillo, hizo un ruido con los dedos y gritó:

—¡*Boby, Boby!* Ven...

Boby entró, miró a su amo y después a mí. Yo le examiné largamente. No era un perro elegante, ¡oh, no!; pero era un perro, un auténtico perro. Con cara de listo, vivo, despierto, inteligente, era nada menos que un clásico "ratonero", el verdadero perro de la calle; en él se localizaba perfecta y francamente su cabeza, su cuerpo y su rabo inquieto, y no sucedía como en esos otros extraños ejemplares modernos, que uno nunca termina de saber dónde acaban y dónde empiezan o si se los está viendo de frente o por detrás, por estar emboscados y disimulados en una maraña espesa de lanas en confuso desorden perpetuo, tras la que a veces aparece un ojo redondo y brillante; era un perro y no una criatura extraña, pensativa y enigmática como los *fox* de pelo duro con sus ojos hermosos y profundos, ni como esos otros con cuerpo de *bassets*, pero peludos, barbudos, endiablados, que son un poco como los gnomos de los perros...

Dijérase que en esto de los perros, el hombre se entretiene en fabricar pequeños monstruos graciosos y extraños, que son una verdadera creación artificial, llegándose a estos personajes en los cuales hay algo de todos los perros del mundo, algo así como un diabólico *cock-tail* de perros. Lo que me prestaba Arturo era un perro, como lo eran aquellos lindos perros llamados de aguas, ya desaparecidos por completo; lo que llevaba la muchachita a la clínica no era un perro, aunque tuviera figura de tal.

El caso es que yo cogí al bravo *Boby*, que por cierto llevaba un espléndido collar, que quería disfrazarle de perro elegante, y que era en él algo así como la chistera en un borracho, y lo llevé conmigo.

Por la calle le fuí hablando para entrar en buenas relaciones con él.

—Es extraño—le dije—que te llames

Boby. Esos son nombres más apropiados para esos bicharracos que tú ves ahora y que tanto te extrañan, porque te parecen perros y no acabas de creer que lo sean. Tú, ratonero franco y descarado, perro auténtico de la calle, que es como decir perro de verdad, te debías de llamar *Machaquito*, o *Bomba*, o algo por el estilo; pero eso de *Boby*... ¿Y el collar ese que llevas? Seguramente que ninguno de tu familia lo llevó nunca y que quedarían extrañados de verte tan elegante.

El me miraba de vez en cuando y movía el rabo con signos que yo atribuía a la comprensión más completa.

Llegamos los dos a la casa en que estaba la clínica cinco minutos antes de las tres. Crucé la plaza y me escondí en el portal de mi casa. A las tres en punto llegó ella en su cochecito y con su perro; se metieron en el portal, e inmediatamente yo volví a cruzar y entré tras ellos. Claro es que coincidimos en el montacargas, pues no nos dejaron subir en el ascensor, a causa de nuestros compañeros. La saludé, y de cerca me resultó más atractiva que de lejos...

Afortunadamente, en el gran salón que servía de antesala a la consulta de los veterinarios había poca gente. Una anciana señora con un diminuto perro pekinés y de ojos como dos bolas y un señor fuerte con un perro de caza. Tomamos asiento, cada uno con nuestro perro en brazos.

—Hermoso perro—dije a la muchacha—. ¿Qué le ocurre?

—No sé—dijo vivamente, apreciando yo en seguida que lo que más podía agradarla era que se le hablara de él—. Lleva una temporada extraño, una especie de neurastenia.

—A mí siempre me han chocado esos perros. Fíjese usted: sus ojos no son ni de perro ni de persona. Son hermosos y pensativos, profundos y más que humanos. ¿No habrá el hombre, en su afán de hallar razas nuevas, llegado a la creación de unos pequeños seres desgraciados, aunque muy bellos?

—No sé, pero algo hay de lo que usted dice. Sin embargo. *Toy* es tan noble...

Seguimos hablando mientras el tiempo pasaba, y yo pude apreciar que mi sistema de aproximación a ella era bueno y eficaz; los perros habían tendido entre ella y yo un puente amable y amical, por el que yo me proponía cruzar en seguida.

Por fin le tocó el turno a ella, y, a la salida, se despidió muy gentilmente, deseándome que lo de *Boby* no fuera nada.

Cuando me vi ante el veterinario director de la clínica, con mi perro en brazos, fué cuando realmente mi procedimiento me pareció un tanto complicado.

—¿Qué tiene este perro?—preguntó, después de mirarlo atentamente.

—A ciencia cierta, no sé, le noto raro —contesté yo evasivamente.

—Pues yo no le encuentro absolutamente nada. Me parece completamente sano.

—Mire usted, a veces..., sabe usted..., le dan mareos.

—Es extraño.

—Quizá usted no note nada, pero le advierto que debe ser un enfermo simulador.

—Quizá, quizá—dijo el veterinario con aire sorprendido—. Obsérvele y vuelva por aquí con el fruto de sus observaciones.

Durante una larga semana, coincidí siempre con la muchachita, de la cual yo ya sabía su nombre—Elena—, y su dirección, y parte de su vida, en la sala de espera de la clínica, y, algunos días, en el portal, siempre procurando aprovechar en toda su extensión el tiempo de espera.

Su *Toy* no parecía avanzar mucho en su curación, y siempre aparecía con su cara melancólica, su barbita y su corto rabo duro y con su aire preocupado.

Pero mi plan, ¡ah, mi plan!, empezaba a fallar. El buen *Boby* me prestaba su colaboración eficaz y desinteresada pero, ¡ay!, no se ponía enfermo por nada de este mundo. No conozco muy a fondo, claro es, la fisiología perruna, pero ¿por qué el buen *Boby* no se decidía al menos a constiparse? Si yo me hubiera atrevido... le hubiera podido dar uno de esos purgantes que saben a chocolate, que él se hubiera comido alegremente y le hubiera producido algún pequeño desarreglo intestinal. En fin, cualquier cosa que me hubiera servido para prolongar mis visitas ante el veterinario. Porque éste cada vez me miraba con más recelo, y era ya con franca ironía con la que me acogía y exclamaba:

—¡Ah, aquí está ya el perro simulador; caramba, caramba! ¿Y qué nuevas cosas ha hecho?

Claro que yo inventaba, imaginaba, pero comprendía que aquello no podía durar.

Al fin un día me decidí; no atreviéndome a hacer ninguna fechoría con *Boby*, se lo devolví a su dueño, con una caja de merengues para que se los fuera dando poco a poco, como premio a sus servicios.

Y aquella misma tarde, a la hora en que yo calculaba que saldrían Elena y *Toy*, me coloqué en el portal de la casa. Cuando la vi salir adopté un aire desesperado. Ella se me acercó.

—¿Cómo usted aquí ahora?

Miró a mis pies y a mi alrededor.

—¿Y *Boby?*

Yo hice un gesto de terrible desolación y señalé mi corbata negra.

—¡Cómo! ¿Acaso...?

Y yo, con un aire de definitiva renunciación, asentí con la cabeza.

—¡Oh, es horrible! ¡Poble *Boby!*

Y cogió en brazos a su *Toy*, como si en aquel momento le quisiera más que nunca.

Aquella tarde había ido sin el coche. Salió del portal con su perro en brazos, y claro es, conmigo al lado. Sin darse cuenta ella misma, formábamos ya una pareja que andaba y paseaba por la calle.





—Le daré algunos detalles del horrible suceso. ¿Hacia dónde va usted?

—Voy al Parque. Me ha recomendado don Calixto que, después de la consulta, lleve a *Toy* a dar un buen paseo, y como le conviene el aire de la sierra, voy al Parque.

¡Ah, bueno, vamos allí!—dije yo con indiferencia, como si lo único que me guiara al acompañarla fuera el deseo de contarle con todo detalle la muerte del desgraciado *Boby*.

Por el camino, poquito a poco, iba pensando yo en lo difícil que me sería ya abandonar a Elena. Hay, a veces, entre dos personas, un cariño, un afecto, incluso un amor, que no es necesario que se manifieste con

palabras, porque ellas lo sienten palpitar dentro de su alma, y yo tenía la sensación exacta de que Elena y yo habíamos llegado a ese punto, y quizá entonces lo más difícil era hablar de amor, precisamente.

Llegamos al Parque, y mientras *Toy*, en un alarde de verdadero perro, que yo no hubiera sospechado en él, abandonando su seriedad y sus pensamientos melancólicos, se arrojaba por la hierba dando saltos y brincos y mordisqueando las florecillas que esmaltaban, aquí de amarillo y allá de blanco, el césped verde y tierno, nos sentamos en un banco.

Era la media tarde de un fin de invierno apacible, suave, tranquilo... Poca gente en el Parque. A lo lejos, algunas amas formando corro con los coches de los bebés al lado.

Hablé largamente con Elena, y por entre la conversación, al parecer dedicada exclusivamente a *Boby*, a *Toy* y a todos los perros del mundo, se ahondaba y hacía más fuerte la sensación de que si yo la amaba ya mucho, tampoco yo la era indiferente...

Bruscamente, *Toy* cesó en sus juegos, se vino a nuestro lado, muy erguido sobre sus patas, mirándonos interrogativamente, con las orejas en punta, la barbita recta y el rabo en un movimiento frenético.

—¿Qué pasa, *Toy?* ¿Qué ocurre?

Y en el mismo momento se oyeron unos alegres y estruendosos ladridos, y por el recodo del paseo que estaba próximo a nuestro banco apareció, dando grandes saltos y manifestando un júbilo inenarrable, un perro que, sin más ni más, como un huracán, como una tempestad, saltó sobre nosotros con alegría epiléptica, y de nosotros cayó sobre *Toy*, arrastrándole en una carrera loca y desenfrenada por la hierba.

Aquel perro era el infame *Boby*.

Yo me quedé lívido, ella frunció el entrecejo y me miró extrañadísima. Y entonces, siguiendo la pista al resucitado, apareció corriendo y dando gritos y voces el *botones* de Arturo. En cuanto me vió, se acercó.

—Buenas tardes, señorito. Ya veo por fin, que está *Boby* con ustedes. Era imposible tenerlo en casa. Como usted le había acostumbrado a salir todas las tardes a la misma hora, hoy también quiso salir y armó un gran escándalo, y entonces el señorito Arturo me dijo que le sacara. Y ya ve usted: se me ha escapado...

Claro, era todo muy comprensible. *Boby*, paseando por el Parque, nos había sentido; me había sentido a mí, a quien ya quería; había sentido a Elena, por la que demostraba una gran admiración, y había sentido, ¡oh!, sobre todo había sentido a su buen amigo el neurasténico *Toy*, con quien hiciera grandes amistades durante sus estancias en la clínica.

Como loco había escapado y había llegado ante nosotros.

Cuando por fin, el *botones* de Arturo se hubo marchado llevándose al endiablado *Boby;* cuando *Toy* se hubo serenado, cuando todo recobró la calma—menos yo, naturalmente—, ella se volvió hacia mí y me dijo:

—¿Por qué? ¿Por qué ha inventado usted toda esa comedia?

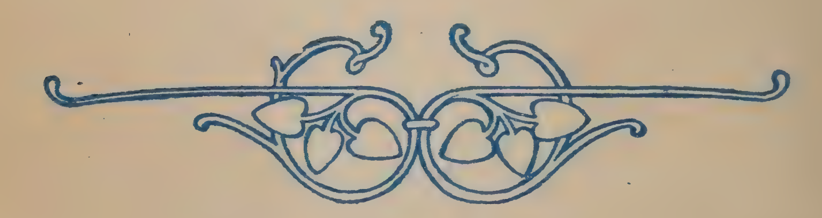
—¿Será necesario que se lo explique, que te lo explique?

Ella entonces miró hacia el horizonte, que se teñía de ese rojo y de esa púrpura de los atardeceres próximos a la primavera, y dijo sencillamente, serenamente, con una sonrisa suave y dulce:

—¡Oh, no...!

Gabriel Greiner.

(DIBUJOS DE TEODORO DELGADO)




UNIVERSITY OF ILLINOIS-URBANA
3 0112 066980191